ORDEN, JERARQUÍA Y COMUNIDAD

FASCISMOS, DICTADURAS Y POSTFASCISMOS EN LA EUROPA CONTEMPORÁNEA

Joan Antón Mellón
(Coordinador)



Joan Antón Mellón
(Compilador)

ORDEN, JERARQUÍA Y COMUNIDAD

FASCISMOS, DICTADURAS Y POSTFASCISMOS EN LA EUROPA CONTEMPORÁNEA



Ilustraciones de cubierta:
Cordon Press / Archivo Anaya



scanned by FS
2019

© Joan Antón Mellón, Enric Ucelay-Da Cal, Emilio Gentile, Roger Griffin, Ismael Saz Campos, Josep Sánchez Cervelló y Marco Tarchi, 2002
© EDITORIAL TECNOS (GRUPO ANAYA, S. A.), 2002
Juan Ignacio Luca de Tena, 15 - 28027 Madrid
ISBN: 84-309-3879-6
Depósito Legal: M. 40.950-2002

Printed in Spain. Impreso en España por Fernández Ciudad, S. L.

A Montserrat C. E.; Elisenda A. C. y Alba A. C.,
por su paciencia y comprensión.
A los anónimos combatientes contra el fascismo
del pasado, el presente y el futuro.

ÍNDICE

PRÓLOGO .... *Pág.* 13

1. INTRODUCCIÓN HISTÓRICA A UNA CATEGORÍA IMPRECISA: UNAS REFLEXIONES SOBRE EL «FASCISMO ANTES DEL FASCISMO» EN PERSPECTIVA HISPANA, por Enric Ucelay-Da Cal 17
   I. El estrecho repertorio conceptual de la sociedad liberal y sus alternativas «modernistas» 22
   II. La reinvención del poder como «proceso continuo» desde la sociedad civil en el cambio de siglo 34
   III. Técnicas bélicas aplicadas en la vida civil 42
   IV. Las implicaciones de la demonización del fascismo 54
   V. Analogías entre Milán y Barcelona: un contraste revelador 62
   VI. Percepciones hispanas sobre la demonización del fascismo 71

2. EL FASCISMO ITALIANO, por Emilio Gentile 77
   I. ¿Dónde y cuándo nació el fascismo? 77
   II. Fascismo y totalitarismo 80
   III. El «partido milicia» 84
   IV. El embrión del Estado totalitario 86
   V. El Estado fascista 89
   VI. La simbiosis del Estado-partido 90
   VII. Mito y organización: la religión fascista 92
   VIII. Cesarismo totalitario 95
   IX. Elementos esenciales para una definición del fascismo 98
      1. Dimensión organizativa 99
      2. Dimensión cultural 99
      3. Dimensión institucional 100

3. CRUCES GAMADAS Y CAMINOS BIFURCADOS: LAS DINÁMICAS FASCISTAS DEL TERCER REICH, por Roger Griffin 103
   I. El carácter «virtual» de este capítulo 103
   II. La controversia sobre la relación del nazismo con el fascismo .. 105
   III. El fascismo como «tipo ideal» 109
   IV. El «nuevo consenso» sobre el fascismo genérico 112
   V. El Tercer Reich como una «religión política» palingenésica 115
   VI. El Tercer Reich como una sustantiva (aunque fallida) revolución 121
   VII. El *Volksgemeinschaft* como vehículo para el renacimiento nacional 124
   VIII. El Tercer Reich como régimen fascista 129
   IX. La exclusividad y tipicidad del nazismo 136

X. La relación del nazismo con el fascismo ... 142
XI. La evolución del nazismo y del neo-nazismo: ¿un sendero de interminable bifurcación? ... 152

4. ESCILA Y CARIBDIS: EL FRANQUISMO, UN RÉGIMEN PARADIGMÁTICO, por Ismael Saz ... 159

I. Dictadura, fascismo y fascistización ... 161
II. En los orígenes ideológicos del franquismo: derecha y fascismo en la Segunda República ... 167
III. Construir una dictadura en tiempos de guerra ... 173
IV. El fascismo falsificado ... 180
V. Nacionalcatolicismo, pero no sólo ... 187
VI. Después de 1957. Muchos cambios y otras tantas continuidades ... 192

5. EL *ESTADO NOVO* SALAZARISTA: UNA DICTADURA AUTORITARIA Y CORPORATIVA, por Josep Sánchez Cervelló ... 197

I. ¿El fascismo nunca existió en Portugal? ... 197
II. La permanente crisis del sistema liberal (1890-1926) ... 207
III. La dictadura militar (1926-1928) ... 209
IV. La personalidad de Salazar antes de alcanzar el poder ... 212
V. Salazar y la construcción del *Estado Novo* ... 214
1. La política colonial ... 217
2. Los organismos de masas ... 221
A) La *União Nacional* ... 222
B) La *Legião* y la *Mocidade* ... 225
3. La Constitución y los órganos constitucionales ... 227
A) El Presidente de la República ... 227
B) El Ejecutivo ... 229
C) La Asamblea Nacional ... 231
4. El sistema corporativo ... 233
5. Las Fuerzas Armadas ... 236
6. Los otros instrumentos de control ideológico y social ... 239
VI. Conclusiones ... 242

6. RADICALISMO DE DERECHA Y NEOFASCISMO EN LA EUROPA DE POSTGUERRA, por Marco Tarchi ... 247

I. Un problema de definición ... 247
II. Los estigmas de los orígenes y las ocasiones perdidas ... 256
III. La crisis del neofascismo y el reto populista ... 266
IV. A las puertas del siglo XXI: ¿alba u ocaso del radicalismo de derecha? ... 272

7. EL NEOPOPULISMO EN EUROPA OCCIDENTAL: PARÁMETROS DOCTRINALES Y ESQUEMAS IDEOLÓGICOS, por Joan Antón Mellón ... 277

I. Introducción ... 277
II. El populismo como estilo de actuación política ... 279
III. Cambio económico y actitudes políticas. Las razones estructurales del auge neopopulista ... 282

IV. Igualdad, libertad, identidad y poder en la documentación programática del MNR, el FPÖ y la LN. Valores fundamentales, objetivos y propuestas 284
1. Igualdad 284
2. Libertad 285
3. Identidad 286
4. Poder 287
V. Concepciones nucleares del ideario neopopulista: axiomas compartidos, específicos y conexiones ideológicas 294

PRÓLOGO

La percepción y valoración de los fenómenos políticos está extremadamente condicionada por los parámetros ideológicos desde los que se analizan. De ahí que sea imprescindible en ciencias sociales comprender, científicamente, ideas nucleares que conforman las diferentes ideologías que combaten por la hegemonía en diferentes contextos históricos. Ideas que se vivifican al ser asumidas por individuos y grupos sociales y que, por muy locas o absurdas que sean, pasan a formar parte de «la realidad». Máxime si esas concepciones —defendidas por creyentes, simpatizantes y carreristas—, por razones sólo explicables a la luz de los análisis históricos, logran controlar un Estado y poner a su servicio todas sus potencialidades.

El fascismo, los fascismos, los idearios antidemocráticos —como se quiera— forman parte importante de la cultura política occidental. Una cultura que ha logrado las mayores cuotas de bienestar material del planeta a partir de sus conocimientos técnicos. Conocimientos que Occidente no ha dudado en utilizar para aplastar otras culturas que se oponían a su expansión imperialista y que continúa empleando para prolongar indefinidamente sus privilegios. Al respecto la interconexión entre nacionalismo y colonialismo es reveladoramente explicada por J. Sánchez en su artículo al desarrollar la génesis y evolución del salazarismo. «Quien puede, puede», afirmaba el seminal y socialdarwinista lema jurídico nazi, legitimando filosóficamente la expansión territorial y el exterminio de millones de —subhumanos—. Hemos demonizado este horror, pero recordemos que, en el momento presente, la Administración Bush no está de acuerdo en declarar las riquezas submarinas patrimonio de la humanidad, se niega a apoyar el Tribunal Penal Internacional, no respeta los convenios internacionales en materia de medio ambiente y de los derechos humanos de los detenidos por causas de terrorismo y exige total inmunidad para sus tropas y sus daños colaterales en misiones internacionales. ¿No son éstas actitudes antidemocráticas?

Sin embargo, debemos partir de la concepción de que si todo es fascismo nada es fascismo. Los conceptos y las categorías en ciencias sociales deben tener la capacidad de poder operar con ellos,

cosa que no es factible si no están bien definidos. De ahí que uno de los objetivos que esta obra pretende sea establecer cuáles son los parámetros que permiten definir el fascismo clásico (1919-1945) y, por comparación, todo aquello parecido a este modelo (parafascismos, neofascismos, neopopulismos) pero no igual, siguiendo el criterio de que las cosas se diferencian en lo que se asemejan.

Connaturalmente, según una interpretación académica. La elección de la mayoría de los colaboradores de la obra supone un posicionamiento. Como expuso el malogrado historiador T. Mason en 1988, «el fascismo fue un fenómeno continental y el nazismo fue parte de algo más amplio». Las similitudes entre el fascismo en la Italia de Mussolini y el nazismo en la Alemania de Hitler son mayores que las diferencias. Como movimientos y como regímenes políticos. De ahí que, como propone E. Gentile en su artículo, para entender el fascismo no sólo deben analizarse los aspectos ideológicos-culturales, sino también los organizativos e institucionales. La perspectiva de comprensión global de un fenómeno tan históricamente importante como el fascismo no puede reducirse exclusivamente a lo meramente ideológico y/o a determinados métodos de actuación política —por muy característicos que sean—. Por ello I. Saz define el franquismo como una «dictadura militar fascistizada».

Siendo una de las claves del fascismo clásico, posiblemente la más relevante, su pretensión totalitaria, tan opresiva como participativa, de lograr —como afirma R. Griffin— que todas las mentes, cuerpos y almas de los italianos y alemanes de la época colaboraran en los proyectos imperialistas y de creación de un hombre nuevo en sus respectivas sociedades. Esa voluntad política totalitaria que requiere, incluso, que la ideología se convierta en religión cívica no se dio ni en el salazarismo ni en el franquismo —aunque sí adoptaron otros métodos fascistas—, ni tampoco es defendida por las formaciones políticas neopopulistas actuales. En este sentido M. Tarchi levanta acta de defunción, en su artículo, de los grupos políticos nostálgicos del fascismo clásico y de la necesaria reconversión conservadora-liberal o neopopulista de las formaciones herederas del fascismo, como la AN italiana de G. Fini.

Debemos distinguir entre cultura, idearios y comportamientos fascistas si queremos vacunar a nuestras sociedades del uso político de idearios antidemocráticos. El nuevo fascismo será tecnocrático, liberal etnoexcluyente o adoptará formas inéditas, pero, como se ha afirmado, igual que la pornografía nos costará definirlo pero lo reconoceremos inmediatamente que se produzca. Democracia o barbarie.

Los fascismos clásicos representaron, aunque no exclusivamente, la irrupción en la política de unas clases medias hasta entonces excluidas por el dominio oligárquico y brutalizadas —los combatientes— por la Primera Guerra Mundial. Fue una alternativa ultranacionalista y palingenética a las miserias de la modernidad que intentó compaginar elites y masas, tradición y modernidad, técnica y naturaleza, economía y política en un exaltante proyecto político totalitario e imperialista. Fracasaron, tengámoslo siempre presente, por derrota militar externa e interna —la resistencia— y por ello fueron el bando perdedor en la guerra civil europea. Sólo si entendemos cómo lograron los apoyos sociales que consiguieron podremos prevenir su resurgimiento, con independencia de la mutación que adopte. Ya que algunas de las miserias de la modernidad persisten y a ellas se han añadido nuevas miserias de la postmodernidad. A la clásica alienación de la fuerza laboral asalariada de las sociedades industriales debemos añadir la alienación proveniente del pensamiento único que interactúa con hombres unidimensionales occidentales inmersos, como explica E. Ucelay-Da Cal en su artículo, en un proceso continuo, desde las materias primas hasta el consumidor, preparado y «organizado» —sociabilizado— por la publicidad. Tan profusamente utilizada, recordemos, por los nazis. Trasmutada en propaganda y que tanto contribuyó a la sinergia monstruosa que éstos lograron para sus dementes proyectos.

El recurso a falsas soluciones mágicas «la preferencia nacional», por ejemplo—. Éstas son las bazas oportunistas y demagógicas que juegan y jugarán las formaciones políticas que propugnan idearios o comportamientos antidemocráticos —respuestas simples a problemas complejos—, incluso adoptando la bandera de la auténtica democracia como lo hacen las actuales formaciones políticas neopopulistas. Unas formaciones que, como se explica en el capítulo dedicado a estas agrupaciones políticas xenofóbicas, actúan en un contexto de hegemonía liberal pero de gran deslegitimación de la democracia representativa por problemáticas varias que se interrelacionan: globalización, postindustrialización, crisis del sistema tradicional de partidos, anomia, migraciones masivas, crisis relativa de los Estados-nación, etc. Una propuesta política, en suma, que es un socialdarwinismo edulcorado y legitimado democráticamente por los votos de los dos tercios de privilegiados del sistema o deseosos de serlo que superexplotan a un tercio restante compuesto por una amalgama de seres definidos jurídicamente como no nacionales.

J. ANTÓN

1. INTRODUCCIÓN HISTÓRICA A UNA CATEGORÍA IMPRECISA: UNAS REFLEXIONES SOBRE EL «FASCISMO ANTES DEL FASCISMO» EN PERSPECTIVA HISPANA

ENRIC UCELAY-DA CAL
Universitat Autònoma de Barcelona
mdorsey@ciasa.es

Definir el fascismo ha sido uno de los mayores desafíos politológicos e historiográficos del siglo XX, a que las más agudas mentes profesionales se han dedicado con muchos matices y disquisiciones, pero sin llegar a sacar nada en limpio. No resuelto el problema, parece que seguirá como un enigma incomodísimo, al menos hasta que los parámetros ideológicos del siglo XXI hayan variado lo suficiente como para que pueda mirarse la cuestión de una manera del todo fresca, sin la carga espiritual e intelectual que el período de entreguerras supuso para toda la contemporaneidad posterior. Las actitudes sucesivas, durante las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, en cualquier especie de consumo —desde las ideas más sesudas sobre la existencia humana hasta la frivolidad de la moda— estuvieron condicionadas por la experiencia de la primera posguerra mundial, la de la Gran Guerra de 1914-1918, que moldearon y después encima tornearon de forma inequívoca todas las nociones de la modernidad y de la modernización activa. Según una celebrada sentencia del crítico alemán Theodore W. Adorno, no sería posible la poesía después de Auschwitz. De hecho, si la lírica ha estado condicionada por la opresión de compromiso y de recuerdo, menos factible todavía ha resultado mirar al fascismo con fría objetividad, sin recurrir obligatoriamente a la mención de su demonización. Existe incluso, en el cambio de siglo, todo un debate sobre el significado excepcional del genocidio nazi, dominado por quienes reclaman —contra

unos «negacionistas» que se abrigan con el nombre de «revisionistas»— la moralidad exigente como condición decisiva de la investigación de tan escabroso tema [1]. Pero el Mal absoluto no se puede dilucidar con medios científicos —en resumidas cuentas, la capacidad de medir y de comparar— ya que no es una categoría objetiva.

Resumiendo, casi sesenta años tras las muertes de Mussolini y Hitler todavía no sabemos muy bien qué es el fascismo, ni tan siquiera si el nazismo fue o no parte del mismo fenómeno. Toda suerte de taxonomías han sido aplicadas para encajonar, en categorías más anchas o más precisas, el evasivo objeto de estudio. Con un auténtico despegue de estudios académicos en todo el mundo a partir de los años setenta, se han estudiado partidos y movimientos «fascistas» de todo signo en la gran mayoría de países que existían en los años de entreguerras [2]. En particular, los trabajos sobre Alemania —con monografías sobre todos los matices imaginables— llenarían un pequeño edificio [3]. Pero ni los esfuerzos interpretativos ni la masa de investigación empirista ha resuelto el vacío conceptual de origen.

Ni siquiera sabemos lo que *no* es el fascismo. Siendo una opción corografiada de manera sistemática tan sólo en los años treinta, cuya dependencia en un atrezzo determinado quedó entonces codificado, no queda claro si, con una mirada más crítica, todo lo que se movía uniformado y engalanado como un «*shirt movement*» o «movimiento de camisa» era de verdad, en esencia, una auténtica manifestación o una mera imitación, según una pasajera moda política [4]. Si el observador se fija en el objetivo de centrar el tema, pronto se sobreponen las variedades a cualquier pauta y se empieza a hablar de «modelos», unos más logrados y otros menos, sobre una escala [5].

---

[1] D. E. Lipstadt, *Denying the Holocaust. The Growing Assault on Truth and Memory*, Penguin, Londres, 1994; R. Eaglestone, *Postmodernism and Holocaust Denial*, Icon Books, Duxford (Camb., U.K.), 2001.

[2] S. J. Woolf (ed.), *The Nature of Fascism*, Vintage, Nueva York, 1969, y del mismo, *European Fascism*, Vintage, Nueva York, 1969; W. Laqueur (ed.), *Fascism. A Reader's Guide*, University of California Press, Berkeley (Cal.), 1976; S. U. Larsen, B. Hagtvet & J. P. Myklebust (eds.), *Who Were the Fascists?*, Universitetsforlaget, Oslo, 1980.

[3] Por su abundancia, evito indicar fuentes. El lector español dispone de un repaso reciente a la bibliografía en F. Gallego, *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*, Plaza Janés, Barcelona, 2000.

[4] M. Blinkhorn (ed.), *Fascists and Conservatives*, Unwin Hyman, Londres, 1990.

[5] Véase la conclusion de E. Nolte, *Three Faces of Fascism*, Holt, Rinehart & Winston, Nueva York, 1965; también E. Weber, *Varieties of Fascism*, Van Nostrand, Princeton (N.J.), 1964.

La idea de un fascismo mutable requiere una cierta certidumbre conceptual situada en un marco interpretativo ajeno al campo estricto de la política. Así, por ejemplo, en 1935, el comunista italiano Palmiro Togliatti pudo caracterizar famosamente al fascismo como un camaleón —en una cita agradecida por varias generaciones de historiadores—, pero su confianza como observador en los cambios proteícos de su objeto de estudio venía de la definición de Dimitrov de 1933 («la dictadura abierta y terrorista de los elementos más imperialistas de capital financiero»)[6]. Hoy, hundido hace tiempo el comunismo junto con su sociología de cartón piedra y cajones vacíos, pocos serían los estudiosos serios que querrían fundamentar su seguridad en tan endeble fundamento teórico.

Finalmente, como si no hubiera ya bastantes problemas en su comprensión, tenemos la cuestión de la continuidad del fascismo, las corrientes, partidos o movimientos que en uno u otro sentido se han hecho eco de la *nostalgie du boue* y reclaman ser su reencarnación o sus herederos históricos o morales. Hay también quienes, más prudentes, rehuyen la reivindicación específica y diciéndose «liberales» o «nacional-demócratas», hacen un sentido y reiterado guiño al recuerdo demonizado sin por ello necesariamente asumir tal evocación en su programa escrito[7]. Por supuesto, si no estamos seguros de qué fue el «fascismo» en su día, menos podemos estarlo del «neofascismo», excepto en la medida en que los sistemas políticos imperantes penalizan a grupos «neofascistas» por cruzar la raya del comportamiento público admisible y así nos presentan una categoría prefabricada por las leyes. El devenir del siglo XX posterior a 1945, pues, tampoco nos resuelve la confusión inicial[8].

---

[6] P. Togliatti, *Lezioni sul Fascismo*, Riuniti, Roma, 1970; J. Dimitrov, *Escritos sobre el fascismo*, Akal, Madrid, 1976.

[7] H.-G. Betz, *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*, Macmillan, Houndmills (Hampshire, U.K.), 1994; J. Vestrynge, *Los nuevos bárbaros*, Grijalbo, Barcelona, 1997, cap. 2.

[8] Se ha hecho habitual considerar «neo-fascismo», «racismo» y «extrema derecha» como sinónimos, a pesar de que hay ultra-derechas (por ejemplo, católico-integristas) que estrictamente no son homologables ni al fascismo, ni al racismo. Véase, en general: L. Cheles, R. Ferguson y M. Vaughn (eds.), *Neo-Fascism in Europe*, Longman, Londres, 1991; G. Harris, *The Dark Side of Europe. The Extreme Right Today*, Edinburgh University Press, Edinburgh, 1994; T. Björgo & R. Witte (eds.), *Racist Violence in Europe*, St. Martin's Press, Nueva York, 1993; P. Ignazi, *L'estrema destra in Europa*, Il Mulino, Bolonia, 1994; J. L. Rodríguez Jiménez, *¿Nuevos fascismos? Extrema derecha y neofascismo en Europa y Estados Unidos*, Península, Barcelona, 1998.

Resumiendo, no hay un consenso historiográfico o politológico sobre la categoría «fascismo», lo que nos recuerda que el consenso profesional no es más que eso, consenso, y no una prueba científica. Cuando un problema de interpretación que rodea unos datos inequívocos se resiste a toda explicación teórica, es evidente que el problema está en la teoría. Cuando fallan todas las teorías y los datos siguen ahí, tozudos, es obvio que el problema no es propio de *un* enfoque teórico en concreto, sino *de todos*. Es una dificultad sistémica, que apunta —con toda probabilidad— a la relación demasiado estrecha entre la interpretación politilógica o historiográfica y el pensamiento político que nutre nuestras mismas suposiciones igual que configura nuestras instituciones. No podemos ver el problema, quizás *porque no queremos ni verlo*. Preferimos la comodidad de su demonización, que cumple funciones equilibradoras esenciales en nuestra vida colectiva espiritual y política.

Como modo de acercamiento, pues, a un tema de definición imprecisa, se propone empezar antes del principio, sin por ello pretender establecer una geneología más de un fenómeno político que pudo recoger todas las herencias imaginables. Es posible que no exista el «fascismo» unívoco o genérico, sometible al estudio desde el pensamiento político[9]. Ni qué decir que si resulta dudoso el término «neofascismo», hablar del «fascismo antes del fascismo», en su sentido estricto, se reduce tan sólo a explicar una imprecisión con otra mayor[10]. Pero sirve como expresión decorativa, muy gráfica, para enfocar nuestra atención, aunque sea gracias a una predeterminación metodológicamente equívoca. En este ensayo, vamos a suponer que el fascismo —sea lo que sea, como categoría— representó una de las corrientes sintéticas que recogió del complejo ideológico del cambio de siglo el supuesto de que la sociedad civil debía reinventar el poder, rediseñar el Estado para que, paradójicamente, llegara como expresión de modernidad hasta el rincón

[9] Para una discusión sobre la viabilidad conceptual del «fascismo genérico» y los problemas de consenso analítico: R. Griffin, *The nature of Fascism*, St. Martin's Press, Nueva York, 1991, caps. 1-2.

[10] El «fascismo antes del fascismo» es una formulación tautológica típica de la escuela francesa, aunque su inspirador fuera el historiador israelí Zeev Sternhell: véase Z. Sternhell, *Maurice Barrès et le nationalisme français*, FNSP, París, 1972, y, del mismo autor, *La droite révolutionnaire, 1885-1914. Les origines françaises du fascisme*, Seuil, París, 1978; *Ni droite, ni gauche. L'ideologie fasciste en France*, Seuil, París, 1983; y también (con M. Sznajder & M. Asheri), *Naissance de l'ideologie fasciste*, Fayard, París, 1989.

más recóndito de la misma sociedad civil. Justificados los excesos por el reclamo de la modernización, todos los revolucionarismos de principios del siglo XX nacieron en los veinticinco años antes del atentado de Sarajevo. Entre 1889 y 1914, desde los puntos de vista más disimilares, se confundió la afirmación literaria o estética de la sociedad con su radical transformación, para hacer de los nuevos lenguajes políticos un instrumento que familiarizaba a su usuario con los «experimentos» sociales más drásticos y las soluciones más radicales a los males de la sociedad.

En el ensayo presente, al examinar la relación entre el Estado y la sociedad civil, se situará un primer nivel explicativo fuera del terreno estrictamente politológico, para esbozar sin embargo una hipótesis macropolítica. Se sugiere que se ha seguido con demasiado apego al habitual repertorio conceptual de liberalismo para entender los antiliberalismos surgidos, intelectualmente primero, políticamente después, en las primeras décadas del siglo XX. En contraposición, proponemos que se debería explorar mejor a la sociedad civil, espacio asociativo en el que se encuentran físicamente, de manera tangible, la economía y la vida política, para contrastar experiencias tan diferentes como la norteamericana y la europea. Así, a partir de la relación, tan poco trabajada, entre publicidad, consumo y producción, formulamos una pregunta implícita —aunque redactada como afirmación— sobre la dimensión política de esos mismos factores, cara al surgimiento del fascismo en la Europa de la posguerra mundial, enfocado forzosamente de manera algo genérica[11].

En segundo lugar, de forma más micropolítica, se trata la idea de la demonización del fascismo, asumida como propia por sus adeptos, como un posible componente esclarecedor de su innegable especificidad, constatable a pesar de su evasiva relación con cualquier taxonomía política. Para subrayar esta segunda percepción, con un sentido todavía más micropolítico, se establece un contraste entre los inmediatos antecedentes ideológicos del fascismo mussoliniano y un fenómeno del todo análogo en Barcelona, con la aparición del separatismo político catalán. Más concretamente, el contraste se hace entre las formas del «intervencionismo» italiano durante la Gran Guerra y su necesario giro una vez acabada la contienda, con la visión admirativa que del fenómeno italiano de 1915 que se pudo sustentar en el nacionalismo radical catalán y

---

[11] Véase, en general: T. H. Qualter, *Publicidad y democracia en la sociedad de masas*, Paidós, Barcelona, 1994.

su ulterior evolución en sentido diametralmente opuesto al mussoliniano. Por entonces, la capital catalana fue, con mucho, el foco urbano más receptivo en España a los estímulos europeos, con capacidad no sólo para la imitación, si no para la invención propia. El fuerte parecido inicial entre el «nacionalismo socialista» promovido por gente como Mussolini y el «catalanismo socialista» que se cocía en paralelo contrasta con la radical disimilitud de opciones en 1919 entre ambas corrientes. Esta evolución comparativa sirve, creemos, para subrayar algunas de las percepciones planteadas.

I. EL ESTRECHO REPERTORIO CONCEPTUAL DE LA SOCIEDAD LIBERAL Y SUS ALTERNATIVAS «MODERNISTAS»

Nos hemos acostumbrado todos a ver el desarrollo político del siglo XIX a través de la agenda del liberalismo triunfante [12]. Parece como si la evolución institucional fuera cuestión tan sólo de la conquista del «gobierno representativo» y el «sufragio universal» a expensas del «principio dinástico», del reconocimiento de los «derechos del ciudadano» en clave individualista encima de las ruinas del decadente sistema de valores «feudales». Pero no queda claro, cuando se mira con recurso a criterios menos implicados, que tales formulaciones sean más que la consabida y reiterada copia de la perspectiva contemporánea a la que recurren los historiadores [13]. Es decir, que la historiografía —y asimismo la politología, aunque esta disciplina esté más confiada en su capacidad predictiva— caminan de espaldas al futuro, interpretando el presente con los instrumentos del pasado no muy remoto, para inevitablemente ofrecer como novedad la opinión de ayer sobre los errores de anteayer.

Probemos, por el contrario, un ejercicio poco recomendado, hasta arriesgado, que consiste en valorar el pasado con las ideas más actuales, como si de una retroalimentación se tratara. Situemos las pautas del siglo XIX en función de los modelos más actuales, propios de la perspectiva (¿o prospectiva?) de finales del siglo XX, que, interesantemente, puede coincidir con muchos de los enfoques críticos ofrecidos en despliegue caótico en el cambio de siglo. El pensamiento antiliberal de entonces pretendía encontrar unas lógi-

---

[12] Véase P. Rosanvallon, *Le sacre du citoyen*, Gallimard, París, 1992.

[13] G. Sergi, *L'idée du Moyen Âge. Entre sens comun et practique historique*, Flammarion, París, 2000.

cas sociales alternativas al vocabulario liberal de «cuidadanos», «representación» y «racionalidad económica». Igual que en nuestro tiempo, la insatisfacción con un lenguaje interpretativo limitado trajo la especulación con los comportamientos sociales más informales, hasta el extremo de valorar el biologismo interpretativo. Nuestro punto de partida sería que hay que recoger como pista el contenido de la crítica que se formuló en la época que —con una perspectiva innegablemente catalanizada— podemos caracterizar como «modernista», o sea, el cuarto de siglo anterior al estallido de la Guerra Europea en 1914 [14]. Una vez apuntadas las ideas que hacen de puente, se puede contrastar con una valoración actual más «macrosociales» (por decirlo de alguna manera) sobre el mismo período.

Para empezar, vamos a situar el surgimento del fascismo ante la vertebración de la *sociedad civil* como un espacio de definición a la vez privado y público frente al Estado como *poder público* monopolista. Sorprendentemente, el concepto de «poder público» no aparece en los diccionarios, si bien es un término antiguo de uso corriente. Dado el debate existente entre los historiadores del Derecho respecto a si se puede propiamente hablar del «Estado» antes del siglo XIX, puede que sea preferible aludir al *poder*, entendiéndolo como *público* en especial cuando se refiere a las formas iniciales de representación, por ser una fórmula genérica de mayor abolengo que cualquier discutida noción de estatalidad. Sería, pues, el contrario de sociedad civil, cuyo uso actual, por tanto, da la vuelta a la vieja aseveración de Marx en *El dieciocho Brumario de Louis Bonaparte* (1852), cuando el decimonónico pensador socialista aseguraba que con el bonapartismo el Estado francés afirmaba su autonomía ante la sociedad [15]. Nosotros, por el contrario, hoy tendemos a entender a la sociedad civil como opuesta —o, en todo caso— relativamente libre del peso de la administración.

Muy significativamente, tampoco el término «sociedad civil», todavía hoy, aparece en los diccionarios, por mucho que sea un giro antiguo de uso habitual: inicialmente, en el siglo XVII, signifi-

---

[14] M. Bradbury & J. McFarlane, *Modernism. A Guide to European Literature, 1890-1930* [1976], Penguin, Harmondsworth, 1991, esp. Cap. 1, «The Name and Nature of Modernism»; también Raymond Williams, *The Politics of Modernism*, Verso, Londres, 1989, esp. Cap. 1, «When Was Modernism?». La idea del contexto «modernista» se puede comparar con: B. Hamann, *Hitler's Vienna. A Dictator's Apprenticeship*, Oxford University Press, Nueva York, 1999.

[15] K. Marx en *El dieciocho Brumario de Louis Bonaparte* (1852), en K. Marx & F. Engels, *Obras escogidas*, Akal, Madrid, 1975, vol. I, pp. 246-351.

caba el conjunto de la «cosa pública» (la *res publica* o, en inglés castizo, *commonwealth*), pero con la progresiva definición del ámbito del Estado y de la representatividad parlamentaria a lo largo del siglo XVIII, pasó a significar —especialmente del siglo XIX en adelante— el grueso de activos sociales organizados en cualquier marco *privado* fuera del control *público*, entendido este último como estatal [16]. Así, la «sociedad civil» englobaría todas las actividades privadas en la sociedad: empresas económicas o financieras, comercio mayorista y al detall, asociaciones corporativas o de defensa colectiva, entidades políticas, agrupaciones culturales, organismos de protección mutua, etc. Imposible, por ejemplo, tratar el desarrollo científico sin su dimensión institucional, las organizaciones surgidas de las aplicaciones que rodeaban cualquier descubrimiento, así como las mentalidades que estas instituciones albergaban, un conjunto no siempre útil a largo plazo [17]. Posiblemente el término se puede relacionar con la aplicación del Derecho mercantil, que utiliza el vocablo para definir cualquier entidad (o «sociedad») que se pueda constituir sin una forma especial, excepto en el caso que se aporten inmuebles, a partir de lo cual se distingue entre sociedades civiles «universales» o «particulares».

De ahí a la «particularidad», que, en su sentido político, se puede entender a partir del término «particularismo», definido por el *Diccionario* de la Real Academia, como «preferencia excesiva que se da al interés particular sobre el general; propensión a obrar por el propio albedrío». La sociedad civil se compone de múltiples particularidades en competencia (algo que la hacía incómoda al primer pensamiento liberal, que, con Rousseau, desconfiaba de los «partidos»), pero podría morir de un exceso de particularismo. Queda, pues, por establecer, si en la realidad existe una sociedad civil contigua a las fronteras de un Estado determinado o si, por el contrario, hay múltiples particularidades territoriales, espacios sociales en los cuales domina, por ejemplo, la reticencia pasiva, el

---

[16] Por ejemplo: A. Ferguson, *Assaig sobre la història de la societat civil* [1767], Edicions 62 / Diputació de Barcelona, Barcelona, 1989. Es posible exagerar la contraposición de la «sociedad» al Estado en ciernes en el pensamiento de los siglos XVII y XVIII, pero, en todo caso, se impuso la relectura que de tal contenido hizo el romanticismo, como corriente de descubrimiento de la fuerza de los sentimientos individuales. D. H. Wrong, *The Problem of Order. What Unites and Divides Society*, The Free Press, Nueva York, 1994, pp. 86-87, siguiendo a J. G. Merquior.

[17] L. Pyenson y S. Sheets-Pyenson, *Servants of Nature. A History of Scientific Institutions, Enterprises and Sensibilities*, W.W. Norton, Nueva York, 1999.

egoísmo social que considera que muchas responsabilidades colectivas, supuestamente públicas, son más bien un deber exclusivo del poder. Sería la discutida «base social del atraso» teorizada por el sociólogo norteamericano Banfield en el sur de Italia [18]. En todo caso, si se impone la desconfianza, se hace imposible el despegue de una sociedad civil articulada [19].

Si la «nación» se componía de hábitos reconocibles e idioma diferenciado, entonces era asimismo práctica social, cuya expresión institucional era privada, pero también pública. En España, por ejemplo, se podía argumentar que las instituciones de sociedad civil catalana eran más participativas —por sus costumbres de responsabilidad, trabajo y ahorro, así como por su respeto a la individualidad, su profundo sentimiento libertario— que lo era el Estado liberal, dado el fraude electoral «caciquil», el «turnismo» abusivo, la centralización «oligárquica» del poder. Desde la tradición ideológica de la izquierda, es usual reducir este enfoque a una contraposición entre el «organicismo» societario y el liberalismo formalista e inorgánico. Pero también se planteaba así un uso del concepto de «espacio público» o «esfera pública» en contraposición a poder y soberanía fáctica. Las instituciones «públicas» más accesibles, como el municipio, se interrelacionaban con las instituciones privadas como familia o asociación, al ser locales, cercanas a la tierra y su tradición. Por tanto, familia, asociación y municipio guardaban una intensidad representativa de la que carecía el poder, algo lejano y con lógica propia o «razón de Estado». La sociedad civil, unida por hábitos, actitudes y juego idiomático, era literalmente un contra-poder en potencia, la auténtica vía de democratización [20]. De ahí, la importancia del «cuarto estado», la prensa, como vertebración del juego de opiniones desde principios del siglo XIX. El problema de fondo era que resultaba —y sigue resultando— muy difícil diferenciar entre los supuestos valores «unitarios» de la «cultura cívica» y el tejido asociativo y empresarial de la sociedad

---

[18] E. Banfield, *The Moral Basis of a Backward Society* [1958], Free Press, Nueva York, 1967.

[19] F. Fukuyama, *Trust. The Social Virtues and the Creation of Prosperity*, Penguin, Londres, 1995; R. D. Putnam (con R. Leonardi y R. Y. Nanetti), *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton University Press, Princeton (N.J.), 1992; R. D. Putnam, *Bowling Alone. The Collapse and Revival of American Community*, Touchstone, Nueva York, 2001.

[20] Véase Jürgen Habermas, *The Structural Transformation of the Public Sphere. An Inquiry into a Category of Bourgeois Society* [1962], Polity Press, Cambridge (U.K.), 1989.

civil propiamente dicha: ¿era —o es— la tolerancia, por citar un ejemplo actual, un resultado lateral del trato social y comercial o un sentimiento arraigado como criterio en la misma red de relaciones?[21]

La eficacia política de la sociedad civil, por tanto, sería decidida por su sometimiento a una *cultura cívica*, que marcaría la relación a la vez limítrofe e interactiva entre el poder liberal y las múltiples actuaciones en sentido libertario de empresas, empresarios, asociaciones y demandas sociales varias. Es un término acuñado por los politólogos norteamericanos Gabriel Almond y Sidney Verba en su obra *La cultura cívica* (1963) y devenido muy famoso. Tal como ellos resumen su argumento:

> La cultura democrática o cívica surgió como un modo de cambio cultural «económico» y humano. Sigue un ritmo lento y «busca el común denominador». El desarrollo de la cultura cívica en Inglaterra puede ser entendido como el resultado de una serie de choques entre modernización y tradicionalismo, choques con la suficiente violencia como para realizar cambios significativos, pero, sin embargo, no tan fuertes o concentrados en el tiempo como para causar desintegración o polarización. [...] Nació así una tercera cultura, ni tradicional ni moderna, pero participando de ambas; una cultura pluralista, basada en la comunicación y la persuasión, una cultura de «consensus» [sic] y diversidad, una cultura que permitía el cambio, pero que también lo moderaba. Ésta fue la cultura cívica. Una vez consolidada dicha cultura cívica, podían las clases trabajadoras entrar en el juego político y, a través de un proceso de tanteos, encontrar el lenguaje adecuado para presentar sus demandas y los medios para hacerlas efectivas [22].

En parte coincide con la idea de «civismo», venida de la Revolución Francesa (neologismo a partir del latín *cives*, ciudadano), que indica el conjunto de principios o ideales de la buena ciudadanía. En catalán, con un matiz nacionalista, sería, según el *Diccionari* de l'Institut d'Estudis Catalans: «zel pels interessos y les institucions de la pàtria». En inglés, especialmente en los EEUU, «*Civics*» sería la rama de la ciencia política que trata los asuntos públicos y los deberes y derechos de la ciutadanía. El modelo de Almond y Verba también se sobrepone a la conocida idea de «religión cívica». Se utiliza desde la Revolución Francesa, a partir del

---

[21] Véase, como indicación: M. A. Roque, «Claves sociológicas y políticas de la sociedad civil mediterránea», en A. Blanc Altemir (ed.), *El Mediterráneo: un espacio común para la cooperación, el desarrollo y el diálogo intercultural*, Tecnos, Madrid, 1999, pp. 219-233.

[22] G. Almond y S. Verba, *La cultura cívica*, Euroamérica, Madrid, 1970, pp. 23-24.

intento jacobino de establecer una devoción revolucionaria a la «Diosa de la Razón» en sustitución del catolicismo, definido éste como contrarrevolucionario. Pero también tiene un posterior giro comteano, ya que, en la futura sociedad positiva, la función espiritual y ritual sería realizada precisamente por una «religión cívica». A lo largo del siglo XIX, el ejercicio de una «religión cívica» llegó a ser una característica de la izquierda radical democrática y del obrerismo, especialmente en los países latinos, con expresiones de fidelidad a una «tradición revolucionaria» o al predominio del poder público «progresista»—es decir, idealmente en manos revolucionarias— sobre formas de religiosidad «reaccionarias», supuestamente opuestas al «progreso». Hoy en día, es un concepto utilizado por los historiadores del republicanismo para describir las liturgias, festividades, pasos y otras expresiones de veneración a un «culto» de la Razón o al racionalismo, con un sentido explícito anticlerical[23].

La cultura cívica funcionaría en buena medida gracias a la relación sostenida entre demandas sociales por servicios, la oferta de servicios públicos, la contra-oferta de servicios privados y la demanda oculta por puestos de trabajo —capaces de realizar la promoción social— que a su vez respalda la demanda por mayores servicios: en otras palabras, cuando, en la segunda mitad del siglo XIX, se solicitaba la educación pública obligatoria, se estaba pidiendo a la vez dos vías de promoción. Como es bien sabido, los mecanismos de ascenso son el motor oculto del sistema de partidos políticos. «Servicio civil» (*civil service*) es un término británico, extendido posteriormente a los EEUU, para caracterizar al personal no militar de la administración pública (o, más estrictamente, a los que no forman parte no ya de la marina ni del ejército, pero tampoco del cuerpo de legisladores ni de la judicatura); contrasta, por el tono, con el galicismo negativo «burocracia». El origen de la palabra se encuentra en los administradores no soldados de la Compañía de las Indias Orientales británica. La implicación de «civil service» es *meritocrática* (del inglés *merit system*), ya que, desde la segunda mitad del siglo XIX, se supone que las plazas son adquiridas por exámenes públicos y no por favoritismo o nepotismo. Derechos civiles o ciudadanos (*civil rights*) es una expresión de origen norteamericano, extendida a partir de la Guerra Civil de 1861-1865, para referirse a los derechos legales garantizados al in-

[23] Mona Ozouf, *La fête revolutionnaire, 1789-1799*, Gallimard, París, 1976.

dividuo por las enmiendas 13.ª y 14.ª de la Constitución de los EEUU y a otros leyes aprobadas por el Congreso estadounidense en la misma línea, que se referían especialmente a la abolición de la servidumbre involuntaria y al tratamiento igualitario respecto a «la vida, la libertad y la propiedad, bajo la protección de la ley», según la fórmula habitual.

El contrario a la cultura cívica —aunque íntimamente interrelacionado— sería lo que se podría denominar como «cultura de guerra civil». Esta parte de la noción de «guerra civil», o sea, guerra entre secciones geográficas o facciones políticas de un mismo país o Estado; es, pues, la idea de que, durante un período largo y a partir de un conflicto interno violento particularmente traumático, una sociedad quedara estructurada de forma escindida y partisana en dos (o puede que más) grandes bandos ideológicos, que, identificados vagamente con derecha e izquierda, agrupasen y resumieran las simpatías y enemistades del choque pasado. Se ha argumentado que el nacimiento de todo parlamento surgido de la experiencia histórica de una sociedad refleja esta «cultura de guerra civil», en tanto que los grandes bandos ideológicos y parlamentarios representan, al menos en parte, los criterios de las partes en la contienda civil[24]. Los ejemplos primordiales serían el Parlamento inglés de la Restauración después de 1660 o el francés, tras la Restauración borbónica el 1815. Polarización sería extrapolación en ciencia política de un término propio de la física (no reconocido en los diccionarios españoles o catalanes), que alude a cualquier impulso a girar, crecer, actuar, pensar en un sentido concreto, como si fuese el resultado de una atracción o repulsión magnética; así, la tendencia a la radicalización de posturas políticas cada vez más extremas e inclusivas que acompaña a la ruptura social y al estallido de una guerra civil. Aunque el concepto de «cultura de guerra civil» sea de evidente resultado en su aplicación a la dinámica histórico-política española, también se ha podido aplicar, por ejemplo, a Italia.

A finales del siglo XIX, empezando en los años ochenta y de forma enfocada sobre Francia, pero con extensas resonancias en Alemania, Austria-Hungría e Italia, se estableció un amplísimo debate social, cuyo único elemento aglutinador fue la insuficiencia del esquema liberal para articular una sociología *operativa*, o sea, capaz de sostener una actuación política. El cambio notoriamente

---

[24] E. Ucelay-Da Cal, «Prefigurazione e storia: la guerra civile spagnola del 1936-1939 come riassunto del passato», en G. Ranzato (dir.), *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea*, Bollati Boringhieri, Turín, 1994, pp. 193-220.

fue señalado por la aparición de la *penny press*, empresarial más que de opinión política. Regímenes de signo muy diverso respondieron con la generalización, como responsabilidad *pública*, de la educación general básica, pero sus efectos integradores fueron muy lentos. En la medida que la nueva prensa puso en duda la relación entre el diario y el partido político como estructura, se empezó a revisar las categorías de la ciudadanía y de los organismos representativos que eran la esencia de la liberal democracia desde puntos de vista muy diversos, pero que coincidían con la insuficiencia del individualismo teórico y la necesidad imperiosa de partir de categorías colectivas. En todas ellas de manera indirecta se suponía que «la sociedad» (o sea, la sociedad civil) podía aportar elementos organizativos alternativos a la legitimación individualista del poder liberal y, no digamos, a las formas estatales dinásticas con las que el liberalismo había pactado a mediados de siglo. Pero la acusación clave, por su inmediatez, era la necesidad de que los partidos políticos funcionaran de lleno en la sociedad, al margen de su relación institucional con la administración. Ello podía ir desde el rechazo al *spoils system* y sus cesantías hasta las especulaciones sobre una democracia de tipo nuevo, participativa y orgánica, en vez de meramente representativa. La teorización de la participación popular permanante se convirtió en un desafío estructural al liberalismo, que asumía el parlamento como «final de la historia» en cuanto a instituciones políticas[25].

La búsqueda de alternativas socialistas, sindicalistas o nacionalistas partía de la existencia de nuevas formas organizativas de todo tipo, desde laboral hasta empresarial, desde ideológicas hasta de ocio, que se veían formándose por doquier, más allá del monotipo liberal. Los diversos voluntarismos en circulación pretendían suceder a la función de la voluntad colectiva. Todos los esquemas partían de la suposición de que tales formas asociativas nuevas servirían para crear un poder de tipo nuevo, más público en tanto podría ofrecer a la vez más servicios y más puestos de trabajo, con promoción social ascendente incorporada, para nutrirlos. Las fronteras ideológicas eran todavía fluidas; de hecho lo continuarían siendo hasta que el incipiente triunfo bolchevique en 1917-1918 fijó una rígida escala ideológica de extrema izquierda a derecha, que se suponía reflejaba unos comportamientos característicos de las clases sociales. En efecto, la Gran Guerra actuó como un mez-

[25] De ahí la famosa controversia, un siglo más tarde, rodeando el libro: F. Fukuyama, *El Fin de la Historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona, 1992.

clador de planteamientos ideológicos, que sometió todas las eclécticas formulaciones al criterio supuestamente superior de la planificación económica y, por ende, social, criterio que de por sí puso en duda la viabilidad del liberal democrático tradicional.

La verdad es que el conjunto del pensamiento finisecular fue un batiburrillo de contradicciones. El gran personaje oracular, la figura intelectual preeminente cuya obra presidió el paso del siglo XIX al XX, fue el filósofo alemán Friedrich Nietzsche, cuyas afirmaciones se podían entender en varios sentidos, bastante encontrados entre sí. Esta dispersión de ideas —muy normal, por otra parte— vino en buena medida de la desarticulación de las certidumbres que habían dominado los años centrales del ochocientos. La relativa «crisis» de las ideas decimonónicas hizo que tanto como se afirmara la representatividad de la Corona, tal como la defendía el viejo «principio dinástico», se ironizaba a sus expensas. Para entonces, el «principio democrático» y el «nacional» se habían desvinculado y el primero había quedado separado del histórico ideal republicano. Por añadidura, se hacían visibles las primeras grietas anchas en la hegemonía consensual del cristianismo, tanto católico como protestante, camino de la amplia secularización social de que la posguerra de 1918 haría tanta gala. El impacto del evolucionismo (Darwin, Spencer, T. H. Huxley, así como el alemán Virchow) ahuyentó el cómodo creacismo de toda la vida y, con él, los tradicionales argumentos religiosos. Más allá de la presión biologista, la crítica historicista a las fuentes bíblicas (D. F. Strauss, Renan) reforzó la presión intelectual descristianizadora. Llegado el fin de siglo, por doquier en la cultura europea, en todos los continentes con predominio cristiano, incluyendo las Américas y los territorios británicos australes, se manifestaba una sed de «autenticidad», en cualquier forma.

En otras palabras, si examinamos el conjunto de ideas «nuevas» que marcaron el cambio de siglo bajo la bandera de la crítica al estrecho esquema liberal y el ensanchamiento de la perspectiva social, encontraremos una mezcolanza de argumentos contradictorios, pero, al mismo tiempo, un rechazo de la abstracción y una demanda por explicaciones en algún sentido tangibles [26]. Todas estas

[26] Para el resumen ideológico clásico: G. Masur, *Prophets of Yesterday. Studies in European Culture, 1890-1914*, Harper & Row, Nueva York, 1961; también M. D. Biddiss, *The Age of the Masses. Ideas and Society in Europe since 1870*, Penguin, Harmondsworth (U.K.), 1977; más reciente: J. W. Burrow, *La crisis de la razón. El pensamiento europeo, 1848-1914*, Crítica, Barcelona, 2001. La multiplicidad de implicaciones en M. Teich y R. Porter (eds.), *Fin de Siècle and Its Legacy*, Cambridge University Press, Cambridge (U.K.), 1990.

inovaciones representaban la concreción de supuestas realidades «genuinas» o «auténticas» que superaban el bagaje sentimental del tardío romanticismo, ya plenamente desgastado. Hay una vieja broma entre críticos literarios: a partir del poeta francés Charles Baudelaire (y su obra *Les fleurs du mal* de 1857), cualquier objeto se puede convertir en símbolo o representación de otro; Baudelaire, por añadidura, es saludado como el autor de la noción misma de «modernidad», por su artículo «El pintor de la vida moderna», escrito en 1860 y publicado en 1863. Ante el corrosivo uso de la razón crítica que era la característica aparente del acelerado mundo moderno, se ansiaban unas «teorías más allá de la teoría», meta-teorías que dieran, en lo posible, acceso a la certidumbre material y demostrable. La nueva fe, por tanto, rechazaba su carácter como tal y se prometía analítica, hasta despiadada, por ser «científica».

En el fin de siglo y a comienzos de la nueva centuria, nada parecía más agotado que el juridicismo, la abstracción del ciudadano y de los derechos universales del hombre. No existía el «hombre» genérico y sí, por el contrario, muchos animales sociales, dispuestos para su medición precisa y su incorporación en una nueva manera de entender la vida política. Para la correcta comprensión del funcionamiento social, para su comprensión como «sistema», se confiaba en progresiones lógicas, que derivaban de las nacientes «ciencias sociales»: de la perspectiva sociológica a la social o, incluso, a la «de clase»; de la perspectiva etnológica a la antropológica, biológica o hasta racial. Pero el rechazo a la sensiblería pasada de moda no significó que los contenidos románticos estuvieran plenamente superados: el viejo gusto por los «tipos», tan caro a Balzac y sus variados seguidores, tuvo una vistosa confirmación criminológica mediante la antropometría (Lombroso, Bertillon). Las tesis obreristas, entendidas como punto de partida (de Bernstein o Kautsky a Lenin o Trotski), dieron pie a mucha discusión, tanto contraria como a favor, sin que las formulaciones socialistas tuvieran en sí la trascendencia en el conjunto de la sociedad que adquirían con el triunfo bolchevique en 1917. Así, a la afirmación obrerista de la función decisiva de las «masas» (por ejemplo, Rosa Luxemburg, entre muchos otros), se podía replicar con el papel rector de las «elites» (Mosca y Pareto). Se podía descubrir la «multitud» tanto como expresión del espíritu colectivo o como una incoherente turba (Le Bon), mientras que otros (como Gabriel Tarde) buscaban la conciencia en la formación o manipulación de la «opinión pública». En el debate amplísimo que enfrontó a socialistas alemanes y sindicalistas italianos sobre la «huelga general» o «de

masas», se destacó el voluntarismo de considerar tal instrumento de «lucha de clase» como un «mito» (Sorel).

Muchos observaron la rápida urbanización, los inmigrantes atraídos a las ciudades recién electrificadas, y temieron la pérdida de identidad y el «desarraigo» (Barrès); otros, como los llamados «austro-marxistas» quisieron teorizar la nacionalidad como un portátil atributo ciudadano (Otto Bauer, Renner). Estudiosos alemanes teorizaron la divisoria entre la comunidad y la asociación económica (Tönnies) o los delicados roles sociales que exigía el paso de tal frontera social (Simmel). Se especuló sobre las implicaciones psicosociales del poder (Max Weber, Alfred Adler, hasta Lenin) o sobre el componente religioso oculto en el corazón de la modernidad (otra vez Weber, Tawney). Se insistió en las tendencias oligárquicas escondidas en todos los comportamientos (Michels, Veblen e, incluso, el español Joaquín Costa). La introducción creciente en el marco continental europeo del vocabulario político anglo-americano basado en el *selfhood* (*self-government*, *self-determination*) lo desvinculó de su fondo teológico protestante (las muy tardías traducciones de Carlyle y Emerson al castellano, por ejemplo) y dio un nuevo sentido de profundidad a la lectura democratizadora de las instituciones liberales. Ello mediante, se podía insistir en el imperativo moral del pacifismo o profundizar en la crítica al expansionismo imperialista occidental (J. A. Hobson) y el trato abusivo a poblaciones en teoría «protegidas» por la tutela colonialista (E. D. Morel). El sufragismo femenino inglés, creciente en intensidad con el nuevo siglo, sirvió para remarcar enfoques postfeministas diversos hasta la conciencia de minorías sexuales (Kraft-Ebbing, Freud). Se temían los excesos del «decadentismo», preocupado por la sensibilidad tan extrema hasta resultar enfermiza (por ejemplo, D'Annunzio), pero los jóvenes, entrado el nuevo siglo, llamaron a asumir el gusto por la mecanización (Marinetti, Apollinaire), que otros consideraban expresión de una energía vital (Bergson). Hasta se pudo criticar la falta de sensibilidad humana en la ideología al uso (Oscar Wilde).

Como conjunto cultural, criticado en su día como «degeneración» (Max Nordau, como primero en una larga lista), el pensamiento «modernista» fue reevaluado con radicalidad pasada la Gran Guerra, y muy especialmente a la luz del fascismo y, eventualmente, de Hitler, como una opción que forzosamente llevaba al holocausto (las trincheras en 1915 o el genocidio en 1941) y al apocalipsis, el hundimiento definitivo de la «sociedad burguesa». Se quiso ver la perspectiva descoyuntada, fraccionada y contrapuesta del arte vanguardista de la preguerra una prefiguración o hasta una

profecía del desquicio de la vida europea de la posguerra[27]. Se señaló cómo los pintores cubistas o futuristas anticiparon el camuflaje de la Gran Guerra. Andando el tiempo, otros apuntaron como la búsqueda wagneriana del *Gesamtkustwerke*, la obra unitaria que unificara todas las artes, llamada estética que presidió el fin de siglo, se realizó en los años treinta con el cine musical y en color. Y, efectivamente, el gusto por la «vida como arte» encontró su realización perversa en la escenificación estética de la vida política que los fascismos llevaron al paroxismo, de forma acumulativa, en el período de entreguerras.

En realidad, las inquietudes intelectuales y estéticas del «modernismo» a partir los años ochenta apuntaron en muchas direcciones a la vez. Es habitual, aun hoy, insistir en el triunfo del «irracionalismo» que oscureció el panorama finisecular europeo. Pero queda por demostrarse la supuesta racionalidad de las formas liberales anteriores, si por ello se entiende el engarce de las ideas con la realidad. Gracias a las diagnosis múltiples del cambio de siglo, el individuo calculador y equilibrado subyacente al modelo liberal se revelaba como un neurótico desesperado, impulsado por mecanismos internos inconscientes y sometido a reglas sociales de comportamiento escasamente percibidas. Sea como fuera, todo este cruce de tesis y de antítesis, de ideas y de formulaciones contrarias, forzosamente se situaba en el espacio de la sociedad civil, marcando sus límites y delimitando sus formas estructurales.

Desde los puntos de vista más dispares, nietzscheanos o marxistas, promotores del protagonismo de intelectuales como portavoces intrínsecos de castas, razas o clases, se suponía que la sociedad estaba esencialmente en lucha consigo misma, condenada así, cuando no forzada biológicamente, al combate a facciones o sectores en su seno. Asimismo, se daba por supuesto que las divisiones señaladas eran naturales, irremisibles por la intensidad de su definición socialmente asumida, su *identidad*, o por la atracción de sus vínculos interiores. La manera de incorporarse como agrupación a la sociedad civil contrapuesta al poder público debía condicionar, con férreos lazos, los axiomas que la justificaban en tanto que expresión de un trozo injustamente oprimido de la sociedad. *Pays réel* contra *pays legal*, etnia contra imperio, sindicatos contra trusts, todo sumaba la suposición de que la vida social no era más, en verdad, que guerra civil, mal tapada por la «farsa» del parla-

[27] F. Haskell, «Art & the Apocalypse», *The New York Review of Books*, vol. XL, n.º 13, 15 julio 1993, ps. 25-29.

mentarismo liberal y una «cultura cívica» que no llegaba a la «gran masa» de la población y que era, en consecuencia, doctrina falsa, meros argumentos para forjar la cadena opresiva de la sujeción. La guerra civil sólo sería superable por el acceso a la *autenticidad*, una cultura política más orgánica que cívica, absoluta, *total*, capaz de absorber a sus contrarios y fundirlos con su intenso calor.

La búsqueda de la autenticidad, pues, ha sido la etimología de todos los movimientos de masas del siglo XX. Antes de la Primera Guerra Mundial, para la opinión radical, fuera de izquierdas o de derechas, la raíz de lo auténtico solamente podía encontrarse en la sociedad civil frente al Estado. Confirmada, en la posguerra, la posibilidad de acceder al poder con versiones remozadas, hasta endurecidas de los ya viejos argumentos, la legitimación del desprecio por las formas inorgánicas de representación electoral se encontró en el deber de una fuerza para tomar control del poder y completar la sociedad civil allá donde fuera insuficiente, pobre, desigual. En este impulso por realizar la redundancia, por edificar lo *auténticamente auténtico*, en su pureza, se concretó la justificación de la inventada naturaleza *totalitaria* de un poder entendido como nuevo, original, sin más lastre del pasado que el que se considerara necesario para mantener la anhelada esencia. La paradoja, por supuesto, fue la destrucción de la sociedad civil en nombre de su perfeccionamiento.

II. LA REINVENCIÓN DEL PODER COMO «PROCESO CONTINUO» DESDE LA SOCIEDAD CIVIL EN EL CAMBIO DE SIGLO

Se ha querido ver el proceso decisivo dentro de la transformación modernizadora de las sociedades más o menos «avanzadas» como una «revolución del control», sucesora de la «revolución industrial», que estableció el criterio superior de programación en los transportes y, de ahí, en la industria, para llegar, por extensión, a la ambición del «proceso continuo», desde las materias primas hasta el consumidor, preparado u «organizado» este último mediante la publicidad. Así lo ha presentado un historiador de las comunicaciones, James R. Beniger, en un influyente estudio que pretende entender las raíces históricas de la «revolución informática» de finales del siglo XX[28]. Su interpretación puede dar pie a una hipótesis

[28] J. R. Beniger, *The Control Revolution. Technological and Economic Origins of the Information Society*, Harvard University Press, Cambridge (U.S.), 1986.

que ayude a situar con mayor perspectiva las muchas y eclécticas voces finiseculares europeas que criticaban el Estado liberal desde la contradictoria experiencia de la sociedad civil.

Según Beniger, se puede seguir la «revolución del control» desde la formulación de los primeros horarios de ferrocarril a su aplicación en la industria metalúrgica, con interacciones fabriles complejas, como el hecho de que los mataderos de cerdos, que colgaban los animales muertos de un gancho en movimiento para que se fueran haciendo las diversas operaciones de desguace, sirvieron como el modelo para la cadena de montaje de Ford, en la que, justo al revés, al chasis se iban añadiendo todos los componentes del coche hasta que estuviera acabado el automóvil. Las grandes empresas de la alimentación norteamericana en los años noventa del siglo XIX fueron las pioneras en la creación de demandas para productos transformados nuevos mediante anuncios sistemáticos, que las décadas sólo ampliaron, al ofrecer cada vez mayores medios de comunicación para promover bienes innovadores e identificarlos como marcas instantáneamente reconocibles mediante imágenes, pequeñas rimas y, finalmente, mediante la radio en los años veinte, cancioncillas pegadizas. Así, el horario de trenes se extendió, mediante Taylor y sus muchos imitadores, a la rutina del trabajo fabril y, en último extremo, hasta el consumidor, que aseguraba la absoluta continuidad del «sistema» [29].

Es un esquema sugerente, pero que carece de un componente imprescindible: su intrínseca dimensión política. En el tratamiento historiográfico tradicional, la dimensión programadora ha sido tapada por los dos enfoques clásicos ante la dinámica del desarrollo: la contraposición de la resistencia frontal al control —es decir, el obrerismo y movimientos adyacentes— a la aceleración de la invención, o sea, a la historia tecnológica [30]. Sin duda, estas dos perspectivas —en especial la primera— han dominado la historiografía del siglo XX y sus aportaciones están más que vistas. Pero qué duda cabe que la «revolución del control» (si tal generalización ha de resultar un instrumento interpretativo útil), se debe situar en su contexto ideológico y no simplemente en función de la «tecno-

[29] La dinámica internacional de taylorización en M. de Montmollin & O. Pastré, *Le taylorisme*, La Découverte, París, 1984; también F. W. Taylor, *Management científico* [1911], Orbis, Barcelona, 1986.

[30] D. Landes, *The Unbound Prometheus. Technological Change and Industrial Development and Western Europe from 1750 to the Present*, Cambridge University Press, Cambridge (U.K.), 1969; también T. K. Derry y T. I. Williams, *Historia de la tecnología*, Siglo XXI, Madrid, 1977-1987, 5 vols.

cracia» y el sueño utópico del poder en manos de ingenieros o sus sucedáneos políticos [31]. Beniger argumenta su modelo basándose casi exclusivamente en los EEUU, como sociedad capitalista «perfecta», libre de lastres señoriales y recuerdos históricos engorrosos. Planteado para las sociedades europeas, el impacto de su «revolución» sería más prolongado y más contradictorio. El despegue de la «revolución del control» en los años setenta y ochenta del siglo XIX —mejor dicho, la primera «crisis de control», planteada en los setenta y resuelta empresarialmente en la década siguiente— coincidió tanto con el «nuevo imperialismo» que impuso los rudimentos del modelo de Estado europeo sobre el globo (la llamada «carrera por las colonias»), al mismo tiempo que la invención de la bombilla incandescente a finales de los años ochenta empezó a transformar la vida urbana en las grandes ciudades industrializadas, de forma que potenciaba la expansión de la sociedad civil: ¿cómo podría haber movimiento obrero organizado sin una eficacia en los transportes (para mejor aprovechar las escasas horas tras el trabajo) y sin lugares iluminados para reunirse? El auténtico despegue de la publicística comercial se daría a partir de los años noventa, con su eventual efecto de rebote sobre la articulación ideológica. Tras casi un siglo de «revolución industrial» fijada en el taller de producción, con un obrerismo hecho a la medida de tales preocupaciones, el sector comercial exigía ser tomado en consideración, lo que provocó corrientes disidentes en la misma izquierda radical-demócrata u obrerista. El cambio de siglo, por tanto, trajo a la Europa urbana e industrial todos los elementos para una reorganización de las demandas políticas, de forma coincidente con las primeras percepciones empresariales sobre la necesaria toma de «control» sobre sus procesos de producción y comercialización. Desde muchos puntos de vista, se hacía urgente una redefinición social de la función pública, con lo que el Estado se ajustaría a los cambios que eran perceptibles en la sociedad civil pero que no lo eran desde las categorías estrictas de la política liberal (o incluso pre-liberal). Por su rigídez y su inadaptabilidad a un ritmo de cambio palpable, obreros y patronos, intelectuales y oficinistas, consideraban que el Estado, visto como opresivo desde enfoques socialistas, nacionalistas o ultrademocráticos, debía responder a las

---

[31] W. H. G. Armytage, *The Rise of the Technocrats*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1965; J. Meynaud, «Tecnocracia y política», en su *Problemas ideológicos del siglo* XX, Ariel, Barcelona, 1964; J. Billy, *Les technocrates*, PUF, París, 1975.

inquietudes visiblemente presentes en la sociedad civil. El sufragismo feminista, tan poderoso en Inglaterra en las vísperas de la Gran Guerra, sirve como muestra de tales críticas [32]. Al mismo tiempo, sin embargo, cada uno de estos sectores entendían a la sociedad civil en su propia imagen y, por lo tanto, la tachaban de escasamente representativa, «burguesa» para los obreristas o las izquierdas, peligrosamente «subversiva» para empresarios y, más aún, para terratenientes y aristócratas que podían desconfiar del mismo liberalismo desde tesis todavía absolutistas. Así, todos, a su manera, pensaban en la potencial purga de la sociedad civil, para librarla de las presencias nocivas y asegurarse su propio monopolio; para tal operación, ni que decirlo, era necesario el poder. Las contradicciones, en el mundo ideológico europeo previo a 1914, estaban servidas. Este coro —o cacofonía— de demandas se podría resumir como la acción de la parte «sana» de la sociedad civil actuando sobre el poder de forma revolucionaria, con lo cual el nuevo Estado, saneado y convertido a la buena causa, «completaba» la sociedad civil en función de la tesis originaria. Todas las corrientes, cada una por su parte, predicaban lo mismo.

Situemos en una mejor perspectiva histórica la tesis de la «revolución del control». No se vive el impacto del desarrollo tecnológico directamente ni en toda su amplitud, sino que son los avances en la comunicación los que son percibidos socialmente. Pero la multiplicación de formas de comunicación, sea en el transporte físico o en el traspaso de información, tiene implicaciones diferentes para el poder y la sociedad. El despegue de las comunicaciones entre el siglo XIX y el XX (el ferrocarril, los barcos de vapor, las mejoras en la construcción de carreteras, el telégrafo, el teléfono, la radio) permitieron una mayor centralización del poder, con lo que nació el Estado tal como lo conocemos. Hasta que la comunicación no permitió el diálogo en tiempo real entre jerarquías superiores e inferiores, la Corona más absolutista por fuerza tenía que delegar el poder y hablar de autonomía, era un anacronismo: el control desde un centro vertical sólo era tan eficaz como su servicio de correos, medido en días o, según a qué distancia, en semanas [33]. *Así, cada nueva aportación técnica inspiró de inmediato la con-*

---

[32] G. Dangerfield, *The Strange Death of Liberal England, 1910-1914* (1935), Perigree, Nueva York, 1980.

[33] D. Headrick, *Los instrumentos del Imperio*, Alianza Editorial, Madrid, 1989; D. Headrick, *The Invisible Weapon. Telecommunications and International Politics, 1851-1945*, Oxford University Press, Nueva York, 1991.

centración de autoridad, mediante la jerarquización efectiva del «proceso de toma de decisiones». Pero si la expansión comunicativa ha sido la fuerza motriz en la edificación del «*Machtstaat*» del siglo XX, su efecto sobre la vida social ha sido diametralmente opuesto, pues el acceso a la tecnonología «complejifica», sin parar, el tejido de la sociedad [34]. A pesar de lo que digan los economistas, no se vive el mercado, sino es a través de la sociedad civil, sea como bolsa, banco, empresa, fábrica, negocio comercial mayorista o minorista. Si, en el lenguaje norteamericano, una «corporación» es una gran compañía por acciones, en la tradición mercantil continental europea, por el contrario, es el encuadramiento de un sector profesional; ambos sentidos juntos, sin embargo, definen los extremos de la sociedad civil [35]. *Y, al calor de las tecnologías de comunicación, como expresión tangible de la sostenida expansión de la suma total de la tecnología, la sociedad civil se multiplica mediante la división y sub-división exponencial, de tal modo que la inventiva del mercado va siempre por delante de la voluntad reguladora del estado centralizador y omnímodo.* A cada paso técnico, se fragmenta la unidad de la sociedad civil en nuevas entidades creadas para oportunidades nuevas de trato, de producción o de servicios. las ofertas generan contra-ofertas, normalmente de tipo diverso.

No existe, pues, el unívoco «mercado de masas», sino el progresivo fraccionamiento de mercados cada vez más especializados: obsérvese, como muestra, el «mercado infantil» surgido en la segunda mitad del siglo XIX y su separación en ofertas cada vez más concretas de productos para franjas de edad cada vez más especificadas a lo largo de la centuria siguiente. Además, en la nueva comercialización expansiva decimonónica, los patrones de compra eran inherentemente democratizadores, en tanto que obviaban las históricas distinciones de clase y establecían el dinero como único criterio rector, proceso que ha sido caracterizado, para Francia, como el paso «del lujo a la solidaridad» [36]. Pero el

---

[34] J. L. Casti, *Complexification*, Harper Collins, Nueva York, 1994.

[35] La formulación clásica del modelo norteamericano: P. F. Drucker, *The Concept of the Corporation* [1946], Mentor, Nueva York, 1964; se puede contrastar con S. Giner & M. Pérez Yruela, *La sociedad corporativa*, CIS, Madrid, 1979; también M. Pérez Yruela y S. Giner (eds.), *El corporativismo en España*, Ariel, Barcelona, 1988.

[36] R. H. Williams, *Dream Worlds: Mass Consumption in Late-Nineteenth-Century France*, University of California Press, Berkeley (Cal.), 1982; en general, para el contexto: M. Martin, *Trois siècles de publicité en France*, Odile Jacob, París, 1992, Caps. 4-8.

centro del proceso de desarrollo de la comercialización masificada estuvo, muy famosamente, en EEUU, gracias a la publicidad comercial[37]. La pauta ritual la da la progresiva invención y posterior mundialización de la Navidad postcristiana, que de celebración menor coincidente con la temporada de carnaval pasó a ser *la* fiesta de la modernidad comercial y la celebración del consumo[38]. La comercialización masiva, para llegar a «sociedad del consumo» implicaba un cambio de valores por parte del consumidor en ciernes, dispuesto al recambio y a someterse al juego de las sensaciones promocionales, algo que no llegaría hasta mediados del siglo XX, ejemplificado por la electrificación madura y los electrodomésticos[39]. Esto último fue la esencia del sueño comunista, de Lenin a Mao, que reiteradas veces definieron su objetivo en términos de la plena electrificación como función de regimentación igualitaria. *Se abre, por tanto, la pregunta: ¿fue el camino al consumismo un fenómeno esencialmente político fuera de EEUU, en países con un desarrollo muy inferior como, por ejemplo, Italia y España o, a pesar de su poderosa industrialización productiva, hasta en Alemania?*

Si la pulsación estatal, ante el desarrollo tecnológico hecho visible por las comunicaciones, ha sido de centralización, mientras que la interacción sociedad civil y mercado ha llevado un ritmo acelerado de sudivisión exponencial, entonces la dimensión política, vista desde el consumo político, está partida. Si el «mercado de masas» es sólo un resumen de una tendencia fraccionadora, luego tampoco existe la «política de masas» si no es a la sombra del Estado. Por el contrario, en la sociedad civil, la «política de masas» se manifestaría mediante fraccionamientos mayores de la representación, que es su fundamento, en función del acceso a la participación, anhelo que ha motivado todos los movimientos «de

---

[37] S. Strasser, *Satisfaction Guaranteed. The Making of the American Mass Market*, Smithsonian Institution Press, Washington D.C., 1989; J. Lears, *Fables of Abundance. A Cultural History of Advertising in America*, Basic Books, Nueva York, 1994; P. Walker Laird, *Advertising Progress. American Business and the Rise of Consumer Marketing*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore (Md.), 1998.

[38] S. Nissenbaum, *The Battle for Christmas*, Knopf, Nueva York, 1996; también D. Miller (ed.), *Unwrapping Christmas*, Oxford University Press, Oxford (U.K.), 1993.

[39] J.-P. Céron y J. Baillon *et al.*, *La sociedad de lo efímero*, Instituto de Estudios de la Administración Local, Madrid, 1980; también G. Katona, *La sociedad de consumo de masas*, Rialp, Madrid, 1968; J. Baudrillard, *The Consumer Society. Myths and Structures* [1970], Sage, Londres, 1998.

masa» de uno u otro signo ideológico. Al concebirse como ampliación se piensa en magnitudes «macro» lo que se vive como dinámica «micro».

En resumen, por lo tanto, la concentración tecnológica del Estado, como organización vertical, genera la homogenización cultural como subproducto, favoreciéndo la simplificación de mecanismos de trato como medio espontáneo, natural, de reforzar su eficacia y, por ende, su poder. En marcada contraposición, la sociedad civil genera la heterogeneización cultural como derivado automático de su natural tendencia a la dispersión horizontal y lateral. Tanto es así que se ha argumentado que la velocidad del ferrocarril introdujo la fragmentación de la imagen como perspectiva estética innovadora de la modernidad, al mismo tiempo que se sucedían ansiedades múltiples sobre los peligros de la mecanización de la vida humana[40]. Hasta en EEUU, la mecanización de los pasatiempos, incluída la música y el cine, compartidos en público aceleró miedos mecanizadores y deducciones racistas en las décadas a partir del cambio de siglo[41]. Estas maravillas innovadoras necesariamente tuvieron un mayor impacto utópico —y mayor ansiedad— en sociedades más agrarias, menos urbanizadas, en la medida que se introdujeron. Hay que comprender que la exportación de las formas sociales avanzadas fue más cuestión de *software*, de mentalidades, que de *hardware*, de la tecnología punta en sí, como maquinaria, pero que, paradójicamente, la mecanización y el ingenio ante la producción mecanizada se erigieron como medida de civilización en un sentido absoluto, de superioridad e inferioridad[42]. La conciencia del subdesarrollo se anticipó a la exigente concienciación de que era necesaria la adaptación de comportamientos al desarrollo. Una respuesta posible, pues, fue la busca de atajos a la modernización, caminos acelerados que eran por fuerza políticos. Otra respuesta, no desligada de la anterior, fue el miedo. De manera creciente, sobre todo a partir del final de la Primera Guerra Mundial, la «americanización» se erigió en un peligro tan amenazador para los europeos como cualquier proceso

---

[40] J. Wosk, *Breaking Frame. Technology and the Visual Arts in the Nineteenth Century*, Rutgers University Press, New Brunswick (N.J.), 1992.

[41] D. Nasaw, *Going Out. The Rise and Fall of Public Amusements*, Basic Books, Nueva York, 1993.

[42] T.H. Von Laue, *The World Revolution of Westernization. The Twentieth Century in Global Perspective*, Oxford University Press, Nueva York, 1987; M. Adas, *Machines as the Measure of Men. Science, Technology, and Ideologies of Western Dominance*, Cornell University Press, Ithaca (N.Y.), 1989.

de reordenación política, fuera autóctono u «oriental» y bolchevique[43].

Ante el descontrol potencial de la sociedad civil, la ambición de la «producción continua» creó un marco ideológico que propició la exaltación de la función tanto aceleradora como reglamentadora del poder público. Ese marco ideológico combinó las muchas ideas de preguerra sobre la reordenación de la sociedad desde la misma sociedad con las primeras experiencias de planificación durante la Gran Guerra, para crear un ambiente intelectual del todo favorable a experimentos «totalitarios», entendidos éstos como innovadores, superaciones de la supuesta confusión del mercado y de la sociedad civil. Visto desde el argumento de Baniger, tanto el fascismo como el bolchevismo serían vías utópicas, basadas en la experiencia de la Primera Guerra Mundial, para controlar o dominar el propio «control», según las recetas nutridas por la especulación sobre la sociedad civil y sus funciones renovadoras que se elaboraron en el veintenio anterior a 1914.

El fondo utópico entre ambas corrientes —y, por tanto, presente en su comparación—, especialmente en el sentido que comentamos, incluso tuvo, en su día, al final del período de entreguerras, una expresión teórica. La idea de la «burocratización» universal fascinó en especial a ex trotskistas, salidos de la exigente disciplina del «profeta» y dispuestos a intepretar el mercado capitalista a la luz del marxismo, para redescubrir a su manera las teorizaciones tecnocráticas que estaban en circulación desde hacía un par de décadas[44]. Sus formulaciones fueron desechadas por reduccionistas, pero apuntaban a la posibilidad de incorporar el anhelo rector de comunistas y fascistas al conjunto de la experiencia «de masas» o «corporativa» que ha sido la tendencia dominante en la interacción entre sociedad civil y Estado dentro del liberalismo democrático a lo largo del siglo XX.

---

[43] En general: H. Koht, *La influencia americana en Europa*, Editorial Hispano-Europea, Barcelona, 1957; G. Herm, *USA conquista Europa*, Noguer, Barcelona, 1969; J. Martin Evans, *America. The View form Europe*, W.W. Norton, Nueva York, 1976; F. Costigliola, *Awkward Dominion. American Political, Economic and Cultural Relations with Europe, 1919-1933*, Cornell University Press, Ithaca (N.Y.), 1984; también: J.-L. Cohen, *La temptació d'Amèrica. Ciutat i arquitectura a Europa, 1893-1960*, CCCB / Diputació de Barcelona, Barcelona, 1996. Para el protagonismo norteamericano: P. Patton, *Made in USA*, Penguin, Nueva York, 1993; B. Bryson, *Made in America*, Minerva, Londres, 1995.

[44] Bruno Rizzi, *la burocratización del mundo* [1939], Península, Barcelona, 1980; James Burnham, *The Managerial Revolution*, John Day, Nueva York, 1941.

Resumiendo, tanto el fascismo como el bolchevismo pretendieron ser la confluencia activa de críticas intelectuales y sentido práctico militante. Representan un intento, por definición fallido desde su incepción, por controlar, desde la centralización del poder, la expansión exponencial del mercado y de su plasmación tangible, la sociedad civil. Pero también indican la aparición en política del «consumidor activo» capaz de exigir novedades en función de los discursos eclécticos de preguerra, a los que, ahora, se podían aplicar las experiencias *positivas* —planificadoras a gran escala o estimuladoras de la inciativa grupal en el combate— propias de la guerra pasada[45].

III. TÉCNICAS BÉLICAS APLICADAS EN LA VIDA CIVIL

La Gran Guerra tuvo múltiples efectos indirectos sobre las formas de vida europeas. Significó, por ejemplo, la cima de la religiosidad cristiana tan visible en el siglo XIX y que entraría en sutil regresión con las décadas posteriores. Aunque parezca paradójico mirando el futuro político en el período de entreguerras, la contienda consagró el liberalismo democrático y la muerte del «principio dinástico», hasta entonces tan importante. Fue el evento decisivo del nuevo siglo, que marcó los patrones económicos —y, entre ellos, la planificación, a la vez pauta práctica y utopía— para el grueso del siglo venidero[46]. La convicción de que los mecanismos planificadores podían ir más allá de la coordinación y la predictabilidad para realizar la «guerra total» fue un efecto generalizado de la contienda, cuyo resultado más espectacular fue la economía de mando centralizado establecida por los bolcheviques a partir de 1920.

Esta coyuntura empresarial de posguerra, para Beniger, sería la segunda gran «crisis de control», resuelta en Estados Unidos mediante el ejemplo ofrecido por la gran «corporación» o empresa vertical ejemplificada por General Motors bajo la dirección de Alfred P. Sloan, con una efectiva retroalimentación de las demandas hacia la oferta de productos diferenciados[47]. El reajuste europeo dio un sentido bien diferente a la noción corporativa, que, en marcado

---

[45] Véase los ensayos en M. Bianchi (ed.), *The Active Consumer. Novelty and Surprise in Consumer Choice*, Routledge, Londres, 1998.

[46] P. Temin, *Lecciones de la Gran Depresión*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.

[47] P. F. Drucker, *op. cit.*, Cap. 2; J. R. Beniger, *op. cit.*.

contraste con la tendencia estadounidense hacia la manipulación indirecta, mediante la publicidad, tiró hacia la insistencia en formas autoritarias entre paternales y confrontacionales[48]. Por supuesto, el uso de la propaganda fue intenso a ambos lados del Atlántico, pero las grandes aportaciones de Sloan —la creación de la marca empresarial para orientación del consumo, el empaquetamiento para inducir la atracción de los consumidores, la diferenciación arbitaria de los productos, la publicidad nacional masiva, la eliminación de los intermediarios— marcaron la diferencia estructural con lo que sería las grandes innovaciones del fascismo en Italia, donde se recurrió a medios políticos y paraestatales para obtener los mismos resultados de integración vertical y noción del combate social[49]. El despliegue teatral de camisas y uniformes, asociaciones verticales de grupos demográficos diversos y, en general, la escenografía fascista, esencial para la identidad misma del movimiento y, sobre todo para el «Estado movimental», representan un fracasado intento estatal, monopolista, público, *impuesto a la sociedad civil*, por realizar la identificación de la marca, la publicidad nacional masiva, la eliminación de los intermediarios, el empaquetamiento para fascinación del consumidor, la diferenciación arbitraria de productos para facilitar una falsa competición interna y los demás resultados conseguidos por el sector *privado* en un marco de libre competencia, o sea, actuando mediante la publicidad en la sociedad civil. En otras palabras, la ambición de realizar la «producción continua», que se fijó en el pionero mundo empresarial norteamericano como un ciclo cerrado de los proveedores de la producción y, mediante los anuncios sistemáticos, hasta los consumidores, se quiso realizar desde fuera de la economía, en la vida política y en la relación de la ciudadanía con un Estado avasallador que prometía cumplir eventualmente, desde la seguridad del poder, con ese mismo ciclo cerrado «continuo». Hasta podría considerarse el fascismo, en este sentido, como un efecto de retroalimentación negativa y sorpresiva, fenómeno característico de la aplicación social de tecnologías con esperanzas optimistas y suposiciones gratuitas[50].

[48] C. S. Maier, *Recasting Bourgeois Europe. Stabilization in France, Germany and Italy in the Decade After World War I*, Princeton University Press, Princeton (N.J.), 1975.

[49] J. R. Beniger, *op. cit.*, Cap. 8; véase W. Ollins, *Corporate Identity*, Thames & Hudson, Londres, 1989, para conceptos de marca como «monolithic identity».

[50] E. Tenner, *Technology and the Revenge of Unintended Consequences*, Vintage, Nueva York, 1997; también H. Pterovski, *The Evolution of Useful Things*, Knopf, Nueva York, 1992.

Al mismo tiempo, la Guerra Mundial transformó las maneras de percibir lo que iba pasando. Los cambios de sensibilidad se hicieron visibles de inmediato. En Londres, una ciudad en 1904 con 11.000 coches cabriolé de caballos de alquiler y tan sólo dos taxis de motor, que, seis años después, tenía 5.000 cabriolés contra 6.300 taxis automóviles, un explorador ártico, de vuelta a la capital inglesa tras una expedición, podía remarcar que el acre y característico olor a excremento caballar casi había desaparecido [51]. Con la invención del reloj de pulsera a principios del siglo XX y su aplicación a la coordinación militar por el general británico Kitchener en la fase decisiva de la Guerra de los Bóers, el tiempo diario, obsesión creciente en función del «control» gracias a la taylorización, se convirtió en una conciencia personalizada del horario; el establecimiento de un horario anual de luz diurna durante la contienda mundial acabó de desvincular todo esfuerzo del ciclo de luz natural [52]. La invención y rápido perfeccionamiento del automóvil a partir de los años noventa igualmente eliminó la imagen de la vida humana marcada al ritmo animal e instituyó una conciencia de velocidad que remitía en sus orígenes al ferrocarril, pero que ahora adquiría por primera vez plena autonomía, por su capacidad de aceleración. La expresión directa, en el terreno, estético, fue el futurismo [53]. En la posguerra se podía ya distinguir —como hizo el crítico social Francis Delaisi en un famoso ensayo, titulado *Les deux Europes* (1929)— entre una zona todavía basada en la tracción de sangre y otra motorizada [54].

La Guerra Mundial, por tanto, tuvo consecuencias directas en todos los ámbitos de producción de alta cultura. Y generó la gran mezcla competitiva entre alta y baja cultura que ha caracterizado el resto del siglo XX, si bien lo hizo en función de las formulaciones ideológicas que habían dominado la vida intelectual y política en los veinticinco años anteriores, desde 1889 hasta 1914 [55]. Todo el mundo se dio cuenta de inmediato de las implicaciones del cambio, hasta convertir la observación en un tópico. Como comentó el «socialista catalanista» Gabriel Alomar, con un conservadurismo es-

[51] F. Spufford, *I May Be Some Time. Ice and the English Imagination*, Picador USA, Nueva York, 1999, p. 242.

[52] J. R. Beniger, *op. cit.*, pp. 327-329; M. O'Malley, *Keeping Watch. A History of American Time*, Smithsonian Institution, Washington D.C., 1990.

[53] A. Rabinbach, *The Human Motor. Energy, Fatigue and the Origins of Modernity*, University of California Press, Berkeley, 1992.

[54] F. Delaisi, *Les deux Europes*, Payot, París, 1929.

[55] K. Varnedoe y A. Gopnik, *High & Low. Modern Art and Popular Culture*, Museum of Modern Art, Nueva York, 1991.

piritual muy propio en 1918: «Se ha hablado mucho de una subversión total causada por la guerra en la literatura. Nos hemos acostumbrado tanto a considerar esta guerra como el límite entre dos edades, que le atribuimos una especie de poder mesiánico, capaz de transtornar el mundo y la Humanidad. Hasta ahora no hay trazas de una renovación, dígase lo que se quiera. La guerra es una especie de telón de fondo para la continuación del mismo drama espiritual de *avant guerre*»[56]. Puede que el escenario o hasta el teatro siguiesen igual, pero la manera de comportarse los actores había cambiado para siempre.

Desde el primer momento, de hecho a partir de la invasión alemana de Bélgica el 3 de agosto del 1914, el conflicto se convirtió en una guerra de propaganda. Cuanto más «total» fuera la lucha, más intelectualizada se haría, y más se esperaba que la máquina de escribir del autor y la paleta del artista se pusieran al servicio de la causa como una arma más. En cuanto la contienda se estancó en el frente del Oeste en el invierno de 1914-1915, franceses y británicos, por un lado, y alemanes, por el otro, hicieron un esfuerzo considerable de seducción publicitaria para ganarse los sentimentos y la opinión de los países neutrales, ya que la incorporación de éstos era vista por unos y otros como el camino más veloz a la victoria. Después, en los años 1915-1916, la relativa y mutua estrangulación económica de los aliados y de los imperios centrales, entre el bloqueo británico y la campaña submarina germánica, obligó a intensificar el esfuerzo propagandístico, no solamente hacia afuera, hacia los neutrales suministradores de materiales para ingleses y franceses, sino cara a las poblaciones civiles de los mismos beligerantes, para que soportasen los inconvenientes y las penurias, mantuviesen la producción o la financiesen con sus ahorros. Todo esto significó una movilización de la cultura para fines bélicos tan innovadora y tan brutal en sus resultados como sería la aplicación de la ametralladora en el campo de batalla[57].

Las nuevas técnicas de publicidad y comunicación, que habían dominado el fín de siglo y la primera década de la nueva centuria, se aplicaron al control de la opinión interna y en la captación de las

[56] G. Alomar, *El Frente espiritual*, Casa Editorial Monclús, Tortosa, 1918, p. 3.

[57] Un retrato impresionista: J. Williams, *The Home Fronts, 1914-1918*, Constable, Londres, 1972; más sistemático: J.-J. Becker y S. Audoin-Rouzeau (dirs.), *Las sociétés européens et la guerre de 1914-1918*, Publications de l'Université de Nanterre, Nanterre, 1990; más dedicado a la logística: G. Canini (comp.), *Las fronts invisibles: nourrir-fournir-soigner*, Presses Universitaires de Nancy, Nancy, 1984.

simpatías neutrales: el cartelismo de alto impacto visual (combinación de los recién inventados tintes de anilina y de su aplicación en la litografía industrial), la prensa barata y de gran consumo (fruto de la mecanización del diario), con sus «extras», como la especial ilustración dominical, los comics, el fotoperiodismo, para llegar hasta la jovencísima industria cinematográfica, con poco más de diez años de existencia. Lo que hasta entonces había estado orientado hacia la creación de un nuevo tipo de mercado de consumo intensificado en las ciudades, ahora se dirigió hacia la manipulación a la más gran escala de los sentimientos ciudadanos. Se produjo así, en todos los países beligerantes y para extensión en los neutrales, un bombardeo de carteles, caricaturas, cuentos, poemas, obras de teatro, novelas, ensayo, historia, periodismo sensacionalista y de altura, corresponsalías, en resumen, todo lo que sirviese para convencer, sin olvidar a los cromos de chocolate para los más pequeños o las cajitas de jabón para las jovencitas [58]. En Gran Bretaña o en Francia, este impulso fue el resultado de la coordinación de intelectuales con periodistas. Pero, significativamente, los EEUU, país pionero de la publicidad, puso un experto, George Creel, a regentar la guerra de opinión norteamericana [59].

Este esfuerzo ideológico, sin precedentes, naturalmente marcó las mentalidades de la posguerra. La apelación machacona a «los caídos» trajo un conjunto de ritos y de redefiniciones del patriotismo que marcaron el período de entreguerras, en un marco sentimental en el cual la divulgación de la violencia y la brutalización de las relaciones sociales se hicieron comunes en las sociedades europeas [60]. Tal «militarización» de la moda tuvo su traducción inmediata en la desaparición de la barba y las cabelleras en los hom-

---

[58] J. Darracott, *The First World War in Posters*, Dover, Nueva York, 1974; W. Rawls, *Wake Up, America! World War and the American Poster*, Abbeville Press, Nueva York, 1988; M. Gallo, *The Poster in History*, Wellfleet Press, Secaucus, 1989, Caps. 3-4; R. Philippe, *Political Graphics*, Phaidon, Oxford, 1982, pp. 198-203; el modelo inglés: R. Opie, *Rule Britannia. Trading on the British Image*, Viking / Past Times, Oxford, 1985; para ver otros medios: M. R. D. Foot, *Art and War. Twentieth Century Warfare as Depicted by War Artists*, Headline/Imperial War Museum, Londres, 1990, Cap. 2; también, para tarjetas postales: M. Willoughby, *A History of Postcards*, Bracken, Londres, 1992; E. Nizza (dir.), *Autobiografía del fascismo*, Glosa, Barcelona, 1977. Para Cataluña: E. Jardí y R. Manent, *El cartellismo en Cataluña*, Destino, Barcelona, 1983.

[59] P. Fussell, *The Great War and Modern Memory*, Oxford University Press, Londres, 1977.

[60] G. Mosse, *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Oxford University Press, Nueva York, 1990.

bres, en la gabardina o «trinchera» (con sus anillos para colgar granadas) como prenda ubicua masculina, en el «sinsombrerismo» y el «estilo deportivo» de quienes estaban acostumbrados a vivir al aire libre. Pero también los efectos de la etapa bélica se sintieron en las mujeres, con el sostén (inventado hacia 1913), el pelo corto y otras muestras de una «Nueva Mujer», capaz de haber hecho trabajo de fábrica y, ahora, de votar. En el marco norteamericano, devenido rector, se podían integrar *comercialmente* estas novedades (aunque hubiera resistencias feroces, encarnadas, por ejemplo, en el Ku Klux Klan) y hasta difundir exponencialmente mediante el cine y los anuncios [61]. Por el contrario, en Europa, la mayor rigidez de la estratificación social y el peso del tradicionalismo —en muchos sentidos, las aristocracias mandaron hasta la hecatombe del 1914-1918— hicieron que la integración del cambio modernizador fuera necesariamente muy politizada, en aparencia dominada por el modelo bolchevique y su más activa negación [62].

Así, los efectos de la publicidad como medio para alcanzar la «producción continua» *también* en el terreno cívico y político fueron inicialmente historicistas en el marco europeo, remitiéndose a ejemplos ideológicos decimonónicos (como Garibaldi) o, sobre todo, a las novedades de los años de preguerra. El triunfo mussoliniano con la «Marcha sobre Roma» en 1922 se logró justo antes de la difusión de la radio, con lo que el fascismo italiano tuvo todavía recurso a formas de propaganda todavía incipientes, primitivas, de *periodista* (que es lo que era Mussolini). El gran despliegue publicitario vendría después, *desde el poder*, para construir y relaborar la dictadura [63]. En este sentido, Hitler —y Göbbels— lo tendrían mucho más fácil, al tiempo que el nazismo se basaría mucho más, hasta de forma más consciente y explícita (empezando por las teorizaciones famosas en *Mein Kampf*), en todos los medios de promoción modernos, incluyendo la radio y el avión (para ir de mitin en mitin) [64].

---

[61] J. Moffat Mecklin, *The Ku-Klux-Klan: A Study of the American Mind*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1924; K.T. Jackson, *The Ku Klux Klan in the City, 1915-1930*, Oxford University Press, Nueva York, 1967; N. McLean, *Behind the Mask of Chivalry. The Making of the Second Ku Klux Klan*, Oxford University Press, Nueva York, 1994.

[62] A. J. Mayer, *The Persistence of the Old Regime*, Vintage, Nueva York, 1981.

[63] Centrado en los años treinta: K. Pinkus, *Bodily Regimes. Italian Advertising under Fascism*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1995; en general, para el contexto: D. Villani (dir.), *50 anni di publicità in Italia*, Ed. L'Ufficio Moderno, Milán, 1957.

[64] Z. A. B. Zeman, *Nazi Propaganda*, Oxford University Press, Londres, 1964.

Dicho de otra manera, las campañas de agitación de la Primera Guerra Mundial fueron el comienzo verdadero de la «política de masas» que ha dominado el resto del siglo. En ellas se encuentra tanto el orígen del *agitprop* comunista como el de la «gran mentira» de los nazis. Asimismo, como es notorio, la propaganda bélica, por su intensidad machacona y manipulación de verdad, fue la causa del cinismo político generalizado que fue la inmediata manifestación del nuevo espíritu crítico de la posguerra. En general, las técnicas de combate a todos los niveles que se ensayaron en la guerra aparecieron como soluciones para los problemas de una sociedad desorientada por la paz. La intervención estatal en las economías para mejor coordinar el ingente esfuerzo bélico, tan contrario a la tradicional sabiduría para el buen funcionamiento de la economia liberal, pues, pareció un nuevo camino para subsanar cualquiera de los males a los que se enfrentaría el capitalismo o, sencillamente, por otra parte, para superarlo del todo. Los mensajes publicitarios efectistas y simples, repetidos con insistencia, quedaron consagrados como la mejor manera de llegar al corazón del Pueblo[65].

Eso pasaba también con los instrumentes físicos de combate, transferibles muchos de ellos en la lucha social. Como es notorio, la Primera Guerra Mundial, en sus inicios, fue dominada por dos innovaciones, la ametralladora y el submarino. A su vez, esta tecnología militar, transformadora de la naturaleza tanto táctica como estratégica del combate, generó, como respuesta, las armas innovadoras de la segunda mitad del conflicto, el tanque y el avión, reyes de la guerra desde entonces. Pero hubo también otras novedades para hacer frente al cambio en la guerra. De hecho, la respuesta más modesta a la ametralladora y las alambradas de púa fue el pelotón de asalto, con sus hombres equipados con armas automáticas ligeras (cuando no con cuchillos y bombas de mano), capaces de tomar por sorpresa los nidos de ametralladora[66]. Según los profesionales, esta técnica fue formalmente inventada por el Estado Mayor alemán a partir de lecciones de Verdún, aplicada por primera vez por el general germano Oskar von Hutier (y su jefe de artillería Georg Bruchmuller) en la batalla de Riga a fina-

---

[65] P. Buitenhuis, *The Great War of Words. Literature as Propaganda, 1914-18 and After*, Batsford, Londres, 1987; para la caricatura: E. Demm, *Der Erste Weltkrieg in der internationaler Karikatur*, Fackel, Hannover, 1988.

[66] En general: J. Ellis, *The Social History of the Machine Gun* [1975], Cresset, Londres, 1987.

les de 1917 y utilizada por los mismos, bajo el mando de Ludendorff, en el Somme en 1918 [67]. Visto su éxito fulgurante, fue rápidamente copiada por sus enemigos, haciéndose común en ambos bandos. Pero también es verdad que, más o menos espontáneamente, los soldados de todos los ejércitos, obligados a hacer costosísimos ataques frontales a trincheras fortificadas, habían ido ingeniando maneras más flexibles de realizar un asalto que la carga alineada a la bayoneta. Pero una vez que la «escuadra» o «sección» quedó consagrada en el saber profesional, se convirtió en una especie de revelación, una innovadora manera de concebir el combate de la infantería. De hecho, un nuevo tipo de arma, nunca vista antes, el subfusil automático de asalto —el llamado «Bergmann Musquete» de Schmeisser— fue diseñado para facilitar el trabajo de «limpieza» de las trincheras, y se convirtió en un arma de enorme popularidad entre las fuerzas germanas tras su introducción común a principios de 1918. Fue una lección pronto copiada: el que sería el mejor subfusil de la posguerra —la famosa *machinegun* de Thompson— se fabricó en EEUU para la nueva técnica de despliegue pero llegó tarde para una aplicación en la contienda. Las condiciones del Tratado de Versalles, aplicadas por comisiones de control de desarme aliadas, obligaron a la industria bélica alemana a trasladar sus operaciones a antiguos países neutrales —Holanda, Dinamarca, Suiza, hasta España— pero también a la Rusia comunista, desde cuyos lugares se pudo reimportar bajo la cobertura de manufacturas para fines policiales, de orden interior [68]. Dicho de otra manera, existía como excedente post-bélico tanto el *hardware* como el *software*, los instrumentos materiales e intelectuales, para activar un nuevo estilo de lucha social, el cual fue endurecido por el triunfo bolchevique al justificar «el mito de la violencia» como efectivo para realizar cualquier proyecto social por la fuerza [69].

---

[67] R. Ford, *The Grim Reaper. Machine-guns and Machine-gunners*, Sarpedon, Nueva York, 1996, pp. 129-132 y Cap. 9; también I. V. Hogg, *Hutchinson Dictionary of World War I*, Londres, 1997 (voces «Bergmann musquete», «Hutier», «Bruchmuller, «Riga»); también S. L. Marshall, *The American Heritage History of World War I*, American Heritage, Nueva York, 1964, pp. 231, 266; A. H. Farrar-Hockley, *The Somme* [1964], Pan, Londres, 1983, p. 157.

[68] R. Ford, *op. cit.*, pp. 140-141; J. H. Morgan, *Assize of Arms. The Disarmament of Germany and her Rearmament 1919-139)*, Oxford University Press, Nueva York, 1946.

[69] P. Ackerman y J. Duvall, *A Force More Powerful. A Century of Nonviolent Conflict*, St. Martin's Press, Nueva York, 2000, Cap. 13.

Así, tras la Guerra Europea, la ametralladora y el blindado se convirtieron en las herramientas básicas del poder para borrar cualquier desafío *interno*, cara a la naciente «guerra social». Pero también la técnica del pelotón mostró ser perfectamente adaptable, pasando sin transición alguna de las trincheras a las calles, sin prejuicios ideológicos. Los *squadristi* del fascismo italiano o las *Sturmabteilungen* de los *Freikorps* nacionalistas alemanes no fueron más que la aplicación sin demora de unas formas de combate ya en parte anunciadas en los conflictos «de posguerra» en Irlanda o en Rusia, que cronológicamente estallaron dentro de la misma Guerra Mundial [70]. Ello significaba que el ideal garibaldiano, netamente decimonónico, del grupo insurreccional como expresión de la «Nación en armas» se transformó en un concepto nuevo, un tanto nietszcheano, del núcleo de elegidos, los «guerreros políticos» que entendían la voluntad del Pueblo mejor que éste mismo y que, por ello, le eran superiores, ya que imponían el futuro político o social como acto de voluntad [71]. En esta evolución de la utopía insurrecional, de alguna manera estaban de acuerdo tanto los bolcheviques zinovievistas como los «guardias blancos» o, en Barcelona, «terroristas» anarcosindicalistas y pistoleros «amarillos» de los «Sindicatos Libres». Y, en los EEUU, el uso del subfusil Thompson, junto con el coche rápido, por los gánsteres —literalmente los pandilleros— de la corrupción de los años veinte indicó hasta qué punto la tecnología de la Guerra Mundial redefinió el estilo del combate social. Si Engels, en 1895, había dicho que las barricadas ya no tenían sentido, dado el monopolio estatal de artillería y rifles, y, por ello, había predicado el partido obrero electoral, la prevalencia de armas automáticas ligeras tras 1914 creó nuevas oportunidades, que dieron renovada vida al ideal del grupo activista, muy móvil y capaz de gran violencia [72]. La innovaciones externas automáticamente se convertían en modelos, mostrados en la prensa o, más imaginativamente, en el cine, que se podían adaptar con espontaneidad a las tradiciones combativas populares de cada país, concretamente, en España, a las prácticas hispanas heredadas

[70] J. B. Bell, *The Secret Army. An History of the IRA 1916-1970*, Anthony Blond, Londres, 1970; J. Bradley, *Civil War in Russia 1917-1920*, Batsford, Londres, 1975.

[71] El concepto de «guerrero político» en: J. Mayer, *Why Did the Heavens Not Darken?*, Panthcon, Nueva York, 1988.

[72] F. Engels, «Prólogo» a K. Marx, *Lucha de clases en Francia*, en K. Marx y F. Engels, *op. cit.*, vol. I, pp. 112-134.

del siglo anterior[73]. *Se generalizó, pues, la lección de la privatización de la violencia organizada, pero tuvo su mayor impacto, nada paradójicamente, allá donde la estadolatría era más corriente como pauta intelectual y política.* En Alemania, por ejemplo, como recordaba un conservador escandalizado por las implicaciones religosas del nacional-socialismo, «hubo una gran cantidad de discurso fluido sobre el servicio como el supremo propósito de la vida, que se realizaría mejor (o así se proponía) en escuadras y batallones» [74].

La renovación combativa de la práctica política que comportó la Gran Guerra ofreció, en consecuencia, la metáfora perfecta para la identificación de los intelectuales durante el grueso del siglo: igual que los militantes, con su pelotón de combate listo para bajar a la calle, se debía ser «vanguardia», ir por delante, indicar el camino hacia aquello que mañana sería la preocupación de las masas[75]. La producción cultural quedó concebida como un combate, en el cual el intelectual, fuese escritor o artista plástico o incluso actor, era un soldado. De ahí la noción clave de su «compromiso», ya que un combatiente no se podía permitir ni tan siquiera la insinuación de la traición o del derrotismo, y menos en un terreno tan resbaladizo como el de las ideas. Al mismo tiempo, en la medida en que el intelectual era un agente de cambio, un luchador por un mundo nuevo había de ser juvenil, al menos de espíritu (como los soldados). Igual que los jóvenes, el combatiente había de ser original, pero su originalidad tan sólo podía expresarse en un sentido, en concordancia con el objectivo estratégico y, por lo tanto, con su «compromiso», fuese con los oprimidos, la Patria o el sentido de la Historia.

La idea de que la política debía ser siempre entendida como una guerra, un combate a muerte en el cual la tarea cultural era literalmente el equivalente al pelotón de ataque, sería el modelo de

---

[73] E. González Calleja, *La razón de la fuerza. Orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, CSIC, Madrid, 1998, y, del mismo, *El Máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, CSIC, Madrid, 1999.

[74] E. Meissner, *Confusion of Faces: The Struggle between Religion and Secularism in Europe. A Commentary on Modern German History, 1517-1939*, Faber & Faber, Londres, 1946, p. 93.

[75] D. D. Egbert, «The Idea of "Avant-garde" in Art and Politics», *The American Historical Review*, LXXIII, n.º 2, diciembre 1967, pp. 339-366; R. Estivals, J.-C. Gaudy, G. Vergez, *«L'avant-garde». Étude historique et sociologiques des publications périodiques ayant pour titre «l'avant-garde»*, Bibliothèque Nationale, París, 1968.

rol para el intelectual europeo de la posguerra y daría su especial sentido a la borrachera ideológica que fueron los años de entreguerras. El vanguardismo, pues, podía ser estético, socialista o nacionalista, o, mejor, se podía apuntar a los más curiosos experimentos de cruce o mezcolanza, pero esto no quería decir que los revolucionarios, del signo que fuera, se sintieran muy cómodos con los «compromisos» respectivos de «sus» intelectuales. La regimentación de éstos, sin embargo, vendría más adelante, en los años treinta. En la época de la primera posguerra todo el mundo todavía buscaba «libertad creativa» y no se preocupaba por definir la disciplina.

Pero las lecciones de la contienda no fueron todas prácticas sino, por encima de todo, morales. En realidad, ese mismo planteamiento fue un tópico casi desde el primer momento de la contienda. El primer gran discurso bélico de Lloyd George, «Por el terror al triunfo», en el Queen's Hall londinense, en septiembre de 1914, ya hablaba el lenguaje de unificación colectiva, de fusión social, que caracterizaría al fascismo de posguerra:

> El pueblo ganará con esta lucha, en todos los países, más de lo que concibe por el momento. Cierto es que se redimirán de la mayor amenaza a la libertad. No es eso todo. Hay algo infinitamente más grande y duradero que se dibuja ya en este inmenso conflicto: un nuevo patriotismo, más rico, más noble y más exaltado que el antiguo. Veo entre todas las clases, altas y bajas, desponjándose de todo egoísmo, una nueva concepción de que el honor del país no depende simplemente de mantener su gloria en el campo de batalla, sino de proteger sus hogares contra la miseria. Trae una nueva perspectiva para todas las clases. La gran inundación de lujo e indolencia que había sumergido al país está retrocediendo y una nueva patria aparece a la vista. Por primera vez las cosas fundamentales que importan en la vida, cegados por el sol tropical de nuestra prosperidad [76].

Sin embargo, en la posguerra, cuando llegó el «nuevo patriotismo, más rico, más noble y más exaltado que el antiguo», dis-

---

[76] J. Milego, *Lord Kitchener*, Madrid/Barcelona/Buenos Aires, Sociedad General Española de Librería, s. f. [¿1916?], Apéndice C, «Famoso discurso de Lloyd George...», cita pp. 172-173; he preferido la versión más viva de Julio Milego a la levemente diversa de Vicente Clavel en D. Lloyd George, *La victoria en marcha (Through Terror to Triumph)*, Editorial Cervantes, Valencia, [1916], Cap. I (cita p. 24), si bien la última cláusula es de esta última traducción; he suprimido las exclamaciones del público («Muy bien»; «Aplausos») y algunos acentos, para mejor subrayar el sentido duradero, de continuidad en situaciones ideológicas cambiantes, que considero que tiene el texto.

puesto a reordenar el «lujo e indolencia» de la sociedad civil, la sorpresa fue mayúscula. Se tuvo que atribuir el fenómeno a las consecuencias nocivas —aunque fueran por reacción— de la revolución bolchevique.

Como ha observado François Furet, tanto el bolchevismo como el fascismo nacieron en la guerra, ambos a la vez, gemelos ideológicos —al menos en cuanto a fechas y odios— cuya existencia se justificaba simultáneamente por la lucha del uno contra el otro: «Transportaron a la política el aprendizaje hecho en las trincheras: la costumbre de la violencia, la sencillez de las pasiones extremas, la sumisión del individuo al colectivo, y, finalmente, la amargura de los sacrificios inútiles o traicionados.» Por ello justamente, insiste Furet, fue en los países derrotados en campo de batalla o frustrados por las negociaciones de paz que esos sentimientos encontraron por excelencia su abono[77]. Pero, ya en los años treinta, nada menos que Trotski —entre muchos otros— había hecho la misma observación[78].

La dimensión intelectual de la nueva aplicación de técnicas de combate a la lucha social tuvo, además, una dimensión simbólica: el supuesto «ascenso al poder» de la juventud, recogiéndose así una de las quejas más consistentes del fin-de-siglo[79]. Así el fascismo en Italia sirvió como medio canalizador de la irrupción demográfica de la juventud (por algo el himno fascista sería *Giovinezza*, canción estudiantil de 1909, himno oficioso de los *arditi* en la Gran Guerra, oficializada, con letra nueva, en 1929)[80].

Hasta aquí, hemos planteado una hipótesis para situar el fascismo como una corriente más entre las fuentes de queja de la preguerra que nutrieron el conjunto de los movimientos de masas de la posguerra mundial. Las formulaciones más abstractas o emotivas tuvieron que pasar por las lecciones múltiples del conflicto, que funcionó como filtro práctico, para dejar como efectivos sola-

---

[77] F. Furet, *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XXe. siècle*, Laffont/Calmann-Lévy, París, 1995, p. 197.

[78] L. D. Trotski, *La revolución traicionada*, citada en A. J. Gregor, «Mussolini and History», en M. J. Peláez (ed.), *Public Law and Comparative Politics*, Cátedra de Historia del Derecho y de las Instituciones de la Universidad de Málaga *et al.*, Barcelona, 1991, pp. 4817-4832 (p. 4828).

[79] J. Neubauer, *The Fin-de-Siècle Culture of Adolescence*, Yale University Press, New Haven, 1991.

[80] Para la canción *Giovinezza*: T. H. Koon, *Believe, Obey, Fight. Political Socialization of Youth in Fascist Italy, 1922-1943*, University of North Carolina Press, Chapel Hill (N.C.), 1985, p. 270, n. 7; H. W. Schneider y S. B. Clough, *Making Fascists*, University of Chicago Press, Chicago, 1929, pp. 192-193.

mente aquellas ideas que encajaban con las experiencias adquiridas en el combate o en la planificación estatal y paraestatal, en la administración o en la sociedad civil. Así quedaron atrás, rechazadas como especulaciones de un cambio de siglo pasado de moda, aquellas ideas, críticas o formulaciones políticas que no eran «propias del siglo XX».

Visto en qué puede resultar parecido el fascismo a las demás ideologías competidoras de la posguerra, veamos en qué es claramente diferente de sus rivales.

IV. LAS IMPLICACIONES DE LA DEMONIZACIÓN DEL FASCISMO

Schrecklichkeit, la capacidad de ser terrible, sólo llegó a ser un objetivo consciente en la ciencia bélica contemporánea con los alemanes en la Primera Guerra Mundial, pero la propaganda aliada hizo que lo que los germanos concebían con dureza ejemplar y aleccionadora se convirtiera en una salvajería excepcional, ser como los hunos de Atila, lo que, para el país más desarrollado del continente europeo, era una perversidad moral. El debate sobre los límites del comportamiento militar —y, por extensión, el político— surgió de las acusaciones cruzadas por las atrocidades germanas en Bélgica y Francia en los primeros meses de la contienda europea, al considerar los alemanes que las poblaciones civiles tenían unos deberes de obediencia a las autoridades de ocupación, y, por el contrario, el criterio belga y francés, y, por ende, aliado en general, de que los civiles no tenían deberes fijos, pero sí que las fuerzas ocupantes tenían obligaciones morales de excepcional y humanitario buen comportamiento con las personas y los bienes (especialmente los históricos, por ser éstos irremplazables) [81]. Planteado así, la discusión, era entre el punto de vista «realista», que defendía las supuestas realidades de poder y la necesidad de acatar la fuerza o sufrir las consecuencias lógicas, y la perspectiva humanitaria, que insistía en que leyes morales colectivamente reconocidas regían el trato entre contendientes, por encima de cualquier objetivo práctico. Ambas posturas argumentaban que lo contrario era puro cinismo. Y la discusión afectó profundamente a todo el mun-

---

[81] G. Best, *Humanity in Warfare. The Modern History of the International law of Armed Conflicts*, Methuen, Londres, 1983, especialmente Cap. 4.

do, países beligerantes y neutrales, incluida muy especialmente España[82].

La turbulenta vida político-social europea de la posguerra, que pasó en países como Rusia, Hungría o Alemania del conflicto mundial a la lucha interna sin una transición muy visible, estuvo muy naturalmente definida por la conceptualización negativa y positiva de los años bélicos inmediatamente anteriores. Las izquierdas no bolchevizantes asumieron el discurso humanitario como emblemático: tal como habían predicado los aliados —demócratas radicales como Lloyd George, Wilson o incluso, más históricamente, Clemenceau— el reconocimiento de los derechos ciudadanos era sinónimo de democracia. Por el contrario, la nueva derecha, que se vanagloriaba de haber nacido en las trincheras, asumió desde el primer momento de la pugna callejera la herencia del *Schrecklichkeit*[83]. El bolchevismo —en un principio y casi hasta mediados de los años veinte— una amalgama de componentes izquierdistas muy contradictorio, hizo gala también del «nuevo maquiavelismo», caracterizado desde fuera en términos de «bonapartismo», pero además reivindicó, cuando convenía (y siempre en el terreno abstracto y doctrinal) la postura humanitarista[84].

Dicho de otra manera, en el proceso de codificación de discursos ideológicos que dominó el primer lustro de los años veinte, hasta la estabilización de roles ideológicos mutuamente discernibles, *solamente aquellos que serían los fascistas asumieron la demonización, o sea, la asunción de la caracterización negativa, como anti-humanitarios, que les hacían sus oponentes*. Si se entiende que la vergüenza, tal como sugiere Sartre, es el Yo reconocido por el Otro, entonces no sentir vergüenza sería la falta de un Yo social. Así, asumir la demonización propia era rechazar la valoración crítica externa; la duda interna, la culpabilidad, se extinguía con la ausencia de vergüenza compartida en grupo. La falta de vergüenza se confundía de este modo con el orgullo. El ideal fascista, pues, sería formulado en términos tomados del criterio «bohemio» o «modernista» del fin-de-siglo, como la ausencia de toda vacilación o es-

---

[82] E. Ucelay-Da Cal, «La Guerre Civile espagnole et la propagande franco-belge de la Première Guerre Mondiale», en J.-C. Martin (dir.), *La Guerre Civile entre Histoire et Mémoire*, Ouest Éditions, Nantes, 1995, pp. 77-90.

[83] E. Nolte, *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas*, Península, Barcelona, 1971.

[84] La idea del «Maquiavelo Bolchevique» fue un tópico derechista; para el argumento sobre el bonapartismo bolchevique: K. Kautsky, *Le bolchevisme dans l'impasse* [1931], Quadrige /PUF, París, 1982, 112-114.

crúpulo en el rechazo de los estrechos límites impuestos por la sociedad «burguesa», al tiempo que se funciona en ella [85]. Pero juzgados desde fuera, al margen de sus propios valores, eran precisamente unos sinvergüenzas, malvados sin alma.

La postura fascista contrastó elocuentemente con las afinidades morales escogidas por sus enemigos. Los socialistas estrictos y las amalgamas social-liberales hicieron suya la bandera democrática. Los socialdemócratas, pues, alzaron la bandera de la «auténtica» moral, la que la «burguesía» invocaba con hipocresía. Por su parte, los bolcheviques jugaban a la ley de que el fin justificaba los medios, con lo que podían disfrutar de la bendición de formar parte del mundo de los valores civilizados cuando era útil, y hacer lo que viniera en gana políticamante cuando se podía actuar sin discreción, con una sonrisita irónica de verdadero combatiente proletario acerca de la credulidad idealista de los «pequeño-burgueses». En concreto, en el terreno ruso que controlaba sin disputa, el ideal bolchevique —en especial en tiempos stalinistas— fue la mecanización, en la cual el individuo debía considerarse (y ser considerado por los demás) como una parte de la «máquina social», libre de las inhibiciones «burguesas». Con ello, se distinguía al «hombre nuevo» soviético, sin por ello renegar del todo de los valores humanistas propios de la tradición humanitaria democrática, ya que habría tiempo para tales cosas cuando el «tren de la Historia» llegara, a través del «socialismo real», por fin a la estación del comunismo [86]. Desde esa perspectiva, que recogía toda una tradición decimonónica de mecanismo humano, el radicalismo «anti-humanista» fascista se quedaba corto, como un ejercicio de perversidad que remitía al decadentismo finisecular, que, en su día y a su vez, había reaccionado contra el reduccionismo mecanicista [87].

La auto-inculpación anticipatoria, la desafiante autodemonización de la extrema derecha, en Alemania, fue pura continuidad, dos meses escasos de la retirada del frente Oeste a la guerra civil y, en el Este, ni siquiera ese breve tiempo [88]. En los últimos años de la

---

[85] Tomo las ideas de: J. B. Twitchell, *For Shame. The Loss of Common Decency in American Culture*, St. Martin's Press, Nueva York, 1997, Cap. 2, «The Sense of Shame».

[86] A. Kelly, «In the Promised Land», *New York Review of Books*, vol. XLVIII, n.º 19, 29 noviembre 2001, pp. 45-48.

[87] S. Giedion, *La mécanisation au pouvoir. Contribution à l'histoire anonyme* [1948], París, CCI / Centre Pompidou, 1980; también, en otro sentido: F. D. Klingender, *Art and the Industrial Revolution* [1947], Schocken, Nueva York, 1970.

[88] K. Theweleit, *Male Fantasies*, Polity Press, Cambridge (U.K.), 1987.

Gran Guerra, en las secciones de asalto, el único futuro, psicológicamente hablando, con el que contaba el «legionario» era su propia unidad, tan abocados a la aniquilación como él. Por ello, todos eran «novios de la muerte», tomando así implícitamente el punto de referencia de los que se reconocían como fuera de toda ley social; en este sentido, se ha señalado cómo la calavera y las tibias fue el símbolo espontáneo de los *Freikorps* alemanes, así como de los *arditi* sumados a los primeros fascios de combate en Italia[89]. las «secciones de asalto» de los «cuerpos libres» alemanes, que tanto luchaban contra los bolcheviques en Finlandia o el Báltico como en la patria imperial trocada en República, no tuvieron ningún problema con ello, ya que era, al menos en apariencia, un proceso fluido de las exageraciones ideológicas del pangermanismo de preguerra, a la postura de «guerra total» durante la contienda mundial y, de ahí, a la lucha sin cuartel contra el enemigo rojo y ajeno, allá donde se encontrara[90]. Así, comenzó lo que se ha llamado «la tentación del nacionalsocialismo», de compleja imbricación en los mecanismos receptores de la cultura alemana[91]. Pero en Italia, muy al contrario, el paso a la demonización, asumida con orgullo y arrogancia, del socialismo y sindicalismo intervencionista, proaliado, tras Mussolini, en la estela estilística de un poeta nacionalista de derechas como D'Annunzio, representó una auténtica ruptura psicológica.

En su artículo «Primavera humana» para *Il Popolo d'Italia* del 12 de noviembre de 1918 (o sea, escrito el mismo día 11, para el armisticio que acabó de modo efectivo la contienda mundial), Mussolini se reflejó como un típico aliadófilo, con todos los tópicos propios de la versión neomazziniana del discurso radical-demócrata que fue la base de la propaganda de guerra de la causa aliada:

---

[89] E. Nolte, *El Fascismo de Mussolini a Hitler*, Caralt, Barcelona, 1970, pp. 31-33, 109, 113, 146. Igualmente, Macià —como los neogaribaldini— recogió la ampulosa retórica de invención sobre todo «dannunziana»: en sus papeles queda la propuesta de una «Creu dels àrdits» —traducción directa de la *medaglia o croce degli arditi*— para honorar a los caídos en la nonata campaña militar de los separatistas en 1926. Fons Francesc Macià / Arxiu Nacional de Catalunya.

[90] Sobre los Freikorps, véase: R. G. L. Waite, *Vanguard of Nazism. The Free Corps Movement in Postwar Germany 1918-1923*, W.W. Norton, Nueva York, 1969; D. Venner, *Baltikum*, Robert Laffont, París, 1974; N. H. Jones, *Hitler's Heralds. The Story of the Freikorps 1918-1923*, Dorset, Nueva York, 1987. [E.] Ludendorff [sic], *La guerre totale*, Flammarion, París, 1937.

[91] F. Stern, «National Socialism as Temptation», en F. Stern, *Dreams and Delusions. National Socialism in the Drama of the German Past*, Vintage, Nueva York, 1989, pp. 147-191.

> No importa que el filósofo positivista haga burla de nuestra fe; nosotros creemos que esta etapa de cinco años de guerra ha sido la lucha entre el principio del mal y el principio del bien, un duelo a muerte entre el hombre y el anti-hombre. El hombre ha vencido. Los pueblos respiran a pleno pulmón, mientras que los campeones de las fuerzas malignas huyen perseguidos por la execración mundial.
>
> [...]
>
> ¡Cinco años! ¡Cinco años de guerra mundial!
>
> Ahora, en cambio, tenemos la paz como la queríamos: justa. Es la paz que alarga con una mano la rama de olivo y con la otra la hiedra republicana [92].

Tres semanas antes, ante el espectáculo del hundimiento del Imperio Austro-Húngaro, en las mismas páginas, Mussolini había reclamado «¡Llamas negras, llamas rojas, que os abrasen!» a los Habsburgo, «la vieja monarquía sin pueblo», que «se derrumbará para no levantarse jamás» [93]. De ahí que el discurso fascista, por ejemplo en las elecciones del 16 de noviembre de 1919, fracasó por doquier, excepto en Trieste, el gran foco histórico del irredentismo, recién liberado de los austriacos, donde el lenguaje nacionalista propio de la Gran Guerra todavía se mantenía fresco [94].

Al fin y al cabo, el emblema fascista, desde una perspectiva semiológica, era idéntico al estatal de la República Francesa: unas fasces —en el caso francés, con corona de laurel— y mucho tricolor: en resumidas cuentas, era lo que, visualmente, se podía encontrar en la entrada de cualquier oficina consular francesa en Italia, un símbolo que, desde las revoluciones americana y francesa en el siglo XVIII, había sido más bien patrimonio republicano. La reivindicación organizativa venía, de forma explícita, de la tradición de mobilización de izquierdas, de los *Fasci Siciliani* de 1892 a los *Fasci d'Azione Rivoluzionaria* en 1915 hasta los *Fasci di Combattimento* en 1919, en una progresión que siempre sería reivindicada por Mussolini [95]. Asimismo, la noción de *squadra* tenía un sentido revolucionario, especialmente en Sicilia, anterior a su acepción

---

[92] B. Mussolini, «Primavera humana», *Il Popolo d'Italia*, 12 noviembre 1918, reproducido en B. Mussolini, *Escritos y discursos (Edición definitiva)*, vol. I: *Desde la campaña pro guerra hasta el Fascismo (15 noviembre 1914-23 marzo 1919)*, Bosch, Barcelona, 1935, pp. 395-397 (citas pp. 395-396, 396).

[93] B. Mussolini, «Devolver Caporetto», *Il Popolo d'Italia*, 24 octubre 1918, reproducido en ibíd., pp. 373-377 (cita p. 377).

[94] P. Dogliani, *L'Italia Fascista 1922-1940*, Sansoni, Milán, 1999, p. 16.

[95] F. Ercole, *La revolución fascista*, Librería General, Zaragoza, 1940, pp. 10-12.

militar surgida de la Guerra Mundial[96]. En otras palabras, el controvertido historiador A. James Gregor tiene razón cuando ha insistido en que los orígenes intrínsecos del fascismo italiano estaban en su carácter de herejía de izquierdas[97]. Remitido el sentido doctrinal a la forma organizativa —al fascio— ya, en 1917, era una ruidosa minoría parlamentaria de cariz ultra-nacionalista, el *Fascio Parlamentare di Difesa Nazionale*, antes de que Mussolini recuperara su fórmula «intervencionista» para su nueva organización en la primavera de 1919[98]. Siendo «fascio» sinónimo italiano de «unión», la proyección doctrinal del término, como «fascismo», no significaba gran cosa más allá de «unitarismo», por supuesto combativo. Lo que le dio contenido real, especificidad, fue su capacidad para actuar con brutalidad, utilizando la violencia como meta-lenguaje más allá de los parámetros habituales de la palabra política, usualmente formulada en sentido humanitario entre conciudadanos excepto cuando se dirigía retóricamente al enemigo histórico del renacer patrio. La práctica, pues, se hizo ideología, ilustración perfecta de la sentencia mcluhanesca que asegura que el medio es el mensaje[99].

Para organizar su nuevo «fascismo» (o sea, unitarismo, sin grandes contenidos ideológicos) durante 1919, el ex socialista Mussolini se encontró bloqueado por la izquierda de la que provenía y tuvo que expandirse hacia los oficiales desmovilizados del Ejército italiano. Los socialistas italianos no habían perdonado su paso a posturas ultranacionalistas. Aun así, el programa de los Fasci en 1919 fue republicano, modificado luego en 1921. En consecuencia, más de un socialista se lamentó de la falta de perspicacia de su partido al ignorar el grado en el cual «el sentimiento nacional de los italianos se había despertado durante la guerra y después»[100].

---

[96] J. Fentress, *Rebels and Mafiosi. Death in a Sicilian Landscape*, Cornell University Press, Ithaca (N.Y.), 2000.

[97] A. J. Gregor, *Young Mussolini and the Intellectual origins of Fascism*, University of California Press, Berkeley, 1979; como argumento genérico: A. J. Gregor, *The Fascist Persuasion in Radical Politics*, Princeton University Press, Princeton (N.J.), 1974, Cap. 5.

[98] R. De Felice, «Giovanni Preziosi e le origini del fascismo», *Rivista Storica del Socialismo*, n.º 17, septiembre-diciembre 1962, así como las referencias a Presiozi en R. De Felice, *Mussolini il rivoluzionario*, 1883-1920, Einuadi, Turín, 1965; para Preziosi en su discurso nacionalista de preguerra: G. Preziosi, *la Germania alla conquista dell'Italia*, Lib. della Voce, Florencia, 1915.

[99] Para el sentido contextual de la idea: W. Terrence Gordon, *Marshall McLuhan. Escape into Understanding*, Basic Books, Nueva York, 1997.

Por ello, las huelgas italianas de 1920 le trajeron fortuna al mussolinismo como derecha de nuevo tipo, todo y que Mussolini se encontró con que, en 1921, ya no se le permitía girar hacia la izquierda, ni que fuera tácticamente.

Por parte fascista, por lo tanto, el posicionamento decisivo fue precisamente el hecho de asumir, sin complejos, la demonización. El eslogan más importante del primer fascismo bronco, de los *squadrisiti*, era bien explícito: *Me ne frego!*, que se puede traducir de manera más directa al catalán como *M'en fot!* (con todo lo que significa el llamado «menfotisme») y, en castellano, con «¡Me importa un carajo!» (o algo parecido). Hasta se hizo canción, para ser coreada junto con *Giovanezza*:

Me ne frego, me ne frego,
me ne frego della morte
per Benito Mussolini,
eja, eja, alalà! [101].

Era el grito de la autoafirmación más bronca, el darle la vuelta al rechazo de la izquierda, con todas sus pretensiones a la superioridad moral, y decirles a tales «mandarines de la filantropía», con la dura realidad de una porra en la mano, donde se podían meter sus normas y su humanitarismo.

Es habitual remarcar el rol que los ex combatientes jugaron en Italia o Alemania, pero en el caso italiano el peso decisivo de la militancia y del crecimiento espectacular del movimiento mussoliniano estuvo en la participación de jóvenes que justamente *no* habían ido a la guerra pero se quedaron con las ganas, y tuvieron, por tanto, unas ganas considerables de brega y conducta pendenciera. Se ha estimado que hasta una cuarta parte de los *Fasci di Combattimento* estuvieron formados por tales adolescentes, con lo que el «hooliganismo» marcó de forma importante su violencia [102]. Es una consideración fundamental, harto constatada, de la criminología que una abrumadora cantidad de los actos violentos contra las personas y la propiedad —en especial los gratuitos— son cometi-

---

[100] P. Nenni, *La lucha de clases en Italia*, Ulises, Madrid, 1931, p. 196.

[101] Recogido por Josep Pla, «En plena contrarrevolución», Florencia, octubre 27 [2-XI-1922], *Notas de Italia* (1922), en J. M. de Sagarra y J. Pla (N. Garolera, ed.), *Cartas europeas. Crónicas en El Sol, 1920-1928*, Ediciones Destino, Barcelona, 2001, pp. 192-194 (cita p. 192).

[102] G. Santomassimo, *La marcia su Roma*, Guinti/Castermann, Florencia, 2000, pp. 20, 34-35.

dos por jóvenes masculinos entre los quince y los veintinueve años[103]. La predisposición a resolver todo conflicto a la brava, mediante la violencia machista y desafiante, es su signo de identidad.

Se puede demostrar la fuerza de la asunción desafiante de la demonización en la propaganda, ya que hecho la retórica visual antifascista y fascista era idéntica: una famosa *Inchiesta socialista sulle gesta dei fascisti in Italia* mostraba un ominoso desnudo masculino, puñal en mano, tapada la parte superior de su cara por una larga capa negra con la calavera y tibia, contra un fondo tormentoso; el cartel de convocatoria al III Congreso Nacional Fascista en Roma, en noviembre de 1921, asimismo ofrecía, frente a un horizonte de tormenta, un desnudo masculino, con su daga y emblemático *berrettone* (como una barretina) con borla, agarrado a la hacha con palos del fascio de líctor, haciendo un juramento sobre una calavera que reposaba sobre la bandera italiana[104]. La constatación más clara de la posesión fascista de su propia demonización fue el mismo concepto de lo «totalitario», idea distópica que notoriamente ha tendido una carrera impresionante como concepto a lo largo del siglo XX. El término lo originó el liberal demócrata Giovanni Amendola, desde su diario *Il Mondo* en mayo de 1923, ya formado el primer gabinete Mussolini tras la «Marcha sobre Roma», para responder a los argumentos fascistas sobre el valor de mayorías y minorías; cuando Michele Bianchi, uno de los «cuadrumviros» líderes de la «Marcha», acusó a los partidarios de las formas democráticas de defender un «sistema minoritario», Amendola respondió que la alternativa fascista no era la de una opción mayoritaria, sino que *dubitamo assai che non si debba finire per chiamarlo, con più verità, «sistema totalitario»*[105]. Unos meses más adelante, en octubre, en el primer aniversario de la «Marcha», desde la misma plataforma, Amendola insistió en su percepción: *La caratteristica più saliente del moto fascista rimarrà, percoloro che*

---

[103] J. M. Bessette, *Sociologie du crime*, PUF, París, 1982.

[104] G. Santomassimo, *op. cit.*, respectivamente ilustrando pp. 87 y 50.

[105] G. Amendola, «Maggioranze e Minoranza», *Il Mondo*, 12 mayo 1923, en G. Amendola (E. D'Auria, cur.), *La crise dello stato liberale*, Newton Compton Ed., Roma, 1974, pp. 344-348 (citas pp. 344-345); G. Amendola, «Un anno dopo», *Il Mondo*, 2 noviembre 1923, reproducido parcialmente en S. Lupo, *Il Fascismo. La política in un regime totalitario*, Donzelli, Roma, 2000, p. 19. Nacido en 1882, Amendola empezó en el medio nacionalista *La Voce*, fue intervencionista en 1915, pero al acabar la contienda mundial defendió una política de entendimiento con los eslavos y fue enemigo declarado del facismo, primero desde *El Corriere della Sera* y luego desde *Il Mondo*.

lo studieranno in futuro, lo spirito «totalitario»; para él, el fascismo ofrecía una fe, *ma in compensa vi nega il diritto de avere una coscienza*, con lo que sería *una plumbea ipoteca* para tiempos venideros [106]. No fue hasta el 22 de junio de 1925 que Mussolini, dispuesto ya a la construcción abierta de una dictadura sin contemplaciones, asumió con orgullo *quella qui viene definita la nostra feroce volontà totalitaria* (lo que se ha llamado nuestra feroz volutad totalitaria) en un discurso nocturno en el Augusteo romano, convertido en referencia fundamental para la autointerpretación fascista posterior, reflejada en su propia historiografía, hasta el punto de pretender olvidar la fuente oposicionista que originó el término [107]. Por supuesto, una manifestación de la misma «feroz voluntad» fue el ataque que una pandilla fascista le hizo a Amendola, dejándole tan magullado que murió un tiempo después, en 1926, de sus heridas.

V. ANALOGÍAS ENTRE MILÁN Y BARCELONA: UN CONTRASTE REVELADOR

Milán y Barcelona compartían un complejo de «segunda ciudad» ante sus respectivas capitales [108]. Ambas ciudades industriales, de tamaño comparable y rivalidad longeva con la histórica concentración del poder político, fueron desde antes del cambio de siglo focos de descontento y de efervescencia cultural disidente que

---

[106] Citado parcialmente en G. Santomassimo, *op. cit.*, p. 102.

[107] Para la apropiación del término, erróneamente tomado por invención: J.-P. Faye, *Los lenguajes totalitarios*, Taurus, Madrid, 1974, pp. 55-59: Faye cita varias versiones, incluida la del diario socialista *Il Lavoro*, que es la única que incluye la precisión de la cita de los contrarios, muy en contraposición a la propia tradición fascista (p. 56); un resumen breve del argumento de Faye en su «Critique des langages et analyse de classe», en A. M.ª Macciocchi, *Eléments pur une analyse du fascisme*, París, 10/18, 1976, vol. I, pp. 279-339. Para la codificación fascista del discurso del Augusteo: G. Volpe, *Historia del Movimiento Fascista*, Novissima, Roma, 1940, pp. 147-149. Para el tema totalitario en su profundidad: E. Gentile, *La via italiana al totalitarismo. Il partito e lo Stato nel regime fascista*, La Nuova Italia Scientifica, Roma, 1995; para un resumen de sus ideas en castellano: E. Gentile «El fascismo y la vía italiana al totalitarismo», en M. Pérez Ledesma (comp.), *Los riesgos para la democracia. Fascismo y neofascismo*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 1997, pp. 17-35.

[108] Para la dinámica ideológica urbana en España: E. Ucelay-Da Cal, «Llegar a capital: rango urbano, rivalidades interurbanas y la imaginación nacionalista en la España del siglo XX», en A. Morales Moya (coord.), *Ideologías y movimientos políticos*, España Nuevo Milenio, Madrid, 2001, pp. 221-263.

rozaba, respectivamente la insurrección en 1899 y 1909. No sorprende que las inquietudes milanesas, especialmente visibles en el marco de la Guerra Mundial, tuvieran notoria resonancia en Barcelona, centro perfectamente capaz de generar ideas y mezcolanzas ideológicas parecidas a las que surgían en el centro norteitaliano.

La situación periférica de España ante el sistema de Estados europeos, al contrario de lo que a veces se ha dicho, no ahorró la manifestación de las nuevas técnicas militares aplicadas a la militancia política en la vida civil. España se ahorraría, al permanecer neutral, los estragos de participar en la contienda general europea, pero tuvo su propia guerra particular en Marruecos, paralelismo del cual había, como era de esperar, perfecta conciencia; en palabras del propagandista pro-aliado Julio Milego: «En España el problema de Marruecos, con sus enormes gastos militares, aumentaba el desquiciamiento de la Hacienda y la ruina de su industria y comercio, sembrando inextinguibles odios entre los partidos derechistas e [sic] izquierdistas, separados ya por las consecuencias de la semana trágica de Barcelona y el fusilamiento de Ferrer» [109]. Es más, como si fuera reflejo de la insistencia catalana en que el hecho de ser periférico respecto del poder central español hacía al país más europeo, sectores muy diversos de la sociedad demostraron un verdadero entusiasmo por importar todas las innovadoras formas de lucha, tanto prácticas como simbólicas, que se experimentaban en el extranjero. Así, las metáforas combativas de la posguerra, tanto las más contudentes como las más vaporosas —las utopías revolucionarias, las respuestas nacionalistas, los pistolerismos— todas se hicieron visibles en Barcelona, más que en cualquier otro punto de España.

En Cataluña, principal punto de entrada de la imaginación ideológica europea en España, la potente llamada del «intervencionismo» a la italiana representó la socialización de la base juvenil del movimiento catalanista, en especial de los sectores en ascenso social mediante los servicios, en una cultura política sectorial pero duradera [110]. Hubo una sutil interacción entre intelectuales barce-

[109] J. Milego, *Lord Kitchener*, Sociedad General Española de Librería, Madrid/Barcelona/Buenos Aires, s.f. [¿1916?], p. 10.

[110] E. Ucelay-Da Cal, «Joventut i nacionalisme radical català, 1901-1987», en E. Ucelay-Da Cal (dir.), *La joventut a Catalunya al segle XX. Materials per a una Història*, Barcelona, Diputació de Barcelona, 1987, vol. I, pp. 182-193; también, del mismo: «La iniciació permanent: nacionalismes radicals a Catalunya des de la Restauració», en *Actes del Congrés Internacional d'Història 'Catalunya i la Restauració, 1875-1923'*, Centre d'Estudis del Bages, Manresa, 1992, pp. 127-134.

loneses y la invención por Marinetti en París del «futurismo», lo que da una idea de la originalidad potencial de la capital catalana en aquellos años [111]. Las lecciones de «intervencionismo» italiano —nacionalista, republicano y antisocialista pero con simpatías sindicalistas libertarias— eran muy bien vistas en la izquierda catalanista, que, dada la perfecta coincidencia ideológica, inicialmente vieron a Mussolini como un protagonista del todo positivo [112]. Es más, unos y otros recibían ayudas de la omnipresente fuente de propaganda francesa [113]. El paralelismo «intervencionista» entre la particular política catalana en Barcelona y el marco político italiano visto desde Milán se nutrió tanto del «neo-garibaldinismo» originario de ambas corrientes, como de la cobertura intelectualizada de componentos «futuristas» cruzados y con neo-clasicismos militantes, que tanto debían al «noucentisme» como a la inventiva guerrera de D'Annunzio [114].

El hecho de que el intervencionismo catalanista —junto con el republicano lerrouxista, muy centrado en Cataluña— volcara sus pasiones sobre Francia no debería engañarnos, ya que el intervencionismo italiano hizo lo mismo. Hubo una explosión de entusias-

---

[111] L. Litvak, «Alomar i Marinetti: futurisme català i futurisme italià», *Quaderns de Ponent*, n.º 2, hivern 1980, pp. 7-26; G. E. Sansone, «G. Alomar i el futurisme italià», *Actes del IV Col.loqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes*, Abadia de Montserrat, Barcelona, 1977, pp. 431-457; P. Hulten (cur.), *Futurismo & futurismi*, Bompiani, Milán, 1986, p. 413.

[112] Como ejemplos: «Mussolini herido», *La Publicidad*, 5 marzo 1917, p. 1; «Víctor Manuel y Mussolini», ibíd., 13 marzo 1917, p. 3.

[113] R. Paris, *Les origines du fascisme*, Flammarion, París, 1968, pp. 107-111; en general: C. Prochasson & A. Rasmussen, *Au nom de la patrie. Les intellectuels et la primière Guerre Mondiale (1910-1919)*, La Découverte, París, 1996.

[114] Como muestra del culto catalán obrerista y republicano a Garibaldi: «Justo Pastor de Pellico» [R. Farga Pellicer], *Garibaldi. Historia liberal del siglo XIX*, Est. Tip. -Ed. E. Ullastres, Barcelona, 1883, 2 vols. Para la tradición garibaldina y sus resonancias hispanas: J. A. Ferrer Benimeli: «Garibaldi y España», *Historia 16*, n.º 78, Octubre 1982, pp. 59-68; del mismo autor, «Garibaldi e la tradizione democratica iberica» en *Garibaldi generale della libertà. Atti del convegno internazionale*, Ministero della Difesa, Roma, 1984, pp. 443-496. Véase ejemplos como M. Serra Bartra: *Apologia de Garibaldi*, Hijos Domingo Casanovas, Barcelona, 1915. Se puede contrastar con el artículo, algo flojo, de M. Agulhon, «Le mythe de Garibaldi en France de 1882 à nos jours», en su *Histoire vagabonde*, vol. II, *Idéologies et politiques dans la France du XIXe Siècle*, Gallimard, París: 1988, pp. 85-131. Para el impacto dannunziano: A. Rovira i Virgili, «El patriotisme de D'Annunzio», *La Publicidad*, 28 març 1917, p. 1; A. Camps i Olivé, *La recepció de Gabriele D'Annunzio a Catalunya*, Curial/Abadia de Montserrat, Barcelona, 1996, y, de la misma autora, *La recepció de Gabriele D'Annunzio a Catalunya. Traduccions i textos traduïts*, Curial/Abadia de Montserrat, Barcelona, 1999.

mo militarista en Barcelona, que aseguró, mediante el pertinente comité de apoyo, que miles y miles de voluntarios catalanes se volcaran en la defensa de la latinidad en las trincheras de Verdún o Gallipoli, lo que se ha podido demostrar fue, como poco, una exageración [115]. La truculencia simbólica y la muy relativa actividad armada podían contradecirse en aparencia, pero la imagen, aunque fuera más bien falsa, funcionó. La prueba la dio Jean Cocteau, quien creyó ver *les voluntaires catalanes avec son drapeaux* en la parada de la victoria en los parisinos Campos Eliseos [116].

De hecho, el catalanismo radical naciente en 1919 se componía de la misma mezcla que Benito Mussolini había hecho del garibaldismo tardío y del nacionalismo intervencionista, decorado con la queja del *Risorgimento* traicionado y la llamada a la vanguardia futurista y «dannunziana». Imbuido de espíritu «intervencionista» a la italiana, Francesc Macià, el *cabdill* o caudillo del separatismo político catalán, compartió con perfecta ingenuidad el lenguaje tanto del garibaldismo como de los ex combatientes en la Gran Guerra. Pero la realidad de la participación italiana en una Guerra Mundial y la asistencia cómplice, sentimental y simbólica, de los «voluntarios catalanes» en el mismo conflicto dio a ambos «intervencionismos» una evolución muy contraria en la inmediata posguerra. La disyuntiva del final de la contienda afectó tanto a los líderes respectivos, como a sus movimientos. Macià paradójicamente procedía del Ejército y no podía regresar al ámbito del militarismo, mientras que Mussolini venía del socialismo y no podía reincorporarse a una izquierda revolucionaria antibelicista en la posguerra. Cuando surgió en Barcelona la Federació Democràtica Nacionalista, entre noviembre de 1918 y enero de 1919, el separatismo de Macià se encontró en la calle y con los militares en contra [117]. El autodefinido entusiasmo paramilitar de activistas alrededor de Macià, como Daniel Cardona, sólo encontró amigos en la extrema izquierda y enemigos en la derecha, por definición españolista [118]. De análogo

[115] D. Martínez Fiol (cur.), *El catalanisme i la Gran Guerra (1914-1918) Antologia*, La Magrana, Barcelona, 1988; D. Martínez Fiol, Els «voluntaris catalans» a la Gran Guerra (1914-1918), Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1991.

[116] J. Cocteau, *Le rappel à l'ordre*, Stock, París, 1926, p. 129.

[117] I. Molas, «Federació Democràtica Nacionalista», *Recerques*, n.º 2, 1972, pp. 137-153.

[118] E. Ucelay-Da Cal, «Daniel Cardona i Civit i l'opció armada del nacionalisme radical català (1890-1943)», en D. Cardona i Civit (E. Ucelay-Da Cal, cur.), *«La Batalla» i altres textos*, La Magrana, Barcelona, 1984, pp. v-lix.

modo, si bien al revés, los *sansepolcristi* fundadores del primer *Fascio di Combattimento* en marzo de 1919 vieron solamente brazos abiertos en la derecha y hostilidad izquierdista.

El primer catalanismo radical, con todos los enemigos en la derecha y situado a la izquierda aunque sin acabar de formar parte de ella, no pudo sobrevivir a las huelgas barcelonesas que se sucedieron hasta finales de 1919. Fue a partir de entonces, al aprovechar la agitación que rodeó la emblemática huelga de hambre hasta la muerte del alcalde de Cork en octubre de 1920, que el separatismo catalán se fundió camaleónicamente en los pliegos de la bandera independentista irlandesa y hizo todo lo posible por olvidar su ya abandonada amistad con el «intervencionismo» italiano, dada la evolución mussoliniana; el masoquismo de la auto-inmolación irlandesa resultó más atractivo para el peculiar machismo catalán que la agresividad pendenciera del contemporáneo ejemplo «squadrista» italiano [119]. Así, el ejemplo irlandés del alzamiento de 1916 y la guerra política llevada adelante por el IRA y el *Sinn Fein* sirvió para que los separatistas catalanes pudieran borrar sus antecedentes filo-italianos, incluso de sus propias memorias [120].

La conflictividad en la capital catalana tuvo el efecto sorpresivo y paradójico de casi anular del todo la violencia nacionalista radical, que, tras su breve manifestación en el paso de 1918 a 1919, quedó anulada por el «pistolerismo» entre proyectos sindicales. El naciente estilo paramilitar separatista quedó tapado por el «Somatén» urbano creado por la Lliga como método de control de la lucha callejera en Barcelona [121]. Solamente el hilo de lucha germanófila tuvo su línea de continuidad, fuera por el «gangsterismo» tipo la famosa «banda negra» del falso «barón de König», fuera por los vazquezmellistas hermanos Sales que fundaron los Sindicatos Libres en octubre de 1919 [122]. El separatismo se quedó, pues, en el

[119] G. Sweeney, «Irish Hunger Strikes and the Cult of Self-Sacrifice», *Journal of Contemporary History*, Vol. 28, n.º 3, july 1993, pp. 421-437.

[120] E. Ucelay-Da Cal, «Models del Catalanisme: I. Reflexos en un espill daurat; II. Somnis irlandesos amb regust italià», *Quadern de Cultura. El País*, 2 mayo 1991, pp. 2/4; X.-M. Nuñez Seixas, «El mito del nacionalismo irlandés y su influencia en los nacionalismos gallego, vasco y catalán», *Spagna Contemporanea*, n.º 2, 1992, pp. 25-57.

[121] E. González Calleja y F. del Rey Reguillo, *La defensa armada contra la revolución*, CSIC, Madrid, 1995; M. Casal Gómez, *La banda negra. El origen y la actuación de los pistoleros en Barcelona (1918-1921)* [¿1922?], Icaria, Barcelona, 1977.

[122] C. M. Winston, *La clase trabajadora y la derecha en España 1900-1936*, Cátedra, Madrid, 1989.

punto de partida literario: el gusto por el combate simbólico, verbal y de gestos sin más contenido que el civismo [123]. Sólo se retuvo el rastro garibaldino como punto de partida —la tradición obrera y hasta obrerista catalana nunca pudo olvidar el «libertador de dos continentes»— que, en la práctica, resultó un lastre costoso, ya que fue el nieto, el coronel Ricciotti Garibaldi, dedicado a un turbio juego con los servicios policiales italianos, quien destapó la tentativa de Macià de invasión de Cataluña desde el Rossellón en el otoño de 1926 [124].

Con todo esto, el problema de fondo para consolidar una herencia catalanista en paralelo del intervencionismo nacionalista-sindicalista italiano fue la ausencia de los inmolados: no había muertos visibles de la contienda europea, ni cementerios para sacralizar una tradición nacionalista, ni mutilados ostentosos para servir de testimonios del martirio colectivo. Por mucho que portavoces del ultracatalanismo invocasen entre diez y viente mil muertos, los «agujeros» que tales ausencias humanas hubieran dejado tras sí no se notaron, como ironizó cruelmente el gallego Wenceslao Fernández Flórez, en su novela *Los que no fuimos a la Guerra* de 1930 [125]. Solamente se remarcó las muertes de la epidemia de gripe de 1918, que sin duda, de forma subliminal, cubrieron este vacío [126]. Únicamente un personaje, muy de tercera fila, un inquieto primo del tortosino líder republicano de izquierdas Marcelino Domingo, llamado Daniel Domingo Montserrat, hizo la guerra de trincheras y volvió para utilizarlo como un reclamo de protagonismo: hizo una trepidante evolución política del separatismo al comunismo a través del surrealismo para volver de nuevo a sus puntos de partida [127]. Pero fue casi el único, dentro de España, que jugó a ser de la famosa «generación perdida», con las

---

[123] E. Ucelay-Da Cal, «Violencia simbólica y temática militarista en el nacionalismo radical catalán», *Ayer, Monográfico sobre Violencia y política en España* [J. Arostegui, ed.], n.º 13, 1994, pp. 237-264.

[124] E. Ucelay-Da Cal, *El Nacionalisme radical català i la resistència a la Dictadura de Primo de Rivera, 1923-1931*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, 1983, 2 vols.; también E. Ucelay-Da Cal, *Estat Català: The Strategies of Separation and Revolution of Catalan Radical Nationalism (1919-1933)*, Ph. D. Thesis, Columbia University (N.Y.), 1979 (Ann Arbor (Mich.): University Microfilms International).

[125] W. Fernández Flórez, *Los que no fuimos a la guerra*, CIAP, Madrid, 1930.

[126] E. Ucelay-Da Cal, «Pròleg», en D. Martínez i Fiol, *Els «voluntaris catalans»...*, op. cit., pp. 7-13.

[127] D. Martínez Fiol, *Daniel Domingo Montserrat (1900-1968) Entre el marxisme i el nacionalisme radical*, Abadia de Montserrat, Barcelona, 2001.

consecuencias que el historiador Dan S. White ha señalado para el socialismo europeo [128]. El fracaso de la intentona de Prats de Molló, al ser los legionarios catalanes e italianos de Macià recogidos por la policía francesa, impidió que hubieran «àrdits» y parecidos mártires, amantes de la muerte, en la tradición política catalanista, que mostró su gusto firme por la violencia simbólica y su disgusto por el «sang y fetge» innecesario [129]. En todo caso, el macianismo adquiriría los medios ideológicos para convertirse en un populismo de masas, en el exilio, después de 1928-1929, cuando todo era ya un juego de apariencias.

Todo este nuevo «clima de violencia» de la posguerra —fuera práctico, con innovadoras formas de combate callejero, fuera mero ruido, un superficial estilo de lucha verbal y propagandística— no hay duda de que desbordó el esquema de Francesc Cambó y de la Lliga Regionalista, que hasta entonces habían mantenido un monopolio político efectivo sobre todo el reclamo catalanista. Durante los primeros tres lustros del siglo, el catalanismo conservador dominó los escenarios políticos —como mínimo, aquellos en los que quiso salir a jugar un papel estelar— mediante la confianza de ser más «moderno» que sus rivales, incluso en la política española. En particular, solamente el catalanismo, con el apoyo del aparato de la Lliga, el acceso a la administración provincial y/o regional y la movilización discursiva y propagandística del «noucentisme» podía presumir en España de ser un «nacionalismo de los nacionalistas» como el francés, o de haber forjado con éxito una obsesiva cultura nacional-popular, en la que se podía vivir el solipsismo sin grandes interferencias, equivalente al *volkische Kultur* pangermánica. Pero el cambio universal que acompañó a la contienda mundial —que llegó muy abruptamente a la conciencia general española al acabarse el conflicto exterior— barrió el excepcionalismo catalanista «lligaire». El catalanismo moderado, regionalista, hasta entonces llamado «intervencionista» por su voluntad a actuar en la política electoral se encontró con «intervencionismos» mayores en dureza. El famoso eslogan de Lenin había sido que «la guerra imperialista se convertiría en guerra civil». Cambó había prometido la paz interior «imperial» con elementos que quedaron pericli-

[128] D. S. White, *Lost Comrades. Socialists of the Front Generation 1918-1945*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1992.

[129] E. Ucelay-Da Cal, «Violencia simbólica y temática militarista en el nacionalismo radical catalán», *Ayer*, Monográfico sobre *Violencia y política en España* [Editor: J. Arostegui], n.º 13, 1994, pp. 237-264.

tados en el otoño e invierno de 1918 y, ante la nueva situación, le costó ajustar su mensaje, diferenciar táctica y estrategia.

A pesar de sus afinidades eclécticas, Macià, siempre firme en su apego a unos valores de justicia social a caballo entre la radical y la socialdemocracia, logró siempre mantenerse limpio por cualquier demonización, como no fuera la atribución de una cierta reputación por chaladura política. La demonización ideológica, ya en marcha tanto dentro de la política catalana, como, en sentido contrario, desde el patriotismo español cara a las reivindicaciones catalanistas, a lo largo de la fase culminante de la campaña regionalista de la «España grande» en 1918, vino a generalizarse en 1919, quedando escenificada con las agudas tensiones sociales de ese año. Cambó quedó cosificado, encarnación viva de la «plutocracia» para las izquierdas, imbuidas de conciencia anti-imperialista por la victoria bolchevique y con un cada vez mayor protagonismo obrerista. Para la nueva derecha españolista y anti-separatista, el jefe de la Lliga era igualmente el gran peligro. Pero también los nacionalistas radicales de todas las «nacionalidades oprimidas de Iberia», empezando por los de Cataluña, el «gran españolista» era el principal enemigo. De nuevo, Cambó se negó rotundamente a aceptar su demonización, postura con un importante significado. Para Cambó, la culpa era de los otros. Se tuvo que pagar el precio de la sempiterna ambigüedad de la Lliga. El caso «lligaire» serviría como muestra contemporánea de una demonización rechazada, aunque efectiva.

El juego de la propia demonización, por lo tanto, no podía afectar a la primera iniciativa más o menos «protofascista» y callejera, la Liga Patriótica Española, que se dedicó entre diciembre de 1918 y febrero de 1919 a luchar en las Ramblas barcelonesas con los primeros núcleos del separatismo combativo formados alrededor de Macià, sencillamente porque ésta era anterior, aunque solamente fuera por un par de meses, al nacimiento del fenómeno político luciferino nacido con Mussolini. El gran éxito del sindicalismo revolucionario en Barcelona a lo largo de 1919, ante el surgimiento del Somatén urbano en la capital catalana y el «locaut» o «huelga empresarial», fue que demonizó al vigilantismo barcelonés, ejemplificado por el somatenismo, antes de que los socialistas italianos consagraran su anatema moral sobre Mussolini y sus *squadristi*[130]. Pero, al contrario de los seguidores italianos de Mus-

[130] Se ha sugerido aplicar el decimonónico concepto norteamericano de «*vigilantism*» —es decir, violencia ejercida desde la sociedad civil, con o sin tolerancia

solini, ni los somatenistas, ni tan siquiera los «pistoleros», tachados de «amarillos», color infamante por católico, del sindicalismo «libre» quisieron asumir gustosamente su demonización. En Italia, la culpabilización izquierdista de la violencia fascista fue una acción intelectual de 1921-1922, pero consagrada y codificada por el gran esfuerzo de lucha, en la segunda mitad de 1924, contra un Mussolini, *capo di Governo* pero contra las cuerdas por el asesinato descarado del socialista Giacomo Matteotti, líder de la menguada oposición parlamentaria a un fascismo ya devenido gubernamental. Para entonces, en Barcelona, los portavoces sindicalistas habían construído una autojustificación lo suficientemente sólida para aguantar lecturas ajenas [131].

En resumidas cuentas, no hay paralelos estrictamente contemporáneos en España —con ejemplos concentrados en Cataluña— a la demonización asumida del fascismo con la creación del movimiento mussoliniano en Italia, si bien se puede mostrar los fuertes reflejos que en el catalanismo radical tuvo el «intervencionismo» de 1915, con su característica mezcla de nacionalismo y socialismo. En otras palabras, en la lógica de preguerra catalana —excepcionalmente en España— Mussolini sin demonización desafiante concordaba con los supuestos ideológicos ya existentes. Pero la

---

pública (aunque más bien con)— al «*squadrismo*» fascista italiano: véase M. Clark, «Italian Squadrismo and Contemporary Vigilantism», *European History Quarterly*, vol. 18, n.º 1, 1988, pp. 33-49. La gran ventaja de este planteamiento sería que haría comprensible los paralelismos entre fenómenos como los que se pueden dar en un contexto como Cataluña con dinámicas mucho más organizadas como la italiana o la alemana, con un peso posterior muy diferente, sin por ello forzar las comparaciones, ni insistir en las ideas habituales sobre imitación. Para el *squadrismo* fascista: E. Gentile, *Storia del Partito Fascista 1919-1922. Movimento e milizia*, Laterza, Roma-Bari, 1989. El contexto catalán en su versión más usual: F. del Rey Reguillo y S. Bengoechea, «En vísperas de un golpe de estado. Radicalización patronal e imagen del fascismo en España», en J. Tusell, J. Gil Pecharromán y F. Montero eds.), *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, UNED, Madrid, 1993, pp. 301-326; F. del Rey Reguillo, *Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la restauración (1914-1923)*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1992; S. Bengoechea, *Organització patronal i conflictivitat social a Catalunya*, Abadia de Montserrat, Barcelona, 1994; también S. Bengoechea, *El locaut de Barcelona (1919-1920)*, Curial, Barcelona, 1998.

[131] A. Pestaña y Salvador Seguí, *El sindicalismo en Cataluña* [1919], Calamus Scriptorius, Barcelona, 1978; M. Bajatierra, *¿Quiénes mataron a Dato?*, Publicaciones Mundial, Barcelona, 1931; P. Foix, *Los archivos del terrorismo blanco. El fichero Lasarte*, Ariel, Barcelona, 1931; más reflexivo: A. Pestaña, *El terrorismo en Barcelona (Memorias inéditas)*, Planeta, Barcelona, 1979.

bravata o provocación de ser orgullosamente «sinvergüenza» no tuvo imitadores. Andando el tiempo, con mucho servicio público por en medio, ya llegaría la tentación a finales de los años veinte, más se entiende con la intención de copiar un estilo de organización paraestatal que parecía efectivo.

VI. PERCEPCIONES HISPANAS SOBRE LA DEMONIZACIÓN DEL FASCISMO

Con su capacidad para captar al vuelo cosas que estaban flotando en el aire, el filósofo madrileño José Ortega y Gasset —por cierto, antiguo entusiasta del intervencionismo garibaldiano en 1915— remarcó, en febrero de 1925 [132]:

> Por el contrario, el fascismo [hay que recordar que escribe en 1925, antes de las «leyes fascistísimas» de finales de 1926] no pretende instaurar un nuevo derecho, no se preocupa por dar fundamento jurídico a su poder, no consagra su actuación con título alguno ni teoría ninguna política. Mussolini ha procurado conservar el aparato parlamentario, pero no con ánimo de fingir una legitimidad para su magistratura. Siempre ha hecho constar que conservaría el Parlamento mientras fuese dócil. Le sirve, pues, para obtener una continuidad administrativa, no un nexo jurídico con principios constitucionales de legalidad. La legimidad es la fuerza consagrada por un principio. El fascismo gobierna con la fuerza de sus camisas —las 300.000 camisas de fuerza—, y cuando se le pregunta por su principio de derecho, señala sus escuadras de combatientes. [...] No pretende el fascismo gobernar con derecho; no aspira siquiera a ser legítimo. Ésta es, a mi juicio, su gran originalidad, por lo menos su peculiaridad; y yo añadiría: su profundidad y su virtud.
>
> Ahora se comprende el papel singularísimo que representa la violencia fascista y que la diferencia de las demás. En el fascismo, la violencia no se usa para afirmar e imponer un derecho, sino que llena el hueco, sustituye la ausencia de toda ilegitimidad. Es el sucedáneo de una legalidad inexistente. Y eso rigurosamente entendido. Porque no se trata tampoco de que el fascismo caiga en la trivialidad de decir: la violencia, la fuerza es derecho. Esta afirmación, es, nadie lo ignora, una de tantas teorías jurídicas, uno de tantos principios legitimadores. Lo que otorga un altísimo rango como síntoma histórico al hecho italiano es que nos presenta el gobierno de un poder ilegítimo «como tal». Toda preo-

[132] Para el garibaldinismo orteguiano: J. Ortega y Gasset, «La camisa roja (Política de la neutralidad)», *España*, 29 enero 1915, en J. Ortega y Gasset, *Obras completas*, tomo X, *Escritos políticos-I (1908-1921)*, Revista de Occidente, Madrid, 1969, pp. 274-275.

> cupación por consagrar mediante un derecho el ejercicio del poder está sustituido por la mera declaración de un motivo: «hay que salvar Italia». [...]
>
> Todos los demás rasgos del fascismo se encuentran repetidos en ese pasado de dos centurias; sólo éste es completamente nuevo [133].

Como el pensador madrileño añadió: «El fascismo y sus similares administran certeramente una fuerza negativa, una fuerza que no es suya —la debilidad de los demás—. Por esta razón son movimientos transitorios, lo cual no quiere decir que duren poco» [134]. Lo que Ortega no contempló, si bien está implícito en su argumento, es que la debilidad de sus enemigos otorgaría a éstos, de forma automática, la consagración de ser legítimos, fuera el que fuera su planteamiento, precisamente por ser objeto de la violencia ilegítima que él tan claramente describe. Y los antifascistas, de cualquier signo, se aprovecharían de esta ventaja para demonizar al fascismo de manera tan extraordinaria o excepcional como había sido la propia inventiva fascista para prescindir de la justificación legitimadora. A partir de la propaganda antifascista —de liberales como Gobetti, de socialistas desde Matteotti a Rosselli, de los comunistas de Brodiga a Gramsci o Togliatti, de los libertarios como Fabbri o Berneri— el fascismo tuvo que, no ya asumir su demonización, lo que era la réplica consecuente a su ostentación de la ilegitimidad, sino a un paso mayor, a asumir, valga la redundancia, su propia asunción. Y esta última vuelta de tuerca, que comportaba ser siempre diferente, era más dolorosa.

Inicialmente, sin embargo, la exclusión moral de los fascistas fue un juego italiano, llevado de forma creciente en la evolución política de aquel país entre 1919, cuando fue practicado por los socialistas, ex-camaradas de Mussolini, y llegando a los católicos populares con la progresiva construcción de la dictadura mussoliniana, tras 1925-1926. Pero quien verdaderamente pudo aprovechar la demonización de los fascistas fueron los bolcheviques. Igual que se hizo con el discurso imperial, que, al reducirlo a un fenómeno en exclusiva económico todos los sistemas «burgueses» eran «imperialistas», mientras que la sucesión comunista al territorio de los zares era, por el contrario, una liberación obrera, el bolchevismo —y, por extensión, toda la extrema izquierda que asumiera el juego

---

[133] J. Ortega y Gasset, «Sobre el fascismo. II- Ilegitimidad» [1925], en J. Ortega y Gasset, *Obras Completas*, vol. 2, *El Espectador*, Alianza Editorial, Madrid, 1983, pp. 501-505 (citas p. 501, 502, 503).

[134] Ibíd., p. 504.

doble moral protagonizado por los leninistas— pudo dictaminar que la demonización era funcional, un reflejo del poder oculto económico que, tras la fachada política, era el verdadero determinador de toda realidad [135].

Por el contrario, en el extranjero, especialmente en Francia, Gran Bretaña y EEUU y fuera del medio socialista u obrerista, Mussolini, como es bien sabido, fue tratado de genial hombre de Estado, autor de unas medidas de disciplina dura pero necesaria, que, según el tópico, «había hecho que los trenes funcionaran a tiempo, según su horario» [136]. Como notoriamente dijo Winston Churchill en 1927, si él hubiera sido italiano, hubiese sido fascista: la inflexión conceptual de la frase dependía, claro está, del hecho de que no era ni una cosa ni la otra [137]. La revolución rusa de 1917 —y la larga guerra civil, cuyas campañas serias culminaron a finales de 1920, pero con secuelas no aplastadas hasta 1922— se convirtió en un contra-modelo de demonización del bolchevismo para las derechas, ya que la causa «blanca» y, en general, el antibolchevismo marcaron pautas de reconversión ideológica y organizativa tan significativas en su ámbito como el señuelo de la utopía social tangible allende de las fronteras lo fue para el obrerismo expansivo [138]. En particular, la represión paralela de las «repúblicas rojas» en Alemania y Hungría en 1919, mas el «milagro del Vístula» en el verano de 1920 que paró el Ejército Rojo a las puertas de Varsovia, sirvieron como puntos de reflexión [139]. Pero la demonización anticomunista de las derechas, aunque sería un instrumento de movilización en muchísimas ocasiones, nunca prendió, no tomó la so-

[135] Una muestra del discurso del Komintern sobre fascismo traducido para lectores hispanoamericanos: A. Chiarini (ed.), *Diez años de terror blanco*, El Machete, México D.F., [¿1929?].

[136] A. Berselli, *L'opinione pubblica inglese e l'avvento del Fascismo (1919-1925)*, Franco Angeli, Milán, 1971; J. P. Diggins, *Mussolini and Fascism: The View form America*, Princeton University Press, Princeton (N.J.), 1972; C. Damiani, *Mussolini i gli Stati Uniti, 1922-1935*, Capelli, Bolonia, 1980.

[137] R. Griffiths, *Fellow Travellers of the Right. British Enthusiasts for Nazi Germany, 1933-39*, Constable, Londres, 1980, pp. 14-15.

[138] Véase, por ejemplo, la relevancia que le da el ex-comunista y falangista Santiago Montero Díaz, *Mussolini, 1919-1944*, Escuela de Formación y Capacitación, Madrid, 23-III-1944, pp. 7-13.

[139] A. Lazo, *La revolución rusa en el diario «ABC» de la época*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1975; F. L. Cartsen, *Revolution in Central Europe 1918-1919*, Temple Smith, Londres, 1972; E. Mawdsley, *The Russian Civil War*, Boston, Allen & Unwin, 1987, Cap. 18; también J. Rothschild, *Pilsudski's Coup d'Etat*, Columbia University Press, Nueva York, 1966.

lidez de convicción, especialmente en medios intelectuales, que tenía la del fascismo, probablemente por las razones más o menos apuntadas por Ortega y Gasset: por mucho que se insistiera en sus crímenes —infinitamente superiores en número y concepción a nada que se hiciera en Italia en los años veinte— el bolchevismo o comunismo compartía con la tradición liberal unas referencias a unos valores teóricos comunes y un recurso a la legimitimación que el fascismo prefirió rehusar, haciendo suya la bandera del excepcionalismo político.

El periodista Josep Pla, quien hizo su reputación en Barcelona con sus reportajes sobre las sequelas de la «Marcha sobre Roma» aparecidos en el diario nacionalista catalán, *La Publicitat,* órgano de Acció Catalana (muy diferentes de tono a sus «Notas de Italia» para el madrileño *El Sol*), reflejó claramente las implicaciones que, para un catalanista entusiasta, tenía la demonización asumida por los fascistas. En su crónica italiana del 29 de octubre de 1922, titulada «Els elements de la confusió», retrató el efecto que le produjo oír, desde su tren, a unos jovencillos, «les mans a la butxaca, la tranca brandant dolçament al colze», silvando el himno fascista *Giovinezza.*

> La musiqueta és més aviat escolar, una mica cursi, té aquell puntet de grotesc que han de tenir les coses per arribar al cor del poble, però tanmateix, quina quantitat de records ja hi ha per nosaltres darrera la tonada, de meditacions, de suggestions, d'indignacions! La ratlla del xiulet ens ha atrevesat la somnolència i l'enfarfec de trenta hores d'entafurament al vagó i ha semblat que ens tocaven la carn viva. La sensació és de joia o desagradable? Val més no analitzar i admetre el consumat: arribem a Itàlia en un moment de saturació patriòtica [140].

Años después, en plena Guerra Civil, Cambó meditaría la problemática de la demonización del fascismo, para insistir en su consideración esencial, verdadero tema recurrente de su pensamiento, de que la enemistad de los intelectuales era un coste político muy grave, hasta insalvable:

> Mentre el feixisme era un fenòmen italià, sense pretensions a convertir-se en producte d'exportació, la Itàlia feixista no tenia més que amics, arreu del món. Al voler-se convertir en producte exportable l'antifeixisme ha sorgit arreu. Tots els aventurers del món s'han proclamat feixistes; Mussolini ha tingut idòlatres i seguidors arreu...[sic] però arreu també li han sorgit enemics.

[140] J. Pla, «Notes d'Itàlia. Els elements de la confusió», *La Publicitat*, 29 octubre 1922, reproducido a J. M. Casasús, *Periodisme que ha fet història*, Diputació de Barcelona, Barcelona, 1991, pp. 71-74 (cita pp. 72-73).

> Abans, llevat dels pobres fuorusciti italians, ningú odiava el feixisme. L'animaversió dels socialistes era més formulària que sentida. Avui [enero de 1938], passa tot el contrari [141].

Unos apuntes de conclusión:

Para concluir, después del examen de su variados y flexibles orígenes, es posible que el esfuerzo de reducción taxonómica del «fascismo» sea un esfuerzo vano, realizable —como pretendían los marxistas— saliéndose de las categorías estrictamente políticas, por ser éstas indefensas ante la efectiva parodia política, que ridiculiza o exagera los contenidos al tiempo que los utiliza. Es más, puede que esta capacidad paródica sea lo que el «fascismo» tenga en común con el mundo de la incesante publicidad consumista que le sucedió y del que fue a la vez anunciación y enemigo.

Al tratar los orígenes del «fascismo», por tanto, sería importante entender la fluidez de las categorías, de las influencias y las circunstancias. No es cuestión tanto de concretar el «fascismo antes del fascismo», como ha argumentado con exceso de determinismo el historiador Zeev Sternhell, como más bien de saber valorar, en la preguerra, la banalidad genérica de lo que, pocos años después, en la posguerra de la primera contienda mundial, llegaría a ser específicamente identificado como «fascista». Como ha observado el mismo Sternhell, todo lo que dijo Hitler en su *Mein Kampf* ya se había dicho antes, y no por autores marginales, sino por primeras plumas, grandes personajes de la pre-guerra. Los componentes ideológicos de lo que sería el fascismo se encontraban en el repertorio del pensamiento político desde los años ochenta del siglo XIX en adelante [142]. Hoy, a principios del siglo XXI, «fascismo» es poco más que un insulto envilecedor. Pero, en su momento de definición al final de la Primera Guerra Mundial representó un intento oportunista de dar un contenido especialmente dinámico a un activismo de escasa precisión ideológica, pero de potencial atractivo sintético. Era una manera de diferenciar emotivamente al contrarrevolucionario tanto del revolucionario como del conservador [143].

---

[141] F. Cambó, *Meditacions. Dietari (1936-1940)*, Alpha, Barcelona, 1982, p. 269.

[142] Z. Sternhell, «Fascist ideology», en W. Laqueur (ed.), *Fascism. A Reader's Guide*, University of California Press, Berkeley (Cal.), 1976, pp. 315-376 (véase pp. 325, 335).

[143] A. J. Mayer, *Dynamics of Counterrevolution in Europe, 1870-1956. An Analytic Framework*, Harper & Row, Nueva York, 1971.

Pero el coste de complacer, con la autodemonización despreciativa, a los muchos adolescentes en los Fasci, fueran auténticos jóvenes o simplemente hombres inmaduros, tuvo un coste a la larga imprevisible, ya que notoriamente obligó a actitudes mentalmente muy estrechas. En un tiempo como el actual en el que, por el contrario, abundan más y más los viejos en vez de los jóvenes, hemos aprendido a ser mucho más escépticos que lo que lo fueron los contemporáneos de Mussolini, todavía imbuidos de mucho de la carga emocional del romanticismo decimonónico, ante el despliegue sentimental de la mentalidad adolescente, con su gusto por el desafío airado.

La ambigüedad de fondo del fascismo, mezclando tópicos de la ecléctica crítica «modernista» de la preguerra que reivindicaba las innovaciones de práctica social intuibles, puede que hasta palpables, desde la sociedad civil, anunciaba un tipo de poder nuevo. La estadolatría resultante mucho tuvo que ver con las últimas tendencias de articulación social, en resumen, el sueño de la sociedad y el poder como un «proceso continuo» cuyas contradicciones serían resueltas con publicidad y sentido de movimiento. Las implicaciones irían en paralelo al desarrollo del publicismo y del consumismo durante el resto del siglo XX [144].

[144] J.-H. Martin, A. Baldassari, R. Burkhardt (coms.), *Art et Publicité*, Centre Georges Pompidou, París, 1991; R. Maltby (dir.), *Cultura y modernidad*, Aguilar, Madrid, 1993 (una traducción bastante triste del título original de *Dreams For Sale. Popular Culture in the 20th Century*).

2. EL FASCISMO ITALIANO

EMILIO GENTILE
Universidad «La Sapienza» de Roma
emigent@tin.it

I. ¿DÓNDE Y CUÁNDO NACIÓ EL FASCISMO?

El problema de la definición del fascismo empieza con la individuación de su colocación y de su desarrollo en el tiempo y en el espacio. La formación de un «tipo ideal», ha escrito Max Weber, debe proceder «gradualmente partiendo de sus elementos singulares sacados de la realidad histórica», reelaborada conceptualmente en concretas conexiones genéticas, las cuales «siempre e inevitablemente tienen una tonalidad específicamente individual» [1]. Por lo tanto, precisar cuándo y dónde el fascismo ha nacido y se ha afirmado por primera vez, es un punto de partida obligado, tanto por la interpretación del fascismo italiano, cuanto por la búsqueda de los elementos constitutivos fundamentales de una teoría del fenómeno fascista, que vincule su validez a la constante confrontación con la investigación histórica.

Por lo que respecta al lugar y al período de origen, un dato me parece acertado e irrefutable: el fascismo ha surgido en Italia después de la Primera Guerra Mundial como un nuevo movimiento de masas, político y social, nacionalista y modernista, revolucionario y totalitario, místico y palingenésico, organizado en un nuevo tipo de régimen fundado en el partido único, un aparato policial represivo, el culto del jefe y sobre la organización, el control y la movilización permanente de la sociedad en función del Estado. La novedad del fascismo italiano es otro dato que podría ser cierto e irrefutable, por cuanto es:

a) el primer movimiento nacionalista revolucionario, organizado en un *partido milicia*, que ha conquistado el monopolio

---

[1] M. Weber, *L'etica protestante e lo spirito del capitalismo*, tr. it., Milán, 1991, p. 71.

del poder político, ha destruido la democracia parlamentaria para construir un Estado nuevo y regenerar la nación;

b) el primer partido que ha llevado el pensamiento mítico al poder y lo ha institucionalizado la *sacralización de la política*, a través de los dogmas, los mitos, los ritos, los símbolos y los mandamientos de una religión exclusiva e integrista, impuesta como fe colectiva;

c) el primer régimen político que por las características que ahora hemos citado ha sido definido como *totalitarismo* desde el principio, mientras sólo después esta definición ha sido extendida, por comparación, también al bolchevismo y al nacionalsocialismo.

Estas tres características, según mi parecer, son los elementos fundamentales para definir la novedad y la identidad del fascismo italiano, y son las bases sobre las que construir un modelo general. De hecho, de la experiencia de este nuevo movimiento-régimen sacaron inspiración otros movimientos y regímenes surgidos en Europa en el período de entreguerras. Además, sólo después de la llegada del fascismo, tuvo comienzo la *cuestión del fascismo*, es decir el complejo de las interpretaciones que de este fenómeno han sido dadas en el curso de las últimas ocho décadas. Las principales interpretaciones del fascismo —reacción burguesa, crisis moral, expresión de peculiares caracteres nacionales, revolución de las clases medias, sistema totalitario— han aparecido por primera vez en Italia en los años veinte, y fueron sucesivamente elaboradas y aplicadas a otros movimientos y regímenes que tenían características similares al fascismo italiano.

Ningún movimiento político es del todo original y homogéneo en su novedad, pero siempre en su formación confluyen materiales preexistentes, que se mezclan con materiales nuevos surgidos de nuevas situaciones históricas y de las nuevas experiencias vitales, produciendo combinación sintética que tiene, por eso mismo, una propia originalidad. Esto vale especialmente para el fascismo, que fue «el último en llegar» a la escena política del *Novecento*[2]. En este caso, la investigación de las ideas y de las experiencias políticas precedentes que pueden haber contribuido a la formación del fascismo, es ciertamente útil para comprender su origen, su difusión y su éxito. Pero tal investigación no puede consistir, creo yo,

---

[2] Para la definición del fascismo como «último en llegar», véase J. L. Linz, «Some Notes Toward a Comparative Study of Fascism in Sociological Historical Perspective», en W. Laqueur (ed.), *Fascism: A Reader's Guide*, Nueva York, 1979, pp. 14-20.

en adoptar un concepto de «fascismo» que es anacrónico y arbitrario si se refiere a épocas precedentes a la Primera Guerra Mundial y a la afirmación del fascismo en Italia, como anacrónico y arbitrario sería hablar de «jacobinismo» antes de la Revolución Francesa. Igualmente anacrónico y arbitrario me parece el uso de la categoría «protofascismo» referida a movimientos precedentes a la afirmación del fascismo en Italia, como me parecería anacrónico y arbitrario el uso de la categoría «protobolchevismo» referida, para decir algo, a las ideas de Babeuf o de Blanqui. El descubrimiento de un presunto «protofascismo» o hasta de un «fascismo antes del fascismo» es consecuencia de la tendencia a identificar la esencia del fascismo con su ideología, a buscar únicamente en la dimensión ideológica los elementos para construir un modelo general de fascismo[3].

La importancia de la ideología para la definición del fascismo es otro dato cierto. He sido uno de los primeros historiadores en reconocer la existencia, la autonomía y la importancia de la ideología fascista[4], el primer historiador en reconstruir los orígenes de la ideología del fascismo italiano[5], y aún estoy convencido de que la dimensión cultural ha de estar presente en la construcción de un modelo general del fascismo. No creo, sin embargo, que se deba atribuir a la ideología un papel central o privilegiado para la definición del fascismo, ignorando sus otros aspectos fundamentales, como movimiento social, partido y régimen político. Los estudiosos que privilegian la dimensión ideológica tienden a representar la ideología fascista como un sistema coherente y elaborado de ideas teóricamente formuladas como las otras ideologías, fundadas en un pensamiento racionalista. En realidad, esta interpretación ensombrece una característica fundamental de la concepción fascista de la vida y de la política, es decir, *la afirmación de la primacía de la experiencia vivida y el rechazo de la ideología como interpretación racionalista del hombre, de la historia y de la política*. El fascismo

[3] Entre las contribuciones más significativas en este sentido, véase G. L. Mosse, «Towards a General Theory of Fascism», en G. L. Mosse (ed.), *International Fascism. New Thoughts and New Approaches*, Londres, 1979, pp. 1-45; Z. Sternhell, M. Sznaijder, M. Asheri, *Naissance de l'ideologie fasciste*, París, 1989; R. Griffin, *The Nature of Fascism*, Londres, 1991; Íd. (ed.), *International Fascism. Theories, Causes and the New Consensus*, Londres, 1998; R. Eatwell, «Toward a New Model of Generic Fascism», *Journal of Political Ideologies*, 1, 1996, pp. 303-319; Íd. *Fascism. A History*, 1995.

[4] Cfr. E. Gentile, «Alcune considerazioni sull'ideologi», *Storia contemporanea*, 1, 1974, pp. 115-125.

[5] Íd., *Le origini dell'ideologia fascista*, op. cit.

tuvo una ideología anti-ideológica, como la he definido[6], que no ha nacido como un producto teórico elaborado y acabado de una vez por todas en la mente de algunos intelectuales, al modo de Atenas en la cabeza de Zeus, sino que ha surgido y se ha desarrollado a través de la experiencia vivida del fascismo como movimiento de masas, como partido y como régimen. La ideología fascista fue expresión de las creencias, de las ideas, de los mitos y de los programas de un movimiento de masas surgido de la experiencia de la guerra y de la reacción anti-socialista de la burguesía y sobre todo de las clases medias, que adquirió una autonomía propia como nueva fuerza política organizada, el «partido milicia», que llegó a ser el promotor y el artífice de la destrucción del régimen liberal y de la construcción de un Estado totalitario que no tenía precedentes en la historia.

II. FASCISMO Y TOTALITARISMO

El concepto de «totalitarismo» constituye uno de los elementos esenciales de mi interpretación del fascismo, tanto como experiencia italiana cuanto como fenómeno internacional. Ello se refiere no sólo al sistema político del fascismo sino también a su organización y a su cultura. Dada la centralidad que yo atribuyo a este concepto en la definición del fascismo, es necesario definir su significado. El concepto de totalitarismo es muy controvertido. Hay muchas definiciones y teorías del totalitarismo, elaboradas principalmente por científicos políticos. Hay quien niega que el fascismo haya sido un régimen totalitario, reservando esta definición solamente al régimen nazi y al régimen comunista. Otros estudiosos consideran que ni estos regímenes pueden ser definidos como totalitarios, porque ni el nacionalsocialismo ni el comunismo, ni tan sólo en la época de Stalin, realizaron un acabado y perfecto totalitarismo. Y hay, para acabar, estudiosos que niegan que el concepto de «totalitarismo» tenga alguna validez histórica, porque no piensan que haya existido nunca un fenómeno histórico que tenga las características atribuidas por los teóricos al totalitarismo[7]. Pienso

---

[6] E. Gentile, «Alcune considerazioni...», *op. cit.*, p. 117.

[7] De la vastísima literatura sobre el totalitarismo, me limito a recordar algunos entre los estudios más recientes que han registrado su historia y el debate actual: A. Gleason, *Totalitarianism. The Inner History of the Cold War*, Nueva York, 1995; A. Söllner, R. Walkenhaus, K. Wieland (eds.), *Totalitarismus. Eine Ideengeschichte des 20. Jahrhnderts*, Berlín 1997; A. Siegel (ed.), *The totalitarian Pa-*

que eliminar el totalitarismo de la definición del fascismo sería como eliminar el racismo y el antisemitismo de la definición del nacionalsocialismo o el marxismo y el comunismo del bolchevismo. El fascismo ha sido históricamente el único de los regímenes de partido único del siglo XX que se ha autodefinido como Estado totalitario, refiriéndose con esto a su concepción de la política y a su régimen de tipo nuevo, fundado sobre la concentración del poder en las manos del partido y de su *duce*, y sobre la organización capilar de las masas, con el propósito de «fascistizar» la sociedad a través del control del partido sobre todos los aspectos de la vida individual y colectiva, a fin de crear una nueva raza de conquistadores y dominadores.

Mi definición del fascismo como totalitarismo, sin embargo, no se basa sólo en la concepción fascista, sino sobre un concepto de «totalitarismo» elaborado teniendo en cuenta la concreta experiencia histórica del fascismo, como movimiento social, partido y régimen, comparando con otras experiencias de totalitarismo, sin por esto aprobar algunas teorías corrientes que identifican bajo esta categoría, como si fueran ramas de un único árbol, fascismo, nacionalsocialismo y comunismo[8]. Por «totalitarismo» quiero definir:

un experimento de dominio político, llevado a cabo por un movimiento revolucionario, organizado en un partido rígidamente disciplinado, con una concepción integralista de la política, que aspira al monopolio del poder y que, después de haberlo conquistado, por vías legales o extralegales, destruye o transforma el régimen preexistente y construye un Estado nuevo, fundado sobre el régimen de partido único, con el objetivo principal de conseguir la conquista de la sociedad, es decir, la subordinación, la integración y la homogeneización de los gobernados, sobre la base del principio de la politicidad integral de la existencia, tanto individual como colectiva, interpretada según las categorías, los mitos y los valores de una ideología sacralizada en la forma de una religión política, con el propósito de plasmar el individuo y las masas a través de una revolución antropológica, para regenerar al ser humano y crear un hombre nuevo, dedicado en cuerpo y alma a la realización de los proyectos revolucionarios e imperialistas del partido totalitario, con el fin de crear una nueva civilización de carácter supranacional.

---

radigm After the End of Communism. Towards a Theoretical Reassessment, Amsterdam-Atlanta, 1998; A. Brumeteau, *Les totalitarismes*, París, 1999.

[8] Cfr. E. Gentile, *Il mito dello Stato nuovo*, *op. cit.*, pp. XVI-XVIII y pp. 261-263.

En el origen del experimento totalitario, como promotor y artífice, hay un partido revolucionario, que considera irrevocable el monopolio del poder, no admite la posibilidad de existencia de otros partidos y otras ideologías, y concibe el Estado como el medio para realizar sus proyectos de dominio y regeneración. El presupuesto fundamental del régimen totalitario es un movimiento revolucionario de masas, con una ideología integralista y la vocación de la conquista del monopolio del poder político. Con el término «revolucionario» ahora utilizado se quiere definir:

un fenómeno de movilización de una masa social extraña a la vida política, guiada por una elite emergente, que no acepta los valores y la autoridad de la clase política que detenta el poder, que impugna el sistema político y/o social, y que conquista el poder para destruirlo o para transformarlo a fin de crear un nuevo régimen.

El régimen creado por el partido revolucionario totalitario es un sistema político fundado sobre la simbiosis entre Estado y partido, y sobre un complejo de potentados institucionales, gobernados por los principales exponentes de una nueva aristocracia de mando, escogidos por el jefe del partido, que domina con su autoridad carismática la entera estructura del régimen. Los aspectos fundamentales del régimen totalitario son:

a) la *militarización del partido* a través de una organización rígidamente jerárquica con estilo y mentalidad conforme a una ética de dedicación y de disciplina absoluta;

b) la *concentración monista* del poder en el partido único y en la persona del jefe carismático;

c) la *sacralización de la política*, a través de la institución más o menos explícita de un sistema propio de creencias, mitos, dogmas y mandamientos que invisten toda la existencia colectiva, y a través de la imposición de un aparato de ritos y de fiestas, para transformar de modo permanente la colectividad en masa litúrgica del culto político;

d) la *organización capilar de las masas,* que implica a hombres y mujeres de todas las generaciones, para efectuar la conquista de la sociedad, el adoctrinamiento colectivo y la revolución antropológica.

Además, el partido revolucionario totalitario posee un sistema más o menos elaborado de ideas y creencias que interpretan el

significado y el fin de la existencia colectiva en este mundo, definen el bien y el mal exclusivamente de acuerdo con los principios, los valores y los objetivos del partido. El sistema político totalitario funciona pues como un laboratorio donde se experimenta una *revolución antropológica* para la creación de un nuevo tipo de ser humano. Los instrumentos principales para la actuación del experimento totalitario son:

a) la *coerción*, impuesta a través de la violencia, la represión, el terror considerados instrumentos legítimos para la afirmación, la defensa y la difusión de la propia ideología, del partido y del régimen;
b) la *demagogia*, ejercitada por medio de una política social populista, la organización permanente de las masas, la movilización periódica del entusiasmo colectivo, la celebración litúrgica del culto al partido y al jefe;
c) la *pedagogía totalitaria*, llevada a cabo desde arriba, según modelos de hombre y mujer elaborados en coherencia con los principios y los valores de la religión política apuntando a la regeneración de las masas y a la creación de un nuevo tipo humano, enteramente dedicado a los mandos del partido único y de su jefe;
d) la *discriminación del extraño*, realizada a través de medidas coercitivas que pueden ir desde la misa al destierro de la vida pública, al aniquilamiento físico, de todos los seres humanos que, a causa de sus ideas, de su condición social o de su pertenencia étnica, son considerados enemigos inevitables por ser considerados extraños a la comunidad de los elegidos e incompatibles con la realización del experimento totalitario.

Lo que caracteriza al totalitarismo, según esta definición, es su intrínseco dinamismo, que se expresa en la exigencia de una *revolución permanente*, en la necesidad de una *continua expansión del poder político* y de una constante *intensificación del control y de la intervención sobre la sociedad* para subordinarla a un Estado de partido único a través de una red cada vez más extensa y capilar de organización y de integración. El Estado totalitario, por lo tanto, es un laboratorio político condenado a la experimentación continua para realizar su revolución antropológica respecto a una sociedad. Definiendo el totalitarismo más como un *experimento* que como un *régimen*, intento subrayar la interconexión entre sus elementos constitutivos fundamentales, y resaltar el carácter dinámico del totalitarismo como *proceso continuo*, que no puede ser considerado

cumplido en ningún estadio particular de su actuación. Esto significa que el concepto de totalitarismo no se aplica sólo a la definición de un sistema de poder y de un método de gobierno, sino que se refiere a la ideología, a la organización, al estilo de vida y a los métodos del comportamiento del movimiento revolucionario que detenta el monopolio del poder y lo ejercita para transformar las masas de los gobernados en un cuerpo político unitario y homogéneo. En la realización del experimento totalitario entran en juego factores y circunstancias que pueden obstaculizar o favorecer la política del partido totalitario, condicionar y modificar los métodos de actuación, frenar o acelerar sus elecciones, y de todas maneras limitar su realización. Tal plenitud y perfección, de hecho, no se puede encontrar en ningún tipo de totalitarismo, sino que sólo existe en el modelo abstracto del «tipo ideal» del Estado totalitario. No hay históricamente experimentos totalitarios que no estén circundados por límites, que no pudieron superar en el intento de subordinar integralmente la sociedad y el Estado al control del partido único. Todos los totalitarismos, respecto al modelo teórico, aparecen imperfectos e inacabados, pero eso no quiere decir que no hayan existido en la historia del siglo XX los experimentos totalitarios, que se han desarrollado de la forma y con las características enumeradas arriba, sin querer con esto decir que hayan tenido éxito o que todos hayan tenido el mismo ritmo, tiempos y resultados.

III. EL «PARTIDO MILICIA»

El experimento totalitario fascista no tuvo origen en circunstancias y eventos contingentes e imprevistos, ni fue únicamente el producto de las relaciones de intereses y de compromisos entre el fascismo, las instituciones tradicionales y las fuerzas económicas, sobre los cuales fue erigida la dictadura de Mussolini, sino que fue la consecuencia de la naturaleza del partido fascista, de sus métodos de organización y de acción, de su cultura política y de su ideología, así como se habían manifestado aún antes de su ascenso al poder, cuando los fascistas se pusieron a la vanguardia de la reacción burguesa en contra de las organizaciones del proletariado, que fueron destruidas por una violenta ofensiva conducida por brigadas armadas y organizadas militarmente y sostenidas por el apoyo y la financiación de la burguesía. El pistolerismo (*squadrismo*), pues, fue el verdadero protagonista de la afirmación del fascismo como movimiento político de masas.

El éxito del fascismo no fue únicamente producto de la violencia y de la habilidad política de un demagogo que supo explotar los miedos de la burguesía contra el bolchevismo. El partido fascista, de hecho, conquistó el poder e impuso la transformación del Estado en un período en que, por admisión del mismo Mussolini, hablar de un peligro bolchevique en Italia era una tontería. El factor decisivo para el desarrollo del fascismo fue la capacidad de agregar y organizar a varios sectores de las clases medias que se sentían excluidos del sistema liberal y aspiraban a destronar a la vieja clase dirigente. Como movimiento de masas, compuesto en gran parte por clases medias nuevas en la política, el fascismo se propuso no sólo la defensa del orden económico y social fundado sobre la propiedad privada, sino que quiso realizar su propia revolución política y cultural, a través de la destrucción del régimen liberal y la construcción de un Estado nuevo, concebido según los principios y los valores de una nueva ideología integralista y palingenésica que, por su misma naturaleza, no admitía, ni en teoría ni en la práctica, la coexistencia con otras ideologías y otros partidos.

En el «partido milicia», institucionalizado a fines de 1921 con la transformación del *squadrismo* en Partido Nacional Fascista, se desarrollaron los elementos esenciales de la cultura y de la ideología fascista, es decir cierta manera de concebir la política, las relaciones con los adversarios como el «enemigo interno», la camaradería como hermandad ideológica de la militancia política, el principio de la jerarquía y del jefe, el culto místico a la nación, la concepción integralista de la política y del Estado. La ideología del «partido milicia» se expresaba a través de mitos, ritos, símbolos y un «estilo de vida» en el que se fusionaban la *militarización* y la *sacralización* de la política, que llegaron a ser aspectos esenciales y definitivos del partido fascista. Los fascistas pretendían ser un partido diferente y superior a todos los demás, porque se consideraban la *nueva aristocracia* que había sido forjada en el fuego de las trincheras y en la guerra civil contra el «enemigo interno», y que ahora tenía la misión de regenerar la política y de crear un Estado nuevo, fundado en el dogma y en el culto a la nación y sobre el papel privilegiado del partido fascista como el único partido en el cual se encarnaba la voluntad de la nación, y que tenía el derecho de gobernar Italia para guiarla a la conquista de una nueva grandeza.

Todo este aparato ideológico servía en la práctica para legitimar la violencia y el predominio que el partido fascista impuso en muchas regiones de la Italia septentrional y central, donde estaban sus organizaciones más fuertes y numerosas, con el consentimiento

de la burguesía nacionalista y la tolerancia, por simpatía o por debilidad, de las autoridades políticas locales y de los militares, que en los fascistas veían a los defensores de la victoria y de la patria. También hacia el Estado liberal, como hacia todos los otros partidos, el fascismo reivindicaba una *diversidad privilegiada*, situándose por encima de la ley, como único intérprete de la nación, decidido a conquistar el poder para transformar el régimen y crear un Estado nuevo modelado según la ideología y la organización del «partido milicia». El fascismo, escribía el diario liberal anti-fascista *La Stampa* el 18 de julio de 1922, «es un movimiento que tiende por todos los medios a adueñarse del Estado y de toda la vida nacional para establecer su dictadura absoluta y única. El medio esencial para conseguirlo es, en el programa y en el espíritu de los jefes y de sus secuaces, la completa supresión de todas las libertades constitucionales públicas y privadas» [9].

IV. EL EMBRIÓN DEL ESTADO TOTALITARIO

Por todas estas características, puede afirmarse que el «partido milicia» fue el embrión del Estado totalitario y la fuerza motriz principal para la transformación del régimen. El partido fascista, de hecho, proclamaba abiertamente su aversión a la democracia y al Estado liberal. La democracia, dice Mussolini en agosto de 1922, «ha agotado su deber, su cometido. El siglo de la democracia se ha acabado. Las ideologías democráticas han sido liquidadas» [10]. Y pocos días antes de la conquista del poder, Mussolini delineaba la política antidemocrática del futuro Estado fascista: «Dividimos a los italianos en tres categorías: los italianos «indiferentes», que se quedarán en sus casas para esperar; los «simpatizantes», que podrán circular; y finalmente los italianos «enemigos», y éstos no circularán» [11].

El fascismo conquistó el poder el 28 de octubre de 1922 con una nueva táctica revolucionaria que combinaba la acción terrorista con la maniobra parlamentaria. El encargo de formar un nuevo gobierno confiado a Mussolini por el rey, mientras estaba en marcha una movilización insurrecta del partido fascista, y la consiguiente aprobación parlamentaria del nuevo gobierno, no podía de ninguna manera borrar la gravedad de lo que había pasado con la

---

[9] «Il Governo e la destra», *La Stampa*, 18 de julio de 1922.
[10] B. Mussolini, «Fiera di Demos», en *Il Popolo d'Italia*, 19 de agosto de 1922.
[11] Cit. en *Il Popolo d'Italia*, 5 de octubre de 1922.

«Marcha sobre Roma». Por primera vez en la historia europea, al gobierno de un Estado liberal accedía el jefe de un partido armado, que tenía una modesta representación parlamentaria, repudiaba abiertamente la democracia liberal, trataba a sus adversarios como enemigos a eliminar mediante la violencia, legalizaba la militarización de la política a través de la institucionalización de la Milicia voluntaria para la seguridad nacional, instituida justo después de la «Marcha sobre Roma» para encuadrar y disciplinar al *squadrismo*, se proclamaba una religión política y afirmaba explícitamente su voluntad revolucionaria de transformar el Estado en sentido antidemocrático. En esta perspectiva, la «Marcha sobre Roma» puede ser considerada históricamente como el primer paso hacia la instauración del Estado totalitario.

Los primeros dos años del fascismo en el poder mostraron la absoluta incompatibilidad entre la supervivencia del régimen parlamentario y la acción terrorista del partido fascista, que a pesar de sus crisis internas y sus compromisos gubernamentales, continuaba persiguiendo el objetivo de una conquista integral del Estado. El fin del Estado, de hecho, no fue consecuencia del compromiso entre Mussolini y la monarquía sino que se produjo por la oposición del partido fascista a la orientación de las fuerzas económicas, de las instituciones tradicionales y de la opinión pública burguesa, que era favorable a una restauración del régimen parlamentario.

De esta incompatibilidad se dieron cuenta enseguida algunos antifascistas, que fueron los primeros en utilizar los términos «totalitario», «totalitarismo», «Estado-partido», justo para definir la novedad del fascismo como partido armado que quería el monopolio del poder político e imponía su propia ideología como una nueva religión integralista e intolerante [12]. Pocos meses después del advenimiento de Mussolini al poder, Luigi Salvatorelli, liberal demócrata, afirmaba que el fascismo tenía intención de realizar una «total dictadura de partido... quiere la dictadura de parte y el "partido único", es decir, la supresión de todos los partidos, esto es, el final de la vida política como se la concibe en Europa desde hace cien años» [13]. A finales de 1923, Giovanni Amendola, que fue probablemente el inventor del término «totalitario», observó que la característica esencial del fascismo era «el "espíritu totalitario", el cual no consiente al futuro amaneceres que no sean saludados con el gesto romano» y

---

[12] Cfr. J. Petersen, «La nascita del conetto di "Stato totalitario" in Italia», *Annali dell'Instituto storico italo-germanico in Trento*, n.º 1, 1975, pp. 143-168.

[13] «Secondo tempo», *La Stampa*, 25 de abril de 1923.

que había desencadenado en Italia una «singular "guerra de religión"» para imponer su ideología como una fe obligatoria para todos los italianos [14]. A principios de 1924, Luigi Sturzo escribió que la tendencia prevaleciente del fascismo «es la de la transformación totalitaria de todas y cualquier fuerza moral, cultural, política, religiosa de esta nueva concepción: "la fascista"» [15]. Finalmente, en vísperas del discurso de Mussolini de 3 de enero de 1925, con el que tuvo inicio la «revolución legal» para la destrucción del Estado liberal, un intelectual marxista, Lelio Basso, escribió:

> No seré yo marxista, que negaré al Estado su deber de tutor, de defensor de los intereses de las clases dominantes; pero el Estado fascista asume también otro deber, según el cual «¡no se defiende, ataca!». En otras palabras, el Estado fascista no se limita a tutelar el orden constituido con un ordenamiento jurídico adecuado, en el ámbito del cual es concedido a las fuerzas contrarias preparar el terreno para una nueva forma de convivencia social; él representa al pueblo universal, excluye que pueda haber un movimiento en su contra o de alguna manera diferente, y si alguien tímidamente así se muestra, intenta destruirle irremediablemente. Llegados a este punto, cuando todos los órganos estatales, la Corona, el Parlamento, la Magistratura, que en la teoría tradicional encarnan los tres poderes, y la fuerza armada que realiza su voluntad, llegan a ser instrumentos de un solo partido, que se hace intérprete de la voluntad unánime, del totalitarismo indistinto y como tal excluyente de cualquier progreso ulterior, podemos afirmar sin duda que la crisis del Estado ha llegado a su extremo y que se tiene que resolver o precipitar [16].

La crisis provocada por el asesinato del diputado socialista Giacomo Matteotti, por parte de los fascistas, hizo tambalear gravemente el poder de Mussolini pero dio nuevo valor también al *squadrismo* de los fascistas intransigentes, que constituían la única y verdadera fuerza del PNF frente al riesgo de que Mussolini fuera despedido del gobierno. Y fueron los fascistas intransigentes quienes a finales de 1924, mientras el frente de los flanqueadores (*fiancheggiattori*) empezaba a ceder, impusieron al *duce* la vía de la dictadura. Con el discurso de Mussolini a la Cámara el 3 de enero de 1925, el fascismo entró en una nueva fase de consolidación del poder, mientras una ráfaga de medidas represivas del gobierno y una nueva violencia de los *squadristas* se abalanzaron sobre partidos, periódicos, hombres políticos e intelectuales antifascistas.

---

[14] [G. Amendola], *Un anno dopo*, en «Il Mondo», 2 de noviembre de 1923, en Íd. *La democrazia italiana contro il fascismo, 1922-1924*, Milán-Nápoles, 1960, p. 193.

[15] L. Sturzo, *Spirito e realtà*, en «La rivoluzione liberale», 15 de enero de 1924.

[16] Prometeo Filodemo [L. Basso], *L'antistato*, en «Rivoluzione Liberale», 2 de enero de 1925.

V. EL ESTADO FASCISTA

Desde 1925 se inició la transformación del sistema político italiano en un régimen de partido único, a través de un complejo orgánico de leyes autoritarias, elaboradas en gran parte por el jurista Alfredo Rocco, el arquitecto del Estado fascista. La construcción del Estado totalitario fue en este caso gradual pero constante, y tuvo lugar a través de una «revolución legal», es decir, que destruyó el régimen liberal como se había actuado en los sesenta años después de la unificación de Italia, dejando sin embargo intacta la fachada de la monarquía constitucional. A finales de los años veinte, los caracteres esenciales del sistema político fascista estaban definidos y consolidados: un régimen fundado sobre el partido único, un aparato policial, una concepción jerárquica del poder que emana de arriba, con la substancial eliminación de la división de poderes y la exaltación de la primacía del ejecutivo, ejercido formalmente en nombre del Rey, pero de hecho concentrado en las manos de Mussolini, «jefe del gobierno y *duce* del fascismo». Los partidos, a excepción del fascista, fueron apartados, suprimidas la libertad de asociación y la de prensa. El sistema electoral fue transformado en un procedimiento plebiscitario de aprobación del régimen, hasta que fue definitivamente abolido en 1939. Cámara y Senado fueron fascistizados con la introducción de hombres fieles al partido. El Gran Consejo, órgano del Partido fascista, devino el supremo órgano constitucional del Estado fascista, reservándose también la prerrogativa de intervención en la sucesión al trono. En 1929, la conciliación entre el Estado y la Iglesia aseguró al régimen fascista también el consentimiento de las masas católicas.

Con la transformación del régimen político, también el sindicalismo fue subordinado al control autoritario del Estado, los únicos sindicatos reconocidos eran los fascistas, fue prohibida la huelga y proclamada la «colaboración entre las clases», confiando la resolución de los litigios sindicales a una magistratura del trabajo. Esto se resolvió a favor de los empresarios, mientras la pérdida de libertad sindical por parte de los trabajadores fue sólo en parte compensada por la demagogia populista de una política social y asistencial (contratos colectivos, proveimientos para hacer frente a la desocupación, seguridad social, organización del tiempo libre después del trabajo a través de la Ópera nacional). La supresión de la libertad sindical fue presentada como primera etapa hacia la puesta en marcha del ordenamiento corporativo por «la organización unitaria de las fuerzas colectivas», según los principios defi-

nidos en la Carta del trabajo (21 abril de 1927). Un Ministerio de las Corporaciones fue creado en 1926, en 1930 fue instituido el Consejo nacional de las corporaciones como órgano constitucional del Estado, pero las corporaciones no fueron instituidas hasta 1934. En los años treinta, el corporativismo fue exaltado como la respuesta original del fascismo a la crisis del sistema liberal capitalista, en alternativa al comunismo, pero en realidad el ordenamiento corporativo fue sólo un nuevo aparato burocrático de escasa funcionalidad, no consiguió de ningún modo la colaboración paritaria entre trabajadores y empresarios. Después de la crisis económica de 1929 el fascismo acrecentó notablemente la intervención del Estado en la economía, mientras en el interior del fascismo y de las organizaciones sindicales, especialmente después de 1936, se animaron corrientes radicales y populistas que sostenían la necesidad de una revolución social anti-burguesa, para intensificar la realización del experimento totalitario a través de un más acentuado proceso de fusión entre las clases sociales, sin llegar nunca, sin embargo, a proponer explícitamente, sino por raras voces aisladas, la destrucción de la propiedad privada.

Después de 1936 hubo una nueva fase de *aceleración totalitaria* que caracterizó la política interna del régimen, mientras en política exterior la Italia fascista, tras un primer período de relaciones pacíficas, se encaminaba hacia la guerra con la conquista de la Etiopía fascista y la implicación en la guerra civil española, mientras se hacían cada vez más estrechos los lazos con la Alemania nazi en vista de una futura guerra que habría debido asegurar a Italia las condiciones para una expansión imperialista en el Mediterráneo y en África. Los hechos más relevantes de esta *aceleración totalitaria* fueron la abolición de la Cámara de los Diputados sustituida por la Cámara de los *Fasci* y de las Corporaciones, la potenciación del papel y de la función del partido en el Estado, la polémica antiburguesa, la campaña por la reforma de la moralidad, y la introducción de la legislación racista y antisemita. De esta *aceleración totalitaria*, el partido fascista fue el principal promotor y decidido ejecutor.

VI. LA SIMBIOSIS DEL ESTADO-PARTIDO

Mussolini había proclamado en 1927 que en el régimen fascista el partido estaba subordinado al Estado, así como en la provincia el secretario federal, representante del partido, estaba subordinado al Gobernador Civil, representante del Estado. La subordinación

del partido al Estado fue una ficción retórica. Detrás de la fachada de la unidad monolítica del régimen, se agitaban continuos conflictos entre el partido e instituciones tradicionales, que el mismo Mussolini no quería o no podía evitar [17]. Los secretarios del PNF, cada uno según sus específicas capacidades, concepciones y ambiciones, se empeñaron de hecho en llevar a cabo una *estrategia de expansión* del partido respecto de las instituciones estatales tradicionales, además de todas las otras instituciones del régimen y de la sociedad civil. Esta estrategia fue gradual y se puso en marcha con ritmos diferentes, según las situaciones internas e internacionales, pero fue constante y continua, y registró continuos éxitos, extendiendo de un modo cada vez más amplio el control del partido sobre el Estado y sobre la sociedad.

Respecto a la Cámara y al Senado, la estrategia de expansión del PNF siguió dos tácticas diferentes, vista la diferente naturaleza de las dos asambleas parlamentarias, una electiva y otra vitalicia. Después de la reforma de la representación política y las elecciones de 1929, la fascistización de la Cámara de los Diputados podía decirse prácticamente concluida. La iniciativa del partido fue después decisiva en la elaboración y realización del proyecto de reforma del Estado, que abolía la Cámara de los Diputados e instituía la Cámara de los *Fasci* y de las Corporaciones, borrando definitivamente el principio de la representación parlamentaria. La nueva Cámara era emanación directa del partido fascista y de las corporaciones controladas por el partido fascista. Respecto al Senado, el partido fascista siguió una táctica de infiltración, con una fascistización progresiva, a través del aumento de nuevos senadores y la inscripción al PNF de muchos de los viejos. La fascistización del Senado a finales de los años treinta era completa.

Un nuevo y más vasto territorio abierto a la expansión del poder del PNF en la sociedad y en el Estado fue el campo de los entes públicos, la llamada «burocracia paralela», que comprendía los sectores más variados: de la agricultura a la asistencia social, de la cultura al turismo, de la industria a las obras públicas, del comercio a los transportes. En los años del régimen, estos entes experimentaron una notable proliferación respecto al período liberal; de 1901 a 1921 fueron creados 201 entes públicos; de 1922 al 1943, los entes públicos creados por el fascismo fueron 353. Estos entes públicos fueron en mayor parte dominados o controlados por hombres del partido fascista.

---

[17] Cfr. E. Gentile, *La via italiana al totalitarismo*, *op. cit*, pp. 165 ss.; S. Lupo, *Il fascismo. La politica in un regime totalitario*, Roma, 2000.

La estrategia de expansión del partido fascista no tuvo siempre éxitos inmediatos en todos los sectores del Estado tradicional, como hubiesen querido los fascistas más integralistas. Por ejemplo, las Fuerzas armadas conservaron una autonomía de gestión interna, aunque de todos modos también fueron sumisas ante las órdenes de Mussolini, que casi siempre mantuvo para sí los ministerios militares como Jefe de Gobierno, y no constituyeron de ningún modo un freno o un obstáculo a la progresiva instauración del Estado totalitario.

El partido fue casi siempre el principal promotor o el principal beneficiario de las nuevas iniciativas tendientes a hacer efectivo cada vez más concretamente el mito del Estado totalitario en el ordenamiento constitucional y en la organización de la sociedad. En 1937 el secretario del PNF tuvo cargo y funciones de ministro. Con el nuevo estatuto de 1938, el PNF fue declarado oficialmente «partido único», asumiendo como competencias específicas «la defensa y la potenciación de la revolución fascista y la educación política de los italianos». En 1941, el secretario del PNF dio un nuevo impulso a la iniciativa del partido para la transformación totalitaria del Estado, instituyendo una oficina especial del partido que tuvo la función de elaborar nuevas reformas legislativas que debían «reforzar la posición del partido en el Estado». Entre éstas, la ley de 29 de noviembre de 1941, que introdujo la obligación de la consulta previa al partido fascista para cualquier nombramiento o cargo de interés público o de alcance político. En el mismo año, el partido fascista preparó dos proyectos que preveían una radical transformación del propio partido en una organización de elite, y sobre todo un proyecto de reforma del Estado que preveía la afirmación constitucional definitiva de la primacía del partido «como órgano motor del Estado». Esta reforma preveía entre otras cosas el pase a las dependencias del partido fascista del Ministerio del Interior y de Cultura popular, la eliminación del dualismo entre gobernador civil y federal con el nombramiento de un único representante del partido para la provincia, y la consagración constitucional del secretario del partido como el más alto jerarca del régimen fascista después del *duce*.

VII. MITO Y ORGANIZACIÓN: LA RELIGIÓN FASCISTA

Con cada vez mayor conocimiento, pues, el fascismo intentó realizar en los años treinta el proyecto de conquista totalitaria de la

sociedad, a través de la fascistización de las instituciones, de las conciencias y las costumbres, con la ambición de crear una «nueva civilización», según los principios, valores, creencias, mitos y fines que constituían los hitos de la cultura y de la ideología fascista, elaborada en el curso de la construcción del Estado totalitario.

Los fascistas concebían la política como la expresión de la voluntad de poder de una minoría capaz de plasmar la realidad y el hombre a través de la acción conjunta del mito y de la organización. Consecuencia de esta concepción fue la sumisión de la vida individual y colectiva a la supremacía del Estado, por medio de una organización capilar y la movilización permanente de la población, instrumentos de una política de masa basada en el *uso racional de lo irracional*, a través de la adopción de una mitología y de una liturgia políticas que tenían la función de plasmar la conciencia individual y colectiva privando a los seres humanos de su personalidad a fin de transformarlos, según un modelo de «hombre nuevo», en elementos celulares de la colectividad nacional, encuadrada en la organización capilar del Estado totalitario.

El totalitarismo fascista estaba fundado en la afirmación de la *primacía de la política*, entendida como la resolución total de lo *privado* en lo *público*, esto es, como subordinación de los valores pertenecientes a la vida privada (religión, cultura, moral, sentimientos, etc.) al valor político por excelencia, el Estado, concebido como una realidad absoluta frente a la cual los individuos y la sociedad sólo eran instrumentos para la consecución de sus fines de poder. Para el fascismo, la política era una experiencia integral, que resumía en sí misma el significado del fin de la existencia humana. Esta concepción debía llevarse a cabo en la realidad del Estado fascista a través de la acción continua del partido único, que organizaba y educaba a las masas a fin de transformar la colectividad de los italianos en una *comunidad totalitaria*, unida por una única fe, disciplinada en todos los aspectos de su existencia, y enteramente subordinada a la voluntad del Estado para la consecución de sus objetivos de poder y de expansión. Coherentemente con esta concepción, el fascismo impuso el adoctrinamiento de las masas y de las nuevas generaciones, encuadradas desde la infancia en la Ópera nacional Balilla, instituida en 1926, y sobre este terreno no dudó en entrar en conflicto con la Iglesia, en 1931 y en 1938, para reivindicar el monopolio de la educación de la juventud según su visión de la vida. Aun valorando el catolicismo como instrumento de consenso, el fascismo se consideró una religión laica de la nación y del Estado, reclamando a los ciudadanos una dedicación total.

Sobre la base de estos presupuestos culturales, los fascistas atribuyeron una función fundamental, para la realización del experimento totalitario, a la institución de una *religión política*, reconociendo gran importancia a los ritos y a los símbolos para suscitar y conservar el consenso de las masas. En efecto, se puede decir que el Estado fascista, por su misma naturaleza totalitaria, que tendía a englobar integralmente al hombre en su realidad material y moral, era llevado a asumir el carácter de una institución religiosa, con dogmas, ritos y símbolos. El fascismo fue una religión política, con su propio sistema de creencias, de dogmas, que pretendió definir el significado y el fin último de lo existente, instituyendo un nuevo culto político centrado en la sacralización del Estado fascista y el culto al *duce*. También el mito del romanismo era parte esencial de la religión política fascista. El mito de Roma debía ser fuente de inspiración de virtudes cívicas y de sentimiento del Estado, para crear un «hombre nuevo».

De este modo, el Estado totalitario fascista operaba como un laboratorio de una revolución antropológica de la que debía nacer el «Italiano nuevo», enteramente dedicado a la realización de las ambiciones imperiales del *duce* y del partido único. Todo el sistema organizativo de masas del régimen fascista, de la escuela a la organización del tiempo libre, iba encaminada a este fin. En la segunda mitad de los años treinta, se intensificó el experimento de revolución antropológica para el «resarcimiento del carácter de los italianos», como Mussolini lo había definido, y para crear una nueva raza de italianos regenerados, dominadores y conquistadores fue intensificado con nuevas iniciativas, como la campaña antiburguesa para la «reforma de la moralidad» y la adopción de las leyes raciales y antisemitas. Hasta la segunda mitad de los años treinta, el fascismo no había puesto el tema del racismo en el vértice de su programa político, aunque se hablara de mejorar la raza italiana y en la política colonial manifestara actitudes y comportamientos típicos del racismo colonial, con actos de deliberada ferocidad en la guerra y en la represión contra los indígenas, en Libia y en Etiopía. Mussolini, en 1932 ridiculizó públicamente el racismo alemán, dijo que el orgullo nacional no necesitaba «los delirios de raza», y negó la existencia del antisemitismo en Italia. La política racial en sentido orgánico y sistemático fue empezada por el fascismo en el plano ideológico y práctico después de la guerra de Etiopía y sobre ella se conectó también la nueva política antisemita, introducida en 1938.

VIII. CESARISMO TOTALITARIO

La construcción del Estado totalitario, sólidamente garantizado contra toda oposición por un eficaz aparato policial de control y de represión, se desarrolló de forma gradual pero con constancia y decisión. El Estado fascista, a finales de los años treinta, era un sistema político que podríamos definir como *cesarismo totalitario*, esto es, *una dictadura carismática de tipo cesarista, integrada en una estructura institucional basada en el partido único y en la movilización de las masas, y en continua construcción para hacerla conforme al mito del Estado totalitario, conscientemente adoptado como modelo de referencia para la organización del sistema político, y concretamente operante como código fundamental de creencias y comportamientos para el individuo y para las masas.*

Esto no significa identificar el fascismo con el *mussolinismo*. Como movimiento político y social de masas, el fascismo era un fenómeno mucho más complejo, que trascendía la personalidad de Mussolini. La historia del fascismo no puede de ningún modo ser resuelta en la biografía de Mussolini. A este propósito debe recordarse que aunque Mussolini fue ciertamente el fundador del movimiento fascista en 1919, en realidad él no fue el artífice de su expansión y de su éxito después de 1920, cuando el fascismo llegó a ser un movimiento de masas constituido por formaciones de brigadas armadas organizadas sobre la base provincial (el *squadrismo*), cada uno guiado por un propio jefe. En el verano de 1921 Mussolini tuvo que enfrentarse al reto de una durísima rebelión por parte de los principales jefes del fascismo provincial, que se oponían a su decisión de un pacto de pacificación con los socialistas y a su proyecto de desarmar al *squadrismo* y transformar el fascismo en una especie de partido laborista para las clases medias. La rebelión fue apaciguada sólo porque Mussolini renunció a su proyecto, enterró el pacto de pacificación y aceptó la organización del fascismo en partido armado, fundado sobre el poder local de los jefes del *squadrismo*. Del partido, además, llegó el impulso revolucionario decisivo para la «marcha sobre Roma» y aun después del ascenso al poder, Mussolini tuvo que someterse a la contestación y a los condicionamientos de los fascistas integralistas, los cuales exigían una rápida acción para la conquista del monopolio del poder por parte del partido fascista y la transformación del régimen liberal en un Estado nuevo dominado por el partido fascista. Hasta 1926, además, Mussolini no fue ni tan sólo reconocido como jefe carismático indiscutido por parte de los jefes del «fascismo de las

provincias». Sólo después de la consolidación del régimen de partido único, Mussolini fue reconocido definitivamente como *duce* absoluto e indiscutido, pero el fascismo no se identificó nunca con el *mussolinismo*, ni en el período más exaltado del culto al *duce*[18].

La personalización del poder en la figura del *duce* no representaba sólo un fenómeno ligado a la personalidad de Mussolini, sino que era también el desarrollo coherente de la concepción fascista de la política, del partido y del Estado, así como se había desarrollado en los años del régimen, y que postulaba, como su elemento central y fundamental, la figura del jefe, según el principio de *mando único* que el fascismo consideraba pilar fundamental del Estado totalitario.

En la llamada «diarquía» entre el *duce* y el rey, el poder efectivo estaba en las manos del primero, mientras que el segundo, aunque seguía siendo el jefe del Estado, aun refunfuñando y protestando en privado contra las leyes que le quitaban poderes y prerrogativas, no supo o no consiguió ni tan sólo frenar el sistemático desmantelamiento del ordenamiento constitucional fundado en el Estatuto Albertino. La construcción del Estado totalitario en efecto se había puesto en marcha a través de una progresiva erosión de los poderes del rey y de la monarquía. En 1928, la ley que transformaba el Gran Consejo del fascismo de órgano supremo del PNF en órgano supremo constitucional del Estado, había asestado un golpe gravísimo a la monarquía, porque había conferido a este órgano no sólo la prerrogativa de designar al nuevo jefe de gobierno, en caso de ausencia de Mussolini, sino que había atribuido también al Gran Consejo la prerrogativa de intervenir en la sucesión al trono. Otro gravísimo golpe al prestigio de la monarquía fue asestado el 30 de marzo de 1938, por una ley que instituía la graduación de Primer mariscal del Imperio, esto es, el más alto grado de la jerarquía militar, y lo confería al mismo tiempo al rey y a Mussolini. Al principio de la intervención italiana en la Segunda Guerra Mundial, el *duce* sustrajo al rey el mando de las Fuerzas Armadas. Sobre la fidelidad de la gran mayoría de las Fuerzas Armadas a la monarquía no había dudas, pero bien escasas fueron las resistencias opuestas por parte de los otros vértices militares a la política y a la autoridad del *duce* frente a las decisiones más importantes que involucraban el mando de las Fuerzas Armadas y el destino de la nación. Las Fuerzas Armadas no fueron fascistizadas en el sentido deseado por los fascistas integralistas, pero fueron de

---

[18] Véase E. Gentile, *Mussolini's Carisma*, «Modern Italy», noviembre 1998, pp. 219-235.

todos modos sometidas a las órdenes del jefe del partido fascista y no constituyeron de ningún modo un freno o un obstáculo a la progresiva instauración del Estado totalitario. El rey, aun protestando alguna vez por las iniciativas que más ofendían a sus prerrogativas, no opuso ninguna resistencia a la destrucción del régimen parlamentario, a la construcción del Estado fascista, a la realización del experimento totalitario, a las decisiones en política exterior y a las decisiones más graves sobre el destino del Estado italiano: «Entonces —confesó después de la caída del fascismo— no se podía hacer frente al Jefe del Gobierno» [19].

Es significativo que después de 1937, concretándose con cada vez mayor consistencia y limpieza de líneas, juristas autorizados expusieran explícitamente el problema de la abrogación de la vieja carta constitucional y la exigencia de elaborar una nueva constitución correspondiente a la realidad del nuevo sistema político fascista. La institución de la Cámara de los *Fasci* y de las Corporaciones consolidó la figura institucional del «*duce* del fascismo, jefe del gobierno» como «Jefe supremo del Régimen, que se identifica ya indisolublemente con el Estado». Algún texto del PNF presenta al *duce* como «Jefe del Estado». En la perspectiva de la revolución totalitaria, la institución de la monarquía aparecía superflua. La mayor parte de los fascistas hubiera probablemente querido el final de la monarquía, y hacia esta solución iban también los proyectos de Mussolini, manifestados a los más íntimos colaboradores. Numerosos testimonios dignos de fe confirman que Mussolini tenía en mente liberarse de la monarquía, considerándola una institución no fiable para el futuro del Estado fascista.

El partido fascista y su *duce* no renunciaron nunca a sus ambiciones totalitarias de revolución en el interior y de expansión imperial en el exterior, tanto que al final fueron arrollados por ellas, porque ya no supieron valorar la proporción entre sus ambiciones y la realidad en que actuaban. El fascismo, al fin, fue víctima de sus ambiciones totalitarias, que fueron vencidas definitivamente en los campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial. La invasión de Sicilia por parte de los aliados (10 de julio de 1943) marcó el final del régimen fascista, ya en plena crisis, con la total pérdida del consenso por parte de la gran masa de los italianos, mientras una desordenada sucesión de secretarios al frente del PNF en los años de la guerra contribuyó a agravar la agonía del régimen [20]. Éste se de-

---

[19] P. Puntoni, *Parla Vittorio Emanuele III*, Bolonia 1993, pp. 291-298 y p. 321.
[20] Cfr. R. De Felice, *Mussolini l'alleato. L'Italia in guerra 1940-1943*, Turín, 1990.

rrumbó a causa de la derrota militar, no por la resistencia o por la oposición de las instituciones tradicionales del Estado monárquico, de la Iglesia o de las fuerzas económicas, las cuales entraron en acción contra el fascismo sólo después de que el Gran Consejo, declarando su desconfianza respecto a un *duce* ya políticamente moribundo, hubiera decidido *de facto* el fin del régimen. Toda la estructura del régimen se derrumbó el 25 de julio de 1943, cuando el *duce*, reprobado por la mayoría de los jerarcas del Gran Consejo, fue destituido por el rey y arrestado. El nuevo Estado fascista de la República social italiana o República de Salò (13 de septiembre de 1943-25 de abril de 1945), creado por los alemanes después de la liberación de Mussolini, fue un intento extremo para volver a dar vida al fascismo reconduciéndolo hacia sus orígenes republicanos. En la experiencia del fascismo de Salò volvieron a emerger y se impusieron los grupos más intransigentes y más violentos del fascismo, en parte marginados durante los años del régimen, y fueron desarrolladas las temáticas anti-burguesas y socializantes, afloradas en los últimos años del régimen, para dar al fascismo republicano un carácter revolucionario anticapitalista, pero exaltando también los aspectos irracionales y míticos de la militancia fascista, como el misticismo nacionalista, el reto a la muerte, la ética del sacrificio, el sentido del honor, el espíritu guerrero, el culto a la violencia. Con el fascismo republicano, que continuó la legislación antisemita, fue posible poner en marcha en los territorios ocupados por los alemanes la «caza al judío», conducida directamente por los nazis y, en algunos casos, por los mismos fascistas. El 25 de abril de 1945, la victoria de los aliados y de las fuerzas partisanas de la Resistencia, ponían definitivamente fin al experimento totalitario fascista.

IX. ELEMENTOS ESENCIALES PARA UNA DEFINICIÓN DEL FASCISMO

Sobre la base de las reflexiones teóricas y de las vicisitudes históricas del fascismo, sintéticamente presentadas en las páginas precedentes, podemos proceder a individuar los elementos esenciales para una definición del fascismo, que puede ser punto de referencia para un análisis comparativo del fenómeno fascista. La definición que propongo se basa en la correlación entre la *dimensión organizativa*, que atiende a la composición social, la estructura asociativa, el estilo de vida y los métodos de lucha del partido; la *dimensión cultural*, que se refiere al modo de concebir

al hombre, a la masa y a la política, esto es, a la ideología y a su sistema de principios, de valores y de fines; la *dimensión institucional*, que atiende al complejo de las estructuras y de las relaciones institucionales que constituyen el régimen fascista en sus aspectos peculiares. Además, creo que la investigación de los elementos esenciales para construir un modelo conceptual del fascismo no puede prescindir de asumir como experiencia de referencia las características del fascismo italiano, por las que se presenta como un fenómeno nuevo en la historia. La definición del fascismo que yo he propuesto se articula en diez puntos, subdivididos según la distinción entre la dimensión organizativa, cultural e institucional[21]:

1. Dimensión organizativa

A) Un movimiento de masas; con agregación interclasista pero en el que prevalecen, en los cuadros dirigentes y en la masa de militantes, jóvenes pertenecientes principalmente a las clases medias, en gran parte nuevos en la actividad política, organizados en la forma original e inédita del «partido milicia», que funda su identidad no en la jerarquía social y la procedencia de clase, sino en el sentimiento de camaradería, y que se considera investido de una misión de regeneración nacional, y se considera en estado de guerra contra los adversarios políticos y tiende a adquirir el monopolio del poder político, usando el terror, la táctica parlamentaria y el compromiso con los grupos dirigentes, para crear un nuevo régimen, destruyendo la democracia parlamentaria.

2. Dimensión cultural

B) Una cultura fundada en el pensamiento mítico y en el sentido trágico y activista de la vida, concebida como manifestación de la voluntad de poder, en el mito de la juventud como artífice de la historia, en la militarización de la política como modelo de vida y de organización colectiva.

---

[21] Esta definición, propuesta en E. Gentile, «Fascismo», *Enciclopedia Italiana*, Roma, 1992, pp. 198, y desarrollada en Íd., «El fascismo y la vía italiana al totalitarismo», en M. Pérez Ledesma (comp.), *Los riesgos para la democracia. Fascismo y neofascismo*, Madrid, 1997.

C) Una ideología de carácter anti-ideológico y pragmático, que se proclama antimaterialista, antiindividualista, antiliberal, antidemocrática, antimarxista, tendenciosamente populista y anticapitalista, expresada estéticamente más que teóricamente a través de un nuevo estilo político y a través de los mitos, los ritos, los símbolos de una religión laica, instituida en función del proceso de culturización, socialización e integración a través de la fe de las masas para la creación del «hombre nuevo».

D) Una concepción totalitaria de la primacía de la política, como experiencia integral y revolución continua para realizar, a través del Estado totalitario, la fusión del individuo y de las masas en la unidad orgánica y mística de la nación, como comunidad étnica y moral, adoptando medidas de discriminación y de persecución contra los que están considerados fuera de esta comunidad, por ser enemigos del régimen o por pertenecer a razas consideradas inferiores o en cualquier caso peligrosas para la integridad de la nación.

E) Una ética civil fundada en la subordinación absoluta del ciudadano respecto al Estado, en la dedicación total del individuo a la comunidad nacional, en la disciplina, la virilidad, la camaradería, el espíritu guerrero.

3. Dimensión institucional

F) Un aparato de policía que previene, controla y reprime, también con el uso del terror organizado, la disensión y la oposición.

G) Un partido único que tiene la función de asegurar, a través de una propia milicia, la defensa armada del régimen, entendido como el complejo de las nuevas instituciones públicas creadas por el movimiento revolucionario; de ofrecer la selección de los nuevos cuadros dirigentes y la formación de la «aristocracia del mando»; organizar las masas en el Estado totalitario, implicándolas en un proceso pedagógico de movilización permanente, emocional y de fe; de operar en el interior del régimen como órgano de la «revolución continua» para la permanente realización del mito del Estado totalitario en las instituciones, en la sociedad, en la mentalidad y en la costumbre.

H) Un sistema político, fundado en la simbiosis entre régimen y Estado, que está ordenado según una jerarquía de funciones, nombrada desde arriba y dominada por la figura del «jefe», in-

vestido de sacralidad carismática, que manda, dirige y coordina las actividades del partido, del régimen y del Estado, y que opera como árbitro supremo e indiscutido en los conflictos entre los potentados del régimen.

I) Una organización corporativa de la economía, que suprime la libertad sindical, amplía la esfera de intervención del Estado y tiende a realizar, según principios tecnocráticos y de solidaridad, la colaboración de las clases productivas bajo el control del régimen, para la consecución de sus fines de poder, aunque preservando la propiedad privada y la división de clases.

J) Una política exterior inspirada en el mito del poder, de la grandeza nacional y de la nueva civilización, con objetivos de expansión imperialista.

En Italia, entre 1922 y 1943, el experimento totalitario, con todas las características descritas, fue puesto efectivamente en marcha por el partido fascista. Implicó no sólo la política interior, las instituciones, la sociedad, la cultura, sino que influyó también en la conducta y los objetivos de la política exterior. El fascismo ha sido *la vía italiana al totalitarismo.*

El totalitarismo fascista fue una realidad en continua construcción, que progresivamente fue tomando forma en la cultura política, en las instituciones y en el estilo de vida del régimen fascista, a través de una compleja relación entre ideología, partido y régimen que, entre contrastes y contradicciones, muestra aún constante la presencia de una lógica totalitaria propiamente fascista, presente tanto en la ideología cuanto en la acción política del movimiento-régimen fascista. Ciertamente, el experimento totalitario encontró en el curso de su puesta en marcha numerosos obstáculos en la sociedad, en el aparato del viejo Estado, en la Iglesia. De todas maneras, las investigaciones más recientes demuestran que consiguió numerosos y no marginales éxitos, tanto que en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, el régimen fascista era ciertamente mucho más totalitario de cuanto lo fuera a finales de los años veinte: ninguna oposición amenazaba seriamente, en el interior del país, la estabilidad y el funcionamiento del laboratorio totalitario, y las resistencias hasta entonces encontradas habían acelerado, más que impedido, el proceso totalitario, sobre todo en la segunda mitad de los años treinta. La derrota final del experimento fascista, con el derrumbamiento del laboratorio totalitario, fue determinada por la derrota militar, no por la monarquía, por la Iglesia, por los antifascistas o por la oposición popular.

El experimento totalitario fascista se desarrolló con ritmos, tiempos y métodos diversos que otros experimentos totalitarios, y se acabó, como esos, con un fracaso desastroso. Como ha pasado en cualquier otro experimento totalitario, el episodio del experimento fascista estuvo lleno de tensiones, resistencias y conflictos, tanto en las instituciones como en la sociedad, además de en el interior del mismo fascismo. Ciertamente, el fascismo no consiguió realizar sus ambiciones totalitarias y fue arrollado por la Segunda Guerra Mundial. De todos modos debe recordarse que el experimento totalitario fascista se desmembró por la derrota militar, no por la resistencia de la monarquía y de las demás instituciones tradicionales, las cuales entraron en acción sólo cuando el Gran Consejo, declarando su desconfianza respecto al *duce* políticamente ya moribundo, provocó el derrumbamiento del régimen.

El experimento totalitario puesto en marcha por el partido fascista y por su jefe fue diferente de los experimentos totalitarios realizados por el comunismo y el nacionalsocialismo, aunque esto no disminuye su significación histórica para la comprensión del fenómeno totalitario en el siglo XX. Se puede ciertamente estar de acuerdo con quien sostiene que el fascismo no consiguió un «totalitarismo perfecto». Sin embargo, también debe considerarse que los estudios cada vez más profundos de los regímenes considerados «completamente» y «perfectamente» totalitarios, han revelado que también en regímenes considerados totalitarios «perfectos» o «completos» hubo resistencias y obstáculos, hubo notables contrastes entre las ambiciones y los resultados. En cualquier régimen totalitario, el monopolio del poder político no ha sido nunca monolítico; la conquista de la sociedad no ha sido nunca total; la revolución antropológica no ha producido nunca un nuevo tipo de ser humano correspondiente al modelo imaginado; la religión política no ha transformado nunca la colectividad en una comunidad de creyentes. Constatar que no hay históricamente ningún experimento totalitario que pueda ser definido como «perfecto» o «completo», no equivale sin embargo a afirmar que el totalitarismo nunca ha existido. Los laboratorios totalitarios han sido efectivamente construidos y han entrado en acción con el fin de transformar el cuerpo social, de crear un nuevo tipo de ser humano, y para intentar conseguir este objetivo por doquier han implicado, condicionado, transformado, deformado o aniquilado la existencia de millones de seres humanos. El Estado fascista fue uno de estos laboratorios.

3. CRUCES GAMADAS Y CAMINOS BIFURCADOS: LAS DINÁMICAS FASCISTAS DEL TERCER REICH

ROGER GRIFFIN
Oxford Brookes University
rdgriffin@brookes.ac.uk

I. EL CARÁCTER «VIRTUAL» DE ESTE CAPÍTULO

En *El jardín de senderos que se bifurcan* Jorge Luis Borges evoca un mundo en continuo despliegue de realidades virtuales que son hechas realidad o no según la ruta tomada por el protagonista. Su *Biblioteca de Babel,* descrita con minucioso detalle en otra breve historia, contiene libros escritos mediante alfabetos y vocabularios idénticos pero en los cuales cada frase significa otra cosa. En un momento dado el narrador pregunta: «Tú que me lees, ¿estás seguro de entender mi lenguaje?» La aplicabilidad del concepto «fascismo» al nazismo es tan discutida que la inclusión de un capítulo sobre sus dinámicas fascistas genéricas en este libro tiene cierta cualidad borgesiana. Algunas versiones virtuales del «mismo» libro en manos de diferentes potenciales editores académicos no contendrían un ensayo como éste en absoluto, y el análisis ofrecido en las versiones que pudieran incluirlo podría cambiar drásticamente según qué «experto» fuera llamado a escribirlo.

Las premisas del siguiente trabajo son: primero, que el fascismo ha de verse como una forma revolucionaria de nacionalismo guiada por el mito del renacimiento inminente [1] de la nación en deca-

---

[1] Sólo en el período de entreguerras, cuando existía un amplio sentimiento de crisis de civilización, el cambio fue experimentado por los fascistas como «inminente». En el período de posguerra algunos creen que vivimos en un indefinido «interregnum»: Cf. Roger Griffin: «Interregnum or endgame? Radical Right Thought in the "Post-fascist" Era», *The Journal of Political Ideologies*, vol. 5, n.º 2, july 2000, pp. 163-178. Reimpreso en Michael Freeden (ed.): *Reassessing Political Ideologies* (Londres, Routledge, 2001).

dencia; segundo, que analizar el nazismo como una variante del fascismo en este sentido no sólo complementa gran parte de las otras aproximaciones académicas al uso, sino que también proporciona una nueva dimensión a la comprensión histórica, poniendo de relieve aspectos importantes de los objetivos, políticas y actos del Tercer Reich.

También se destacan algunos factores casuales que fueron relevantes en el origen, la toma y el mantenimiento del poder, cuya significación podría de otro modo no ser apreciada plenamente a menos que sean situados en una perspectiva comparativa. En concreto, este capítulo considera (de forma necesariamente breve) las características del nazismo como una «religión política»; el papel que se pretendía que jugara la «comunidad nacional» como vehículo del renacimiento alemán; los aspectos típicamente fascistas que el nazismo exhibió una vez pasó de ser movimiento antisistema a ser régimen, y de creador de utopías a formulador de políticas concretas después de 1933; la simultánea excepcionalidad y tipicidad del Tercer Reich como fenómeno histórico; su afinidad estructural con el fascismo en Italia; y su función de comadrona de una revolución socio-histórica. Dado el enfoque contemporáneo de todo el libro, concluyo con algunos comentarios breves sobre los aspectos que han hecho del nazismo el principal modelo a seguir de los fascistas y racistas de posguerra en el mundo, y que han puesto de relieve el papel central jugado por las condiciones históricas contingentes de Europa, que creo que determinaron su éxito y su fracaso como fuerza política revolucionaria en el siglo XX de un modo más decisivo que las particularidades de la historia alemana o de la personalidad de Hitler.

Habría que destacar que el objetivo de este capítulo no es ofrecer una historia abreviada del nazismo o del Tercer Reich sino, de acuerdo con los objetivos del libro para el cual ha sido escrito, dar algunas ideas sobre los nuevos conocimientos dentro de las causas, naturaleza y razón del nazismo, que pueden ser reveladas si se considera éste dentro del marco de los estudios comparativos sobre el fascismo, un marco que, en lo que a mí respecta, no tiene aspiraciones monopolísticas ni territoriales en relación con los trabajos académicos u otras perspectivas historiográficas existentes. Antes de pasar al análisis del nazismo como forma de fascismo, sin embargo, es necesario que nos detengamos en las cuestiones metodológicas para maximizar la posibilidad de que aquel que se embarque en este capítulo pueda leer el mismo texto que creo que estoy escribiendo.

II. LA CONTROVERSIA SOBRE LA RELACIÓN DEL NAZISMO CON EL FASCISMO

Lo que debería poner a los lectores en guardia contra el hecho de creerse a ciegas todo el análisis que se sugiere en el presente capítulo es el inexorable rechazo del *status* fascista del nazismo por parte de algunos eminentes académicos en este campo. Por ejemplo, en su artículo «Fascist Ideology» el autor israelí Zeev Sternhell, una de las mayores autoridades sobre fascismo francés y sobre la ideología del fascismo (la *f* minúscula siempre se refiere al fascismo genérico, en oposición al fascismo italiano), sostiene que «el nazismo no puede, tal y como yo lo veo, ser tratado como una mera variante del fascismo: su énfasis sobre el determinismo biológico hace inútil cualquier intento de tratarlo como tal» [2]. Han sido sobre todo expertos alemanes en la historia del nazismo los que se han sentido más incómodos con el término «fascista». De este modo, Klaus Hildebrand y Andreas Hillgruber, ambos prominentes autores de finales de los setenta, destacaron los factores únicos de la historia alemana que explican la génesis del nazismo y se negaron a tratarlo dentro del fascismo europeo —una aproximación profundamente cercana a la tesis ampliamente sostenida de que Alemania siguió un «camino especial» (*Sonderweg*) en la formación del estado que lo sitúa aparte de los patrones «normales» de la modernización occidental [3].

Basarse en tal premisa es la asunción comprensible de que no puede haber término genérico (ni siquiera «totalitarismo») que

---

[2] Zeev Sternhell: «Fascist Ideology» en Walter Laqueur (ed.): *A Reader's Guide to Fascism* (Harmondsworth: Penguin, 1979), p. 328, Cf. su declaración en *The Birth of Fascist Ideology* (Princeton University Press, Princeton, 1994), p. 4, que «el fascismo no puede de ningún modo ser identificado con el nazismo». Cf. su declaración en correspondencia privada conmigo en marzo de 2001: «Creo que el nazismo era algo diferente (del fascismo) del mismo modo que una prisión, un campo de trabajo o el exilio eran diferentes de Auschwitz. Incluso después de sus leyes raciales Italia no era Alemania, y esto se debió, no sólo pero en mayor parte, a la ideología. El fascismo, desde mi punto de vista, estaba en guerra contra la Ilustración; el nazismo, contra la humanidad». Otros autores notables que han expresado su rechazo a ver el nazismo como fascista son A. J. Gregor y Renzo de Felice.

[3] A. J. P. Taylor y Fritz Fischer también destacaron la exclusividad de la historia alemana como el principal factor casual en la génesis del nazismo. Sobre el *Sonderweg*, ver Reinhard Kühnl: «The German *Sonderweg* reconsidered: Continuities and discontinuities in modern German history», en R. Alter y P. Monteath (eds.): *Rewriting the German Past: History and Identity in the New Germany* (Humanities Press, Atlantic Highlands, NJ, 1997), pp. 115-128.

haga justicia a la especificidad devastadora del Tercer Reich, y de que su uso tiende a trivializar y relativizar el Holocausto. De este modo, el autor israelí Saul Friedländer habló por muchos cuando rechazó el concepto de «fascismo» porque éste «lleva a una normalización excesiva del Holocausto sobre la base de un marco conceptual preconcebido»[4]. Karl Bracher, acaso el historiador alemán del nazismo más conocido en el extranjero, hace algo similar en *The German Dictatorship* cuando sostiene que la vaguedad definitoria del término «fascismo» y la exclusividad de la historia nacional alemana hacen el término inútil[5]. En una entrada de enciclopedia escrita por un profesor alemán, se introduce una nueva razón por la cual su uso es «infructuoso» para los historiadores del Tercer Reich: que huele a marxismo[6]. Desde los primeros años treinta era ya parte de la ortodoxia del Komintern el hecho de ver al fascismo y al nazismo como síntomas de preparación de fuerzas de reacción por todo el mundo capitalista para recorrer al autoritarismo y al mero terror en aras de la destrucción de las fuerzas revolucionarias del socialismo. En la peculiar situación creada por la ocupación soviética de la Alemania oriental y por la Guerra Fría, el supuesto de que el Tercer Reich era el producto del «fascismo alemán» fue incorporado al mito establecido de la RDA, proporcionando una razón vital al Estado comunista, y justificando la creación del socialismo de estado como el único modo de limpiar al fascismo de los establos augiasianos del capitalismo alemán. El postulado de Bracher, según el cual el uso tendencioso de «fascismo» por los marxistas lo ha convertido en inutilizable para los historiadores no políticos, era del todo comprensible en el clima altamente politizado de los círculos académicos de la Alemania occidental que predominó en los años setenta.

Para los no alemanes, que gozan de la posición afortunada de poder estudiar el Tercer Reich sin comprometerse implícitamente con la *Vergangenheitsbewältigung*, no son sus connotaciones marxistas las que convierten el término «fascista» inutilizable, ni el hecho de que diluya la especificidad de la historia alemana. Más bien es la vaguedad definitoria lo que proscribió el uso del término durante décadas, privándole de este modo de un valor «legal». En abril

---

[4] Saul Friedländer: *Kitsch und Tod. Der Widerschein des Nazismus* (C. Hanser, Múnich, 1984), p. 112.

[5] K. D. Bracher: *The German Dictatorship* (Penguin, Londres, 1988), p. 605.

[6] *Meyers Enzyklopädisches Lexikon*, vol. 8 (Bibliographisches Institut, Múnich: 1973), pp. 547-551. Ver también Wolfgang Wippermann: *Wessen Schuld?* (Elefanten Press, Berlin, 1997), p. 16.

de 1988, el académico británico Tim Mason realizó algunos comentarios en la sesión de clausura de la conferencia *Reevaluating the Third Reich*, llevada a cabo en la Universidad de Pennsylvania, y que luego desarrolló en el breve ensayo publicado después de su muerte «Whatever happened to fascism?». A pesar de sus convicciones socialistas, encontró de poca ayuda la ortodoxia marxista-leninista sobre el fascismo, e incluso afirmó que «las extremas peculiaridades del nazismo alemán han acabado dominando nuestras preocupaciones morales, políticas y profesionales» [7]. Exhortó a sus colegas a darse cuenta de que «si podemos prescindir de buena parte de los contenidos originales del concepto de fascismo, no podemos prescindir de la comparación», y concluyó reafirmando una convicción fundamental que había dominado su trabajo sobre el Tercer Reich, esto es, que «el fascismo fue un fenómeno continental y que el nazismo fue parte de algo más amplio» [8]. Pero de acuerdo con Ian Kershaw, el más eminente historiador británico sobre nazismo, a finales de los años noventa todo lo que ha ocurrido desde que Mason articulara el dilema sobre el establecimiento de la relación entre nazismo y fascismo es que el debate ha perdido su «resonancia» y que los últimos libros que pretenden haber discernido la naturaleza del fascismo no son motivo de disputas [9]. Por lo que se refiere a sus propios e innovadores trabajos sobre nazismo, a pesar de que el énfasis que los nazis pusieron en su visión de la «salvación nacional» es central en su interpretación del éxito nazi y del carisma de Hitler, el autor no se convence de la capacidad del concepto general de fascismo y de la dimensión comparativa del nazismo que se abre para justificar la especificidad del Tercer Reich. Como resultado, su magnífica biografía de Hitler en dos volúmenes, que ocupa cerca de dos mil páginas, no contiene ni una simple referencia al fascismo genérico [10].

Lo mismo vale para la premiada obra de Michael Burleigh *The Third Reich. A New History* (2000), que hace uso extensivo del término «religión política», aunque evita deliberadamente usar «fascismo». Esto es bastante poco sorprendente puesto que en un trabajo anterior ya sostiene que el intento del Tercer Reich de crear un «estado racial» lo convertía en «un régimen singular sin prece-

[7] «Whatever happened to "fascism"?» en Jane Caplan (ed.): *Nazism, Fascism and the Working Class. Essays by Tim Mason* (Cambridge University Press, Cambridge, 1995), p. 324.

[8] Ibíd., p. 331.

[9] Ian Kershaw: *The Nazi Dictatorship* (Arnold, Londres, 2000), p. 262.

[10] Ian Kershaw: *Hitler*, vol. 1, «Hubris»; vol. 2, «Nemesis» (Londres, New York, Norton, 1998-1999).

dente o paralelo», con el resultado de que descarta términos como «totalitario» o «fascismo» por ser «mecanismos heurísticos pobres» para investigarlo [11]. En su reciente libro *Hitler's Germany* (1999) el profesor de Historia americano Roderick Stackelberg al menos muestra que es conocedor de la existencia de nuevos trabajos sobre fascismo que han aparecido en la última década y que podrían arrojar algo de luz sobre la cuestión de cómo el nazismo puede ser localizado en este marco (no obstante, característicamente, esto es sólo porque un lector del manuscrito original sugirió que no añadir una sección sobre este tema sería una grave omisión). Sin embargo, es sintomático del precario estado actual de las relaciones entre historiadores del Tercer Reich y estudios comparativos del fascismo, el hecho de que Stackelberg aún esté satisfecho de ofrecer una decepcionantemente negativa, submarxista y heurísticamente inútil definición de éste: «El fascismo fue un movimiento político (y más tarde un sistema de gobierno) para generar apoyo de las masas a través de medios radicales y violentos con fines antidemocráticos y contrarrevolucionarios» [12].

Así pues, la confusión reina en la relación entre nazismo y fascismo, una confusión que bien puede ser aún más complicada cuando este capítulo, que ha sido concebido en inglés por alguien que trabaja dentro del mundo académico anglosajón, sea leído en traducción por alguien cuya «culturización» ha tenido lugar en español: entiendo que bajo la influencia marxista, el término «fascismo» ha sido rutinariamente usado por unas cuantas generaciones de liberales y socialistas para describir los regímenes de Franco, Salazar y de un buen número de otras dictaduras europeas y latinoamericanas del siglo XX. Ha llegado —por consiguiente— el momento de aclarar las cuestiones que hemos suscitado. Para ello explicaré primero por qué es metodológicamente ingenuo insistir en que la exclusividad o peculiaridad del nazismo le imposibilita ser tratado como una especie de género político científico. Destacaremos la importancia del hecho que, aunque Kershaw, Burleigh y Wipperman no parecían ser conscientes de ello en sus últimos estudios sobre nazismo, un cierto consenso ha empezado a emerger dentro de los estudios comparativos anglosajones por lo que res-

---

[11] Michael Burleigh y Wolfgang Wippermann: *The Racial State* (Cambridge University Press, Cambridge, 1991), p. 306. El hecho de que Wolfgang Wippermann también suscriba esta manifestación es curioso, dada la generosa defensa del uso del término por parte de los historiadores alemanes del nazismo.

[12] Roderick Stackelberg: *Hitler's Germany* (Routledge, Londres, 1999). p. 23.

pecta al uso del término «fascismo», que lo hace particularmente iluminador cuando es aplicado al nazismo [13].

III. EL FASCISMO COMO «TIPO IDEAL»

La clave [14] para resolver la primera cuestión reside en la teoría de Max Weber del «tipo ideal». De acuerdo con el espíritu del nominalismo filosófico, destacó que, dada la infinita variedad de fenómenos singulares que constituye la experiencia e historia humanas, cada concepto genérico utilizado en las ciencias humanas es una construcción cognitiva. Un concepto genérico pone en orden una artificialmente confusa serie de realidades singulares dentro de una «definición operativa» a través de un acto de abstracción idealizadora similar (pero sólo *similar*) a la que corresponde en la creación de un diagrama sobre el funcionamiento de «el» motor diesel o el sistema reproductivo de «cualquier» mamífero. A través de este juego de manos de la cognición humana, las realidades discretas de la realidad histórica se convierten en especies de un género imaginario o, como mínimo, «imaginado». A diferencia de los géneros del mundo natural, sin embargo, los términos genéricos como «revolución», «clase media», «capitalismo», no describen objetivamente clases existentes de fenómenos naturales, por no hablar de «esencias» que han sido «halladas» [15]. Tampoco son sus

---

[13] Roger Griffin: «The Primacy of Culture. The Current Growth (or Manufacture) of Consensus within Fascist Studies», *The Journal of Contemporary History*, vol. 37, n.º 1 (2002).

[14] Debería decir «una clave», desde el momento en que la teoría del tipo ideal es sólo una reconstrucción ideal típica del proceso cognitivo implicado en la construcción de conceptos heurísticos en las ciencias sociales. Se pueden encontrar otras teorías de la formación de conceptos, *id est* la hermenéutica, el concepto wittgensteiniano de los «parecidos de familia», y la lingüística postmoderna, abriendo aún otro mundo borgesiano en el cual los senderos metodológicos para la investigación de la realidad se interseccionan, convergen y se bifurcan.

[15] Ello, por tanto, revela un profundo error en cuestiones metodológicas básicas cuando en una respuesta a una reseña sobre su reciente libro *Fascism and the Right in Europe 1919-1945* (Longman, Londres, 2000) el historiador británico Martin Blinkhorn dice sentirse «cada vez más impaciente con toda la búsqueda griálica del "fascismo genérico"» (la reseña se publicó electrónicamente como e-mail en la serie «Reviews in History» el 24 de septiembre de 2001). La esencia definitoria del fascismo no es ningún tesoro barato que haya que encontrar sólo mediante un salto temerario de la imaginación romántica o mística. Parece más bien un diamante industrial al ser un producto totalmente «hecho por el hombre», y hecho al principio de la investigación, no desenterrado al final de ella.

definiciones ideales típicos, que deban ser tratados como hipótesis científicas que ofrecen explicaciones totales de fenómenos particulares y deban de algún modo ser «probadas» mediante la utilización de datos conforme a los principios «popperianos» de falseamiento. En lugar de eso, son mecanismos *heurísticos* utilizados para explorar singularidades en un espíritu comparativo que busca aquellas regularidades y patronos en el comportamiento humano y realidades sociales sin las cuales la conceptuación del mundo, verbal o de otro modo, sería imposible. Cada fenómeno histórico, cada sistema feudal «actual», sistema parlamentario, guerra civil, dictadura, identidad nacional, camino a categoría de estado, o genocidio está hecho de caracteres irreductiblemente únicos. La aplicación de uno o más tipos ideales para explorarlo, o sacar a la luz y resolver cuestiones relacionadas con él, sirve simplemente para poner de relieve aspectos que se hacen más inteligibles en un marco comparativo definitorio o explicativo [16].

Lo que se sigue de todo ello es que el énfasis sobre la exclusividad del nazismo es totalmente compatible con la utilización conjunta de un término genérico como «fascismo». Kershaw es característicamente lúcido en esta cuestión: «la exclusividad de los caracteres específicos del nazismo no privarían la localización del nazismo en un género más amplio de sistemas políticos. Se podría incluso decir que el nazismo y el fascismo italiano fueron especies separadas dentro del mismo género, sin ninguna suposición implícita de que ambas especies tuvieran que ser casi idénticas» [17]. Ocasionalmente, hasta algunos historiadores alemanes han reconocido esto, como cuando Heinrich Winkler vio el nazismo como «también pero no sólo "fascismo alemán"» [18]. Jürgen Kocka fue más lejos arguyendo que no hay incompatibilidad entre la exclusividad el nazismo y los intentos de situarlo dentro de un marco más amplio que lo trate como una variante del fascismo. En efecto, vio dichos intentos como vitales para ser investigado correctamente [19].

En esta perspectiva, la descripción de Juan Linz del nazismo como «una rama distintiva injertada en el árbol fascista» [20] es me-

---

[16] Sobre la teoría del tipo ideal de Weber, ver Thomas Burger: *Max Weber's Theory of Concept Formation* (Duke University Press, Durham, North Carolina, 1976).

[17] Ian Kershaw: *The Nazi Dictatorship*, pp. 41-42.

[18] H. A. Winkler: *Revolution, Staat, Faschismus* (Vandenhoeck und Ruprecht, Götingen, 1978), p. 66.

[19] »Urachen des Nationalsozialismus», *APZ* (21 de junio de 1980), pp, 3-15.

[20] Juan Linz: «Some notes towards a Comparative Study of Fascism in Sociological Historical Perspectives» en Laqueur (ed.): *Fascism: A Reader's Guide*, p. 24.

todológicamente confusa por doble partida. Todos los fascismos, como todos los ejemplos específicos o especímenes de un fenómeno genérico, son «distintivos». El nazismo no estaba tampoco «injertado» en el género: todas las «ramas» de un fenómeno concreto han sido agrupadas artificialmente para formar un «árbol» conceptual en un espíritu nominalista aunque no idealista, un proceso que tiene más que ver con la creación de Frankenstein que con procesos orgánicos naturales como los «injertos». Como la belleza, un género político existe en la mente del observador. Además, su valor no es descriptivo sino heurístico. La pregunta que hay que hacerse sobre un tipo ideal no es si es «verdad», sino si es *útil*. Tratar el nazismo como fascista no es negar que pueda tener cierto valor verlo como una forma de dictadura personal [21], un modernismo reaccionario [22], un nihilismo [23], un totalitarismo [24], una religión política [25], una religión de la naturaleza [26], un movimiento milenarista [27], u otro término genérico. Ello tampoco implica que sea erróneo tratar al Tercer Reich como *sui generis*, como un producto único del *Sonderweg* alemán hacia la construcción nacional, o como el producto de las ambiciones y fijaciones patológicas de Hitler. La teoría del tipo ideal estipula simplemente que ello no debería ser visto *exclusivamente* en estos términos y avisa de que, en caso de ser así, muchos aspectos importantes del nazismo pasarían desapercibidos. En este sentido Zeev Sternhell iba por buen camino (aunque sin darse cuenta) cuando sostuvo que el nazismo no debe ser tratado como una «mera variante del fascismo» [28]. De acuerdo con la teoría del tipo ideal sería erróneo tratar al nazismo como una *mera* variante del fascismo o de cualquier otro concepto genérico, pero sería de un alto valor heurístico tratarlo *también* como una variante del fascismo. Este valor, por supuesto, depende completamente de cómo sea definido el fascismo, lo que nos lleva al segundo punto.

---

[21] Kershaw: *Hitler, op. cit.*

[22] Jeffrey Herf: *Reactionary Modernism* (Cambridge University Press, Cambridge, 1994).

[23] Hermann Rauschning: *Die Revolution des Nihilismus* (Europa Verlag, Zurich, Nueva York, 1938).

[24] Hannah Arendt: *The Origins of Totalitarianism* (Harcourt Brace, Nueva York, 1951).

[25] Michael Burleigh: *The Third Reich* (Macmillan, Londres, 2000).

[26] R. A. Pois: *National Socialism and the Religion of Nature* (Croom Helm, Londres, 1986).

[27] J. M. Rhodes: *The Hitler Movement* (Hoover International Press, Stanford,1980).

[28] Sternhell: «Fascist Ideology», *op. cit.*, p. 328.

IV. EL «NUEVO CONSENSO» SOBRE EL FASCISMO GENÉRICO

El análisis en este capítulo está basado en el creciente consenso dentro de los estudios sobre el fascismo que ven su núcleo definidor (el *minimum* fascista) en la visión del inminente o definitivo renacimiento de la cultura política de la nación desde su percibida decadencia en curso[29]. Para los autores que trabajan dentro de este consenso, lo que sitúa a los regímenes y movimientos fascistas aparte de los autoritarismos conservadores, por modernizados, tecnocráticos o «fascistizados» que éstos parezcan, es su genuina aspiración a promover una «tercera vía» entre el socialismo y el liberalismo, de crear «nuevos hombres», y de revolucionar la cultura política. Tal «despertar» colectivo marca un cambio de rumbo * o cesura definitivos en el estado de declive de la nación y puede ser tomado por parte de algunos fascistas como la inauguración de una nueva era dentro del desarrollo de la civilización occidental, poniendo fin a la era de los conceptos liberales e ilustrados de un progreso lineal y crecientemente racionalizado y globalizado, basado en el humanismo secular. Es esta dinámica revolucionaria lo que distingue al fascismo del régimen de Mussolini, al de Falange y al del Tercer Reich, del neoconservadurismo modernizador y fascistizado de la España de Franco, del Portugal de Salazar, de la Austria de Schuschnigg, de la Polonia de Pilsudski, o del Japón imperial[30]. Mi propia variante del consenso está basada en la definición del fascismo como «un tipo de ideología política cuyo núcleo mítico, en sus varias permutaciones, es

[29] Sobre la evolución del nuevo consenso, ver el articulo de revista de Stanley Payne «Historical Fascism and the Radical Right», *Journal of Contemporary History* 35 (2000), p. 110; también ver Roger Griffin: «The Primacy of Culture», *op. cit.*

* La genuina expresión *sea-change* es de difícil traducción. Se refiere a un cambio aparentemente mágico, como si fuera llevado a cabo mediante la acción del mar. Esta expresión fue acuñada por William Shakespeare en la canción de Ariel «Full Fathom Five» en *The Tempest*. Puesto que la traducción que nos ofrecen Manuel Ángel Conejero Dionís-Bayer y Jenaro Talens (*La Tempestad*, 3.ª ed., Cátedra, 2000) Madrid, no es aplicable de un modo convincente, ha sido traducida como «cambio de rumbo» aunque, de este modo, las connotaciones «mágicas» se pierdan en el camino *(N. del T.)*.

[30] Utilizo el término «parafascista» para describir a los regímenes de la Europa de entreguerras que crearon una elaborada fachada fascista aunque mantenían un corazón conservador. Ver Roger Griffin: *The Nature of Fascism* (Routledge, Londres, 1993), cap. 5.

una forma palingenésica[31] de ultranacionalismo populista[32]. Es el énfasis que el nuevo consenso pone (de un modo «típico ideal») en el impulso revolucionario y populista hacia la regeneración nacional en un *nuevo* orden, que es empíricamente demostrable en algunas variantes de ultranacionalismo del siglo XX, lo que lo hace particularmente aplicable al nazismo. El mismo Kershaw reconoce esto cuando sostiene, en su evaluación de definiciones antagónicas de fascismo, que «el énfasis de Griffin sobre el «ultranacionalismo palingenésico» —extremo nacionalismo populista enfocado hacia el "renacimiento" nacional y la erradicación de la supuesta decadencia nacional— como núcleo de la ideología fascista, abarca evidentemente al nazismo»[33]. Ciertamente, en términos heurísticos, esto marca un decisivo avance respecto a las primeras definiciones «negativas», las cuales abordaban el nazismo identificando más bien todo aquello contra lo cual iba que aquello que proponía. Por ejemplo, la original afirmación de Nolte (1963) según la cual el fascismo nace de «una resistencia teórica y práctica a la trascendencia»[34], y que toma la forma de un «antimarxismo» que lo dispone a destruir a través de una «ideología radicalmente opuesta pero relacionada», es a la vez demasiado vaga y negativa como para tener un valor taxonómico.

También implica un avance respecto a las acaso más sofisticadas y descriptivas de las definiciones del tipo «listado de ítems» (*check-list*), como las de Stanley Payne[35], Emilio Gentile[36], e Ian

---

[31] La utilización del término «palingenesia» (literalmente «renacimiento»), transformación de una naturaleza política y social, fue promovida por Immanuel Kant, quien le dio las connotaciones de intentos violentos, y de ahí insostenibles, abortivos, de hacer realizable una utopía secular (en contraste con la «metamorfosis»), una distinción muy relacionada con el proyecto nazi para la Nueva Alemania. Ver Howard Williams: «Metamorphosis or Palingenesis? Political Change in Kant», *The Review of Politics*, vol. 63, n.º 4, otoño 2001, pp. 693-722.

[32] Ver Roger Griffin: *The Nature of Fascism* (Routledge, Londres, 1993) p. 26. Para una ampliación de esta definición, a los lectores españoles no anglófonos podría interesarles consultar mi capítulo «Las organizaciones neofascistas» en Manuel Ledesma (ed.): *Los riesgos para la democracia. Fascismo y neofascismo* (Pablo Iglesias, Madrid, 1997).

[33] Ian Kershaw: *The Nazi Dictatorship*, p. 42.

[34] Ernst Nolte: *Der Faschismus in seiner Epoche* (Piper, Munich, 1963), p. 51. En inglés: *Three Faces of Fascism* (Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1965).

[35] La «descripción tipológica» de Payne es un «listado de ítems» pero de un tipo inusual, que ha reforzado ahora con una definición suya de una sola frase, la cual sitúa el renacimiento como núcleo de la ideología fascista: ver Stanley Payne: *A History of Fascism 1914-45* (UCL, Londres, 1995), p. 14.

[36] Para las listas de ítems de Emilio Gentile, originalmente publicadas en *Enciclopedia Italiana* (1992), ver Stanley Payne: *A History of Fascism 1914-45*, pp. 5-6.

Kershaw[37]: sin ser complementadas con una breve formulación del tipo ideal, su valor práctico es limitado desde el momento que no todos los aspectos definitorios que incluyen están presentes en todos los fascismos (*Le Faisceau*, por ejemplo, no tenía un líder carismático; el uso interno del terror por parte del régimen fascista era un mundo aparte al lado de su despliegue en el Tercer Reich; el fascismo italiano no era inicialmente imperialista; el imperialismo de Falange cambió, después de su absorción dentro de FET, de ser «territorial» a ser «espiritual», mientras que la Guardia de Hierro rumana nunca fue imperialista en absoluto. Tampoco la celebración de la guerra y el militarismo es una característica de todos los fascismos, desde que la *British Union of Fascists* declarara un compromiso con el pacifismo en 1938 —aunque esto significara una oposición a la guerra contra Alemania más que una creencia en los principios de la paz). Más seriamente, si de todos modos tales «listas de la compra» mencionan el impulso revolucionario del fascismo hacia un nuevo orden capaz de superar la decadencia nacional, entonces ello es relegado a ser tan sólo una característica más entre otras. En cambio, el nuevo consenso ve la obsesión palingenésica de destruir la decadencia y de crear un nuevo orden total como núcleo componente de la cosmología fascista («ideología fundamental») que configura y proporciona la razón fundamental para sus políticas y actos («ideología operativa»)[38]. Esto también sirve como gran factor de continuidad entre el nazismo como movimiento y el nazismo como régimen, a través de la interpretación del «totalitarismo» del Tercer Reich como resultado práctico de sus políticas sobre una serie extensa de cuestiones sociales, económicas, políticas y culturales, que son concebidas como necesarias en aras de conseguir el objetivo utópico de inaugurar una nueva era en la historia de la nación alemana y de Occidente.

---

[37] Ian Kershaw: *The Nazi Dictatorship*, p. 42.

[38] Para esta distinción, ver Martin Seliger: «Fundamental and Operative Ideology: The Two Principal Dimensions of Political Argumentation», *Policy Sciences*, vol. 1 (1970), pp. 325-327. En su aún más sofisticado modelo de ideología política, Michael Freeden se refiere al «núcleo ineliminable» de una ideología como opuesto a los elementos que son «adyacentes» y «periféricos»: ver Michael Freeden: «Political Concepts and Ideological Morphology», *The Journal of Political Philosophy*, vol. 2, n.º 2, 1994, pp. 140-164.

V. EL TERCER REICH COMO UNA «RELIGIÓN POLÍTICA» PALINGENÉSICA

Una vez que el aspecto definitorio de la ideología fundamental del fascismo es vista como la búsqueda de la transformación de la cultura política de la nación con fines *revolucionarios* en el sentido de superar su percibida decadencia y decaimiento, entonces el nazismo puede ser visto como un miembro de la misma familia que (aunque obviamente no gemelo idéntico de) el fascismo y Falange. Además, un buen número de hechos bien documentados sobre el régimen de Hitler obtienen una nueva significación. Uno es la recurrencia obsesiva a la imaginería palingenésica en los textos nazis [39]. Por tomar sólo tres entre incontables ejemplos, un discurso que Hitler hizo en Múnich en la primavera de 1923, seis meses antes del abortado *putsch* del 9 de noviembre, empieza con las palabras: «Si el primero de mayo ha de ser trasladado de acuerdo con su verdadero significado de la vida de la naturaleza a la vida de las personas, entonces debe simbolizar la renovación del cuerpo de un pueblo que ha caído en la senilidad» [40]. El preámbulo de Gottfried Feder a la edición del programa del NSDAP publicado en 1933, el año de la «toma del poder», concluye con la declaración de que «el deseo de dar forma a lo amorfo, el deseo de poner freno al caos, de poner en orden un mundo desordenado... ésta es la enorme tarea que el nacionalsocialismo se ha impuesto... Nuestro objetivo es: el renacimiento de Alemania llevado a cabo con un espíritu alemán para crear la libertad alemana» [41]. Doce años más tarde, una de las últimas reflexiones de Arthur Rosenberg sobre el régimen al cual había servido hasta su amargo final, formulada a la sombra de su ejecución por parte del Tribunal de los Crímenes de Guerra de Núremberg, fue que su ideal político había sido «el renacimiento [*Neugeburt*] del carácter nacional-*völkisch* en un sistema de gobierno y de vida que superara el daño infligido por la democracia» [42].

---

[39] Otra vez debería destacar que citar estos pasajes de ninguna manera «prueba» la «verdad» empírica del tipo ideal de fascismo que aquí se usa como una descripción objetiva de su «esencia», pero ilustra meramente el valor heurístico de ver el nazismo como un movimiento cuyo mito movilizador era el del renacimiento de Alemania.

[40] Adolf Hitler: *My New Order* (Angus and Robertson, Sydney, Londres, 1942).

[41] *Das Programm der NSDAP* (Franz Eher, Múnich, 1933: 1.ª ed. 1928), p. 64.

[42] Alfred Rosenberg: *Letzte Aufzeichnungen. Ideale und Idole der Nationalsozialistischen Revolution* (Plesse, Göttingen, 1955), p. 316.

Mientras los marxistas redujeron la ideología nazi a una máscara para la reacción terrorista capitalista, e incluso algunos distinguidos historiadores liberales no vieron en ella mucho más que un «disparate nórdico bestial»[43], estas declaraciones tenderían a ser reducidas a cínica propaganda de un régimen bárbaro. Por lo que se refiere a la pregunta básica que ha sido universalmente ignorada por la historiografía convencional, esto es, *por qué* los nazis pusieron tanto empeño en tomar y ejercer el poder a costa de tanto sufrimiento humano, la respuesta dada por la mayoría de marxistas ha sido la defensa del monopolio capitalista a través de la destrucción del socialismo. La mayoría de los no marxistas, por otra parte, ha insinuado que fue actuando esencialmente bajo impulsos patológicos como el ansia de poder, la megalomanía, el odio hacia todo lo débil[44], o el *Angst* inducido en las clases medias por la modernidad, la libertad ilimitada, o la belleza suprema. Típico de tal superficialidad, concerniente a la motivación subyacente del Tercer Reich, es el pronunciamiento en un libro de texto escolar inglés ampliamente usado según el cual:

> Cuando «un conjunto de fracasos personales animados por un deseo de destruir al liberalismo y al pluralismo en Alemania, y agrupados en torno a un líder fanático, carismático e inestable, tomó las riendas de las estructuras gubernamentales más sofisticadas de Europa», las consecuencias tenían que ser caóticas y desafiar cualquier análisis racional[45].

De un modo nada sorprendente, el mismo libro asegura al estudiante que la ideología del nacionalsocialismo «implicaba que una revolución social nazi sería principalmente una contrarrevolución *völkisch* dirigida a reordenar el estado pluralista e industrial contemporáneo»[46]. Cualquier novela de Agatha Christie dedica mucho más tiempo e inteligencia a establecer la psicología y el móvil de un asesino que lo que dedican muchos historiadores del nazismo a lo que subyace en uno de los regímenes más destructivos de la historia, responsable de la muerte de incalculables millones de personas.

---

[43] Hugh Tevor Roper: «The Phenomenon of Fascism» en S. J. Woolf (ed.): *European Fascism* (Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1968), p. 55.

[44] Klaus Theweleit, sin embargo, como mínimo elabora tales supuestos de un modo impresionantemente documentado y trabajado a través de una teoría psicodinámica en su *Male Fantasies* 2 vols. (Polity Press, Cambridge, 1989).

[45] D. G. Williamson: *The Third Reich* 2.ª ed. (London, New York, Longman, 1995), p. 37. La cita es de D. Orlow: *The History of the Nazi Party,* 1922-1945, vol. 2 (David and Charles, Londres, 1973), p. 17.

[46] Williamson: *The Third Reich, op. cit.,* p. 37.

En un marcado contraste, el nuevo consenso trata estas declaraciones como testimonios, sin importarle con cuánto cuidado fueron escritos de cara al consumo público dentro de la tradición de todos los intentos institucionales de propagar una fe[47], de un genuino compromiso revolucionario subyacente de nazis convencidos[48] de estar llevando a cabo la utopía del renacimiento de una nación dentro de un nuevo orden en el cual la decadencia de la era del pluralismo liberal y del materialismo marxista sería finalmente transcendida. Expresan la visión de un movimiento cuyo impulso revolucionario y, por ende, simultáneamente destructivo y creativo, estaba inextricablemente relacionado con su aspiración de hacer del NSDAP no un partido político convencional sino la encarnación de las fuerzas regenerativas de toda la nación. De ahí que se convirtiera en el órgano principal para la diseminación de una nueva fe secular que hizo del Tercer Reich el sinónimo del inminente renacimiento del *Volk*. Es precisamente este aspecto del nazismo el que es resaltado por el emergente consenso en los estudios sobre fascismo de los que hemos hablado, así como por los desarrollos más recientes de la teoría del totalitarismo[49], y la creciente visión del nazismo como una religión política[50]. Está de acuerdo con esta interpreta-

[47] Significativamente, el término *propaganda* deriva de la frase vaticana: «De propaganda fide.»

[48] Vale la pena señalar aquí que sólo un pequeño pero incuantificable y fluctuante porcentaje de nazis pertenecieron alguna vez a la categoría especial de los que creyeron absolutamente en la visión palingenésica del movimiento, la verdadera fuerza guiadora tras el nazismo como fuerza revolucionaria. Cualquier movimiento de masas, religioso o político, abraza una amplia gama de niveles de compromiso, y en 1932 votar por el nazismo se había convertido para millones de personas en poco más que un voto de protesta por parte de quienes ya no esperaban que el cambio radical pudiera ser dirigido por los partidos tradicionales. Una vez se convirtió en régimen, millones de personas más se convirtieron en nazis sin oportunismo, conformismo o miedo (produciendo el llamado *Märzgefallene*, aquellos que «cayeron» votando en masa al NSDAP en las elecciones al Reichstag de marzo de 1933, y los *Maiveilchen* o «Violetas de mayo», quienes entraron en el partido justo antes del cupo limitado para nuevos miembros dos meses después).

[49] Ver, por ejemplo, Simon Tormey: *Making Sense of Tyranny* (Manchester University Press, Manchester, 1995). La más importante contribución a una radical reelaboración del concepto de «totalitarismo», sin embargo, se encuentra en un influyente artículo de Emilio Gentile: «The Sacralisation of Politics: Definitions, Interpretations and Reflections on the Question of Secular Religion and Totalitarianism», *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 1, n.º 1, verano 2000, pp. 18-55, que explora el nexo entre totalitarismo, palingenesia, religión política y creación de un «nuevo hombre» a través de la ingeniería social.

[50] La más importante contribución es el artículo de Michael Burleigh: «National Socialism as a Political Religion», *Totalitarian Movements and Political Reli-*

ción el hecho de que la visión de la nación renacida puede ser documentada como el *topos* central de las más abigarradas cosmovisiones de la dirección nazi [51], tanto como en los escritos de los ideólogos menores del Partido [52], o en el principal órgano de propaganda del Partido, el *Völkischer Beobachter* [53]. Tampoco deberíamos reaccionar con cinismo cuando encontramos a ideólogos nazis en sus momentos más visionarios presentando al «nuevo Reich» como el reverso del por otro lado ineluctable declive no sólo de Alemania sino de Europa [54], y de Occidente en general, y de ahí convirtiéndose en el protagonista principal en la configuración de un nuevo tipo de civilización destinado a perdurar durante cientos, si no miles, de años [55].

Un importante corolario, sin embargo, de ver los textos nazis no simplemente como un lavado de cerebro, sino como la manifestación verbal del intento del NSDAP de instituir una «religión política» de masas como base de un nuevo tipo de cultura socio-política, es que las palabras no son tomadas como el punto principal de la ideología nazi [56]. Desde esta perspectiva, un discurso aún más importante de Hitler para un mitin del Partido, que bajo el Tercer

---

gion, vol. 1, n.º 2 (2002), que usa el término «religión política» con las connotaciones precisas dadas por Emilio Gentile de un «movimiento totalitario» que intenta conseguir la visión «palingenésica» del «hombre nuevo». A partir de ahí, ello corrobora inconscientemente el valor heurístico de aplicar el término genérico «fascismo» al nazismo (aún cuando, como ya hemos señalado, Burleigh evita expresamente la utilización del término en *The Third Reich*) desde el momento que denota una forma «palingenésica» de «ultranacionalismo» tal como el nuevo consenso indica en este momento.

[51] Lothar Kroll: *Utopie als Ideologie: Geschichtsdenken im Dritten Reich* (Frank-Lothar Kroll, Padeborn, Schoening, 1998).

[52] Ver Roger Griffin: *Fascism* (OUP, Oxford, 1995), sección 2.ª.

[53] Ver por ejemplo Detlef Mühlberger: *Hitler's Voice: The Völkischer Beobachter*, vol. 1, «The Organization of the Party»; vol. 2, «Propaganda» (Bern etc.: Peter Lang Verlag, [próxima publicación]).

[54] Ver, por ejemplo, Christoph Steding: *Das Reich und die Kankheit Europas* (Hanseatische Verlagsanstalt, Hamburg, 1938).

[55] Tal visión conforma un ensayo de Ernst Jünger de 1932: «Der Arbeiter», *Sämtliche Werke* (Stuttgart: Klett-Cotta, Suttgart, 1981), vol. 18, y el debate dentro de la jerarquía nazi sobre la «teoría del valor como ruina» de Speer: ver Albert Speer: *Inside the Third Reich*: *Memoirs* (Macmillan, Nueva York, 1970), cap. 5.

[56] Desde esta perspectiva, los trabajos que iluminan el aspecto espectacular de las políticas de Estado modernas cobran de este modo una crucial importancia en el contexto del nazismo, y la presencia del pionero estudio de G. L. Mosse sobre el rol jugado por la «estetización» del nacionalismo alemán a la hora de preparar el terreno para el nazismo en *The Nazionalization of the Masses* (Howard Fertig, Nueva York, 1975) cobra aún mayor significación.

Reich sería visto por millones de personas en el cine como parte de las noticias de la semana, o una de las transmisiones de radio de Goebbels escuchada por toda la nación en el *Volksempfänger*, la radio que todos —excepto los miembros más pobres de la nueva sociedad— se pueden permitir, no son vistos más que como un elemento en un flujo constante de los «actos representativos» a los cuales la población alemana estaba expuesta y que conjuntamente constituían el estilo espectacular y litúrgico de la política por la cual es famoso el régimen.

La naturaleza teatral del fascismo ha sido reconocida como uno de sus más importantes aspectos en el análisis marxista. En los años de la toma de poder nazi, Bertolt Brecht y Ernst Bloch, que vivieron la destrucción de la República de Weimar, habían destacado su rol crucial a la hora de conseguir el apoyo de las masas. Mientras, Walter Benjamin no lo había identificado sólo como un aspecto definitorio del fascismo, sino que había inmortalizado su teoría en un concepto que desde entonces ha producido un impacto permanente en los estudios de izquierdas sobre fascismo, «la estetización de la política». Esto implicó la continua *mise-en-scène* de despliegues espectaculares de «poder del pueblo» que dejaron efectivamente el control de la sociedad en manos de lo que percibían como una pequeña elite reaccionaria que actuaba en nombre de la burguesía. Esta línea de interpretación tuvo una nueva dimensión e ímpetu en la década de 1980 por el «giro lingüístico» llevado a cabo en las ciencias humanas anglófonas bajo el impacto del postmodernismo, el postestructuralismo y la deconstrucción «continentales».

El resultado ha sido un buen número de trabajos que tienden a reducir el fascismo a un espectáculo insustancial o a un vacío «discurso mítico» [57]. Es una aproximación que desvía la atención de los debates substantivos que emergieron entre los fascistas sobre la naturaleza de su revolución, y fomenta la tendencia a tratar el fascismo principalmente como un fenómeno cultural de un modo que hace ininteligible el impacto devastador que tuvo en la historia del siglo XX. Para ser historiográficamente sólida, cualquier explicación global de una manifestación concreta del fascis-

[57] Existe una tendencia de este tipo en trabajos académicos como Barbara Spackmann: *Fascist Virilities. Rhetoric, Ideology, and Social Fantasy in Italy* (University of Minnesota Press, Minneapolis: 1996); y Simonetta Falasca-Zamponi: *Fascist Spectacle* (University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1997).

mo debe reconocer el peso de las dimensiones política, económica, institucional y social tanto en su génesis como en su tentativa de transformar la sociedad [58]. Así, debería destacarse que es sólo en el contexto de los intentos de producir una definición ideal típica del género «fascismo», que el nuevo consenso atribuye primacía al núcleo ideológico del fascismo y a la intentada revolución cultural del nazismo. En el estricto contexto historiográfico de reconstruir lo que «pasó» bajo el Tercer Reich, el énfasis naturalmente apuntaría a una concentración en los aspectos concretos del ejercicio del poder. Sin embargo, los historiadores que han reconocido la significación que adquiere la visión del renacimiento nacional inminente como matriz de todas las políticas y acciones nazis, tenderán a dar mayor peso a la esfera de la cultura de lo que era el caso hasta hace muy poco (con la notable excepción de G. L. Mosse). Mientras su preocupación principal fue explicar en términos políticos qué había llevado a una nación civilizada y avanzada como Alemania a dedicar sus recursos sociales y económicos a conseguir un programa de guerra imperialista y de asesinatos en masa que sobrecoge en la escala de atrocidades que ésta supuso, muchos autores equipararon instintivamente el nazismo a una «anticultura» estética, social y política [59].

En resumidas cuentas, este capítulo está escrito para un trabajo de estudio comparativo del fascismo, que significa situar al nazismo como una permutación del fascismo europeo. Las premisas sobre la naturaleza del fascismo que lo conforman significan que se concentra inevitablemente en los elementos constituyentes de su ideología fundamental y sus más amplias implicaciones para la comprensión del Tercer Reich. Sin embargo, esto no debería servir para insinuar la visión profundamente ahistórica de que el nazismo es *esencialmente* un fenómeno ideológico o cultural. Lo que esto sugiere es que sin un conocimiento de esta ideología y de sus componentes genéricos, es demasiado fácil perder de vista los aspectos vitales de la génesis y naturaleza del nazismo, así como el profundo nexo que lo conecta a procesos supranacionales que operan en la historia europea y moderna.

---

[58] Ver David Roberts: «How Not to Think about Fascism and Ideology, Intellectual Antecedents and Historical Meaning», *Journal of Contemporary History*, 35, 2 (2000), p. 208.

[59] Cf. Tim Mason: «Primacy of Politics: Politics and Economics in National Socialist Germany», en Caplan (ed.): *Nazism, Fascism and the Working Class*, *op. cit.*, pp. 53-72.

VI. EL TERCER REICH COMO UNA SUSTANTIVA (AUNQUE FALLIDA) REVOLUCIÓN

Los aspectos distintivos del nazismo cuando se le considera en el contexto del nuevo consenso sobre el fascismo genérico deberían estar en este momento claros. Destaca la primacía que la cultura, más que la economía o la política, ocupó en el concepto nazi de poder y de la transformación de la sociedad. Además, en marcado contraste respecto a las preconcepciones marxistas (con la honorable excepción de Gramsci)[60] a la cultura no se la considera el escenario en el cual representar un grotesco carnaval contrarrevolucionario, sino el laboratorio de creación del «nuevo hombre» necesario para inaugurar la nueva época. Una vez percibido como tal, la intentada revolución nazi no se reduce a un juego de manos conseguido por la manipulación de un discurso mítico, verbal o «semiótico». Ciertamente, el discurso nazi está aliñado con grotescos eufemismos para manipular la realidad tales como «tratamiento especial» en lugar de ejecución, «reestablecimiento» en lugar de transporte hacia un campo de exterminio, y el «Nuevo Orden» en lugar de un estado cuyo poder viene a depender cada vez más de la violencia y el terror[61]. Pero los nazis no eran tan sólo creadores de mitos y soñadores. Llevaron a cabo su intento de hacer realidad sus mitos con un pragmatismo terrorífico. Su visión de la maleabilidad de la realidad externa estaba conformada por la decimonónica «revuelta contra el positivismo» y el radical rechazo al proyecto ilustrado de «progreso» que habían presentado escritores y pensadores como Dostoievski, Ibsen, Wagner, Bergson, Freud, Nietzsche, Sorel y Le Bon. Además, algunos líderes nazis habían experimentado de primera mano el impresionante poder de los mitos colectivos socialistas, nacionalistas y racistas durante la Primera Guerra Mundial (y de segunda mano, el poder de los mitos socialistas que desencadenó la Revolución Rusa) para movilizar a las masas, apartando cualesquiera valores racionalistas o humanitarios que se interpusieran en su camino. De este modo se dispusieron a construir un estado que

[60] El concepto de «hegemonía cultural» de Antonio Gramsci es un inusual reconocimiento perceptivo de un teórico marxista de la importancia central de la ideología y la cultura política en la determinación del éxito de la revolución (según él contrarrevolución) fascista en Italia.

[61] Sobre la *neolengua* nazi ver Victor Klemperer: *The Language of the Third Reich: LTI, Lingua Tertii Imperii, a Philologist's Notebook LTI* (Athlone, Londres, 2000): Original en alemán: *LTI* (Frankfurt-am-Main, 1985).

fomentara y canalizara estas fuerzas en aras de cambiar la dirección de la historia.

No faltan testigos de la lucidez con la que algunos ideólogos nazis entendieron las implicaciones radicales de su proyecto. En diciembre de 1925, en un momento de profunda crisis del NSDAP después del fracaso del *putsch* intentado en Múnich, el encarcelamiento de Hitler y la ilegalización de sus actividades, Franz Pfeffer von Salomon fue uno de los que contribuyeron al intenso debate dentro del NSDAP sobre valores básicos, y no tuvo dudas sobre cuán decisiva había de ser la ruptura con la moralidad occidental tradicional para que la revolución tuviera éxito. En un memorando confidencial avisó del peligro que corrían los valores nazis de ser diluidos y corrompidos por el proyecto de Gregor Strasser de un estado corporativo de estilo fascista basado en ideales igualitarios y que él decía que olían a la «mentalidad judeo-liberal-democrática-marxista-humanitaria». Y siguió: «Mientras haya incluso un solo diminuto zarcillo que conecte nuestro programa con esta raíz, estará condenado al envenenamiento y de ahí a marchitarse hasta su miserable muerte.» Procedió a perfilar un proyecto para cuantificar el valor de cada alemán para la nación, y expresó con proféticas palabras su absoluta falta de remordimiento sobre el destino que esperaba a aquellos condenados a no tener nada con qué contribuir a la sociedad: «Esta última categoría significa destrucción y muerte. Sopesado y considerado insuficiente. Los árboles que no dan fruto deberían ser talados y lanzados al fuego» [62].

Una década después el escritor expresionista Gottfried Benn, quien, como otros prominentes intelectuales germanófonos como Ernst Jünger, C. G. Jung y Martín Heidegger, sucumbieron temporalmente al embriagador clima palingenésico engendrado por el aparentemente irresistible auge del nazismo después de 1930, equiparó la aparición de una nueva casta de hombre con un nuevo tipo de estado:

> Nadie puede dudar nunca más [...] de que tras los acontecimientos políticos en Alemania subyace una transformación histórica de insondables consecuencias. El brillo cultural de una época empieza a flaquear y a apagarse. Por las suturas de lo orgánico, las fuerzas de la herencia empiezan a rezumar; desde los defectos en los centros de regeneración, el gen humano avanza hacia la luz. Es allí donde los valores que alguna

---

[62] Franz Pfeffner von Salomon: «Zucht». «Eine Forderung zum Programm», memorando interno del Partido, Navidad 1925, *NSDAP Hauptarchiv* (Hoover Institution Microfilm Collection), Rollo 44, Carpeta 896, 1-11. Agradezco a Detlef Mühlberger el haber dirigido mi atención hacia esta fuente primaria y el habérmelo hecho accesible.

> vez fueron estables y auténticos se desvanecen entre las sombras. Allí los logros son transformados y se hacen irreconocibles: las centurias de propagación están en las últimas. La insondable transformación histórica inicialmente se manifiesta políticamente en el concepto central: el estado total. El estado total, en contraste con el estado pluralista de la última época, el estado de los planes y las ambiciones frustradas, se anuncia afirmando la completa identidad entre poder y espíritu, individualidad y colectividad, libertad y necesidad: es monista, antidialéctico, perdurable y autoritario[63].

De acuerdo con el *ethos* radical articulado por Von Salomon y Benn, en unos pocos meses de su dominación mítica milenaria, el Tercer Reich destruyó el pluralismo y el liberalismo de la República de Weimar, y puso ya los fundamentos de lo que ha sido llamado el «estado racial», que eliminaba a todo aquel que no fuera considerado útil para él[64]. En su afortunadamente corta vida, el Tercer Reich intentó llevar a cabo la revolución afectando a toda esfera de la sociedad alemana dentro de la cual el Estado pudiera penetrar. Incluso aunque la estructura de clases de la Alemania de Weimar no fue radicalmente alterada bajo el Tercer Reich, se produjo una profunda transformación de la realidad sociológica objetiva en la parte voluntaria, en parte forzada, colusión de todas las clases y grupos sociales con la persecución, esclavitud, tortura y exterminación de tantos millones de seres humanos en nombre del nuevo orden. De este modo, es desconcertante encontrar a autores que sugieren que la «revolución social» del nazismo fue, en última instancia, meramente una revolución «verbal», como mantuvo David Schoenbaum en un influyente libro publicado hace treinta años[65]. En el caso de la afirmación de Ian Kershaw según la cual la revolución social del nazismo fue «psicológica» más que «substancial», tal veredicto cobra sentido solamente si es utilizado para referirse a un cambio de valores, de *ethos*, de cosmovisión, más que en la distribución del poder y de la riqueza, pero un cambio que de todos modos tuvo enormes consecuencias para realidades sociales concretas, para la realidad última de la carne y la sangre humanas[66].

---

[63] Züchtung I.: *Der neue Staat und die Intellektuellen* (Deutsche Verlags Anstalt, Stuttgart-Berlín, 1933), reimpreso en *Essays, Reden, Vorträge* (Limes Verlag, Wiesbaden, 1959), pp. 214-222.

[64] M. Burleigh y W. Wippermann: *The Racial State* (Cambridge University Press, Cambridge, 1991).

[65] D. Schoenbaum: *Hitler's Social Revolution* (Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1967), p. 52. Williamson *(op. cit.)* aún citó esta frase con aprobación en su última edición de 1995, p. 43.

[66] Esto es lo que Kershaw sostiene en *The Nazi Dictatorship, op. cit.,* p. 179.

VII. EL *VOLKSGEMEINSCHAFT* COMO VEHÍCULO PARA EL RENACIMIENTO NACIONAL

La clave de la revolución que los nazis habían emprendido no reside en la destrucción sistemática de las instituciones capitalistas o del existente sistema de clases, por no hablar de una erradicación de la vida urbana, la tecnología o la civilización occidental al estilo de Pol Pot. En lugar de eso, implicó la simultánea transformación del *ethos* y de la función de todos aquellos elementos para que estuvieran al servicio de la regeneración de Alemania en lugar de actuar como agentes de su disolución. La modernidad no había de ser invertida, sino purgada de sus componentes decadentes y dotada de una radicalmente nueva orientación que efectivamente intensificara su ímpetu y su dinamismo[67]. El nazismo albergó varias visiones antagónicas sobre cómo un objetivo tan abierto tenía que ser llevado a cabo en detalle, tanto dentro de la dirección como dentro de los rangos del movimiento. Sin embargo, todas sus corrientes ideológicas convergieron en la creencia de que la «sociedad» atomizada, decadente y autodestructiva en la cual Alemania supuestamente había degenerado bajo el impacto del individualismo, materialismo y pluralismo, debía ser reemplazada por el renacido *Volksgemeinschaft* para la nación, para existir en cualquier sentido significativo[68].

Visto en términos durkheimianos, esta «comunidad nacional» no podía ser el producto de la espontánea solidaridad «mecánica», sino de una genuina familiaridad e interdependencia ejemplificada en las tribus nativas americanas representadas en la película de Kevin Costner *Bailando con lobos*, en la que la gente lucha para salvar a sus seres queridos y para salvar sus provisiones de comida necesarias para sobrevivir en invierno. Los nazis pretendían que Alemania creciera dentro de una «comunidad predestinada», una *Schicksalsgemeinschaft*, una «comunidad de destino», viviendo su destino histórico único a un nivel épico, de un modo que emulara a las comunidades orgánicas «premodernas»[69]. Sin em-

---

[67] Cf. Peter Fritzsche: «Fascism, desire and social mechanics», *Ethik und Sozialwissenschaften*, vol. 11, n.º 2 (2000), pp. 298-300.

[68] Era tal la prevalencia del sentido de que la sociedad capitalista liberal estaba excesivamente atomizada por el individualismo y el materialismo, que los socialdemócratas y el Partido de Centro también hablaban de la necesidad para Alemania de convertirse en una «comunidad nacional».

[69] Ver P. Brooker: *The Faces of Paternalism: Nazi Germany, Fascist Italy, and Imperial Japan* (Oxford University Press, Oxford, 1991).

bargo, la absoluta complejidad de un estado-nación europeo del siglo XX significaba que éste sólo podía ser mantenido conjuntamente a través de una densa red tejida con los hilos entrecruzados de la «solidaridad orgánica», aunque en una malla más estrecha de lo que era concebible bajo el liberalismo. Dichos hilos debían ser deliberadamente fomentados en el primer momento a través de la destrucción del pluralismo liberal, la eliminación o supresión de todas las instituciones e ideologías que podían ser interpretadas como abiertamente hostiles al nazismo, la creación de organizaciones de masas, y la inculcación de los valores y objetivos nazis. Esto a su vez implicó al régimen en un vasto proyecto de ingeniería social que operaba a través de la educación, los medios de comunicación, la propaganda, mediante la intervención del Estado en la economía, la vida familiar, las políticas demográficas y de salud, el bienestar, la moral social, el arte y la cultura, y a través de un estilo de política litúrgico y cultual [70]. También necesitó instituciones estatales especializadas dedicadas a la organización de la vigilancia, la represión y el terror. Aunque la metáfora comercial les habría apelado a verla como el fruto de una mente decadente, los nazis percibían la República de Weimar como un implacable contratista acaso ve a un vasto conglomerado industrial que hubiera ido a la bancarrota, pero que, con un nuevo equipo gerente, una radical reestructuración, nuevas construcciones, la eliminación de las divisiones no económicas, el despido de los trabajadores ineficientes, y una brillante campaña de publicidad, podría dar un «giro completo» como para producir una exitosa nueva serie de productos y nuevos mercados. El objetivo de los nazis, sin embargo, no era un alto beneficio financiero ni unos dividendos sin precedentes para los inversores, sino un incremento de la fuerza de la raza y una grandeza histórica sin parangón para el pueblo alemán.

Un efecto práctico de tratar el nazismo como una gran especie del fascismo genérico es, de esta manera, que la creación del Reich no es considerada *a priori* como la destrucción nihilista de la República de Weimar, la aniquilación de la clase trabajadora como fuerza política, el intento implacable de establecer un estado totalitario, o la conquista del poder dictatorial por parte de un dictador megalómano. En lugar de eso, es visto como guiado por la urgente necesidad de erradicar cada síntoma percibido de decadencia en

[70] Ver particularmente K. Vondung: *Magie und Manipulation: ideologischer Kult und politische Religion des Nationalsozialismus* (Vandenhoeck and Ruprecht, Göttingen, 1971).

aras de provocar su renacimiento lo más rápido posible. Esto fue un proceso dual que implicó cooptar, solicitar y revisar todo aquello del estado existente que pudiera ser perpetuado, recuperado o reciclado (incluyendo formar parte de alianzas tácticas con aquellas fuerzas conservadoras como las grandes finanzas, el ejército, y alcanzando un tenso compromiso con las diversas Iglesias), mientras al mismo tiempo se marginaba, neutralizaba o se destruía todo aquello que no podía ser usado o mantenido de este modo. Así, la revolución nazi ciertamente tomó la forma de un proceso elaborado de transformación semiótica de la realidad a través de la propagación y normalización de la visión del mundo nacionalsocialista (*Weltanschauung*, «gran narración») hasta el punto de que los sistemas de valores antagónicos fueron silenciados o ahogados por el volumen absoluto de la neolengua [71] oficial en un proceso que ha sido llamado «territorialización semiótica» [72]. Hasta este punto la revolución nazi fue en efecto «psicológica» y cosmológica. Sin embargo, debería ser recordado que las mayores revoluciones en la era de las masas tienen una dimensión psicológica y cosmológica análoga. La Revolución Francesa, la Revolución Rusa, la Revolución cultural china, la Revolución iraní, Revolución de los jemeres rojos en Camboya, la creación de las «nuevas democracias» después del colapso de la Unión Soviética, implicaron todas el intento de transformación de la «normalidad» y la cosmovisión de los nuevos ciudadanos mediante la conquista de la «hegemonía cultural». El objetivo último de todas las revoluciones modernas es crear no sólo un nuevo tipo de estado sino un nuevo tipo de hombre (y mujer) [73].

Sin embargo, este reconocimiento no debería desviar la atención de la considerable magnitud del cambio institucional y estructural que se produjo bajo los proliferantes ministerios y organizaciones nazis, no siguiendo sistemáticamente un anteproyecto

---

[71] Éste es el término para el lenguaje oficial usado por la sociedad totalitaria descrita en la obra *1984* de George Orwell, deliberadamente construida por el Estado para hacer cualquier pensamiento genuino (y por ende, cualquier rebelión) inconcebible. [La traducción del término *Newspeak* a *neolengua* es la más común en las traducciones al castellano de la novela de Orwell. Así se encuentra, por ejemplo, en una primera edición en castellano de *1984*, Destino, Barcelona, 1952 *(N. del T.).]*

[72] Ver Roger Griffin: «Notes towards the definition of fascist culture: the prospects for synergy between Marxist and liberal heuristics», *Renaissance and Modern Studies* (vol. 42, Verano 2001).

[73] Ver Emilio Gentile: «The Sacralization of Politics».

doctrinario fundamentalista, sino improvisando políticas «sobre la marcha». Esto es algo a lo que el nazismo ya estaba predispuesto por su énfasis vitalista en la acción, el dinamismo y el liderazgo carismático (aunque otra vez este elemento de espontaneidad en las revoluciones francesa y rusa no debiera ser subestimado). Lo que confería coherencia ideológica y mítica a sus improvisaciones era la lógica palingenésica de destrucción y creación que era lo concomitante de la visión del renacimiento nacional. Cualquier esfera de la realidad nazi que sea considerada —las decisiones tácticas de Hitler para adquirir el poder, la evolución del programa político del NSDAP, la política exterior, la política agrícola, la institucionalización de la autoridad y poder nazis, la economía, las clases, las fuerzas armadas, el antisemitismo, la estética— la imagen emerge no precisamente del oportunismo rampante, el pragmatismo o de la flexibilidad táctica, sino de las políticas contradictorias, de los choques de personalidad y de la absoluta confusión. El aparentemente sobrehumano dinamismo del Tercer Reich y la capacidad para movilizar recursos nacionales y cumplir tareas masivas, como la creación del sistema de *Autobahn* (autopistas) o la reconstrucción rápida de las fuerzas armadas, es introducido en la esfera de la historia humana inteligible una vez son vistos éstos como productos del poder movilizador de la utopía compartida de una Alemania despierta. Fue la promesa del nazismo de conseguir esta utopía a cualquier precio lo que conforma la base de mucho de su interés en el período excepcional 1930-1938, y fue la habilidad de Hitler de personificar esta promesa lo que subyace en el corazón de su legendario «carisma» [74].

Este análisis resuelve buena parte del conflicto existente entre «intencionalistas» y «funcionalistas» mediante una paradoja. Los funcionalistas (algunas veces conocidos como «estructuralistas») están en lo cierto cuando destacan el caos institucional y la falta de planes y objetivos fijados dentro del Nuevo Orden, lo que significó que algunas políticas y actuaciones fueran con mayor frecuencia el producto de situaciones contingentes y decisiones *ad hoc* que acciones que emanaban de un liderazgo cohesivo siguiendo firmemente un plan fijado para la creación del «Nuevo Orden» con implacabilidad maquiavélica. Sin embargo, sus interpretaciones están profundamente agrietadas desde el momento que niegan que hubiera un *propósito* básico que conformara una parte integral del ADN del nazismo como ideología y como régimen: purgarlo de de-

---

[74] Ver Ian Kershaw: *Hitler.*

cadencia para hacer posible el renacimiento de Alemania. Las tensiones entre el hilo ruralista del nazismo del «Sangre y tierra» de Darré y la visión tecnocrática de Todt o Speer, o entre el compromiso de Goebbels con el expresionismo como encarnación del vitalismo nórdico y su rechazo por parte de Rosenberg, por representar un modernismo que literalmente destruye el alma, son disputas intestinas sobre la diagnosis precisa de la decadencia que ha de ser destruida para que el renacimiento sea alcanzado. Sin embargo, tienen lugar dentro de una compartida visión utópica que generó la energía, políticas y acción que insuflaron aire al «movimiento».

Como ejemplo del modo en que esta aproximación puede iluminar cuestiones importantes destacadas por historiadores, podemos citar el ejemplo del «problema judío». No había ningún anteproyecto sobre cómo tenía que ser resuelto. Políticas bastante contradictorias y profundas incertidumbres existieron en los niveles más altos, y hubo notables períodos de calma en la intensidad del antisemitismo oficial antes de 1939. De este modo, es una mala lectura fundamental de la naturaleza del nazismo el hecho de asumir que la liquidación física de todos los judíos europeos era el objetivo último del nazismo por el cual Hitler y los demás líderes trabajaron firmemente desde los primeros días del NSDAP[75]. En lugar de eso, en armonía con la mayoría del pensamiento *völkisch* y eugenésico de la época, los judíos ya habían sido identificados por el original Partido Nazi, el *Deutsche Arbeiterpartei*, desde un buen principio como representantes de la decadencia, y así fueron vistos como uno de los factores que dificultaban el renacimiento de Alemania. De acuerdo con esto, los judíos tenían axiomáticamente denegado el lugar dentro del nuevo *Volksgemeinschaft*. La Solución Final en su forma genocida se convirtió de este modo en una latente posibilidad contenida dentro del auge del nazismo, que no era algo inevitable pero sólo pudo ser convertida en realidad mediante una configuración contingente de circunstancias, por una ruta particular tomada a través de los senderos bifurcados de futuros virtuales. La decisión consciente de ponerla en marcha seguramente no fue tomada hasta el otoño de 1941 en conjunción con el lanzamiento de la Operación *Barbarrossa*, y fue sólo después de ver im-

---

[75] La posición argüida, por ejemplo, por la intencionalista extrema Lucy Dawidowicz, que afirma en su *The War against the Jews* (Penguin, Harmondsworth, 1977) pp. 193-208, que tan pronto como 1925, «Hitler expuso abiertamente sus planes de aniquilación».

posibilitada la conquista de Rusia por la derrota en Stalingrado que el proceso industrializado de exterminación encabezada por la campaña de eutanasia[76], aplicando principios fordistas (y altamente modernos) de eficiencia técnica, logística y de dirección, fue hacia la plena producción. Aquí, como en cada esfera del Tercer Reich, el policentrismo rampante, las duplicaciones y tensiones en los centros de decisión política y de ejecución, la arbitrariedad e improvisación de decisiones a veces cruciales por parte de la dirección, las tensiones considerables sobre los objetivos a corto plazo del régimen, y las visiones contrapuestas de la Nueva Alemania y del Nuevo Orden Europeo que persistieron en el corazón del nazismo hasta el final, dieron un alto grado de cohesión ideológica e ímpetu teleológico por parte del nebuloso mito de la guerra contra la decadencia, del renacimiento nacional, y su encarnación en Adolf Hitler, dando a la existencia de una efectiva Orden del Führer, escrita o verbal, que dio la señal para llevar a cabo la Solución Final, una impresión más legalista que histórica.

VIII. EL TERCER REICH COMO RÉGIMEN FASCISTA

Estamos ahora en posición de subrayar algunas de las inferencias básicas que hay que extraer del análisis del Tercer Reich como permutación del fascismo. Primero, la imagen del nazismo cambia radicalmente una vez es investigado sobre la base de la «empatía metodológica» respecto a cómo concebían los mismos fascistas su tarea revolucionaria, un punto que uno de los pioneros de esta aproximación, G. L. Mosse, vio ya en 1966[77] como la clave para la comprensión académica tanto del fascismo como del nazismo. Esto es, de este modo, diametralmente opuesto a la aproximación adoptada por el historiador Alexander de Grand quien, analizando el estilo de gobierno exhibido por los regímenes de Mussolini y de

---

[76] Este argumento puede ser visto como una posición funcionalista moderada, la más erudita de las exposiciones de la cual puede encontrarse en Christopher Browning: *Nazi Policy, Jewish Workers, German Killers* (CUP, Cambridge, 2000). Para la cronología de las decisiones cruciales, ver el Capítulo 1. Para un excelente resumen del complejo debate académico que rodea a la autoridad y la cronología de la serie de decisiones que llevaron a la «Solución Final», ver el capítulo «Hitler and the Holocaust» en Kershaw, *The Nazi Dictatorship*.

[77] Ver G. L. Mosse: «The Genesis of Fascism», *Journal of Contemporary History*, 1, 1 (1966), pp. 19-20: cf. su introducción a *The Fascist Revolution* (Howard Fertig, Nueva York, 1999), p. x.

Hitler, rechaza explícitamente la búsqueda de una definición del fascismo genérico por estar ésta fuera de lugar, y opta en cambio por una aproximación «de fuera hacia dentro» basada en una comparación superficial[78].

Destacar la necesidad de trabajar detalladamente en el estudio del nazismo, tomando en serio su ideología y su utopismo es, por supuesto, estrictamente un mecanismo metodológico y, por tanto, no debe ser enfáticamente asociado con los intentos «revisionistas» de racionalizar, relativizar o legitimar el Tercer Reich tal como ha afirmado recientemente al menos un teórico marxista. Lo que *significa* es que los nazis no son tratados *a priori* como «psicóticos» o como los productos de una cultura nacional patológica. Tampoco se puede suponer que todos los alemanes fueran antisemitas latentes, nazis o clínicos asesinos de masas[79]. Más bien se les considera seres humanos «ordinarios» y modernos, un tercio de los cuales, en un momento en que el tejido de la normalidad social estaba siendo hecho trizas a su alrededor, se sintieron atraídos por un movimiento que ofrecía el panorama de un nuevo orden. Como resultado, millones de personas se vieron inmersas, mediante varios grados de entusiasmo o mediante una colaboración activa, en la creación de un sistema de poder autoritario que en la era del estado moderno y de la sociedad de masas fue capaz de desarrollar un imparable ímpetu propio para la consecución de sus utópicos proyectos. Sin embargo sólo una minoría de individuos en cualquier sociedad moderna son «creyentes» fervientes y activos respecto a la ideología del sistema hegemónico de valores del Estado, de modo que la vasta mayoría de los alemanes participaron no por una convicción interna sino por el conformismo y por un miedo perfectamente racional a las terroríficas consecuencias que sobre sus vidas tendría (dejando de lado la resistencia plenamente activa) la no sumisión después de 1933. Cuántos de los 50.000 nazis que habían prestado juramento en las SA por parte de la policía prusiana en 1933 eran genuinos conversos al nazismo, convertidos por el fervor colectivo por la «nueva Alemania», debe permanecer como materia de con-

---

[78] Alexander de Grand: *Fascist Italy and Nazi Germany: The Fascist Style of Rule* (Routledge, Nueva York y Londres, 1995).

[79] Esta aproximación choca con las tesis expuestas por Daniel Goldhagen en *Hitler's Wiling Executioners* (Abacus, Londres: 1997) en el sentido que los alemanes se convirtieron en los «ejecutores voluntarios» de los judíos a causa de algunas particularidades en su historia cultural y política que les predisponía *en masa* al «antisemitismo aniquilador». Ver Kershaw: *The Nazi Dictatorship*, pp. 253-262.

jeturas. Una vez el Estado estaba en manos de los dirigentes nazis, era poco lo que quienes nunca estuvieron interiormente implicados con el nuevo orden podían hacer colectivamente, por no decir individualmente, para pararlo, incluso cuando las filas de contestatarios y «emigrantes interiores» eran incrementadas en millones después de 1942, de modo que el sueño del nuevo orden empezó a convertirse en la pesadilla colectiva de la «guerra total» [80].

En segundo lugar, el sistema creado estaba lejos de ser el monolítico «imperio del mal» que a menudo ha sido mostrado en las películas bélicas —un régimen hermético basado en una perfecta organización y una obediencia robótica creada por un genio perturbado en su búsqueda del poder total, de un tipo similar a los argumentos de las epopeyas de la ciencia ficción. A Hitler no hay que imaginarlo controlándolo todo como si fuera una enorme araña venenosa situada en el centro de una vasta y perfectamente tejida telaraña. Tal como a los funcionalistas les gusta señalar, cuanto más de cerca es observado su imperio, más parece Hitler un «dictador débil» [81] de un régimen que no sólo tiene unos cuantos centros de poder (una «policracia») sino que hay en él una cantidad fundamental de políticas y decisiones que son tomadas de una manera *ad hoc* [82] como respuesta a situaciones que se desarrollan rápidamente de un modo imprevisto [83]. También fue un régimen en el cual la realidad era mucho más escuálida y banal de lo que la maquinaria propagandística pretendía mostrar. *El triunfo de la voluntad* de Leni Riefenstahl muestra material documental filmado de filas de miles de hombres y niños uniformados esculpidos en formas geométricas para el mitin de Núremberg de 1934. No obstante, esto era parte de un elaborado ejercicio cosmético para disimular el menos estético aspecto del sistema de funcionamiento nazi, representado en la masacre al estilo mafioso de cientos de líderes de las SA y otros supuestos enemigos del Partido, que habían tenido lugar sólo algu-

[80] Ver Zygmunt Bauman: *Modernity and the Holocaust* (Polity Press, Cambridge, 1989).

[81] Ver el capítulo «Hitler: "master of the Third Reich" or "weak dictator"» en Kershaw, *The Nazi Dictatorship*.

[82] Un ejemplo es el hecho de que fue el mal trago de un solo niño discapacitado, que fue conocido como el «caso Knauer» que precipitó la campaña de eutanasia después de la implicación personal de Hiter en el invierno de 1938-1939 y la creación de un comité *ad hoc* llamado el Comité del Reich para el Registro Científico de las Enfermedades Hereditarias y Congénitas. Ver Burleigh and Wipperman: *The Racial State*, pp. 142-145.

[83] Para una visión más amplia sobre este debate, ver Kershaw: *The Nazi Dictatorship, op. cit.,* Cap. 4.

nas semanas antes en la llamada «Noche de los cuchillos largos». La indecorosa introducción por parte de Riefenstahl de los rostros divinos de guerreros arios en la escena en la que Hitler inspecciona una línea de soldados de aspecto muy ordinario, simboliza el triunfo del pensamiento melancólico por encima del principio de realidad, que al fin y al cabo sería el justo castigo de su nuevo orden[84].

Esto obliga a preguntarse por qué un régimen tan improvisado, caótico y engañoso no reventó como una pompa de jabón en su contacto con los hechos reales del poder, sino que alcanzó una fuerza tal que sus enemigos sólo pudieron finalmente destruir mediante la movilización de unos recursos sociales, materiales y militares sin precedentes en la historia. La respuesta sugerida por el nuevo consenso es que en su período formativo el Tercer Reich fue animado por una voluntad colectiva (aunque lejos de ser universal) no sólo para oponerse al Tratado de Versalles, sino para un renacimiento nacional global[85]. Fue el anhelo de palingenesia lo que estimuló a cada nivel de la jerarquía del Partido y a cada sector de apoyo público, lo que convirtió al régimen en lo que podría llamarse una «adhocracia palingenésica» en la cual los esfuerzos fanáticos de la nueva elite dirigente por transformar el Estado, entraron en una sinergia siniestra, con una marea de energía populista subyacente anhelando habitar una nación renacida. Ayudándoles e instigándoles estuvo un buen número de funcionarios públicos provinentes del aparato estatal de Weimar, cuyos instintos eran conservadores más que revolucionarios, pero cuya animosidad contra liberales, comunistas y judíos los hizo estar preparados para «seguir la corriente» y estar al servicio de las necesidades administrativas y ejecutivas del nuevo régimen. Como resultado, los ideales, energías y actividades de millones de alemanes fueron canalizadas, no importa cuán caóticamente, bien hacia la creación de los fundamentos del «nuevo orden», en primer lugar, o bien para protegerlos de la destrucción por parte de las fuerzas enemigas una vez el curso de la guerra se volvió en contra del Tercer Reich. Precisamente a causa de su nebulosidad, su apertura hacia innumerables interpretaciones específicas a un nivel personal, el mito de la «nueva Alemania» encarnado en Adolf Hitler permitió a millones de personas interiorizar el *ethos* del Tercer Reich hasta el punto de que entusiasmadamente «trabajaban para el Führer»[86] a menudo sin ór-

[84] Fer Kershaw: *Hitler*, «Nemesis».
[85] Ver Kershaw: *Hitler*, «Hubris».
[86] Ver Kershaw: *Hitler*, «Hubris», Cap. 13, «Working towards the Führer».

denes explícitas de arriba ni amenaza de violencia, algo que un régimen puramente coercitivo basado en el lavado de cerebro y el terror nunca había conseguido. En otras palabras, el régimen de Hitler fue un sistema improvisado de autoridad social y política infundido de una convergencia tan poderosa de energías altamente dispersas hacia el proyecto de la regeneración nacional que en sus primeros años, cuando el apoyo público estaba en su cenit, pudo generar políticas, ya fueran explícitas o tácitas, que movilizaron a las masas y produjeron cambios concretos para contribuir a la nazificación de Alemania en cada esfera de la sociedad. Esto lo reconocen incluso algunos escépticos sobre el nuevo consenso. Por ejemplo, al final de su estudio comparativo, Alexander de Grand, tan mordaz sobre la existencia del «fascismo genérico», concluye que el «propósito» del fascismo en Italia y Alemania «fue exactamente el mismo: proporcionar una alternativa casi religiosa al marxismo. La idea central fue la del renacimiento nacional en un nuevo sistema social y político» que «formaría un nuevo tipo de humanidad» [87]. De modo similar, Stackelberg, que define el fascismo como contrarrevolución, se da cuenta de que «la disposición de *revival* nacional que acompañó la entrada nazi en el gobierno incitó enormemente la tarea de Hitler» y concede que «muchos alemanes estaban genuinamente convencidos de que había llegado la hora del renacimiento nacional» [88].

Esto nos lleva al tercer punto a destacar de nuestra explicación del nazismo: el papel central jugado por el populista fervor palingenésico para establecer y consolidar el poder del estado nazi. Leni Riefenstahl no tenía ninguna necesidad de representar la reacción extática de la multitud que recibió a Hitler cuando éste aterrizó en el campo de aviación de Núremberg. Las expresiones de pura alegría, que recuerdan a la *pop-star mania* de la posguerra, muestran un febril sentimiento de alivio de que los días oscuros de Weimar estaban superados y que había empezado una nueva era, una ola de frenética expectación que convirtió a Hitler en un Mesías secular, el Salvador de la Nación, hasta un punto que el nazismo tenía más que ver con las religiones milenaristas que con los partidos políticos. El ministro de Propaganda Goebbels fue bombardeado inesperadamente con canciones, poemas y obras de teatro por parte del público, festejando la nueva era que había despuntado o el rol providencial del Führer en el despertar de la nación. Algu-

[87] Alexander de Grand: *Fascist Italy and Nazi Germany*, pp. 2-3, 77-78.
[88] Stackelberg, pp. 100, 118. Cf. p. 143.

nas amas de casas alemanas incluso custodiaban espontáneamente un altar a Hitler como los dedicados a las divinidades comunes en algunas familias hindúes.

Goebbels reconoció claramente la necesidad, para la revolución nazi, de estar basada en el consenso popular más que en el poder militar. Como dijo a los fieles reunidos en el mitin de Núremberg de 1934 «inmortalizado» en *El triunfo de la voluntad* de Leni Riefenstahl:

> Que la llama brillante del entusiasmo nunca se extinga. Ella sola da luz y calor al arte creativo de la propaganda política desplegada por un estado moderno. Este arte emergió de las profundidades del pueblo, y en aras de buscar sus raíces y localizar su poder, debe siempre volver a esas profundidades. Puede que esté bien poseer el poder basado en las armas; cuánto mejor y más gratificante es ganar y mantener el corazón del pueblo[89].

Lo que sitúa a los regímenes de Hitler y Mussolini aparte de los de Franco y Salazar es el hecho de que no sólo fueron movimientos revolucionarios dispuestos a superar la decadencia del liberalismo y la impotencia del conservadurismo, sino que en su ascenso, tanto el nazismo como el fascismo desencadenaron energías populistas genuinas dirigidas hacia la total renovación y regeneración de la nación. Así pues, en esencia fueron tan anticonservadores como antisocialistas. La base del poder de Hitler y Mussolini, en completo contraste con la de Franco y Salazar, fue su capacidad de articular, canalizar y literalmente encarnar, en un momento de genuina crisis estructural, los anhelos generalizados de un nuevo comienzo. La razón por la cual Dollfuss, un espíritu análogo al de Salazar, fue asesinado por los nazis austríacos, fue precisamente porque encarnaba más una solución conservadora que revolucionaria a la crisis de entreguerras del recientemente creado estado austríaco, y era visto por los nazis más como un obstáculo para el renacimiento del *Volk* austríaco o pangermánico que como el vehículo para su regeneración[90]. Estos anhelos están evocados en un extraordinario pasaje de la no-

---

[89] Para el texto de la película, ver el sitio web del Calvin College, que ofrece traducciones al inglés de propaganda nazi: http://www.calvin.edu/academic/cas/gpa/ww2era.htm.

[90] Debería resaltarse, sin embargo, que los nazis prefirieron a veces gobiernos conservadores no fascistas a gobiernos fascistas para gobernar estados-marioneta (por ejemplo en Hungría y Rumanía) porque eran mucho más proclives a permanecer sumisos.

vela de Hermann Broch *Los sonámbulos*, publicada en 1932, que dramatiza la crisis social y psicológica que estaba experimentando la Alemania moderna. Broch retrata a una generación tan espiritualmente desorientada y aislada por los acontecimientos, que en momentos de angustia personal alguien puede fácilmente experimentar el:

> doblemente fuerte anhelo de un Líder, de tomarlo tierna y levemente de la mano, de poner las cosas en orden y mostrarle el camino; ...el Líder que construirá la casa otra vez de modo que los muertos volverán otra vez a la vida; ...el Curador que con sus acciones dará sentido a los incomprensibles acontecimientos de la Época, de modo que el Tiempo pueda empezar de nuevo [91].

El diagnóstico ficticio de Broch de las precondiciones psicológicas respecto al auge de Hitler complementa el análisis de Ian Kershaw del primer volumen de su biografía [92]. Convierte en inteligible, del modo que sólo puede hacerlo la ficción, la manera en que tuvo lugar el dramático derrumbamiento de la estabilidad de la República de Weimar, en el contexto de una época moderna en la cual millones de personas sintieron débilmente como centro de sus vidas el vacío creado por el colapso del limitado y coherente universo que una vez había proporcionado la cosmología cristiana, en una miríada de sistemas de valores antagónicos. No fue solamente la economía alemana la que quedó maltrecha por las consecuencias del *crash* de Wall Street, sino la experiencia de la identidad colectiva que cada Estado debía proporcionar si ello había de convertirse en parte de la normalidad de sus habitantes [93]. Buscar la base del éxito del nazismo en el miedo (*Angst*) de la clase media de ser la víctima de la modernidad o del socialismo es simplista. El paso, en tres años, del NSDAP de ser un partido extremista totalmente marginado a ser la fuerza electoral más poderosa de Alemania fue un fenómeno transclasista [94]. Aquí tenemos el corazón del misterio del «carisma» de Hitler, que sólo una ilusión óptica nos tienta a verlo como la cualidad poseída por un individuo, más que

[91] H. Broch: *The Sleepwalkers* (Grosset and Dunlap, Nueva York, 1964), p. 548.

[92] Kershaw: *Hitler*, «Hubris», Cap. 11.

[93] Marco Tarchi: *La «rivoluzione legale». Identità collective e crollo della democrazia in Italia e Germania* (Il Mulino, Bolonia, 1993).

[94] Jürgen Falter: *Hitlers Wähler* (C. H. Beck, Múnich, 1991); Detlef Mühlberger: *Hitler's Followers. Studies in the Sociology of the Nazi Movement* (Routledge, Londres, 1991).

como el producto de la proyección colectiva de energías míticas sobre ese individuo por parte de gente con una necesidad psicológica concreta.

El mito de la Alemania renacida no sólo suministró la energía revolucionaria del nazismo, proporcionó la cohesión ideológica del que constituía por otra parte un notablemente caótico régimen, y proporcionó combustible al carisma de Hitler. Ello también refuerza el temible modelo de creación y destrucción que afectó a cada esfera del «nuevo orden». Un profundo nexo estructural relaciona la erradicación de los derechos e instituciones liberales con el establecimiento de nuevos ministerios, cuerpos administrativos y organizaciones de masas, la quema de libros y pinturas, y el cultivo de formas particulares de estética que estaban asociadas con la totalidad y con las verdades eternas de la comunidad nacional. El cultivo de los cuerpos juveniles, reproductivos y heroicos fueron el corolario de la degradación, la tortura y el asesinato de los enemigos «antisociales», degenerados y raciales. Un miembro de la Cruz Roja que hizo una inspección no oficial de los campos de la muerte nazis en 1944 fue preguntado por un periodista de la BBC sobre por qué no había intentado exponer a los jefes de Auschwitz la enormidad moral de lo que estaban haciendo. Respondió que la simple idea era absurda:

> Esa gente estaba orgullosa de su trabajo. Estaban convencidos de estar dedicados a un acto de purificación. Llamaban a Auschwitz el ano de Europa. Europa tenía que ser limpiada. Ellos eran responsables de la purificación de Europa. Si no se es capaz de verlo de este modo, no se comprenderá nada[95].

IX. LA EXCLUSIVIDAD Y TIPICIDAD DEL NAZISMO

El nuevo consenso sobre la naturaleza del fascismo no sólo actúa como mecanismo heurístico para penetrar en la base ideológica de apoyo al nazismo y en la (para los humanistas) terrorífica lógica que inunda su organización y políticas. También resalta la distinción entre aquellos aspectos del nazismo que son únicos y aquellos que son parte integral de una experiencia supragermánica. Historiadores del *Sonderweg* de Alemania han explorado exhaustivamente los diversos ingredientes del exclusivo ultranacionalismo

---

[95] Extracto de un documental de la BBC sobre la Cruz Roja y la Europa nazi exhibido en 1997.

que estalló bajo Hitler: los orígenes de la autoconciencia alemana de su existencia como pueblo en la revuelta luterana contra Roma y las primeras traducciones populares de la Biblia; la aparición de un sentido distintivo de la lengua y cultura alemanas; el auge de Prusia y su *ethos* militarista de obediencia a la autoridad y de eficiencia; el impacto de las guerras napoleónicas que fomentaron la construcción de la identidad alemana como algo apartado de la Ilustración europea y de la tradición liberal; las insatisfechas ambiciones imperialistas del Segundo Reich; el desarrollo a finales del siglo XIX de una poderosa tradición de nacionalismo ritual y de una subcultura *völkisch* ampliamente difundida que popularizó un sentido místico de una Alemania a realizar históricamente [96]; una larga tradición de antisemitismo cultural que veía a los judíos como el anti-tipo de las cualidades de la «germanidad» (aunque antes del Tercer Reich estaba lejos de ser dominado por el tipo virulento, eugenésico y «aniquilatorio» de antisemitismo que, según Daniel Goldhagen, fue endémico de la Alemania del siglo XX, y que convirtió a millones de alemanes ordinarios en los «complacientes ejecutores» de Hitler) [97].

Como resultado, corrientes poderosas de ultranacionalismo convergieron dentro del nazismo convirtiéndolo en una única y poco homogeneizada mezcla de eugenesia, determinismo biológico, y un interés «cientificista» por la pureza de la raza, con elementos de tradicionalismo, misticismo y ocultismo; de antimodernismo e hipermodernidad; de urbanismo y ruralismo; de tecnocracia y glorificación de las cualidades primordiales del *Volk*. El hecho de conseguir el poder en el estado económicamente más avanzado de Europa, con una gran población y una sociedad civil altamente educada y entrenada, y con un estado altamente industrializado y burocratizado, con una poderosa tradición militar, le dio un potencial para poner en marcha las políticas más radicales dentro y fuera del país hasta un grado más alto que cualquier otro Estado europeo: la Italia fascista, por ejemplo, fracasó notablemente a la hora de conseguir aplicar un paquete de medidas políticas interiores y exteriores mucho menos ambiciosas. Pero no hace falta mucha imaginación histórica o conocimiento para darse cuenta de que cada nación mo-

---

[96] G. L. Mosse: *The Crisis of German Ideology* (Howard Fertig, Nueva York, 1964) y Uwe Puschner, *Handbuch zur völkischen Bewegung 1871-1918* (K. G. Saur Verlag, Munich, 1996).

[97] Daniel Goldhagen: *Hitler's Willing Executioners* (Abacus, Londres, 1997). Sobre el debate desatado por sus tesis, ver Kershaw: *The Nazi Dictatorship*, pp. 253-262.

derna es el producto de una única trayectoria hacia su reconocimiento como Estado. Cada una tiene su propio *Sonderweg* que asegura que su ultranacionalismo tendrá componentes idiosincrásicos. Incluso el progreso hacia la existencia como nación en sí mismo es una parte integrante de la historia de la modernidad, y cada variante de ultranacionalismo occidental está inevitablemente enraizada en procesos endémicos de Europa en general. En el caso de Alemania, éstos incluyen el auge en el siglo XIX de formas populistas de identidad nacional enraizadas en un sentido mitificado y romantizado de la historia; la política ritual[98]; la revuelta contra el positivismo y el sentimiento de la bancarrota espiritual del mundo moderno; la llamada a las raíces, a un retorno a la tierra, a una nueva y primordial base para la vida moderna que contrarrestaría la destrucción del alma propiciada por la tecnología y la urbanización; el auge del racismo, la eugenesia, y el politizado antisemitismo; la orgía de ultranacionalismo desencadenada en la Primera Guerra Mundial; la reacción nacionalista contra la amenaza del bolchevismo después de la Revolución Rusa, que los acontecimientos de Berlín y Baviera de 1919 hicieron ver más que hipotética.

En cuanto a la obsesión por el renacimiento, que constituyó otro ingrediente básico del nazismo como permutación del fascismo genérico, ésta era endémica de un período de la historia en el cual la intelectualidad estaba convencida de que la civilización occidental estaba viviendo una profunda crisis, como mostrará el estudio de las vidas de figuras como W. B. Yeats, T. S. Eliot, H. G. Wells, Ezra Pound y Ortega y Gasset. El hecho de que los dos vastos y prácticamente ilegibles tomos de *La decadencia de Occidente* de Spengler se convirtieran en best-seller, nos lleva al hecho de que la Europa de entreguerras estaba dominada por una disposición general de anhelo de redención colectiva de la decadencia y declive cultural, y de emergencia de una nueva modernidad[99], que era la expresión de uno de los grandes mitos arquetípicos de la existencia humana: el mito de la palingenesia. Dada la abundancia de las fuentes alemanas de ultranacionalismo, en un período en el que la llamada a la regeneración occidental era un lugar común, no debiera sorprender concluir que en las repercusiones de la

---

[98] G. L. Mosse: «Fascism and the French Revolution», en *The Fascist Revolution* (Howard Fertig, Nueva York, 1999).

[99] Cf. Peter Fritzsche: «Nazi Modernity», *Modernism/Modernity*, vol. 3 (enero 1996).

derrota alemana de 1918 y el súbito fin del Segundo Reich, el nazismo es sólo una variante del fascismo alemán. Por un tiempo hubo otros partidos y movimientos que seguían fines fascistas, como la Liga Pangermánica y el *Deutsch-Völkischer Schutz-und Trutz-Bund.* En efecto, unos cuantos partidos *völkisch* continuaron existiendo junto al NSDAP hasta 1928. Además, los más importantes exponentes de la llamada «revolución conservadora» después de la Primera Guerra Mundial, como Oswald Spengler, Moeller van den Bruck y Ernst Jünger, eran ideológicamente de discurso fascista, aunque permanecieran apartados de la política de partidos. Sin embargo, no debería suponerse que Alemania fuera el país más apropiado para hospedar a un movimiento fascista. Tan endémicos eran los ingredientes de ultranacionalismo y la obsesión por frenar la decadencia en Francia allá por los años veinte, que si hubiese sido derrotada en 1918 y hubiese sufrido la indignidad de la ocupación militar por parte de Alemania, y una enorme carta de «reparaciones», bien podría haber albergado un régimen fascista una vez que la Depresión hubiese llamado a su puerta después de 1929: como tuvo que sobrevivir la Tercera República al asalto de la extrema derecha en febrero 1934.

Esto nos lleva a una cuestión que tiende a ser severamente descuidada por parte de aquellos historiadores que consideran al nazismo como un fenómeno principalmente ideológico: por qué la variante alemana del fascismo adquiere el poder cuando, aparte del fascismo de Mussolini, todos los demás fracasaron. Después de todo, a pesar de la presencia de muchas precondiciones para el auge de un poderoso movimiento fascista en Weimar, el golpe intentado por Hitler en noviembre de 1923 fracasó estrepitosamente y, en junio de 1928, más de tres años después del relanzamiento del NSDAP, sólo fue capaz de conseguir el 2,6 por 100 de los votos. Pero en julio de 1932 consiguió el 37,4 por 100, una oleada de popularidad que lo convirtió en una fuerza irresistible en la política alemana y permitió a Hitler maniobrar a su manera dentro del poder del Estado, sacando pleno provecho del deseo de las elites conservadoras de utilizarle para crear un consenso popular para sus políticas y actuaciones, como un baluarte contra la izquierda moderada y revolucionaria. Claramente, entre 1929 y 1932 una particular configuración de fuerzas emergió en Alemania como para permitir súbitamente que un partido que prometía su renacimiento a través de un programa racista e imperialista no fuera marginado, sino que fuera altamente elegible. Las razones para tan dramático giro del destino del NSDAP posiblemente no pueden residir prin-

cipalmente en el *Sonderweg* de Alemania, o en el «carácter nacional». Por el contrario, ello debe ser buscado en dos grupos de factores que convirtieron en normal para millones de ciudadanos el anhelo de un «nuevo orden» basado en la grandeza nacional. El primer grupo fue un producto del final de la Primera Guerra Mundial y sus consecuencias inmediatas: la derrota en sí misma; el final del Segundo Reich; la pérdida de la dinastía Hohenzollen; la declaración de una república, uno de cuyos primeros actos fue aceptar los humillantes términos del Tratado de Versalles; la amenaza de guerra civil y de revolución bolchevique; y la hiperinflación de 1923. Teniendo lugar en una sociedad ya saturada por sentimientos ultranacionalistas, todos estos elementos se combinaron para debilitar el consenso subjetivo de los alemanes en el apoyo a la República de Weimar y crearon una difusa disposición de ánimo hacia el *Los-von-Weimar* («salgamos de Weimar»).

Sin embargo, la economía de la República de Weimar se recuperó notablemente y su sistema socio-político estaba ganando estabilidad hasta 1928 cuando la Gran Depresión golpeó a Alemania, provocando una profunda crisis económica y política. Esto condujo casi de un día para otro al desempleo masivo, a la severa pobreza, así como a la crisis económica para todas las clases de la sociedad, exacerbó aún más el fraccionamiento del sistema político que había debilitado la volátil democracia desde 1924, y finalmente produjo la total parálisis de la democracia parlamentaria. Esto llevó también cerca del colapso total a la ya altamente frágil y diluida identificación colectiva de los alemanes con Weimar como su «hogar» psicológico (la gran mayoría lo vio ya como poco más que un refugio de alojamiento temporal o de emergencia para su sentimiento de identidad colectiva). La sensación de crisis que resultó de todo ello, el pánico temporal ante la expectativa de que a la República se le estaba acabando el tiempo, creó en millones de personas la expectativa de una nueva Alemania, de un nuevo orden[100]. Sólo ahora estaba Hitler en posición de maniobrar a su manera en la cancillería y en el poder supremo, otra vez ayudado por un grupo de factores contingentes, nada menos que la disponibilidad del presidente Hindenburg para ser persuadido (en contra de otro juicio mejor) para nombrarle Canciller en la crisis constitucional de 1932, y después su (para Hitler) oportuna muerte dos años después. Aquí

[100] Cf. Tarchi: *La rivoluzione legale*; G. L. Platt: «Thoughts on a theory of collective action: language, affect, and ideology in revolution», en M. Albin (ed.): *New Directions in Psychohistory* (Lexington Books, Lexington, Mass, 1980).

también el «excepcionalismo» de Alemania debe ser puesto en perspectiva. La crisis parlamentaria que vivió Weimar fue sólo una forma extremada de lo que se había vivido entre 1918 y 1933 en un buen número de frágiles democracias, sobre todo Austria, Hungría, Portugal y España, que en estos casos fue solucionado con la toma del poder por parte de fuerzas conservadoras. Además, los anhelos revolucionarios que el nazismo inspiró son un componente fundamental de la civilización humana, tal como muestra cualquier estudio sobre la obsesión de los romanos por la inminente *renovatio* de su ciudad, sobre el milenarismo y sobre las energías palingenésicas desencadenadas por las Revoluciones francesa y rusa.

En resumidas cuentas, el nuevo consenso nos lleva a una visión muy diferente del nazismo respecto a la adoptada por aquellos que lo ven exclusivamente en términos del *Sonderweg* de Alemania. Por el contrario, esta visión lo sitúa firmemente dentro de los procesos internacionales que configuraron la Europa moderna, y lo relaciona con factores arquetípicos de la psicología humana que son el fundamento de los fenómenos sociales y políticos de masas, particularmente aquellos de religión y revolución políticas. Ésta es una aproximación que revela la insuficiencia de las explicaciones que se centran mayormente en Hitler, en las características de moral perversa atribuidas a la cultura política de Alemania, o en la crisis del capitalismo. En lugar de eso, la investigación historiográfica del nazismo cambia su enfoque para adoptar la cuestión de por qué el fascismo llegó al poder en Alemania y en sólo otro país (Italia), a pesar de la proliferación de movimientos fascistas abortivos después de la Primera Guerra Mundial. El nazismo, de este modo, se hace «racionalmente inteligible» y normalizado (pero definitivamente no justificado) como el producto de la constelación inmediata de fuerzas y acontecimientos que permitieron a una forma particular de fascismo alemán desplazarse desde los senderos de la marginación hasta el camino real del poder cuando la República de Weimar se derrumbó.

Esto, a su vez, cambia el marco explicativo de la consideración de cuestiones relacionadas con la responsabilidad moral respecto a la guerra y el genocidio por parte de Hitler, del Partido Nazi y de los alemanes. En teoría, permite finalmente a los historiadores hacer para Alemania lo que Stanley Payne, uno de los más importantes pioneros del «nuevo consenso», fue capaz de hacer para España en *A History of Spanish Fascism*[101], a través del uso del marco con-

---

[101] Stanley Payne: *Fascism in Spain: 1923-1977* (University of Wisconsin Press, Madison, 1999).

ceptual claro que ello proporciona, para desenredar los hilos de la derecha radical desde el hilo de fascismo auténtico encarnado por Falange. Una aproximación de este tipo complementaría absolutamente los últimos trabajos académicos sobre nazismo con cuestiones como la heterogénea base social del NSDAP, que lo convirtió en un auténtico *Volkpartei* y no sólo en un *Mittelstandsbewegung*, las fuerzas socio-políticas operativas que dotaron a Hitler de tan irresistible carisma [102], y el papel que el totalitarismo, la cultura y la religión jugaron en el Tercer Reich [103].

X. LA RELACIÓN DEL NAZISMO CON EL FASCISMO

Es bastante posible que alguien que haya acudido a este capítulo para una simple exposición de la dimensión fascista del nazismo haya quedado tan decepcionado por la complejidad de la cuestión tal como la presento, que ahora yo parezca estar escribiendo un capítulo virtual para un lector virtual. Espero que se clarificará el argumento si consideramos un problema fundamental a la luz de la perspectiva analítica utilizada aquí, esto es, la relación del fascismo con el nazismo. En los días preconsensuales habría parecido perfectamente aceptable adoptar la aproximación de Alexander de Grand en *Fascist Italy and Nazi Germany: The Fascist Style of Rule*, y dirigir este asunto a través de la comparación de los dos regímenes en diversos campos —la juventud, las Iglesias, el imperialismo, la economía, etc.— creando de este modo una lista de caracteres comunes (por ejemplo, paramilitarismo, política espectacular, culto al líder) y puntos de contraste (por ejemplo, antisemitismo, política cultural, corporativismo). Otra aproximación que lleva a conclusiones similares a las de De Grand podría derivarse de la teoría del fascismo propuesta por el autor alemán Wolfgang Wippermann, que ve el fascismo en Italia como el «tipo real» de paradigma de todos los fascismos, y que de este modo procedería presentando al nazismo como una variante del movimiento y del régimen de Mussolini con idiosincrasias propias [104]. El modo de comparación de los dos regímenes que sigue de la comprensión

---

[102] Ver Ian Kershaw: *Hitler*, «Hubris», para la más minuciosa explicación de los determinantes socio-políticos del carisma de Hitler.

[103] Cf. Michael Burleigh: *The Third Reich. A New History*.

[104] Wolfgang Wippermann: «Hat es Faschismus überhaupt gegeben? Der generische Begriff zwischen Kritik und Autokritik», *Ethik und Sozialwissenschaft*, 11, 2 (2000), pp. 289-334 (editado por Werner Loh).

consciente de que el fascismo genérico es un tipo ideal, difiere de la propuesta por De Grand y Wippermann en dos aspectos vitales. Primero, reconoce que el «*minimum* fascista» no puede conseguirse simplemente creando una lista de las características que los dos regímenes y otros movimientos fascistas putativos tienen en común, como tampoco puede conseguirse viendo en el fascismo italiano el paradigma concreto de todos los fascismos. En lugar de eso, muestra que es necesario un salto de «abstracción ideal» para seleccionar los atributos significativos del mar de «hechos» empíricos sobre el fenómeno que caracteriza a los dos movimientos y regímenes y convertirlos en un «modelo» utópico de fascismo genérico. Zeev Sternhell lo expresa con gran lucidez en su rompedor análisis del fascismo francés, *Ni droite, ni gauche*:

> Corresponde al investigador extraer el denominador común, el mínimum fascista compartido no sólo por diferentes movimientos e ideologías que pretenden ser fascistas sino también por aquellos que rechazan el adjetivo pero sin embargo pertenecen a la misma familia[105].

Así, cualesquiera que sean los factores objetivamente comunes entre fascismo y nazismo, éstos pasan a ser significativos como componentes definitorios sólo como resultado de un acto deliberado de teorización, esperando que sea lo más empíricamente probado posible. Además, debería como mínimo seleccionar las características definitorias que caracterizan principalmente al fascismo italiano, desde el momento que fue el movimiento de Mussolini el que proporcionó primero el nombre del término genérico, no sólo para sus oponentes sino también para sus emuladores, como la *British Union of Fascists*.

En segundo lugar, la aproximación defendida en este capítulo está basada en el trabajo «de dentro hacia fuera» para investigar al nazismo, viendo su «historia» como algo notablemente condicionado por una matriz ideológica común a todas las especies de fascismo. Esta matriz había sido previamente identificada mediante un estudio de los supuestos ideológicos implícitos en un amplio surtido de textos generados por el movimiento fascista, los cuales pueden ser empíricamente mostrados como encarnación de diferentes permutaciones del mito de la nación renacida, de la «Nueva Italia». En otras palabras, ello yace en el corazón de la «autorrepresentación» fascista, algo que el nuevo consenso ve como la clave para

---

[105] Zeev Sternhell: *Ni droite, ni gauche*, p. 110.

una comprensión histórica del fascismo[106]. Fruto de esto, el Tercer Reich no es tratado como un régimen que se parezca a la Italia fascista externamente, tampoco como su versión alemana. Por el contrario, es investigado como la manifestación únicamente alemana de una variedad palingenésica de ultranacionalismo, centrando la atención en las implicaciones prácticas del mito movilizador nuclear del nazismo: esto es, que el *Volk* orgánico ha de ser regenerado en un nuevo orden a fin de poner freno a la penetrante decadencia que ha ido supuestamente afectando no sólo a la Alemania de Weimar, sino a todo Occidente. Aunque el fascismo y el nazismo se influenciaron mutuamente a diferentes niveles en su desarrollo, es natural que en sus esencias permanecieran como productos distintivos de sus altamente contrapuestas historias nacionales, vías de constitución como naciones, culturas políticas y estilos de liderazgo. Ciertamente, ambos resultaron del período de aguda crisis socio-económica y de inestabilidad política que siguió a la Primera Guerra Mundial, pero estas blandas afirmaciones generalizadas esconden importantes puntos de contraste en las situaciones de Italia y Alemania en los años treinta.

El trasfondo del fascismo fue la naturaleza incompleta del *risorgimento* resumido en la famosa afirmación de D'Azeglio según la cual la unificación había conseguido construir Italia pero no italianos. Grandes áreas de la península estaban, en términos sociales y económicos, crónicamente «subdesarrolladas» comparadas con Gran Bretaña o Francia, y la nación carecía de fuerza industrial, militar y colonial como para ser una «Gran Potencia». La tradicional corrupción y debilidad del sistema político imposibilitó al país gestionar los acuciantes problemas planteados por el «primitivismo» y la ingobernabilidad del «Sur», la persistente negativa de la Iglesia a reconocer el Estado italiano, o la militancia de los socialistas revolucionarios. También resultó insensible al anhelo de una mejora en las condiciones de vida que era corriente entre millones de «personas ordinarias» de toda Italia, cuyas vidas habían sido afectadas, y en muchos casos devastadas, por los «sacrificios» requeridos para participar en la guerra. El trato a Italia por parte de los aliados en la paz de 1919, que fue ruin, si no fue la «victoria mutilada» que la llamó D'Annunzio, sólo reforzó el sentimiento general, un sentimiento que durante décadas había sido común entre la intelectualidad y las elites dirigentes, de que Italia estaba en plena decadencia. Era un proceso que podía pensarse que se había

[106] Mosse trabaja específicamente este punto en *The Fascist Revolution*.

manifestado culturalmente desde el Renacimiento y políticamente ya desde el imperio romano, y constituir la razón subyacente para todos los problemas contemporáneos del país.

Fue contra este trasfondo que el fascismo alcanzó el poder. No «conquistó el Estado» a través de una oleada de apoyo electoral y social de las masas, o de una marea de energías carismáticas, sino que explotó la incapacidad del gobierno de Giolitti para atajar la amenaza de la izquierda revolucionaria. Sin embargo, cuando Mussolini se dispuso a reemplazar el sistema parlamentario por uno totalitario en 1925, no se levantaron protestas masivas para hacer oír su oposición. En efecto, la mayoría de los italianos acogieron el experimento fascista, no como la base de ley y orden, sino como el único modo en que su nación había de invertir el declive y devenir «otra vez» grande. A partir de entonces la popularidad del fascismo creció, alcanzando seguramente su punto álgido cuando, en mayo de 1935, Mussolini fue capaz de anunciar desde su balcón a una multitud extática que se encontraba en la plaza, y a 20 millones de italianos que escuchaban su discurso desde casa, que «Etiopía es italiana».

Por el contrario, la Alemania que emergió de la guerra en 1918, aunque una nación «tardía» como Italia, había ya «nacionalizado» a sus ciudadanos en un alto grado. Esto fue una empresa considerablemente ayudada por el hecho de que, a principios del siglo XX, aunque Gran Bretaña continuaba siendo la mayor potencia colonial de la Tierra, los alemanes sabían que su país había devenido la potencia militar, industrial y culturalmente más productiva de Europa. Su antiguamente seguro sentimiento de identidad nacional sufriría ahora una serie de golpes que resultaron de una rendición que cogió a muchos alemanes por sorpresa y legó el mito de la nación «apuñalada por la espalda» por los (judíos) socialdemócratas: la abdicación del Emperador y el fin del Segundo Reich; la breve toma del poder por parte de los comunistas en Berlín y Múnich; la imposición de un acuerdo de paz en Versalles profundamente humillante y económicamente punitivo, que incluía la pérdida de Alsacia y Lorena; la ocupación del Ruhr por parte de tropas extranjeras; una aguda crisis monetaria que culminó en la hiperinflación de 1923; por no mencionar la oleada de horrenda angustia social que recorrió toda la nación en forma de cientos y miles de soldados desmovilizados, muchos de ellos mutilados por lesiones sufridas en batalla, que habían intentado en vano reintegrarse en una sociedad donde millones de personas lloraban a sus seres queridos, que ahora parecía que habían muerto en balde. Esta miseria colectiva fue

vivida en una nación ya saturada por los sentimientos chovinistas hipercargados que afectaron a todas las naciones combatientes en la caldera de la Gran Guerra, pero que había tomado una dinámica particularmente agresiva por una poderosa tradición de creencia en la superioridad cultural y destino único hacia la grandeza de Alemania, a pesar de la carencia de un imperio que rivalizara con el de Francia y Gran Bretaña. Esta tradición había crecido con fuerza desde que las provincias alemanas habían sido derrotadas de forma aplastante por parte de Napoleón en la primera década del siglo XIX, y en la última década estaba encontrando expresión en una proliferación de literatura *völkisch* que evocaba el mito de una «verdadera Alemania» que estaba parodiada en el moderno Estado-nación, y en formas politizadas de pangermanismo y antisemitismo que emergió a finales del siglo XIX [107].

Lo que impartió un color y una intensidad particulares al nacionalismo alemán fue el hecho de la rápida urbanización y secularización de la sociedad, acompañado del crecimiento de la ciencia y la tecnología en lo que hasta hacía poco había sido predominantemente un área rural de Europa, que a finales del siglo XIX había dado cobijo al auge tanto de poderosas corrientes «antimodernas» de nostalgia por el contacto con la naturaleza virgen, como de formas pseudocientíficas, biológicas y eugenésicas de un racismo altamente «modernizado». Para empeorar las cosas (desde una perspectiva liberal) existía además una larga y compleja historia de antisemitismo en «Alemania», que produjo una reacción contra la creciente emancipación e integración de los judíos bajo el Segundo Reich. Aparte de asociaciones nacionalistas como la Liga Pangermánica, la Alemania guillermina también hospedó numerosas sociedades consagradas al paganismo y al esoterismo, algunas de las cuales en la década de 1900 eran variantes refinadas ocultistas de racismo y antisemitismo prácticamente desconocidas en cualquier otro lugar de Europa. El resultado fue que cuando la identidad nacional colectiva experimentó el trauma de 1918, un sentimiento de *anomia* melancólica se apoderó de muchos alemanes, que carecían de anclajes espirituales profundos en una esfera metafísica, inmune a las vicisitudes históricas, aumentando de este modo las corrientes de hipernacionalismo que habían empezado a fluir de forma considerable antes del estallido de la guerra. Inevitablemente, una poderosa subcultura de ultraderecha vio la luz casi inme-

---

[107] Ver Peter Pulzer: *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria* (Peter Halban, Londres, 1988).

diatamente, articulada por autores que de diferentes maneras arguyeron que Weimar no era un Estado verdadero: lo que se necesitaba era una revolución alemana que permitiera a la nación resurgir como un fénix de las cenizas de la derrota y la humillación y volver a ser la gran nación cultural y política que esencialmente seguía siendo, a pesar de la derrota, la traición y la humillación. A este movimiento heterogéneo se le conoce por la frase que se le ha dado después de que la guerra fuera nombrada por parte de uno de sus más fervientes protagonistas: «la Revolución Conservadora» [108].

Fue contra este trasfondo de un ultranacionalismo altamente difundido, multifacético y racista (que no tenía equivalente real en Italia), que la chispa de la revolución nacional, que representó de momento el *Deutsche Arbeiterpartei* fundado en 1919, pudo ser convertida por parte de Hitler en las llamas del NSDAP. En su transformación de 1925, el partido devino un movimiento populista y un partido parlamentario —aunque con una base electoral muy pequeña hasta 1930— y en tres años Hitler lo condujo hasta el punto de ser utilizado como vehículo para unir en una sola fuerza ecuménica a todas las principales corrientes del utranacionalismo alemán que existían al fin de la guerra. Este fenómeno fue el del ruralismo antiurbanista extremado y de «sangre y tierra», hasta un intenso compromiso con la modernización y la tecnología, de un misticismo de sangre pagana a la genética y la eugenesia, de ser abiertamente religioso a variedades de pensamiento extremadamente seculares que podían apetecer a los representantes de todas las disciplinas académicas y de los centros artísticos mientras estuvieran comprometidos con la visión del renacimiento alemán. El nazismo también se pudo edificar sobre la existencia de una sociedad cívica altamente desarrollada y sobre el extendido culto «prusiano» a la obediencia, a la eficiencia y al deber, que no tenía contrapartida en Italia.

No obstante, una vez que el fascismo y el nazismo son vistos «oficialmente» a través de una lente que enfoca hacia sus similitudes más que hacia sus diferencias, lo que es llamativo es cuánto tienen en común: ambos cultivaron una visión orgánica de la nación y una visión cíclica de los procesos fundamentales de la historia; ambos rechazaron en principio el materialismo, el conservadurismo, el comunismo, el socialismo y el liberalismo en el nombre de un nuevo orden. Ambos tendieron a promover un con-

[108] Amin Mohler; *Die konservative Revolution in Deutschland* (Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1972).

cepto vitalista e idealista de la realidad que celebraba la acción, la voluntad, lo mítico. Los paralelismos estructurales aún son más profundos. Desde una perspectiva sociológica o antropológica, ambos regímenes ofrecieron una solución a los achaques de la modernidad, que pueden ser descritos de forma abstracta en términos de *anomia*, alienación y decadencia. En un nivel experimental, esto se traduce en una aguda sensación de colapso de una comunidad «genuina», una cosmología compartida, y una identidad colectiva; de atomización de la sociedad; de erosión de la dimensión «espiritual», metafísica de la vida debido a la propagación del materialismo y del individualismo; de la reducción de la cultura a una autoexpresión, sensualidad o sensacionalismo hasta el punto que los artistas e intelectuales habían dejado de ser los interpretadores y articuladores de los valores sanos del «pueblo»; del declive de la tradición, de los valores tradicionales y de las jerarquías a través del impacto del igualitarismo, la democracia y la secularización.

Para invertir este declive, para poner freno a esta podredumbre, ninguno de los dos regímenes pretendieron volver «atrás», hacia un pasado idealizado de la nación (como habrían hecho los conservadores). En cambio, aparte de los ideólogos más inclinados hacia el futurismo[109], ambos regímenes se dispusieron a forjar un nexo mítico entre la generación del presente y una etapa gloriosa del pasado (el Imperio romano, la época prístina de los Arios) que permitiera a los «valores eternos» que encarnaba revivir en el nuevo orden. Ambos regímenes, de este modo, defendieron una visión cíclica del tiempo histórico y pretendieron que su revolución inaugurara una nueva era de grandeza nacional. Sus políticas estaban conformadas por una visión totalizadora que se expresaba naturalmente en un estilo «totalitario» de hacer política, no en el sentimiento de opresión, sino en el intento de hacer que todas las mentes, cuerpos y almas italianas y alemanas pertenecieran al régimen. Se esperaba que interiorizaran la cosmología y los valores del fascismo y del nazismo de un modo tan absoluto como se esperaba que los cristianos medievales vivieran los valores de la cristiandad en cada aspecto de sus vidas. La expresión natural de este concepto de política fue en ambos casos un estilo de política altamente desarrollado, teatral y litúrgico, que sacralizaba implícitamente al régimen. Ambos, Mussolini y Hitler, pretendieron creer que el nuevo orden que ellos habían creado tenía que reemplazar a la fe

---

[109] Principalmente Gottfried Benn y Filippo Marinetti.

religiosa, sin importar cuantas concesiones hacia la cristiandad fueran necesarias a corto plazo [110].

A este respecto, el fascismo y el nazismo fueron mucho más fruto de sus tiempos. El estilo que adoptaron estaba perfectamente adaptado a una época en la que una devastadora guerra europea había propiciado la nacionalización de las masas hacia nuevas cumbres, uniformando a millones de personas, y habituando al público en general a los cultos al líder, al poder de la retórica y de la propaganda, la regimentación de la sociedad, la desviación de la democracia y la intrusión del estado en cada esfera de la vida, la estética de los desfiles, los desfiles, y la política «espectacular». Ni que decir tiene que, además, había algo inexorablemente chovinista, y chovinista varonil, en el modo en que los regímenes celebraban las virtudes de la guerra, y trataban a las mujeres poco más que como vehículos de crecimiento demográfico y como la pieza clave de la estabilidad doméstica y moral, así como una reserva de mano de obra (aunque había también una subcorriente en ambos regímenes que aspiraba a crear un nuevo tipo de mujeres como contrapartida al «nuevo hombre»).

Ciertamente existen áreas específicas en las que diferencias importantes entre ambos regímenes devienen significativas, tales como la relativa ausencia de antisemitismo en la Italia fascista antes de 1938 comparado con el Tercer Reich, o el abrazo fascista del modernismo artístico (sobre todo el futurismo) comparado con el rechazo que le dedicó el nazismo. Sin embargo, cuando estos temas están sujetos a una minuciosa investigación, queda claro que en estas áreas los dos regímenes también son espíritus más afines de lo que normalmente se ha supuesto. Por ejemplo, algunos artistas fascistas cultivaron una forma antiurbana, de «vuelta a la naturaleza» conocida como *strapaese*, que tuvo una gran afinidad con el arte nazi asociado con el culto a «la sangre y la tierra», y mientras el nazismo es reputadamente «antimodernista», existió un género de pintura nazi que celebraba la construcción de autopistas y fábricas en un espíritu relacionado con el futurismo, aunque estilísticamente muy alejado de él. En efecto, una facción vociferante de teóricos del arte nazi argumentaron que el expresionismo estaba compenetrado con un dinamismo ario antidecadente [111], y no cedió

---

[110] Para un artículo importante que explora la dinámica del fascismo como religión política y como sustituto de la fe cristiana, ver E. Gentile: *The Sacralisation of the State*.

[111] Ver Brandon Taylor y Wilfried van der Will (eds.): *The Nazification of Art* (The Winchester, Press, Winchester, 1990).

ante la presión vehementemente antimodernista de Rosenberg hasta 1935. De modo similar, corrientes de antisemitismo y racismo biológico existieron dentro del fascismo desde sus inicios, lo que hace de las leyes raciales promulgadas en 1938 algo más que una simple importación de Alemania [112].

La imagen que emerge de todas estas consideraciones es que la relación entre homogeneidad y heterogeneidad en los estudios comparativos sobre fascismo es sutil. Los estereotipos sobre el fascismo y el nazismo (que están a menudo influenciados por estereotipos racistas sobre los italianos y los alemanes) lo hacen intentando asumir que todo en el régimen de Mussolini fue desordenado, caótico e improvisado, en completo contraste con el Tercer Reich, que fue monolítico, bien coordinado y puntillosamente planeado. En realidad, ambos regímenes contuvieron corrientes de ideología contradictorias, diversos centros de poder, y una gran dosis de improvisación. Sin embargo, en ambos regímenes, fue la visión compartida del renacimiento de la nación lo que permitió a sus más fervientes activistas y teóricos sentir que eran parte de la «misma» revolución, que estaban trabajando por el renacimiento de la nación, y colmando los deseos del líder.

De modo que, a pesar del contraste en «imagen» entre ambos regímenes, las observaciones académicas sobre el pluralismo y el desorden del fascismo también se aplican al nazismo. Por ejemplo, Marla Stone ha creado el término «pluralismo hegemónico» para expresar la manera en que el nuevo Estado italiano alcanzó la ilusión de ser el instigador del cambio revolucionario, no imponiendo la uniformidad en cada aspecto de la vida social y artística sino asociándose deliberadamente con todas las áreas de actividad, creatividad y reconstrucción por variadas que fueran en «estilo» [113]. Es una observación muy pertinente sobre el nazismo, que sistemáticamente cooptó todas las áreas existentes de actividad social y creativa mientras fueran compatibles con la revolución racial o pudieran contribuir a ella. De un modo similar, David Roberts ha argumentado que todo en la Italia fascista era un «desorden», y que su producción cultural estaba hecha de un mar de diferentes tipos de discurso que modelaban diversos aspectos de la realidad social y

---

[112] Ver Ruth Ben-Ghiat: *Fascist Modernities: Italy 1922-1945* (University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 2001).

[113] Marla Stone: «The State as Patron. Making Official Culture in Fascist Italy», en Mattew Affron y Mark Affron (eds.): *Fascist Visions. Art and Ideology in France and Italy* (Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1997).

política, aunque lo que les dio cohesión como cuerpo textual fue «la sensación excitante de posibilidad [...] que los italianos [...] pudieran crear una forma absolutamente nueva de estado apoyada en una nueva cultura política global» [114]. Fue la fuerza vinculante del mito palingenésico, generado lateralmente dentro de la sociedad, y la capacidad del nuevo estado de ser identificado con esta miríada de productos, lo que aseguró la cohesión de la Italia fascista y de la Alemania nazi en los años de consenso, y no una estricta uniformidad ideológica impuesta desde arriba.

Vale la pena señalar, en el contexto de un libro escrito para lectores españoles, que cualquier investigación seria sobre la dimensión fascista del nazismo no debería reducirse a una comparación con el fascismo. Desde el momento en que el movimiento de Mussolini legó el término «fascismo» y fue el otro único movimiento en conseguir el poder estatal, es normal que los estudios comparativos tiendan a centrarse en los paralelismos y contrastes entre los dos poderes axiales de Europa. Pero sería un ejercicio valioso comparar el nazismo como movimiento e ideología con otras formas de nacionalismo revolucionario, como la Guardia de Hierro, la *British Union of Fascists* o la Falange, un ejercicio que proporcionaría otro patrón de correspondencias y contrastes [115]. Sería igualmente valioso comparar el Tercer Reich con algunos regímenes «parafascistas», particularmente los de Salazar y Franco, para poner de relieve la radicalidad en cada área de política social y programa político que resultó de la misión revolucionaria del nazismo de invertir la decadencia y declive nacionales en una nueva Alemania, más que de restaurar las fuerzas tradicionales de orden y jerarquía en formas modernizadas bajo una fachada de dinamismo y juventud. Tanto la decisión de Franco de incorporar a Falange dentro de Falange Española y Tradicionalista, como la de Salazar de aplastar a los nacionalsindicalistas de Preto, revelan el instinto esencialmente reaccionario de ambos dictadores, por muy escrupulosos que fueran en «fascistizar» sus regímenes mientras los poderes axiales parecían destinados a ganar la guerra [116].

---

[114] David Roberts: «How not to Think about Fascism and Ideology, Intellectual Antecedents and Historical Meaning», *Journal of Contemporary History*, 35, 2 (2000), p. 208.

[115] Los voluminosos discursos y escritos de José Antonio Primo de Rivera sirven como excelente base para una comparación de este tipo.

[116] Ver Stanley Payne: *A History of Spanish Fascism*; Antonio Costa-Pinto: *Salazar's Dictatorship and European Fascism. Problems of Interpretation* (Social Science Monographs, Boulder, 1995).

XI. LA EVOLUCIÓN DEL NAZISMO Y DEL NEO-NAZISMO: ¿UN SENDERO DE INTERMINABLE BIFURCACIÓN?

En realidad, Franco y Salazar tuvieron que seguir un camino contrario a la asociación con Hitler y Mussolini una vez que las utopías del fascismo y nazismo empezaron a hacerse añicos contra las rocas de las derrotas militares, inevitables a causa de la abrumadora superioridad de los aliados en potencial humano y en producción de armamentos. Sin embargo, las muertes de Mussolini y de Hitler en abril de 1945 no significaron la muerte del fascismo, aun cuando los horrendos acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial desacreditaron absolutamente su retórica de renacimiento nacional en las mentes de la vasta mayoría de europeos. Sobrevivió, pero solamente adaptándose a una posguerra que era una época no de crisis del capitalismo ni de la democracia, sino de su restauración y regeneración. Es en este contexto que el nuevo consenso tiene otra contribución más a hacer para comprender el nazismo, una contribución que tiene una presencia directa en el enfoque contemporáneo de este libro. Hemos visto que la estructura analítica aquí utilizada desmonta el fascismo hasta el núcleo puramente ideológico del «ultranacionalismo palingenésico» [117]. Esto hace posible identificar algunas formas importantes en que el fascismo ha tenido que adaptarse a la era de posguerra. Primero, una de las características, que en el período de posguerra permaneció como un aspecto marginado de la ortodoxia fascista, se ha desarrollado ahora en una manifestación importante de deseos ultranacionalistas de un nuevo orden, esto es, formar alianzas supranacionales [118]. En segundo lugar, ahora que las precondiciones para los movimientos de masa y la política carismática que dependen de la energía de la multitud han desaparecido, el fascismo ha aprendido a operar con militancias pequeñas y sumamente diseminadas, constituidas por activistas a los que seguramente nunca conocerán en persona [119]. En tercer lugar, uno de los

---

[117] Sin embargo, debería destacar una vez más que esto no significa que la cualidad necesariamente «estática» y «abstracta» del tipo ideal de algún modo implique la primacía de lo conceptual o ideológico sobre las realidades concretas y empíricas, que son la principal preocupación del historiador; es sólo un instrumento potencialmente útil para investigarlas.

[118] Ver Roger Griffin: «Interregnum or Endgame».

[119] Ver Roger Griffin: «GUD Reactions: the patterns of prejudice in a neo-fascist groupuscle», *Patterns of Prejudice*, vol. 33, n.º 2 (abril 1999); Roger Griffin: «From Slime Mould to Rhizome: an Introduction to the Groupuscular Right», *Patterns of Prejudice* (de próxima publicación).

principales síntomas de declive de la mayoría de los ultranacionalistas de posguerra no es la debilidad militar de la nación o la carencia de colonias, sino su transformación en una sociedad multicultural, multirreligiosa bajo el impacto de la inmigración masiva y la globalización cultural, que amenaza profundamente los sentimientos de identidad nacional y homogeneidad cultural [120].

El nazismo estaba obligado a proporcionar un modelo a seguir a los fascistas de posguerra. Por un lado, él fue uno de sólo dos de «sus» movimientos en alcanzar el poder estatal (y nunca un ideólogo fascista ha confundido un movimiento reaccionario conservador con la marca revolucionaria del nacionalismo que ellos admiran) [121]. En segundo lugar, a diferencia del fascismo, intentó conseguir su objetivo de crear una nueva Alemania dentro de un nuevo orden europeo hasta un grado terrorífico (para sus partidarios, terriblemente inspirador). Además, el nazismo se tomó en serio su lucha contra el bolchevismo hasta el punto de poner en marcha la mayor invasión de la historia en contra de la Unión Soviética, mientras su interés eugenésico en purgar de la sociedad la decadencia y en purificar la raza, implicó un vasto programa de transformación cultural, esterilización, eutanasia, internamiento, esclavización, trabajos forzados, asesinato en masa y genocidio, que fue llevado a cabo con implacable determinación desde arriba con la condescendencia de un buen número de ciudadanos normales del Tercer Reich. También desarrolló (principalmente con fines propagandísticos) el concepto de un Nuevo Orden Europeo, que a finales de la guerra era defendido por las Brigadas Internacionales de las *waffen SS*, constituidas por racistas y anticomunistas provinentes de todo el Imperio nazi. Esto fue particularmente atractivo para los fascistas europeos, que en la época de la Guerra Fría vieron en el nazismo un intento serio de salvar Europa de la amenaza pareja del materialismo americano y marxista —una visión del «auténtico» propósito del fascismo que fue ya anticipada mucho antes de la derrota del nazismo era concebible en los escritos de alguno que otro intelectual fascista, principalmente Drieu La Rochelle, Martin Heidegger y Julius Evola.

---

[120] Para más sobre este concepto, ver Roger Griffin: «Interregnum or Endgame».

[121] Es interesante notar en la prensa neofascista, i. e. en las publicaciones de la *British Third Positionist Nacional Revolutionary Faction*, por ejemplo que el franquismo y el salazarismo nunca son invocados como fuentes de inspiración, pero que Cornelius Codreanu (líder de la Guardia de Hierro rumana) y José Antonio Primo de Rivera, son regularmente tratados como mártires de la causa y una inspiración para el «soldado político» actual.

Fue el aspecto racista del nazismo, sin embargo, lo más significativo para una nueva generación de ultranacionalistas blancos que estaban menos alarmados por la debilidad política o militar de su nación que por la erosión de su identidad étnica por el impacto de la inmigración masiva y el multiculturalismo. El mito ario nazi fue único entre las variedades fascistas de ultranacionalismo de entreguerras, hasta el punto de identificar a la nación renacida con la pureza racial. Esta construcción profundamente mítica ha sido proseguida por los «supremacistas» blancos de todo el mundo y ha devenido cómplice de la denegación del Holocausto, del revisionismo, del antisionismo, de la Tercera Posición, del ecofascismo, de las teorías conspirativas antisemitas y de las perversiones del fundamentalismo cristiano. Puede ser tan fácilmente adoptada por un caucásico que vive en California preocupado por la corrupción de «su» América por parte de hispanos, homosexuales, judíos o liberales y el creciente poder del ZOG (*Zionist Occupation Government*), como por alguien que viva en el *East End* de Londres y que ve una relación directa entre la pobreza y el declive urbano que forman el tejido de su vida y la ubicua presencia de británicos de origen indio y afrocaribeño. También podría ser atractivo para un joven parado de Granada que se siente amenazado hasta la médula de su existencia por la creciente presión migratoria del otro lado del estrecho de Gibraltar y por la erosión de su «españolidad» a causa de las cadenas de *fast food* americanas. Obviamente, cada dialecto de neo-nazismo reflejará la exclusiva cultura política, historia y las preocupaciones inmediatas de cada comunidad nacional «huésped» en que florezca, pero cada variante contendrá un núcleo de componentes comunes, tales como la celebración del genio de Hitler, cierta admiración por las SS, la creencia de que el «lado equivocado» ganó la Segunda Guerra Mundial. Estará normalmente asociado con la pretensión de que el Holocausto «nunca existió», una creencia de alguna manera reconciliada con el llamamiento a que los judíos y otros «foráneos» sean apartados de la sociedad y que cada relación racialmente mixta está destruyendo a los arios y permitiendo que éstos sean degenerados por parte de razas inferiores [122].

El nazismo se ha universalizado en el dialecto principal de fascismo revolucionario hasta tal punto que incluso Italia, que hasta los años ochenta tuvo una fuerte herencia fascista, hospeda ahora a

[122] Para una aproximación al mundo del Ciber-nazismo, ver el Website de Stormfront en www.stormfront.org.

pequeños grupos de racistas militantes conocidos como «Naziskin», que son los más propensos a llevar a cabo ataques físicos contra refugiados económicos, gitanos y buscadores de asilo. La influencia más importante sobre el neofascismo italiano y el terrorismo fascista desde los años setenta, Julius Evola, veía también al nazismo, no al fascismo, a punto de conseguir su idiosincrásica visión del renacimiento de la «Tradición» como base de una Europa regenerada [123]. Acaso valga más la pena señalar en este punto que aunque los partidos «neopopulistas» como el *Vlaamsblok*, el Partido Liberal Austríaco de Jörg Haider, y el *Front National* de Le Pen, son etiquetados por parte de la izquierda como «neofascistas» o «neonazis», carecen del sueño revolucionario alimentado por los fascistas genuinos de un «Nuevo Orden» postliberal. Incluso la Alianza Nacional de Gianfranco Fini y el perversamente llamado Partido Liberal Demócrata de Vladimir Zhirinovsky, que contienen elementos genuinamente neofascistas, han renunciado al concepto de un renacimiento radical y operan como partidos parlamentarios en un espíritu muy lejano al del Partido Nacional Fascista de Mussolini o el NSDAP de Hitler, que nunca mantuvieron en secreto sus planes de destruir la democracia tan pronto como estuvieran en posición de hacerlo. Acaso es más apropiado, por consiguiente, ver a estos partidos como «partidos liberales etnocráticos», que rechazan el pluralismo y el multiculturalismo de los partidos liberales genuinos. Sin embargo, esta taxonomía se complica por el hecho de que la separatista *Lega Nord* de Bossi es más vocinglera en su rechazo del multiculturalismo y en la adhesión a posiciones abiertamente racistas que la AN «posfascista», aunque esta última descienda del antiguo, y desvergonzadamente fascista, *Movimento Sociale Italiano*.

Es compatible con este panorama de vitalidad, influencia y longevidad del nazismo como la principal variante del fascismo, el hecho de que el texto que probablemente ha tenido mayor influencia que ningún otro en el terrorismo «negro» de posguerra (fuera de Italia como mínimo) no ha sido el *Mein Kampf* sino *The Turner Diaries*. Tanto el ataque de Timothy McVeigh contra el edificio federal en Oklahoma de 1995 como las tres bombas de clavos de David Copeland en Londres cinco años después, se habían, en parte, inspirado en este libro. Escrito por William Pearce, líder de la organización neonazi norteamericana *National Alliance*, retrata ví-

---

[123] Ver capítulos sobre nazismo universal, euro-fascismo y Evola en Roger Griffin, *Fascism*.

vidamente la «Lucha Final» que tendrá lugar inevitablemente entre los arios sanos y *todas* las demás razas, como preludio de una nueva edad dorada de la civilización blanca. El libro acaba con una finamente velada dedicatoria a Adolf Hitler como técnica para la evocación de un «nuevo orden mundial» postapocalíptico en el cual los seres humanos que quedan son arios:

> Pero fue en el año 1999, de acuerdo con la cronología de la Vieja Era —justo ciento diez años después del nacimiento de la Gran Era— que el sueño de un mundo Blanco finalmente se convirtió en certeza. Y fue el sacrificio de las vidas de innumerables miles de hombres y mujeres valerosos de la Organización durante los años precedentes lo que mantuvo ese sueño vivo hasta que su consecución no pudo ser impedida por más tiempo [124].

Este capítulo ha argüido que el nuevo consenso hace del «fascismo» un término heurísticamente útil para investigar las dinámicas ideológicas del nazismo, sin reducirlo a una contrarrevolución capitalista ni negar su exclusividad como forma revolucionaria de estado racial. Es una interpretación que sitúa al nazismo en una categoría de fenómeno genérico diferente a los conservadurismos autoritarios como el franquismo o el salazarismo, o la política de neo-populistas como Le Pen o Haider. También conforma la base de una aproximación que ayuda a localizar los orígenes y el «éxito» del nazismo no tanto en el «camino especial» de Alemania hacia la categoría de nación, como en los «caminos bifurcados» de la modernidad europea. Fue una única configuración de factores a largo, medio y corto plazo lo que permitió al fascismo alemán conseguir el poder y ser puesto en práctica una vez que el frágil consenso subjetivo que había apuntalado a la República de Weimar se evaporó en 1930. En los siguientes doce años, las realidades sociales y políticas alemanas fueron crecientemente revueltas y torcidas, llegando a conformar la visión de un nuevo orden simbolizado por la cruz gamada del nazismo, emblema del sol naciente y del renacimiento racial. Como resultado, todos los recursos del Estado en el campo del poder productivo y de la ingeniería social fueron dedicados, primero a realizar la utopía de una nueva era purgada de decadencia y, luego, después de Stalingrado, a defender el proyecto de su destrucción por parte de los enemigos hasta el amargo final. Este nuevo consenso también permite trazar la fantasmagórica trayectoria del nazismo después de 1945, cuando se convierte en un

---

[124] Citado en Roger Griffin, *Fascism*, pp. 372-374.

discurso universal de fascismo racista, el renacimiento de cualquier nación concebida como inseparable de la guerra de Hitler para asegurar el triunfo final de la salud aria por encima de las fuerzas de la decadencia.

Una reacción común a los ataques terroristas sobre Nueva York y Washington el 11 de septiembre de 2001 fue que el mundo había entrado en una nueva era equivalente a la Guerra Fría de 1947-1989. Los ataques demostraron con horrorosa vivacidad hasta qué punto una básica dicotomía religiosa, social y económica entre los mundos políticos y económicos de la globalización americanizada/el Norte (el mundo minoritario) y el mundo del Islam/el Sur (el mundo mayoritario) había alcanzado, según una minoría extremista, un nivel de mutua ininteligibilidad y beligerancia armada que tiene profundas consecuencias potenciales, tanto positivas como negativas, para la estabilidad política y ecológica futura del mundo. Es una dicotomía que acaso relegue a la insignificancia a nacionalistas revolucionarios que persisten en defender una visión maniquea de un mundo que presenta a las fuerzas de la puridad aria enzarzadas en combate mortal. Es igualmente concebible, dada la promiscuidad del nazismo universal, que es un elemento común en gran cantidad de ideologías diferentes, que sea absorbido dentro de uno de los muchos dialectos hablados por la «Gente de Seattle» en su protesta (global) contra la globalización, a pesar de la naturaleza esencialmente antifascista del movimiento antiglobalización en general[125]. Incluso hay indicios de alguna colaboración entre neonazis y miembros de al-Qaeda en la planificación de los ataques[126].

De los virtuales caminos bifurcados de la historia contemporánea, cualquiera que sea el que estemos pisando, es el momento de que los historiadores saquemos al nazismo del gueto conceptual en el que ha estado atrapado durante décadas y de este modo lo convirtamos en un terrible episodio de «nuestra» historia y no en una demonizada «su» historia. Como liberal sólo puedo esperar que los eslóganes del tipo que se oyeron bajo el nazismo, *Ein Volk, Ein Reich, Ein Führer*, sean un día sustituidos por otros que en sus diferentes modos declaren el principio de «una Humanidad, un Mundo y miles de Pueblos».

---

[125] Fascistas de la «Tercera Posición» ya han estado implicados en convertir protestas pacíficas en episodios de violencia callejera.

[126] Ver Michael Reynolds: «Virtual Reich», *Playboy*, febrero 2002.

4. ESCILA Y CARIBDIS: EL FRANQUISMO, UN RÉGIMEN PARADIGMÁTICO

ISMAEL SAZ
Universitat de València
ismael.saz@uv.es

Plantearse el problema del franquismo en un libro que indaga en los movimientos y regímenes fascistas y populistas del siglo XX obliga a una reflexión a propósito del propio término de *franquismo*. A diferencia de lo que sucede con los casos italiano y alemán, para los cuales los términos fascismo y nacionalsocialismo designan tanto a un movimiento como a un régimen, en el caso de España el de franquismo remite exclusivamente a un régimen. Muchos de los problemas con que han tropezado los intentos de caracterización de la dictadura de Franco parte precisamente de ahí; como también el éxito del término franquismo. Al fin y al cabo, la referencia al dictador epónimo parecía la única sólida y segura, la única, además, indiscutible. Cualquiera que fuera la tesis asumida —fascista, autoritario, fascistizado, etc.— aparecería claro para todos que se hablaba de *franquismo*.

Tan claro como confuso, sin embargo. Porque con el propio término podrían introducirse tres sobreentendidos igualmente problemáticos. Por una parte, el de la personalización de la dictadura en la figura de Franco, haciendo de él, explícita o implícitamente, la esencia del régimen, casi un *deus ex macchina* que lo explicaría todo, como si detrás de él no hubiese una compleja serie de elementos ideológicos, políticos y sociales que constituían su fundamento. Un entramado o sistema de poder que sería el que habría propiciado, en el marco de una dinámica de pesos y contrapesos, alianzas y rivalidades, que Franco terminase por convertirse en la clave del arco del sistema, pero no en el sistema mismo. Puede considerarse, así pues, a Franco como un elemento fundamental y a su caudillaje como resultante de una intrincada serie de factores, pero

no como la esencia del régimen. Del mismo modo que el fascismo italiano no fue *sólo* Mussolini o el régimen nazi *sólo* Hitler, tampoco el régimen franquista fue *sólo Franco*. Detrás de cada uno de ellos había un movimiento político y un sistema dinámico de equilibrios, detrás de Franco había en origen *más* de un movimiento y *otro* sistema dinámico de equilibrios. Esto hace, como decíamos, el problema más complejo. Reducirlo todo, en fin, a una personalización de la dictadura supone simplemente eludir el problema.

El segundo riesgo o sobreentendido consistiría en limitar el régimen a una especie de fase o etapa de la historia reciente de España. Una duración de casi cuarenta años y los importantes cambios experimentados por la dictadura a lo largo de su existencia podrían conducir a que terminase por aceptarse de algún modo la existencia de esa *etapa* histórica, unida sólo por la figura del dictador, pero descompuesta en sucesivos *franquismos*. Después de todo, un régimen que habría pasado por una fase fascista o semifascista, otra nacional-católica o tradicionalista y otra tecnocrática o desarrollista, podría, a poco que se acentuaran los elementos diferenciales entre unas y otras etapas, descomponerse en tantos otros *regímenes*. Se habla ya de un primer y un segundo franquismos, o de un franquismo implícitamente antimodernizador y de otro modernizador, una diferencia que, en principio al menos, puede tender a esa descomposición de la que hablamos. Un posible correlato de este enfoque sería aquel que consideraría que el régimen habría tenido diversas naturalezas, o ninguna, tanto da, y que todas sus diversas caras habrían respondido exclusivamente a procesos de adaptación camaleónica a un contexto internacional cambiante.

Esta potencial asimilación del régimen de Franco a una etapa de la historia de España y su correlativa fragmentación en varios franquismos podría comportar —tercer riesgo— bien una multiplicación de las referencias comparativas, bien una renuncia a ellas. En el primer caso, en efecto, resultaría difícil fijar los puntos de referencia a efectos comparativos. ¿Habrían de ser éstos las dictaduras fascistas de entreguerras u otras dictaduras reaccionarias y tradicionales del mismo o posteriores periodos? ¿Debían ser por el contrario los regímenes totalitarios o autoritarios de todo el siglo XX o las dictaduras desarrollistas de los años sesenta? En el segundo caso, ¿podría llegarse a considerar el régimen como una especie de producto singular e incomparable de un país —España— con una trayectoria histórica igualmente singular e incomparable? Entraríamos así en un terreno, el de la suma especificidad o peculiaridad

de la historia de España, y por ende del mismo franquismo, que excluiría de hecho toda dimensión comparativa.

En mi opinión, todos estos riesgos pueden ser eludidos desde un enfoque que tome en consideración, por una parte, la complejidad de un régimen que no obedece a los impulsos de un *solo* movimiento, por otra, la necesidad de intentar aquilatar a partir de aquí el modo en que se articularon los intereses, objetivos y proyectos de las distintas fuerzas políticas que le apoyaron, y, por otra, la de no renunciar en ningún caso a la perspectiva comparada. Todo ello conduce a privilegiar como objeto de análisis el período 1936-1945. Primero, porque fue en esos años cuando la dictadura se configura como tal en un proceso en el que tienen lugar las principales pruebas entre sus diversos apoyos sociales y políticos hasta alcanzar algunos de los que serán sus equilibrios fundamentales. Segundo, porque, dado que todo ello se produce en el marco de un mismo contexto internacional, es entonces cuando las principales referencias en términos comparativos cobran todo su sentido y significado. Tercero, porque el conocimiento en profundidad de ese período nos permitirá valorar lo que en la evolución posterior del régimen habría de adaptación al posterior contexto internacional —el surgido a raíz de la derrota de los fascismos— y lo que respondería a su dinámica interna, a su propia *naturaleza*.

I. DICTADURA, FASCISMO Y FASCISTIZACIÓN

Desde el punto de vista comparativo, las referencias de la época parecen claras. Lo son, por supuesto, las dictaduras alemana e italiana, pero también, entre otras muchas, la portuguesa, la austríaca y especialmente, por las razones que se verán, la rumana y la Francia de Vichy. En sus líneas más generales, este marco comparativo puede ser definido en razón de tres características fundamentales. La primera de ellas es la más obvia e incuestionable: todos estos regímenes eran dictaduras de derecha, antiliberales y anticomunistas, que partían de una negación radical de los valores de la Ilustración y de la Revolución francesa y se legitimaban como «revolución nacional» [1].

La segunda característica se refiere al reconocimiento de que en la estructura de poder de estas dictaduras participaban, en general,

[1] Cfr., Zeev Sternhell, *The Birth of Fascist Ideology*, Princeton University Press, 1994, pp. 250-258.

con mayor o menor peso, los mismos o similares sectores sociales, políticos e institucionales. En todas estas experiencias existía una alianza informal en el poder que ha sido aludida por las distintas historiografías como alianza contrarrevolucionaria, coalición reaccionaria o cartel de poder. Aunque limitada a los casos italiano y alemán, es decir, a los regímenes específicamente fascistas, ha sido definida por Philippe Burrin como compromiso autoritario. Se refiere a unas estructuras de poder en las que estarían presentes los medios de negocios, el ejército, las burocracias, las distintas Iglesias, y junto a ellos, y frente a ellos, en posición hegemónica, el partido fascista y su jefe que era así mismo el dictador[2]. Desde mi punto de vista, esta noción, que recoge las aportaciones de la historiografía alemana a propósito del cartel de poder y las de algunos sectores de la italiana sobre la propia coalición reaccionaria, puede ser aplicada también a aquellos otros regímenes en los que el componente fascista estaba mucho más diluido o, cuanto menos, no era el hegemónico[3]. Con ello se consigue reflejar la intrínseca pluralidad del conjunto de regímenes aludidos sin conducir por ello a interpretaciones reduccionistas, bien en un sentido de clase como las de cierto marxismo, bien en la línea de los enfoques propios de las teorías del totalitarismo.

La tercera característica se refiere al componente fascista. Parte de la constatación de que el fascismo fue el gran *protagonista* del período de entreguerras en la línea señalada por el Nolte del «fascismo en su época»[4]. Tan significativo o más que esto, sin embargo, es que el fascismo se convirtió también en una especie de *modelo* a adoptar selectivamente por muchos sectores conservadores y reaccionarios, los cuales mantendrían con él una relación de atracción-repulsión, identificación-distanciamiento y alianza-rivalidad. Su antimarxismo y antiliberalismo, su capacidad para destruir a las organizaciones obreras y democráticas y a la democracia misma,

---

[2] Philippe Burrin, «Politique et société: les estructures du pouvoir dans l'Italie fasciste et l'Allemagne nazi», *Annales*, 1998 (3), pp. 615-637.

[3] Para un aplicación más específica al caso italiano de la noción de compromiso autoritario, Massimo Legnani, «Sistema di potere fascista, blocco dominante, alleanza sociali. Contributo a una discussione», en *Il Regima Fascista. Storia e Storiografia. A cura di Angelo Del Boca, Massimo Legnani e Mario G. Rossi*, Laterza, Roma-Bari, 1995, pp. 414-445.

[4] Lo que no quiere decir que compartamos la dilatación del concepto de fascismo del estudioso alemán. Ni creemos, por supuesto, que Acción Francesa fuese una de las «caras» del fascismo. Ernst Nolte, *El fascismo en su época. Action Française. Fascismo. Nacionalsocialismo*, Península, Madrid, 1967.

sus promesas de redención de la patria amenazada, su misma retórica moderna y revolucionaria constituían poderosos factores de atracción para los sectores mencionados. Sobre todo, el fascismo, especialmente el italiano, proporcionaba un modelo de Estado dictatorial adecuado a las contradicciones de la sociedad contemporánea. Para la derecha radical o autoritaria partidaria de la dictadura parecía claro que ésta sólo podía legitimarse en la era de la política de masas adoptando algo del andamiaje institucional y retórico ofrecido por la experiencia fascista.

La existencia de estas tres características generales comunes a la práctica totalidad de las dictaduras del período de entreguerras ha conducido frecuentemente, como se sabe, a encuadrarlas en la categoría de fascismo. La fijación marxista en la *función social* de salvamento del capitalismo sería uno de los posibles fundamentos de tal identificación; como lo sería para otras corrientes, marxistas o no, la similitud de los integrantes del compromiso autoritario; o la tendencia a reducir a un mínimo reaccionario la ideología fascista. Entiendo, sin embargo, que tan importante como llamar la atención acerca de la existencia de las mencionadas características generales es incidir en los elementos específicos y diferenciales. Es cierto que en el fascismo hubo mucho de reacción burguesa y que incluso cumplió cierta función de salvamento del capitalismo, pero ni fue la única fuerza dispuesta a cumplir esta *función* ni ése era su objetivo fundamental. Por otra parte, la presencia de los mismos o similares integrantes de la alianza informal en el poder no puede obviar en modo alguno el estudio individualizado de sus componentes, las diferencias en cuanto a los objetivos que perseguían o el hecho absolutamente determinante de que en unos regímenes —los propiamente fascistas— fue el partido el elemento hegemónico y dinámico de la coalición, el que consiguió marcar con su impronta la dinámica del régimen. Por otra parte, en fin, la atención individualizada al sujeto fascista ha permitido, por un lado, restituir a la ideología el papel central que le corresponde en el proceso de formación y desarrollo de los movimientos y regímenes fascistas y, por otro, subrayar lo que ésta tenía de específico y absolutamente novedoso respecto de cualquier otra corriente de la derecha reaccionaria y contrarrevolucionaria. Tal y como han puesto de manifiesto los estudios de George Mosse, Zeev Sternhell, Emilio Gentile, Roger Eatwell o Roger Griffin, entre otros, el ultranacionalismo fascista, palingenésico y revolucionario, así como su populismo extremo y su rechazo selectivo y moderno de los valores de la Ilustra-

ción, distinguen a la ideología fascista de cualquier otro tipo de construcción ideológica[5].

Si se reserva entonces la caracterización como fascistas a las dictaduras italiana y alemana, ¿cómo definir al resto de los regímenes indicados en general y al franquismo en particular? La conceptualización que ha recogido un mayor consenso en oposición a la aplicación generalizada e indiscriminada del concepto de fascismo es la de los regímenes autoritarios de Juan José Linz. Entiendo, sin embargo, que esta aproximación es más indiferenciada aún que aquélla, respecto de la que constituye hasta cierto punto una simple inversión que empieza por relegar las tres características generales arriba mencionadas a una posición secundaria. Si aquélla lo reducía todo a la idea de la función social, ésta la ignora[6]. Si aquélla tendía a ignorar el peso relativo de los distintos integrantes del compromiso autoritario, ésta descansa en el supuesto de la ausencia de todo pluralismo en los regímenes totalitarios. Si aquélla desdibujaba la importancia de la ideología reduciéndola a indiferenciados elementos reaccionarios, ésta hace lo propio reconduciendo el problema a una mera contraposición entre ideología y mentalidad sin preguntarse por los contenidos de una u otra. En suma, esta aproximación describe bien algunos de los aspectos de los regímenes considerados, pero explica poco de los mismos. Dice mucho acerca de lo que no fueron —totalitarios—, pero poco acerca de lo que fueron. Es por todo ello ahistórica en el mismo sentido que puede serlo, por ejemplo, la de *bonapartismo*.

No pretendemos, en cualquier caso, proceder a una descalificación de los distintos enfoques. De hecho, unos y otros consiguen llamar la atención sobre aspectos sustanciales de este tipo de regí-

---

[5] Una buena síntesis de las aportaciones de estos autores en, Stanley G. Payne, *Historia del fascismo*, Planeta, Barcelona, p. 11 y ss.; y Roger Griffin (ed.), *International Fascism. Theories, Causes and the New Consensus*, Arnold, Londres, 1998, pp. 1-20.

[6] Como explicaba el propio Linz: «Nuestro concepto concentra su atención en la forma en que el poder se ejerce, se organiza y se relaciona con las sociedades, en la naturaleza de los sistemas de consenso que lo mantienen, y en el papel de los ciudadanos en el proceso político sin, empero, prestar atención al contenido específico de los programas políticos, los fines perseguidos, la *raison d'être* de dichos regímenes. No nos dice gran cosa de las instituciones, grupos y estratos sociales que forman parte del pluralismo limitado o acerca de los excluidos. El énfasis sobre los más estrictos aspectos políticos expone nuestro concepto a ser criticado de formalismo en una línea parecida a las realizadas respecto de un concepto general de totalitarismo, o incluso de democracia», Juan José Linz, «Una interpretación de los regímenes autoritarios», *Papers*, 8 (1978), pp. 11-26, p. 14.

menes. En la medida, además, en que no se presentan de forma rígida o sectaria se han podido dar elementos de aproximación y aun de *consenso* que en lo relativo al franquismo son bien significativos. Entre quienes han admitido total o parcialmente el modelo del régimen autoritario, el mismo Linz ha aludido a los regímenes franquista, rumano o el de Vichy como «autoritarios con componente fascista» [7]; Gino Germani incluyó al franquismo en la ecléctica categoría de los fascismos autoritarios [8]; Stanley Payne señala la existencia de una fase semifascista (1936-1945) [9]; y Javier Tusell, habla de «tentación fascista» para ese mismo período, aunque diferenciando dentro de él una primera fase «semifascista» y otra sucesiva «seudofascista» [10]. Por otra parte, la mayoría de los estudiosos que aluden al carácter fascista de la dictadura franquista incide con claridad en la existencia de una serie de peculiaridades, como la fuerte presencia del ejército y la Iglesia [11], al tiempo que se recurre crecientemente a una limitación cronológica. Así, por ejemplo, Nicola Tranfaglia apuntaba que el franquismo constituyó una variedad de fascismo «*al menos*» durante el primer decenio [12] y Alfonso Botti señalaba ese mismo carácter fascista «*al menos*» hasta 1942-43 [13]. En suma, podría destacarse la existencia de un cierto consenso que colocaría al franquismo, bien como el más próximo al fascismo entre los regímenes autoritarios, bien como el menos fascista y más «peculiar» de los que lo eran.

Conviene retener esta circunstancia porque coloca al régimen franquista en el plano de las ciencias sociales en una posición emblemática. Si la línea divisoria desde el paradigma del fascismo viene a situarse implícitamente en la dictadura franquista y lo propio

---

[7] Juan José Linz, «La crisis de las democracias», en *Europa en crisis, 1919-1939*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1991, pp. 231-280.

[8] Gino Germani, *Autoritarismo, fascismo e classi sociali*, Il Mulino, Bolonia, 1975.

[9] Stanley G. Payne, *El régimen de Franco, 1936-1975*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, pp. 245 ss.

[10] Javier Tusell, *La dictadura de Franco*, Alianza Editorial, Madrid, 1988, pp. 247 ss.

[11] Por ejemplo, Enzo Collotti, *Fascismo, fascismi*, Florencia, 1989; Luciano Casali, «Il fascismo de tipo spagnolo», en L. Casali (a cura di): Per una definizione della dittatura franchista, Franco Angeli, Milán, 1990, pp. 7-37; Carme Molinero i Pere Ysas, *El règim franquista*, Vic, 1992, pp. 32-33.

[12] Nicola Tranfaglia, *Labirinto italiano*, La nuova Italia, Florencia, 989, p. 33.

[13] Alfonso Botti, «Franchismo» en *Il fascismo. Dizionario di storia, personaggi, cultura, economia, fonti e dibattito storiografico,* A cura di A. De Bernaldi y S. Guarracino, Bruno Mondadori, Milán, 1998, pp. 313-314.

sucede con una teoría, la del régimen autoritario, que se construyó inicialmente, no hay que olvidarlo, sobre la experiencia española, parece obvio que esta experiencia adquiere unas connotaciones decisivas no tanto y no sólo de cara al problema de su propia caracterización, sino para la del conjunto de las dictaduras del siglo XX. Precisamente por todo esto, considero que los elementos apuntados de *consenso*, aun cuando útiles como punto de referencia, son insuficientes. En cierto modo lo que demuestra todo ello es que existe una serie de regímenes que de alguna forma escapan a las categorías generales de fascismo o autoritarismo. Circunstancia que ha dado lugar, por otra parte, a la paradoja de que la historiografía ha barajado un amplio número de *vocablos* para aludir a estos regímenes, y, al mismo tiempo, mostrado su desprecio hacia tal proliferación: semifascistas, cuasifascistas, protofascistas, parafascistas, fascistizados, fascistizantes, fascistoides... [14] Una de las excepciones más relevantes a esta situación la constituye el planteamiento de Roger Griffin, quien reserva la categoría de *parafascistas* para aquellos regímenes contrarrevolucionarios en los que el poder es detentado por las elites tradicionales y los militares, pero que adoptan una fachada populista y toda una serie de instrumentos de organización y control propios de las dictaduras fascistas. Estos regímenes, siempre insuficientemente populistas, nacionalistas y palingenésicos, podrían cooperar con los movimientos fascistas genuinos, pero con el firme propósito de desnaturalizarlos, absorberlos y, en última instancia, neutralizarlos [15].

Por nuestra parte hemos abogado por la caracterización de estos sistemas políticos como regímenes fascistizados [16], entendiendo por

---

[14] Buena muestra de ello era el René Remond que en un mismo texto rechazaba el concepto de *fascisation* para recurrir a él unas páginas más adelante: «Encore y aurait-il bien des réserves à faire sur cette notion de fascisation qui n'est souvent qu'une facilité verbale, un subterfuge nominaliste pour tourner la difficulté de qualifier tel ou tel régime»; «Tout n'est cependant pas leurre ou mystification dans l'idée que le tableau des courants de pensée et des forces politiques comporte dans les années Trente quelques germes de fascisme ou de fascisation; «Pour la première fois dans l'entre deux guerres quelche chose se passe à droite à propos de quoi il semble possible de parler de "fascisation", bien que j'aie dit les réserves que m'inspirait l'emploi de ce terme». René Remond, *Les droites en France*, Aubier, París, 1982. Las citas, respectivamente, en pp. 197, 223 y 224.

[15] Roger Griffin, *The Nature of Fascism*, Routledge, Londres-Nueva York, 1993, pp. 120 ss.

[16] Ismael Saz, «El franquismo, ¿régimen autoritario o dictadura fascista?», en *El régimen de Franco (1936-1975)*, UNED, Madrid, 1993, t. 1, pp. 189-201; íd., «Les peculiaritats del feixisme espanyol», *Afers*, 25 (1996), pp. 623-637.

tales aquellas dictaduras reaccionarias en las que los integrantes de la alianza informal en el poder son sustancialmente los mismos que en las fascistas —medios de negocios, ejército, Iglesia, burocracia, partido—, pero en las que el sector fascista aparece subordinado, sin capacidad, por tanto, de marcar la dirección del proceso. Estas dictaduras responden a una compleja serie de fenómenos entre los que destaca la existencia de un proceso de fascistización previo en el que sectores fundamentales de las elites tradicionales de poder y de la derecha conservadora y contrarrevolucionaria han ido asumiendo todos o muchos de aquellos elementos ideológicos, políticos e institucionales del fascismo —como movimiento y como régimen— compatibles con sus intereses y fundamentos ideológicos originales, intentando eludir a un tiempo el potencial desestabilizador y conflictivo implícito en toda experiencia fascista genuina. La pugna entre los sectores genuinamente fascistas y los fascistizados, con la imposición final aunque no absoluta de los últimos, será la que marcará la dirección del proceso y la dinámica del régimen.

En las páginas que siguen pondremos de manifiesto el modo en que todos estos procesos se verificaron en el caso español. A tal fin, precisaremos en un primer momento el alcance y límites del proceso de fascistización de la derecha española, así como las razones del fracaso del partido fascista en la España republicana. Observaremos después las pugnas que se producen a lo largo de la guerra civil y la guerra mundial entre el renacido partido fascista y los otros sectores de la alianza en el poder hasta que el régimen alcanza sus equilibrios fundamentales. Finalmente, intentaremos calibrar lo que hubo de continuidad y lo que hubo de ruptura en estos equilibrios en las últimas fases de la dictadura.

II. EN LOS ORÍGENES IDEOLÓGICOS DEL FRANQUISMO: DERECHA Y FASCISMO EN LA SEGUNDA REPÚBLICA

La evolución de las fuerzas antidemocráticas y antiliberales durante la II República puede explicarse desde la doble perspectiva del fracaso del partido fascista y del alto grado de fascistización de las derechas españolas. Ninguno de estos rasgos, sin embargo, debe echarse en la cuenta de supuestas peculiaridades españolas en razón de su atraso económico o arcaísmo ideológico. Más bien al contrario, las contradicciones de la España de los años treinta tienen mucho más que ver con una sociedad dinámica que había ex-

perimentado en las últimas décadas un nada desdeñable impulso en los planos económico, social y cultural. Por lo demás, las dificultades de la democracia española deben ponerse necesariamente en relación con ese formidable asalto a la democracia liberal que se produce en la Europa de la época. En la larga cadena de democracias destruidas entonces, de Italia a Alemania, de la Europa centrooriental a la Europa mediterránea, la más sobresaliente especificidad española podría consistir en que la destrucción de la Segunda República exigió nada menos que una guerra civil de tres años.

Naturalmente, ésta no era la única singularidad española. Hasta inicios de los años treinta, por ejemplo, no contó España con algunas formaciones políticas prototípicas de la Europa de la época. No había un partido católico al modo de Alemania, Bélgica o Italia, ni tampoco una organización nacionalista reaccionaria del tipo de la Acción Francesa, la Asociación Nacionalista Italiana, el Integralismo Lusitano o el Partido Nacional Alemán del Pueblo. Ni siquiera existía una formación fascista mínimamente relevante. De nuevo, sin embargo, hay que precaverse frente a toda tentación de explicar esta singularidad en clave de arcaísmo político o ideológico. Podría decirse, por ejemplo, que, desde el punto de vista de la existencia o no de determinadas formaciones políticas, la situación española a la altura de 1930 sería muy similar a la del Reino Unido. De modo más significativo, se debe constatar que los partidos católicos aparecieron allí donde la Iglesia católica experimentó un fuerte desafío y que los partidos nacionalistas reaccionarios surgieron en aquellas sociedades que habían conocido, simultánea o sucesivamente, humillaciones nacionales y destacados avances democráticos. Tal era el caso de la Francia de Sedán, Fashoda y el *Affaire Dreyfuss*; de la Italia de Adúa, la democracia giolittiana y, de nuevo, Bosnia Herzegovina; del Portugal de la *crisis del ultimátum* y la República; de la Alemania del *diktat* de Versalles y la República de Weimar [17].

Una conmoción nacional se había producido también en España con la derrota de 1898 ante Estados Unidos y la pérdida de los últimos restos del Imperio. A partir de entonces se agudizó y generalizó

[17] Me he ocupado de ello en «Regeneracionismo y nuevos nacionalismos. El caso español en una perspectiva europea», en Isabel Burdiel y Roy Church (eds.), *Viejos y nuevos imperios*, Episteme, Valencia, 1998, pp. 135-156; y en «Paradojas de la historia, paradojas de la historiografía. Las peripecias del fascismo español», *Hispania*, 207 (2001), pp. 143-176.

un discurso basado en las nociones de decadencia, degeneración, agonía y muerte de la Patria[18]. Había nacido el *problema de España,* que marcaría durante décadas la vida política del país. En este contexto se configuraría un pensamiento nacionalista, más o menos disperso pero no por ello menos influyente, que se articularía, en lo que aquí nos interesa, en dos direcciones básicas. Una era la de un nacionalismo secular y no conformista, con tintes irracionalistas, esencialistas y populistas que, si bien no se definía contra la democracia liberal, fue lo suficientemente crítico con unos u otros de sus fundamentos como para constituir una carga emisaria de profundidad contra la futura democracia española. No era un nacionalismo fascista, ni *conducía* al fascismo. Pero no hay duda de que Joaquín Costa, Unamuno y Ortega, entre otros, generaron el suelo cultural e ideológico necesario para que el fascismo pudiera arraigar.

La otra corriente nacionalista es la que se conoce como nacionalcatolicismo, es decir, aquella que consideraba que la decadencia y los problemas de España obedecían al abandono de su esencia católica. Fue Menéndez y Pelayo quien puso las bases de este nacionalismo reaccionario, abierto por otra parte a la modernización económica capitalista[19]. Con el tiempo, esta idea nacionalcatólica recibiría las aportaciones del nuevo pensamiento reaccionario europeo, especialmente del de la Acción Francesa de Charles Maurras. No se organizó políticamente, pero tampoco lo necesitó. Ningún desafío serio en una dirección laica y democrática se había experimentado hasta la crisis de 1917, y la dictadura de Primo de Rivera pudo constituir la respuesta más aproximada a lo que algunos de estos sectores deseaban.

Fue precisamente la combinación entre el fracaso final de la dictadura y la sucesiva proclamación de la República lo que marcó el punto de partida para una nueva configuración de las fuerzas de la derecha española. Ante el desafío laico y democrático, el anterior catolicismo social se articuló, con la CEDA, como una fuerza política que seguía las huellas de los católicos alemanes, belgas o italianos y que llegaría a ser hegemónica entre las derechas. Los tradicionalistas ganaron cierta presencia como habían hecho siempre

---

[18] Santos Juliá, «En España: Fin del imperio, agonía de la nación», en I. Burdiel y R. Church (eds.), *Viejos y nuevos imperios*, pp. 95-112; y Javier Varela, *La novela de España. Los intelectuales y el problema español,* Taurus, Madrid, 1999, pp. 11-143.

[19] Alfonso Botti, *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975),* Alianza Editorial, Madrid, 1992.

que en España había habido un fuerte impulso en dirección liberal y democrática. Para el nacionalismo secular y no-conformista, la dictadura había sido roma y conservadora, incapaz de llevar a cabo una auténtica regeneración de España, y la República mostraría enseguida los peores síntomas de disgregación social y nacional. Por este lado, aunque no sólo por él, se iban a producir las primeras manifestaciones políticas del fascismo español. También había llegado la hora de la articulación del nacionalismo reaccionario. Para estos sectores la dictadura de Primo de Rivera había sido en exceso liberal y carecido, sobre todo, de una doctrina contrarrevolucionaria coherente. Peor aún, la República, identificada con la revolución, suponía la llegada simultánea de la democracia y del odiado socialismo a posiciones de poder. La configuración del grupo de Acción Española fue la respuesta. En suma, partido católico, *partido* nacionalista reaccionario y partido fascista habían llegado en España *a su hora*, a la hora de la democracia.

Todo esto se producía, sin embargo, en el momento de mayor prestigio y atracción del fascismo en el plano europeo, lo que condicionó poderosamente la evolución de las distintas fuerzas políticas ahora emergentes, propiciando ese proceso de fascistización al que aludíamos[20]. En el largo camino, lleno de avances y retrocesos, del catolicismo social y político desde la *democracia cristiana* —entendida por oposición y como negación de la democracia liberal— a la democracia cristiana —como fuerza política articulada en el interior del marco político demoliberal—, la CEDA aparecía justo en el momento del retroceso. De ahí su propensión a aceptar todo aquello que en el fascismo se consideraba aprovechable: su antimarxismo y antiparlamentarismo, su carácter popular y su capacidad para despertar energías nacionales y juveniles. Aunque también el límite de la fascistización estaba claro: la divinización de la patria y el Estado. Por encima de cualquier otra cosa, el referente de la CEDA seguía siendo la Iglesia.

---

[20] Sobre la fascistización de las derechas españolas sigue siendo útil, para una visión coetánea fascista del problema, Ramiro Ledesma (pseud. Roberto Lanzas), *¿Fascismo en España?*, Ediciones «La Conquista del Estado», Madrid, 1935. Desde la perspectiva historiográfica, véanse Javier Jiménez Campo, *El fascismo en la crisis de la II República*, CIS, Madrid, 1979 ; Rafael del Águila Tejerina, *Ideología y fascismo,* Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1982 ; Antonio Elorza, «Las variantes del fascismo (1931-1936)», en J. Antón y M. Caminal (coords.), *Pensamiento Político en la España contemporánea, 1800-1950*, Teide, Barcelona, 1992, pp. 988-1041; Ricardo Chueca y José R. Montero, «El fascismo en España: elementos para una interpretación», *Historia Contemporánea,* 8 (1992). pp. 215-247.

También los tradicionalistas se fascistizaron, aunque tal vez en menor medida. Tenían las mismas prevenciones que la CEDA ante el estatismo fascista y, por ende, ante la dictadura misma y la propia idea del partido único. Pero admiraron la eficacia contrarrevolucionaria del fascismo, algunas de sus prácticas insurreccionales y hasta hicieron amagos de tomar algo de su radicalismo social. Mucho más decisiva a largo plazo sería la evolución del grupo de Acción Española hasta el punto de que se ha querido ver en ella, no sin fundamento, los orígenes ideológicos del franquismo [21]. En efecto, fieles a lo que habían sido sus objetivos originales, es decir, articular una doctrina moderna radical y contrarrevolucionaria, los hombres de este grupo procedieron a una sistematización del pensamiento reaccionario, combinando las aportaciones de Menéndez y Pelayo con las de Acción Francesa y adoptando del fascismo todo aquello que podía servir a sus objetivos contrarrevolucionarios. Pudieron codificar de este modo un nacionalismo *del Trono y del Altar*, con una base corporativa, abiertamente partidario de la dictadura y que no tenía el más mínimo problema en hacer del Estado italiano su más claro modelo. Claro que también había límites. La Iglesia y el poder de las elites tradicionales era lo que debería permanecer intocable en toda experiencia *fascista* española. Querían, por así decirlo, un Estado como el italiano, tan autoritario y represivo como éste, pero con más rey y menos *duce*, más ejército y menos milicia, más Iglesia y menos partido, más *orden* y menos populismo.

Por supuesto, todo esto no era fascismo, pero la fascistización de las derechas españolas pudo funcionar como receptáculo de la atracción que por el fascismo sentían determinados

---

[21] Raúl Morodo, *Los orígenes ideológicos del franquismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1985. Sin embargo, Morodo llegaba a la conclusión de que el franquismo era un régimen fascista cuya ideología no lo era, contribuyendo así una de las más notables confusiones en el estudio del franquismo en general y de Acción Española en particular. La confusión , en efecto, es tal que mientras algunos autores, como Pedro Carlos González Cuevas, inciden tanto en el déficit de modernidad de Acción Española que ésta termina por verse casi segregada de la familia nacionalista europea, la de Acción Francesa o la Asociación Nacionalista Italiana, otros, como Miguel Ángel Ruiz Carnicer, pueden afirmar pura y llanamente que Acción Española introdujo el fascismo en España. Cfr., Pedro Carlos González Cuevas, *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000; íd., *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Tecnos, Madrid, 1998; y Jordi Gracia García y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Síntesis, Madrid, 2001, p. 157.

sectores sociales que de otra forma podrían haber engrosado las filas de las genuinas formaciones fascistas españolas. El fracaso de estos grupos constituye precisamente la otra cara de la suerte del fascismo en la España republicana. ¿Cuáles fueron las causas de dicho fracaso? Lo primero que cabe decir al respecto es que tal fracaso fue, en principio, normal. Es decir, el estado *normal* de los partidos fascistas en el occidente europeo fue precisamente el de constituir una exigua minoría que sólo en algunos casos y en circunstancias excepcionales se convirtió en movimiento de masas[22]. En el caso español, esa situación puede explicarse también por las propias peculiaridades de un fascismo que en su línea hegemónica, la de José Antonio Primo de Rivera —él mismo hijo del dictador y con una imagen de *señorito* de la que no acertó a desprenderse nunca—, había aparecido excesivamente próximo a las fuerzas de la derecha tradicional y que cuando se distanció de ellas al adoptar un discurso revolucionario en los planos nacional y social, lo hizo sin renunciar por ello a un cierta imagen elitista y aristocratizante, muy alejada del clásico plebeyismo fascista.

Conviene llamar la atención sobre el hecho de que en la normalidad de ese fracaso del fascismo español estaba también la normalidad en el comportamiento de aquellas clases medias urbanas y modernas que en un momento determinado constituyeron la principal fuente en el apoyo de masas de los fascismos italiano y alemán. En este sentido, las clases medias españolas se comportaron como la mayor parte de las europeas y, especialmente, las francesas. Como éstas, en efecto, las clases medias españolas tendieron a mantener su fidelidad a los partidos republicanos. En los casos vasco y catalán esta circunstancia venía completada con la presencia de los propios movimientos nacionalistas. Como en el caso francés, por otra parte, la política del Frente Popular consiguió tender los necesarios puentes entre los partidos obreros, los partidos republicanos *burgueses* de izquierda y el nacionalismo democrático catalán, lo que ciertamente contribuyó a bloquear una posible deriva fascista de estos sectores sociales. Ni es casualidad, en fin, que en España como en Francia sólo una intervención militar —interna o externa— pudiera acabar con las respectivas democracias. Como veremos después, las semejanzas entre los dos países no acabarían ahí[23].

---

[22] Cfr. R. Griffin, *The Nature*, p. 44.

[23] Al respecto, I. Saz, «Les peculiaritats».

III. CONSTRUIR UNA DICTADURA EN TIEMPOS DE GUERRA

Fascistas y fascistizados fracasaron en igual medida en su asalto a la democracia republicana. De ahí el recurso último al golpe de Estado que condujo a la guerra civil. Ésta, a su vez, lo cambió todo. El ejército se convirtió en el eje de poder y la Iglesia, legitimadora de la guerra como *cruzada,* se convirtió pronto en el otro gran foco de poder. El gran partido de la derecha, la CEDA, se esfumó, aunque uno de sus más fascistizados militantes, amigo de José Antonio Primo de Rivera y cuñado de Franco, Ramón Serrano Suñer, estaba destinado a ganar un extraordinario protagonismo. Bien situada en el nuevo contexto estaba la gente de Acción Española. Siempre había apostado por la vía del golpe de Estado y por las elites económicas y sociales. La Iglesia y los militares constituían ejes fundamentales de su propio proyecto político. De modo que en los primeros meses del conflicto hombres de esa procedencia pudieron desempeñar un importante papel, contribuyeron de forma destacada a la promoción de Franco a la jefatura del Ejército y del Estado y siguieron pesando en lo sucesivo en el entorno del Caudillo.

El conflicto, sin embargo, se convirtió pronto en una guerra de masas, y en este contexto los mejor situados eran los tradicionalistas y los falangistas. Ambos tenían el prestigio de haber defendido siempre la vía violenta para la destrucción de la democracia española, ambos tenían una estructura militar y ambos tenían vocación de movimiento de masas. Las milicias de unos y otros se convertirían en el principal medio de encuadramiento civil en la lucha armada. Por otra parte, los carlistas tenían una importante base de masas sólo en Navarra y las provincias vascas, tenían un discurso que incluso para muchos sectores que apoyaban a los sublevados parecía en exceso retrógrado y estaban divididos entre aquellos de sus dirigentes más propensos a alcanzar acuerdos con los militares y otras formaciones políticas y aquellos otros dispuestos a defender la implantación a ultranza de sus propios objetivos. No tardaría en imponerse este último sector, el más vinculado al *stablishment* y más cercano a las posiciones de Acción Española[24].

Para los fascistas españoles, la guerra se había erigido en una de esas situaciones excepcionales que propiciaban su conversión en un

---

[24] Véase especialmente, Javier Ugarte Tellería, *La nueva Covadonga insurgente*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.

partido de masas. Además de las ventajas reseñadas, tenían una implantación geográfica más amplia y uniforme; tenían a sus espaldas todo un martirologio, producto de sus actividades terroristas durante la República; su mística de la violencia era la más adecuada para una brutal guerra civil; su lenguaje, moderno y revolucionario, resultaba atractivo para amplios sectores de las modernas clases medias; como partido fascista pudo llevar a cabo las tareas de limpieza política al tiempo que se ofrecía como cauce de integración para los seguidores de los partidos revolucionarios en nombre de otra revolución, nacional y social[25]. Pero también los falangistas tenían sus problemas. Se habían convertido en un partido de aluvión, descabezado por la muerte de sus principales dirigentes, cantonalizado y políticamente dividido entre quienes apoyaban al Jefe de la provisional Junta de Mando, Manuel Hedilla, y los llamados *legitimistas* aglutinados en torno a la hermana del fundador, Pilar Primo de Rivera[26].

En esta compleja situación y en apenas medio año se crearon los fundamentos del nuevo régimen. El primero de ellos fue la unificación del mando militar en la persona del general Franco. Aunque los militares sublevados constituyeron en los primeros días del conflicto una Junta de Defensa Nacional presidida por el general Cabanellas, pronto quedó claro que los hombres fuertes eran los generales Mola, Queipo de Llano y Franco. Este último era el mejor situado de todos ellos. Estaba al mando del principal contingente de tropas, el ejército de África, había protagonizado las negociaciones para la ayuda de los países del Eje, ante los que se había presentado sin rebozo alguno como jefe de la sublevación, y contaba con el apoyo de los monárquicos. En dos reuniones sucesivas de la Junta de Defensa Nacional, los días 21 y 28 de septiembre de 1936, Franco consiguió su nombramiento como Generalísimo de los ejércitos y como Jefe del Gobierno del Estado español. Esto último fue enseguida hábilmente transmutado en Jefe del Estado Español.

Se habían colocado así los dos principales pilares del franquismo, la jefatura militar y la del Estado. Entre otras cosas, porque si alguien tenía claro que la provisionalidad de ambas jefaturas había

---

[25] José Luis Rodríguez Jiménez, *Historia de Falange Española de las JONS*, Alianza Editorial, Madrid, 2000, pp. 245-282.

[26] Cfr., Joan Maria Thomàs, *Lo que fue la Falange*, Plaza y Janés, Barcelona, 1999, pp. 131 y ss.; Javier Tusell, *Franco en la guerra civil. Una biografía política*, Tusquets, Barcelona, 1992, pp. 91-95.

de quedar en mera apariencia, ése era el propio Franco[27]. Lo que no quiere decir que su posición fuese sólida: se le había promocionado a la espera de lo que se consideraba inminente toma de Madrid y hombres como Mola o Queipo podían constituir todavía rivales potenciales de cara al que se suponía próximo fin del conflicto. Pero éste no tendría lugar, como se esperaba, ni en noviembre ni en los meses sucesivos. Más aún, con la derrota de Guadalajara en marzo de 1937 se alejaría definitivamente el supuesto de la guerra breve. En este contexto, el problema de la unificación de las fuerzas políticas que apoyaban la sublevación se convirtió en el eje de la vida política.

El primer paso en dicha dirección fue un episodio relacionado con la pretensión carlista de constituir una Real Academia Militar de Requetés, lo que fue considerado por Franco como todo un desafío a sus recién estrenados poderes. Su reacción fue fulminante: se forzó el exilio del líder carlista Fal Conde y se promulgó un decreto en diciembre de 1936 que establecía la militarización de las milicias. Más importantes serían los efectos políticos. Por una parte, se ahondó la división en el seno del carlismo al tiempo que se reforzaba la posición del sector más posibilista y próximo a Franco encabezado por el conde de Rodezno. Por otra, sin que mediara acción por su parte, el partido fascista se había visto privado de golpe de una de las bases fundamentales de su autonomía, la milicia.

El siguiente paso fue la propia unificación de las fuerzas políticas, de la que todos eran partidarios. Aunque no todos entendían lo mismo por ella. Para los sectores conservadores tal unificación debía tener los perfiles más laxos posibles. Para los falangistas se trataba, por el contrario, de su constitución como partido único mediante un proceso de absorción del resto de las fuerzas políticas. Todos tenían claro a su vez que los protagonistas fundamentales de la unificación debían ser las dos grandes formaciones de masas, tradicionalistas y falangistas. Como pasaría a ser norma en el proceso de afirmación del caudillaje franquista, todos tenían claro que la operación tenía que contar con la bendición de Franco pero temían al mismo tiempo que éste y su entorno pudieran tomar una decisión contraria a sus intereses. De ahí que falangistas y tradicionalistas intentaran una *unificación por abajo*, cuyo fracaso les dejaría precisamente más cerca del espectro que habían querido alejar.

---

[27] Paul Preston, *Franco. «Caudillo de España»*, Grijalbo, Barcelona, 1994, 234-235.

El problema de la unificación estaba, pues, en el orden del día. Incluso los aliados del Eje y en particular Mussolini urgían a Franco para que la acometiese. Éste sabía sorprendentemente bien lo que quería, tal y como se exponía en un documento remitido a los italianos en el que se ponen de manifiesto algunos de los fundamentos de lo que era y habría de ser el franquismo [28]. Sobre todo, porque lo que se expresaba en ese documento con claridad meridiana era que Franco consideraba que él mismo tenía su propia, y no desde luego la menor o menos importante, base de masas. En efecto, no serían dos sino *tres* las grandes masas nacionales. Las dos primeras, las tradicionalistas y falangistas, serían relevantes, sí, aunque tampoco habría que exagerar su importancia. El crecimiento de sus milicias habría tenido algo de natural, pero también bastante de artificial: las milicias eran más cómodas que la disciplina del ejército y éste habría inducido a muchos a incorporarse a ellas; muchos rojos se habrían integrado en ellas en busca de protección, por oportunismo o como un medio para generar problemas; la principal contribución falangista se habría dado en la retaguardia, en operaciones de control y limpieza, mientras que en el frente —nótese lo significativo de la alusión— su actuación no había hecho desmerecer a la de los monárquicos. La tercera masa nacional, la no encuadrada en ninguna de las dos anteriores, se presuponía absolutamente fiel al Caudillo.

Éstas eran las premisas. Franco era el jefe del Ejército y del Estado y disponía de sus propias masas. Por otra parte, Falange y Requeté habrían tenido un comportamiento poco leal, al negociar «al margen del Estado». De la primera, sería aprovechable casi todo menos sus mandos, «deficientes y sin claridad», y lo mismo podría decirse de la segunda, aunque *algunos* de sus líderes siguieran empecinados en la cuestión monárquica. Por lo demás, el lema carlista «Dios, Patria y Rey» sería plenamente compatible con el ideario falangista y la unificación necesaria. Había que crear «un gran partido del Estado, que le sirva de masa de opinión organizada, que forme la base de su apoyo y difusión de su política, recibiendo de él las aspiraciones e ideales nacionales, que completen en contacto directo con los gobernados, las orientaciones que en materia social, económica, cultural o de política interior, ha de imprimir aquel Gobierno al Estado». Ese gran Partido Nacional habría de tener las características de Falange Española y aun consti-

---

[28] Véase, Ismael Saz, «Salamanca, 1937: Los fundamentos de un régimen», *Revista de Extremadura*, 21 (1996), pp. 81-107 (93-96).

tuirse sobre ella, siempre y cuando ésta facilitase la tarea « con su incorporación total al Estado». De lo contrario se haría sin ella.

No se podría expresar mejor lo que iba a constituir la esencia del franquismo: un partido *del* Estado, que se *incorpora* al Estado, que *sirve* de masa de opinión al Estado, que *completa* las orientaciones del Gobierno. Esto era lo fundamental; y lo accesorio, aunque aconsejable, que se hiciera con la propia Falange. Ésta era también la estrategia de la unificación, por más que Franco no tuviese todavía claro el *cómo* y el *cuándo* y hubiera de esperar a que los propios falangistas, con sus enfrentamientos internos del 15 al 17 de abril en Salamanca, propiciaran la ocasión para *decretar* la unificación de falangistas y tradicionalistas en una sola organización política: FET de las JONS. Se trataba, como es ampliamente conocido, de un auténtico «golpe de Estado a la inversa[29], por el que el Estado se apropiaba del partido, dictaba la composición de sus órganos de gobierno, prescindiendo de su anterior dirección, y sancionaba el mínimo atisbo de desacuerdo con la condena a dos penas de muerte —luego no ejecutadas— a su anterior Jefe, Manuel Hedilla. A sus iniciales poderes Franco había añadido ahora su condición de Jefe del partido único.

Con la unificación por arriba y por decreto se había conseguido la subordinación definitiva del Partido al Estado. O dicho de otro modo: con los materiales proporcionados por los dos grandes partidos de masas se había construido un tipo de organización que se correspondía bastante mejor con la propiciada por Acción Española que por la propia Falange. No por casualidad, a pesar de no tratarse propiamente de un partido político, Acción Española sería la única fuerza explícitamente invitada a sumarse al partido unificado[30]. Pero hay otro aspecto que merece destacarse del decreto de unificación que redunda en la misma dirección y que abriría otra de las constantes del franquismo, el de la caracterización de FET y de las JONS. ¿Era un partido o era un movimiento? En el futuro sería simultánea o sucesivamente ambas cosas, Partido casi siempre para los falangistas, Movimiento casi siempre para sus rivales, un terreno en disputa, en suma. Por el momento, el decreto no se pronunciaba. Se afirmaba que el nuevo Estado sería totalitario, pero la nueva organización era definida, eludiendo el término partido, como *nueva entidad política.* Una entidad intermedia entre la sociedad y

---

[29] Dionisio Ridruejo, *Escrito en España,* Losada, Buenos Aires, 1964, p. 76.

[30] Eugenio Vegas Latapié, *Los caminos del desengaño. Memorias políticas (II) 1936-1938,* Tebas, Madrid, 1987, pp. 254 y ss.

el Estado, que debía llevar al último el aliento del pueblo y a éste el pensamiento del Estado.

Podría decirse, por tanto, que se estaba cumpliendo por completo el proyecto de los fascistizados. Así era en parte, pero no del todo. Por una parte, el programa oficial de la nueva entidad iba a ser el de los veintiséis —que ya no veintisiete[31]— puntos de la Falange original. Por otra parte, y sobre todo, la subordinación del Partido al Estado lejos de frenar el proceso de fascistización en curso lo aceleró. En efecto, la unificación resultó fallida especialmente en lo que respecta a los tradicionalistas y muy pronto el nuevo partido se fue definiendo como la continuidad en lo esencial de la vieja Falange. Mucho tenía que ver en esto el propio arbitraje de Franco, bien aconsejado ahora por su cuñado Serrano Suñer. Si el objetivo de la conquista del partido era hacerse con una base de masas organizada, era esencial superar la fractura con los falangistas. Estos, a su vez, privados de toda autonomía y subordinados a Franco ya no tenían otra baza que jugar que la del propio Franco. Por eso mismo se convirtieron en sus más fieles seguidores. Habían sido capturados por Franco, ahora sólo podían *entregarse* a él con la esperanza de que él hiciese lo propio con la Falange[32]. Mientras que los otros miembros de la alianza informal disponían de otras cartas y unos objetivos —como la restauración de la Monarquía— que no siempre estaban de acuerdo con los del Caudillo. Para éste en lo sucesivo el partido, *su* partido, se convertiría en pieza básica de su sistema y un instrumento imprescindible para asegurar su propio arbitraje.

La formación del primer gobierno del general Franco en febrero de 1938 constituyó otra plasmación de por dónde iban los equilibrios que se estaban forjando entre los distintos integrantes del compromiso autoritario y que se mantendrían sustancialmente estables en las décadas sucesivas. Un primer postulado había quedado claro en el proceso de unificación y ahora sería ratificado: el go-

[31] El punto 27, *desaparecido* con el Decreto de Unificación, decía: «Nos afanaremos por triunfar en la lucha con sólo las fuerzas sujetas a nuestra disciplina. Pactaremos muy poco. Sólo en el empuje final para la conquista del Estado gestionará el mando las colaboraciones necesarias, siempre que esté asegurado nuestro predominio». Es decir, el punto apostaba por una vía de acceso al poder que era justamente lo contrario de lo que había sucedido. Borrando el punto, incluso retrospectivamente, se borraban las huellas de la captura del partido por el Estado.

[32] Cfr., Dionisio Ridruejo, «La Falange y su Caudillo», *FE. Doctrina del Estado Nacionalsindicalista*, 4-5 (marzo-abril 1938), pp.35-38.

bierno gobernaría, esto es, constituiría el eje de la vida política de la nación; y sería además más *técnico* que *político.* Estaría, por lo tanto, por encima del Partido. Más allá de esto, el gobierno fue, y lo sería en lo sucesivo, esencialmente plural. Todos los sectores políticos y sociales del compromiso autoritario estarían representados en él aunque fuera siempre Franco quien designase al *representante.* Las principales áreas ministeriales, en las que los ministros gozaron también de una relativa autonomía, fueron a aquellos sectores más interesados en ellas. Así, en general, los ministerios militares fueron detentados por los militares; educación y justicia estuvieron en manos de católicos; los ministerios económicos fueron ocupados por personas provenientes o muy próximas a estos medios; en cambio, los ministerios sociales, además de los sindicatos, recayeron en el partido único. Éstas eran las bases del compromiso autoritario sobre el que se sustentó el régimen. Y hay que decir que estas bases se demostraron sustancialmente estables. Por esa misma razón, porque el gobierno gobernaba y porque todo el mundo parecía tener asegurado el *mínimo* de lo que aspiraba, el nuevo Estado pudo afrontar el proceso de su propia construcción sin entrar en un proceso de lucha de todos contra todos como el que condujo en Alemania y, en mucha menor medida, en Italia, a una progresiva fragmentación del Estado.

Naturalmente, esto no quiere decir que no existiesen rivalidades o enfrentamientos entre los distintos sectores de la coalición. El objetivo totalitario falangista no había desaparecido en modo alguno, lo que situaba al partido en una posición de potencial enfrentamiento con sus aliados. En los meses sucesivos pareció incluso que el régimen entraba en un proceso de acelerada fascistización [33]. Fascista, totalitario, revolucionario e imperial fue el discurso dominante. Con la constitución del Consejo Nacional y la Junta Política, se produjo un proceso de institucionalización, en apariencia dominante, del propio Partido. El Fuero del Trabajo, inspirado en buena parte en la *Carta del Lavoro* italiana, estaba lleno de resonancias fascistas. Siguiendo también el ejemplo de las dictaduras fascistas, se crearon los delegados del partido de distrito, sección y calle. Los proyectos sindicales barajados eran más radicales incluso que los de la vecina península. Y hasta Franco pareció sentirse a gusto adoptando las poses y actitudes de los otros *caudillos.* Tan claros, sin embargo, como los avances en esta línea de fascistización, fueron los límites. Desde luego, nada

[33] J. Tusell, *Franco en la Guerra Civil*, pp. 358 y ss.

de todo ello afectaba a los equilibrios en el seno de la institución fundamental, el gobierno. El discurso dominante tenía tanto de *fascista* como de *católico*. Cuantos intentos se hicieron de ir más lejos fueron frenados tajantemente. El mismo Fuero del Trabajo, por ejemplo, constituía un híbrido entre principios fascistas y tradicionalistas; se había inspirado, además de en Italia, en la mucho más conservadora experiencia portuguesa; radical como era en sus afirmaciones sindicalistas, dejaba a los trabajadores españoles más indefensos que a los italianos o alemanes. No se permitió ningún intento de sindicalización fascista de la economía.

IV. EL FASCISMO FALSIFICADO

Un nuevo impulso en este aparente proceso de imparable fascistización se experimentó tras el inicio de la guerra europea. De modo que a la altura de 1941 el partido único parecía estar en la mejor situación imaginable. Su principal punto de referencia y número dos del régimen, Serrano Suñer, controlaba el ministerio de Exteriores e indirectamente el de Interior, además de ostentar la presidencia de la Junta Política. La prensa y la propaganda, así como la censura, estaban en manos de fascistas radicales, como Dionisio Ridruejo o Antonio Tovar. Los sindicatos, en manos de Gerardo Salvador Merino, parecían acomodarse a las más radicales formas filonazis. Con el Frente de Juventudes y la Sección Femenina la penetración capilar en la sociedad parecía asegurada. Manifestaciones y concentraciones en las que no faltaba nada de la parafernalia fascista estaban al orden del día. España parecía haberse convertido por entero en un país fascista.

Pero sólo lo parecía. Ciertamente, sería un error reducir, como se hace a veces, toda esta presencia activa y aun amenazante del partido único a una posición marginal sin capacidad alguna de incidir en la vida política. Era una fuerza poderosa, aunque no hegemónica. Su presencia abrumadora era, en lo fundamental, una fachada que los fascistas españoles, al calor también de las aplastantes victorias alemanas de la primavera de 1941, quisieron convertir en realidad, alcanzando más férreas posiciones de poder en el interior y forzando la intervención en la guerra mundial. Revolución nacionalsindicalista en el interior y guerra en el exterior eran las dos caras inseparables del totalitarismo fascista. Por esta razón lanzaron una ofensiva cuyas líneas fundamentales nos son

conocidas[34]. En su discurso de Barcelona del 11 de enero de 1941, Serrano Suñer había recordado que tras las inevitables prioridades de la guerra civil se acercaba el tiempo de la revolución y advertido, al mismo tiempo, contra todo intento de abortar el Movimiento, lo que, según él, provocaría el desbordamiento demagógico sin evitar la revolución[35]. Una semana más tarde el vicesecretario del Partido, Pedro Gamero del Castillo, anunciaba el fin de toda pausa en la actitud revolucionaria[36]. En marzo era José Antonio Maravall quien en un comentario sobre Carl Schmitt, terminaba con una diatriba contra la técnica y apelaba abiertamente a «restaurar la primacía de la dirección política»[37]. A finales de abril, Dionisio Ridruejo haría un diagnóstico de la situación que bien podía interpretarse como un alegato para la acción[38]. Ya en mayo una orden ministerial de Antonio Tovar en su condición de subsecretario de Prensa y Propaganda eximía de la censura a la prensa del Partido. En un discurso de Serrano Suñer en Mota del Cuervo apenas se velaba la apuesta por el poder. Los hermanos Pilar y Miguel Primo de Rivera presentaron la dimisión de sus cargos en protesta por la subordinación del Partido. Demasiadas cosas como para que Franco y los militares no pensasen que esta vez la retórica falangista iba en serio; suficientes, para que se nombrara como ministro de Gobernación a un monárquico antifalangista, Valentín Galarza. La respuesta falangista, con un ofensivo artículo, presumiblemente, de Dionisio Ridruejo contra el nuevo ministro[39], sólo sirvió para propiciar la salida del propio Ridruejo y de Tovar de sus cargos en Prensa y Propaganda. La posterior cadena de dimisiones de jerarquías del Partido favoreció, en cambio, un movimiento de reequilibrio sobre el que volveremos más adelante.

---

[34] Véanse especialmente, Joan M.ª Thomas, *La Falange de Franco*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001, pp. 264-276; Stanley G. Payne, *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*, Planeta, Barcelona, 1997, pp. 528 y ss. Referencias. J. L. Rodríguez, *Historia de la Falange*, pp. 351 y ss; Paul Preston, *Franco, «Caudillo de España»*, Grijalbo, Barcelona, 1993, pp. 536 y ss.; Xavier Tusell y Genoveva García y Queipo de Llano, *Franco y Mussolini. La política española durante la segunda guerra mundial*, Planeta, Barcelona, 1985, pp. 128-135.

[35] Discurso pronunciado en el acto inaugural del V Congreso de la Sección Femenina, en Ramón Serrano Suñer, *De la victoria y la postguerra (Discursos)*, Ediciones FE, Madrid, 1941, pp. 171-172.

[36] »Nuevo mensaje falangista», *Arriba*, 12-1-1941; «La demagogia y la reacción», *Arriba*, 16-1-41; «El único proyecto de vida española», *Arriba*, 19-1-1941.

[37] José Antonio Maravall, «Sobre el tema de la técnica», *Arriba*, 4-3-1940.

[38] Dionisio Ridruejo, «Revolución y prudencia», *Arriba*, 22-4-1941; y, del mismo, «Ser revolucionarios», *Arriba*, 27-4-1941

[39] »Los puntos sobre las íes. El hombre y el currinche», *Arriba*, 7-5-1941.

Tan importante como todo esto, sin embargo, era el modo en que los falangistas describían la situación. Ponían claramente de manifiesto, por activa y por pasiva, que la España de la fachada fascista estaba lejos de constituir un efectivo régimen fascista. Por activa, porque los falangistas eran muy conscientes de la creciente hostilidad hacia ellos de importantes sectores de la Iglesia y el ejército, así como de la no menos creciente impopularidad del partido entre las clases populares. Y porque, como ponían de manifiesto en sus escritos de dimisión los hermanos del fundador, todo su poder era ficticio. Según Pilar Primo de Rivera, la Falange no sería sino «una lánguida desorganización» de la que sólo quedaría en pie la Sección Femenina, lo que para un partido «total, arriesgado, varonil y difícil» no era ciertamente decir mucho. Más descriptivo era el escrito de Miguel: el Partido estaría desprovisto por completo de medios, el Consejo Nacional sólo se habría reunido una vez, la Junta Política era una «desgraciada simulación», las milicias del Partido sólo existirían en «una Ley sin reglamentar», el Frente de Juventudes carecía de mando, los Sindicatos parecerían más un obstáculo que una solución y, por carecer, hasta el partido estaría privado de secretario general[40].

Que todo su poder era ficticio lo sabían también los falangistas por pasiva, en un modo que nos revela con claridad como éstos no carecían en absoluto de una perspectiva comparativa que les hacía percibir con rotundidad lo que era un Estado fascistizado o, como ellos mismos decían *falsificado.* Las referencias al respecto eran la Francia de Vichy, que precisamente había buscado fuentes de inspiración en las dictaduras de Franco y Salazar[41], y la Rumania de Antonescu. Para *Arriba*, en efecto, lo que se presentaba en Francia como «revolución nacional» tenía mucho de ficticio, frío y falso. En esto consistía precisamente la falsificación. Por una parte, la copia sería perfecta: «Dialécticamente el nuevo programa de reconstrucción francesa es impecable, y... tenemos que declarar que la rotulación es perfecta y que ya no hace falta más que comenzar a andar». Pero, por otra parte, todo sonaría a frialdad de despacho. No habría en Francia masas entusiastas de la regeneración nacional, ni una inmensa opinión nacional forjada en tiempos de persecución y «catacumbas», ni siquiera un dogma o doctrina nacional

---

[40] Ambos escritos en Jesús Palacios, *La España totalitaria*, Planeta, Barcelona, 1999, pp. 335-339.

[41] Philippe Burrin, *Fascisme, nazisme, autoritarisme*, Seuil, París, 2000, pp. 276-77.

capaz de lanzar a la juventud a la «algarada callejera» y a la «política militar y combatiente»[42]. Todo esto y nada más sería el «triste y lamentable caso de Francia». De una Francia que trataría de enfrentarse a su catástrofe «mediante la simulación totalitaria, puramente formalista, y, por lo tanto, sin entraña verdadera dejando vivir y renacer bajo la falsificación toda la vieja y culpable corrupción política». Hasta cierto punto similar sería «ese otro fantasma totalitario de Rumania», en la que se estaría tratando de «edificar un régimen o defender un Estado con viejos tópicos paternales, propios de dinastías y sistemas caducos, invocando la vaga buena fe general como arma de fusión popular». El régimen francés y el rumano no serían, en definitiva, sino manifestaciones de «pacifismo conservador, pillería infantil o incurable decadencia», simulaciones que traicionaban el verdadero destino de sus patrias, fraudes históricos, «fiambres averiados», una especie de «prestidigitación política con la que se pretende hacer pasar ante la Europa nueva el gato liberal por liebre totalitaria»[43].

Si los casos francés y rumano eran en todo esto similares, había algo en el segundo que lo hacía más próximo e inquietante, «ejemplarmente grave» y, por ende, sus lecciones más perentorias. A diferencia de Francia, en Rumania sí habría habido un movimiento revolucionario auténtico y entero, con voluntad de incorporar al pueblo a la empresa nacional, instaurar la justicia social y potenciar el destino colectivo. Ese movimiento, decapitado por el rey Carol, víctima a su vez de sus propios errores, había podido reemprender su marcha, pero para tener que afrontar un nuevo y violentísimo combate con las fuerzas de la reacción, que habían terminado finalmente por aplastarlo. El caso rumano era, pues, el de un «proceso revolucionario traicionado y escamoteado por la reacción»[44]. Tal reacción no había sido —recordamos— la protagonizada por un régimen por completo ajeno al movimiento fascista, sino por unas fuerzas hasta ese momento aliadas del movimiento y un dictador militar, Antonescu, cuya figura no era muy diferente, en el plano general de los equilibrios de poder, de la del propio Franco.

Como es lógico, esto último era omitido en el análisis que realizaba el periódico del Partido, pero esto no quiere decir que se ignorase que el resultado final tenía bastante que ver con lo que muchos deseaban para España: «La reacción, satisfecha, ha creído

---

[42] »La nueva Revolución francesa», *Arriba*, 2-2-1941.

[43] »Lo que está claro», *Arriba*, 18-2-1941.

[44] »El caos de la revolución estrangulada», *Arriba*, 26-1-1941.

que podía asumir el mando de ese movimiento para exhibirlo como etiqueta de su segundo mandato, sin compartir ni entender para nada su profundo sentido, su auténtica razón, su dogma, su propósito y su estilo. Han tomado para el disfraz del nuevo pastel —eso sí— todos los signos exteriores del Movimiento auténtico: retórica, saludo, himnos, emblemas, y no ha faltado ni siquiera un pequeño reparto de honores y puestos aparentes» [45].

No cabía mejor descripción de lo que era un régimen fascistizado —*falsificado*—, ni tampoco una percepción más clara de lo que se suponía querían los aliados-enemigos de Falange, aquellos que se apresuraban a considerar que la solución alcanzada en Rumania era ejemplar o que, fingiendo «tragarse el anzuelo», la reputaban aleccionadora. No era de extrañar por ello que *Arriba* se negase a dar por definitivo el resultado, predijese nuevos y graves enfrentamientos, anunciase el previsible triunfo final de la verdadera Rumania o profetizase, para el caso contrario, la posible «pérdida entera del país, incorporado al más fuerte de los diversos apetitos próximos». No. Lo que había triunfado en Rumania no era, como querrían algunos, una «dictadura eficaz», sino algo más parecido a un secuestro o una tiranía. Para que no fuera una cosa ni otra, para que fuera un verdadero Estado totalitario, no se podía prescindir de un movimiento «minoritario, intransigente, armado y victorioso, pleno de doctrina y de conciencia» [46].

Escritos estos artículos en la antesala de la crisis de mayo, parece claro que lo que hacía la prensa del partido era describir en relación con Francia o Rumania lo que temían terminase por suceder en España. Incluso, si lo relacionamos con cuanto se decía en los aludidos escritos de dimisión, lo que era ya la realidad española. Ése era el trasfondo de la ofensiva falangista de mayo y lo que se decía del Estado falsificado rumano puede aplicarse con bastante exactitud a cuanto sucedería en España tras el fracaso de la mencionada ofensiva. En efecto. La crisis se saldó con una nueva recomposición de los equilibrios de efectos decisivos. Los falangistas radicales perdieron el control de Interior y Prensa y Propaganda y el mismo Serrano, que mantendría durante un año el ministerio de Exteriores y la presidencia de la Junta Política, sufriría el ascenso de Carrero Blanco como consejero privilegiado de Franco. A cambio, otros falangistas habían medrado ostentosamente, había más ministros de Falange e incluso su presencia pública se dilataría. El

[45] Ibíd.
[46] Ibid.; «Lo que está claro», *Arriba*, 18-2-1941.

Partido ganaba con la nueva Vicesecretaría de Educación Popular el control de la prensa y la propaganda, pero era para ponerla en manos de un falangista, católico integrista y de absoluta fidelidad a Franco, Arias Salgado[47]. Nada de esto podía ocultar, sin embargo, que el Partido había perdido en la que había sido su última, de hecho única, ofensiva. Con ella, perdía todo proyecto político autónomo. El espejismo del régimen totalitario había mostrado su verdadera faz de «régimen falsificado». La derrota de mayo había servido para poner impúdicamente de manifiesto las profundas similitudes del régimen de Franco con los vituperados de Antonescu o Petain. El proyecto fascista de Falange podía darse por concluido.

El acuerdo tácito bien podría definirse como «a menos fascismo, más Falange»[48]. O, dicho de otro modo, cuanto más se alejara el Partido de sus presupuestos genuinamente fascistas mayor sería su presencia en el Estado. Esto es lo que se hizo de forma significativa en los meses siguientes. Los referentes fascistas fueron cayendo uno tras otro en nombre de una supuesta *desextranjerización* del partido único. De pura y genuinamente española, la Falange no tendría, ni habría tenido nunca, nada que ver con otras experiencias europeas. Sería por definición española, esto es, católica y tradicional. El totalitarismo de que había hecho gala el Estado español en los años precedentes sería por completo distinto del de Italia y Alemania; y de hecho pronto se empezó a decir que en realidad el totalitarismo falangista significaba lo contrario del totalitarismo[49]. El partido mismo fue sometido a un proceso de depuración, así como, tras la defenestración del radical Gerardo Salvador Merino, los sindicatos. En suma, Ejército, Iglesia y Partido, todo ello coronado por la figura de un Franco más Caudillo que nunca, se habían constituido en los nuevos *órdenes de lo imagi-*

[47] Ricardo Chueca, *El fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre FET-JONS*, CIS, Madrid, 1983, pp. 290-294; Álvaro Ferrary, *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos, 1936-1956*, EUNSA, Pamplona, 1993, pp. 178 y ss.; Francisco Sevillano Calero, *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo (1936-1951)*, Universidad de Alicante, Alicante, 1998, p. 62.

[48] «Hay motivos que permiten afirmar que en 1941 comenzó la etapa de mayor predominio falangista, precisamente por alejarse de la tendencia extranjerizante». Luis Suárez Fernández, *España, Franco y la Segunda Guerra Mundial. Desde 1939 hasta 1945*, Actas, Madrid, 1997, p. 315.

[49] Alfonso García Valdecasas, «Los Estados totalitarios y el Estado español», *Revista de Estudios Políticos*, 5 (1942), pp. 5-32; Javier Bedoya, «El sentido de la libertad en la doctrina falangista», *Revista de Estudios Políticos*, 10 (1943), pp. 313-334.

nario en el Partido y el Estado franquistas[50]. De este modo, se había recorrido una gran parte del camino en la dirección de la desfascitización, cuando todavía las armas alemanas dominaban Europa y antes aún de los sucesos de Begoña de agosto de 1942. Cuando, en el marco de un proceso de crecientes enfrentamientos entre falangistas y militares, se llegó a aquellos sucesos se consumó la caída de Serrano Suñer, con su salida de Exteriores y de la presidencia de la Junta Política. Un capítulo quedaba así definitivamente cerrado. El que había conducido a la configuración de una Falange pura y exclusivamente franquista.

Este capítulo no era, sin embargo, el último en la recomposición de los equilibrios de poder. En cierto modo, además, en el mismo momento en que se cerraba éste se abría otro, el relativo a un Ejército cuyos mandos eran todavía los de la guerra civil y que tenían todavía capacidad para interpelar a Franco desde una posición de relativa autonomía. La salida del Gobierno, a raíz de los sucesos de Begoña, de los militares antifalangistas Varela y Galarza bien puede considerarse el primer episodio de este mismo capítulo. El siguiente tuvo ya que ver con el cambio de signo del conflicto mundial y las presiones de los monárquicos a favor de un retorno de la vieja institución. Fue una ofensiva de signo contrario a la anterior, si se quiere tan débil como aquélla, pero con resultados similares. La participación de siete tenientes generales en estos movimientos de presión y su fracaso final supusieron el canto del cisne de la existencia de un ejército con cierta capacidad de interlocución. Franco dejó de ser definitivamente un *primus inter pares* para convertirse en el jefe absoluto e incuestionable[51].

A lo largo del conflicto mundial Franco había consolidado definitivamente su poder. Ahora había una *falange franquista* y un *ejército franquista*. El propio Franco se había convertido en el gran y de hecho único mito legitimador de su régimen. Por el camino ese régimen había perdido buena parte de sus referentes fascistas. Después de 1942 se habían acentuado aún más los rasgos de «españolización» del Partido y se había renunciado a buena parte del discurso fascista. Hubo también una cierta apertura a la idea de

---

[50] A glosar las fuentes militares y religiosas, además de falangistas —que ya no fascistas— del carismático caudillaje franquista se dedicaba por aquellas fechas muy oportunamente Francisco Javier Conde en el diario del Partido: «*Caudillo.* Doctrina del Caudillaje», *Arriba*, 4-8-2-1942. Recogido como «Espejo del Caudillaje», en Francisco Javier Conde, *Escritos y fragmentos políticos*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1973, pp. 364-394.

[51] X. Tusell y G. García, *Franco y Mussolini*, p. 289.

la Monarquía. Definido el régimen como católico por encima de todo, empezó a circular su autolegitimación como *democracia orgánica*[52]. Pero este proceso de desfascistización había marcado también sus propios límites. El mismo Partido se había, en cierto modo, *fascistizado del revés*. Es decir, había pasado de fascista a fascistizado. Lo que quiere decir que al renunciar a sus referentes fascistas, *extranjeros*, mantenía buena parte de su ideario y objetivos de constituirse en el centro de la vida política del país. Sobre todo, se había consolidado como un pilar imprescindible del régimen.

V. NACIONALCATOLICISMO, PERO NO SÓLO

En 1945, cuando se consumaba la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial, el régimen había alcanzado ya sus equilibrios sustanciales. Ciertamente, acosado por los vencedores y por la propia oposición monárquica, se acometieron toda una serie de cambios cosméticos orientados en lo fundamental a desactivar a unos y a otra. Se acentuaron algo las medidas de desfascitización superficial —como la desaparición del saludo romano— o la pérdida de rango ministerial de la Secretaría General del Movimiento. Las Cortes, que databan de 1942, pudieron ser presentadas como una reactivación de la más pura tradición española. Con el Fuero de los Españoles se perfilaba una especie de carta otorgada de derechos que venía a completar, al tiempo que a hacer olvidar un tanto, al anterior Fuero del Trabajo. La Ley de Referéndum parecía abrir una espita a la participación popular. La Ley de Sucesión de 1947 franqueaba la vía a una futura Monarquía, al tiempo que parecía sintetizar todo cuanto se había avanzado en los últimos tiempos en las vertientes católica, tradicional y de democracia orgánica: el régimen se definía como un «Estado católico, social y representativo, que, de acuerdo con su tradición, se declara constituido en Reino». Un año más tarde, se levantaría el Estado de guerra. Desde 1944 hubo elecciones sindicales y pronto municipales. Más adelante se constituirían los Jurados de Empresa.

Se trataba de cambios importantes cuya trascendencia a largo plazo, como veremos, es indudable. Pero, precisamente porque debemos remitirnos al largo plazo, tampoco debemos exagerar su importancia. La neutralización de la Secretaría General del Movi-

---

[52] P. Preston, *Franco*, p. 646.

miento fue transitoria y a la altura de 1951 se le devolvió su rango ministerial. Franco mismo, contra quienes intentaron persuadirlo de lo contrario, reafirmó la centralidad de Falange: toda la actividad política debía pasar por ella, era un instrumento «activo y eficaz» para la reforma social, «educa(ba) a la opinión y organiza(ba) fuerzas», constituía un «baluarte frente a la subversión», atraía hacía sí críticas que de otro modo irían hacia el Gobierno[53]. Las Cortes podían tener mucho de —supuestamente— tradicionales, pero no carecían de semejanzas con la fascista *Camara dei fasci e le corporazioni*. Los derechos otorgados en el Fuero de los Españoles eran pocos y fácilmente suprimibles, y sobre todo, en sus aspectos positivos, no se desarrollarían nunca. La Ley de Referéndum, como paradójicamente hicieron notar los ministros falangistas que se oponían a ella, tenía algo de la institución plebiscitaria propia de los regímenes totalitarios[54]. La Ley de Sucesión perpetuaba el poder de Franco de por vida y le reservaba el derecho a designar a su sucesor. El levantamiento del Estado de guerra se produjo en pleno *trienio del terror* y, desde luego, no impidió que los españoles siguiesen siendo juzgados por tribunales militares[55]. La Ley Municipal española de 1945 se inspiraba en la italiana de 1934, con la particularidad de que concedía menos márgenes de autonomía al poder municipal que el ejemplo transalpino[56]. La negociación colectiva que los trabajadores españoles verían reconocida en 1958, no había sido negada a los sindicatos fascistas de trabajadores y los Jurados de Empresa, de tan lenta y entrecortada implantación, recordaban a los Consejos de Confianza de la Alemania nazi[57]. En este plano al menos la desfascitización del régimen y su moderación *autoritaria* de los años cincuenta y sesenta sirvió para que la situación de los trabajadores españoles se aproximara en algunos aspectos a la de los italianos o alemanes de los años treinta.

Donde se produjo un cambio significativo en el terreno de los equilibrios de poder fue en lo relativo a la incorporación al Go-

---

[53] Javier Tusell, *Franco y los católicos*, Alianza Editorial, Madrid, 1984, p. 58.

[54] Id, p. 101.

[55] Francisco Moreno , «La represión en la posguerra», especialmente el capítulo dedicado a «La escalada hacia el "trienio del terror"», 1947-1949», en Santos Juliá (coord.), *Víctimas de la guerra civil*, Temas de Hoy, Madrid, 1999, pp. 369-405.

[56] Manuel Marín, «Franquisme i poder local. Construcció i consolidació dels ajuntaments feixistes a Catalunya, 1938-1949», *Recerques*, 31 (1995), pp. 37-52.

[57] Para la fuerte y en parte exitosa resistencia empresarial a la implantación de los Jurados de Empresa, véase especialmente, Carme Molinero y Pere Ysas, *Els industrials catalans durant el franquisme*, Eumo, Vic, 1991, pp. 69 y ss.

bierno de los católicos oficiales, esto es del catolicismo seglar más próximo a lo que había sido la experiencia de la CEDA, por una parte, y a las instituciones directamente vinculadas a la Iglesia, como Acción Católica, de otra. Todo ello simbolizado por la ocupación por Martín Artajo de la cartera de Exteriores [58]. La operación debía mucho, por supuesto, al intento del régimen de acreditar una imagen católica que le valiera nuevos y sustantivos apoyos exteriores, no en último término, desde luego, el del Vaticano. Pero suponía también la incorporación a posiciones de abierta colaboración de un sector del catolicismo distinto a los que hasta entonces habían tenido una representación más directa, los tradicionalistas y los monárquicos próximos a Acción Española. Respecto de los monárquicos en general, los católicos contaban además con la ventaja a los ojos de Franco de que eran bastante más dúctiles en todo lo relativo a la cuestión monárquica. Por otra parte, en términos de legitimación el régimen pudo beneficiarse extraordinariamente de este nuevo aporte. Tanto como la propia Iglesia que alcanzaría entonces una presencia sin precedentes en todos los ámbitos de la sociedad. Todo esto suponía, como se ha escrito, el apogeo del nacionalcatolicismo [59].

También en este terreno, sin embargo, conviene hacer algunas precisiones. Si es verdad que entonces la Iglesia anegó literalmente la vida de los españoles, también lo es que esta situación no era en absoluto nueva. Un cambio de grado en todo caso y nuevos protagonistas en un proceso de catolización general y forzada que se había iniciado ya en la guerra y que había sido el protagonista de importantes rivalidades y conflictos con el Partido [60]. Y también habría algo de paradójico en todo esto. Porque, así como no hay duda de que en los deseos de Martín Artajo y los católicos colaboracionistas estaba la voluntad de propiciar una progresiva aunque limitada aproximación al mundo político occidental, tampoco la hay de que sus propuestas liberalizadoras cosecharon en lo sustancial un rotundo fracaso. Ni Franco ni el cada vez más influyente Carrero estaban dispuestos a romper con las líneas predefinidas. Ahí estribaba precisamente la paradoja. En el momento en que el catolicismo *oficial* pa-

---

[58] Para todo esto, Javier Tusell, *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Alianza Editorial, Madrid, 1984.

[59] S. Payne, *El régimen de Franco*, p. 374.

[60] Cfr., J. Andrés-Gallego, *¿Fascismo o Estado católico?;* Á. Ferrary, *Franquismo;* Gonzalo Redondo, *Política, cultura y sociedad en la España de Franco, 1939-1975; T. I. La configuración del Estado español, nacional y católico (1939-1947)*, EUNSA, Pamplona, 1999.

recía reemplazar al catolicismo monárquico, era el programa de Acción Española el que en lo sustancial se estaba aplicando[61]. Desde este punto de vista, el creciente protagonismo de un Carrero enemigo declarado del Partido totalitario, al que contraponía la necesidad de «doscientos administradores eficaces», y su apuesta por la creación de un «cuerpo de doctrina nacional» eran plenamente significativos[62]. Por una parte, tenía evidentes puntos de contacto con los planteamientos de Acción Española, por otra, anticipaba mucho de lo que sería la eficaz administración, años más tarde, de los tecnócratas del Opus Dei. Salvadas todas las distancias, el papel que respecto de la Falange revolucionaria había desempeñado Serrano Suñer es el que iban a jugar respecto de los herederos de Acción Española, los hombres del Opus Dei, el nuevo valido de Franco.

Por supuesto, faltaba aún un tiempo para que se llegase a este nuevo recambio. Antes hubo de experimentarse la relativa pero muy importante liberalización de la autarquía a principios de los años cincuenta y el agotamiento final de ese modelo económico, con los correspondientes estrangulamientos económicos y la nueva conflictividad social a la que había conducido esa misma política económica y la demagogia populista del ministro Girón. Hubo de producirse también la crisis de 1956 que marcó el principio del fin de la ruptura con el régimen del mundo universitario y cultural. Y hubo de producirse, en fin, ya en 1957, el último intento falangista, protagonizado por el incombustible Arrese, de hacer de Falange el núcleo y centro de la vida política. Con el fracaso de éste se produciría el primer desembarco de la gente del Opus en el Gobierno y altas esferas de la Administración y el inicio de una nueva fase política, económica, social y cultural.

Nada de todo esto podría entenderse, sin embargo, sin tener en cuenta los importantes debates políticos y culturales que tuvieron lugar a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta. Estas polémicas, que quedaron epitomizadas por el *España como problema* de Pedro Laín Entralgo y el *España sin problema* de Rafael Calvo Serer, supusieron mucho más que un debate cultural[63]. De hecho, la primera posición, la de Laín, llevaba implícita la idea falangista de la revolución pendiente en los planos nacional y social.

---

[61] Véase en el mismo sentido, S. Payne, *El régimen de Franco*, p. 427.

[62] Javier Tusell, *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco*, Temas de Hoy, Madrid, 1993, pp. 60 y 74-75

[63] Elías Díaz, *Pensamiento español en la era de Franco*, Tecnos, Madrid, 1992 (2.ª), pp. 52-58; J. Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 312 y ss.; Á. Ferrary, *Franquismo*, p. 313 y ss.

La idea de que el régimen debía emprender una línea de desarrollo en sentido falangista que volviera a dar al Partido el protagonismo que había perdido. La de Calvo Serer y otros miembros del Opus como Pérez Embid, al defender la idea de que con la victoria de 1939 España había dejado de ser *un problema,* aunque pudiera tener *muchos problemas,* apuntaba justamente en la dirección contraria. La «españolización en los fines y europeización en los medios» de este último resumía perfectamente esta perspectiva [64]. Revolución pendiente apoyada en el partido y en sus juventudes con el SEU como punta de lanza, frente a un nacionalcatolicismo a ultranza, defensor de la más cerrada ortodoxia y absolutamente excluyente. Buscando unos líneas de apertura con la vieja España laica y secular, la de los Unamuno y Ortega que había estado en sus propios orígenes intelectuales; redundando los otros en la política de la anti-España. Era un nuevo choque ideológico y político entre los dos nacionalismos que habían estado desde el principio en la base del régimen: el de procedencia fascista y el de Acción Española.

No es de extrañar que desde esta perspectiva se produjeran ciertos elementos de convergencia, sobre todo a partir de 1951, entre la línea de renovación del partido, con una presencia destacada de antiguos fascistas radicales como los Laín, Tovar y Ridruejo, apoyados especialmente por la nueva efervescencia revolucionaria del SEU y hasta por la propia Secretaría General del Movimiento, y el más abierto de los católicos colaboracionistas, el Joaquín Ruiz Giménez, católico y falangista, que ostentaba desde 1951 la cartera de Educación. Como no es de extrañar tampoco que para el sector contrario y su portaestandarte, Calvo Serer, tal convergencia no fuese otra cosa que la conjunción entre «oportunistas revolucionarios» y «demócratas cristianos complacientes» [65]. Era evidente, para este último, que ambos se estaban alejando de la esencia programática del régimen del 18 de julio, que para él era, por supuesto, el nacionalcatolicismo sin concesión alguna al liberalismo político pero con las perspectivas de modernización económica que habían forjado en su tiempo los hombres de Acción Española [66].

---

[64] Rafael Calvo Serer, «España, sin problema» y Florentino Pérez Embid, «Ante la nueva actualidad del "problema de España"», ambos en *Arbor,* 45-46 (1949), respectivamente, pp. 160-173 y 149-160.

[65] Cfr., Javier Tusell, *Franco y los católicos,* p. 330.

[66] La continuidad entre Acción Española y el Opus Dei ha sido subrayada por José Luis Villacañas, «El proyecto de Maeztu se presentaba ahora como el proyecto del Opus Dei». *Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España,* Espasa, Madrid, 2000, p. 463.

La polémica se enardeció hasta finales de 1953, momento en que de nuevo fue *moderada* desde el poder. Perdedores de algún modo lo fueron todos. Los falangistas *revolucionarios* y los monárquicos *reaccionarios*. Del bloqueo de las perspectivas renovadoras y revolucionarias vendrían no mucho más tarde los sucesos de 1956 y el alejamiento del régimen de algunos falangistas, a los que sí se podría caracterizar a partir de entonces como *liberales*. Pero los otros perdedores, los de Calvo Serer y el Opus Dei, lo fueron sólo superficialmente y por poco tiempo. Su programa era el que se iba a poner en marcha a partir de 1957. Pero conviene recordarlo, ése era el programa de Acción Española tanto como los tecnócratas del Opus Dei eran sus continuadores, por más que esto no se dijese. Basta recordar, al efecto, el elenco de nombres barajados por Calvo Serer ante Franco como un eventual equipo de recambio: Juan José López Ibor, José Pemartín, Gonzalo Fernández de la Mora, Florentino Pérez Embid, José Luis Vázquez Dodero, Eugenio Vegas Latapie, Juan Antonio Bravo, el conde de Ruiseñeda, Laureano López Rodó [67]. Pasado y futuro. *Acción Española* y *tecnocracia*. Cuando López Rodó defina el arte de gobernar como el de solucionar un problema sin generar otros mayores, no hará sino continuar una línea que hundía sus raíces en el primado de la técnica sobre la política, que veíamos afirmarse en los tiempos del decreto de unificación, en la de los «doscientos administradores eficaces» de Carrero o en el *España sin problema* de Calvo Serer y Pérez Embid.

VI. DESPUÉS DE 1957. MUCHOS CAMBIOS Y OTRAS TANTAS CONTINUIDADES

El cambio de 1957 fue en apariencia tan radical como lo fueron sus efectos económicos, sociales y culturales. Pero, de nuevo, no debe exagerarse. Del mismo modo que en términos económicos sería inconcebible pensar en el extraordinario crecimiento de los años sesenta sin tener en cuanta la magnitud del experimentado en la década precedente y las contradicciones —estrangulamientos— por éste producidos, lo mismo puede decirse, por las razones apuntadas, de los cambios políticos. Ciertamente, los tecnócratas del Opus Dei racionalizaron la administración, la sanidad, la educación y, con la reinserción de la economía española en la mundial, pro-

[67] Cfr., A. Ferrary, *El franquismo,* p. 359.

piciaron el más formidable salto económico de la España del siglo XX. El mismo Estado creció y fue posible establecer una separación entre régimen y administración que iba a permitir a muchos no franquistas distinguir entre lo que era servir a uno u otra. La negociación colectiva se desarrolló y consolidó y ello permitió que nuevas generaciones de trabajadores se formaran en una cultura que podía ser de lucha y reivindicativa, pero que no era ya la de los revolucionarios de la Segunda República. La apertura política limitada llevaba implícito el retorno de la sociedad civil al propiciar la reaparición de los conflictos latentes en la sociedad y un cambio de mentalidad en las elites religiosas, políticas y sociales. La represión se amortiguó algo más y, con la creación del TOP, los españoles pudieron ser juzgados por primera vez desde el inicio del régimen por tribunales civiles.

Todo esto ha podido ser valorado como un conjunto de cambios que, con independencia de la voluntad de sus promotores gubernamentales, contribuiría decisivamente a hacer posible la transición a la democracia [68]. Existen pocas dudas de ello. Sin embargo, acentuar en exceso estos aspectos puede conducir a una pérdida de perspectiva acerca de los sustanciales elementos de continuidad respecto de las fases anteriores de la dictadura. En el terreno de la evolución del compromiso autoritario o coalición reaccionaria, en primer lugar. Existen pocas dudas de que los sectores industriales y financieros constituyeron hasta el final uno de los soportes, además de principales beneficiarios, del régimen. Si ya en las últimas décadas de la dictadura hubo algunas excepciones en lo que a posiciones democráticas se refiere, como por ejemplo en Cataluña, éstas no dejaron de constituir una excepción, también en Cataluña [69]. Pocas dudas hay respecto de la identificación aplastantemente mayoritaria del Ejército con el régimen, por más que aquél fuese acostumbrado a *obedecer* por éste [70]. Más complejo resultaría el

---

68 José Casanova, «Modernización y democratización: reflexiones sobre la transición española a la democracia», en Teresa Carnero Arbat (ed.), *Modernización, desarrollo político y cambio social*, Alianza Editorial, Madrid, 1992; Santos Juliá, «Transiciones a la democracia en la España del siglo XX», *Sistema,* 84 (1994), pp. 25-40; Víctor Pérez Díaz, *La primacía de la sociedad civil*, Alianza Editorial, Madrid. 1993; Charles Powell, *España en democracia, 1975-2000. Las claves de la profunda transformación de España*, Plaza y Janés, Barcelona, 2001, pp. 17-123.

69 Carme Molinero y Pere Ysas, *El règim franquista. Feixisme, modernització i consens,* Vic, Eumo, 1992, p. 97.

70 Gabriel Cardona, *Franco y sus generales. La manicura del tigre*, Temas de Hoy, Madrid, 2001.

discurso en lo relativo a la burocracia. Es evidente que hubo un número creciente de servidores de la Administración que no se identificaban con la dictadura, pero aquí se corre una vez más el riesgo de tomar la parte por el todo, especialmente si fijamos la atención en los estratos medios y superiores de la Administración o en las instituciones parasitarias del Movimiento. La Iglesia es, desde luego, entre los integrantes del compromiso autoritario, el que más claramente se distanció del régimen. Sin embargo, este distanciamiento fue parcial, radical pero sólo en los estratos inferiores del clero, tardío en lo relativo a la jerarquía y no impidió que hasta el momento mismo de su desaparición la Iglesia formase parte del entramado institucional del propio régimen.

A pesar de perder continuamente peso, el Movimiento siguió constituyendo hasta el final una pieza esencial del régimen. A veces con un mero poder de bloqueo, a veces asumiendo iniciativas que eran igualmente paralizadas por los sectores rivales. El propio *desarrollo político* de los sesenta y la crisis final del régimen puede explicarse desde esta perspectiva. En efecto, ninguna de las dos líneas *aperturistas* de los años sesenta pueden ser consideradas ni siquiera como *tendencialmente* democráticas y liberales, siendo, como lo eran, concebidas para asegurar la continuidad del régimen. La de los hombres del Opus Dei seguía, como decíamos, la línea de Acción Española, desde una perspectiva ya por completo desfascistizada: una administración eficiente y sin política, con un Movimiento reducido a «comunión» de todos los españoles y lo más alejado posible de la idea del Partido único, con la garantía de ciertos derechos civiles mínimos, que eran para las mujeres ínfimos, con un programa económicamente modernizador y todo ello coronado con la re-instaruración de la Monarquía. La Ley Orgánica del Estado y la proclamación de Juan Carlos como sucesor a título de rey significaban, en un sentido amplio, el cumplimiento y coronación del programa de Acción Española. Pero estos nacionalistas desfascistizados no estaban solos. Estaba también el otro sector, el de los antiguos fascistas y muchos fascistizados, el del Movimiento, que tenía también, como de hecho los había tenido siempre, sus propios proyectos de renovación y consolidación del régimen. Era el aperturismo de un Solís que a través de los Sindicatos y las propias Asociaciones quería volver a hacer del Movimiento el gran canal de participación de los españoles en la vida política y, por ende, el centro, otra vez, de la vida política.

Seguían siendo, pues, en lo fundamental proyectos alternativos de desarrollo político *del* régimen que en sus trazos fundamentales

continuaban las líneas de desavenencia de los años de la guerra civil, de los cuarenta y de los cincuenta. Dos serían las consecuencias fundamentales de este proceso. Por una parte, el acuerdo en que toda alternativa democrática debía ser cortada de raíz mediante el sempiterno recurso a una represión que crecería ostensiblemente hasta alcanzar cotas superiores incluso a las de la Italia fascista en los años treinta[71]. Por otra, el conflicto entre ambos sectores hasta llegar a una paralización recíproca. Desde este punto de vista es plenamente indicativo que la culminación del proyecto de uno de los sectores con la proclamación del Juan Carlos como sucesor, fuese acompañado del bloqueo de los proyectos, sindicales y asociativos del otro, el encabezado por Solís. El escándalo Matesa fue de algún modo la revancha del Movimiento. La imposición, con el denominado gobierno monocolor de 1969 del sector del Opus y Carrero, no supuso sino el inicio de una contraofensiva del nunca desaparecido Movimiento dispuesto a recuperar posiciones y en gran parte capaz de hacerlo. Fue esta compleja serie de situaciones y contradicciones la que abrió la crisis definitiva del régimen. La diferencia respecto de momentos anteriores es que ahora había una sociedad crecientemente movilizada que si bien no tenía fuerza como para derribar a la dictadura, tenía la capacidad suficiente para bloquear los diferentes proyectos de continuidad y renovación de la misma. Una capacidad de movilización suficiente como para que se agudizasen todas las contradicciones; para que al final algunos de los sectores del régimen apostasen por soluciones completamente inmovilistas y represivas y otros terminasen por abrirse a la inevitabilidad de alguna forma de democracia liberal más o menos restrictiva.

Continuidad y cambio, pues, en una dictadura que de principio a fin mantuvo sus mismos objetivos antidemocráticos, antiliberales y nacionalistas. Que de principio a fin descansó en una alianza reaccionaria o compromiso autoritario que, por más que conociese importantes oscilaciones en cuanto al peso relativo de sus integrantes o acusara crecientes grietas con el paso del tiempo, se mantuvo hasta el final. Que constituyó siempre un freno o corsé

---

[71] Véanse, Manuel Ballbé, *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, Madrid, 1983, pp. 425-430; Nicolás Sartorius y Javier Alfaya, *La memoria insumisa. Sobre la dictadura de Franco*, Espasa, Madrid, 2000, especialmente, pp. 235-290. Para la comparación con Italia, Ismael Saz, «Entre la hostilidad y el consentimiento. Valencia en la posguerra», en I. Saz y A. Gómez Roda (eds.), *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*, Episteme, Valencia, 1999, pp. 9-35.

para las potencialidades económicas, sociales, políticas y culturales del país. Que osciló entre dos proyectos antidemocráticos y antiliberales, de origen reaccionario y nacionalcatólico uno, de origen fascista el otro. Con una evolución que siguió a grandes rasgos las líneas programáticas del primero, pero con una presencia siempre importante y muchas veces paralizantes del otro, que había perdido por el camino algunos de sus rasgos fascistas, aunque no todos.

Salvo que se ponga en el haber de la dictadura su propia descomposición final, no hubo nada en la naturaleza del régimen que admitiese su evolución en dirección democrática. Si acaso sorprende lo contrario, su rigidez y cerrazón ante las demandas de una sociedad crecientemente movilizada. Todo esto tiene mucho que ver con el mantenimiento sustancial de los originales equilibrios de poder y sus principales componentes ideológicos. En última instancia, los de aquellos nacionalismos que habían empezado a forjarse en Europa en las primeras décadas del siglo. Los del nacionalismo reaccionario en clave genéricamente maurrasiana, que se impuso, y los del nacionalismo fascista, que nunca desaparecieron por completo. Por eso podemos hablar de un régimen nacionalista fascistizado. Lo suficientemente moderno y eficaz en sus componentes contrarrevolucionarios y en la delimitación de sus objetivos, estos sí, ferozmente enemigos de la modernidad demoliberal, como para conseguir hacer retroceder durante décadas el tiempo histórico de los españoles y frenar después el proceso de recuperación que la sociedad demandaba. A lo largo de cuarenta años, el franquismo no había navegado entre el Escila del nacionalismo genéricamente maurrasiano y el Caribdis fascista. Había tenido, él mismo, mucho de Escila y algo de Caribdis.

5. EL *ESTADO NOVO* SALAZARISTA: UNA DICTADURA AUTORITARIA Y CORPORATIVA

JOSEP SÁNCHEZ CERVELLÓ
Universitat Rovira i Virgili de Tarragona
jsc@fcj.urv.es

> «*No discutimos a Dios, ni a la virtud;*
> *no discutimos la Patria ni su Historia;*
> *no discutimos la familia ni su moral;*
> *no discutimos la gloria del trabajo y su deber.*»
>
> SALAZAR, 28-V-1936

I. ¿EL FASCISMO NUNCA EXISTIÓ EN PORTUGAL? [1]

En 1978, dependiendo de la Presidencia del Consejo de Ministros, se creó en Lisboa, la denominada «Comissão lo Livro Negro sobre o Regime Fascista» que ha publicado una docena de volúmenes [2] que han ayudado a consagrar la visión oficial que encuadró al «salazarismo» dentro de los regímenes fascistas, resultando, por tanto, difícil, en Portugal, defender lo contrario. En ese campo,

---

[1] Tomo este título prestado del libro del profesor Eduardo Lourenço, *O fascismo nunca existiu?*, Lisboa, D. Quixote, 1976, 248 pp.

[2] Volúmenes publicados: *Assis Gonçalves. Relatórios para Oliveira Salazar (1931-1939*), Lisboa, 1981. *Cartas e Relatórios de Quirino de Jesús a Oliveira Salazar*, Lisboa, 1987. *Correspondência de Santos Costa para Oliveira Salazar*, Lisboa, 1988. *Correspondência de Pedro Teotónio Pereira para Oliveira Salazar*, Lisboa, 1987-1991, 4 vols. *Eleições presidenciais de 1951 e correspondência entre Salazar e Craveiro Lopes*, Lisboa, 1983. *Legislação repressiva e antidemocrática do regime fascista*, Lisboa, 1985. *Trabalho, sindicatos e greves no regime fascista*, Lisboa, 1984. *Livros proibidos no regime fascista*, Lisboa, 1981. *A política de informação no regime fascista*, Lisboa, 1980, 2 vols. *Presos políticos no regime fascista*, Lisboa, 1981. *Prohibição da «Time» no regime fascista*, Lisboa, 1982. *Discriminação do emprego no regime fascista*, Lisboa, 1982.

comparto la visión de Gil Robles que resaltaba las divergencias entre el *Estado Novo* y los fascismos genéricos (nazismo y fascismo).

Decía el jefe de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), Gil Robles, en diciembre de 1937, en el prólogo para los discursos de Salazar: «los regímenes antidemocráticos que van surgiendo en el mundo como reacción contra los principios inspiradores de la política del siglo XIX, es muy corriente verlos englobados en la común denominación de sistemas totalitarios, como si su identidad sustancial fuese completa.

»Cierto que un examen superficial descubre en ellos rasgos comunes. Mas a poco que se ahonde en el estudio de sus características se advertirá que esa comunidad no pasa del aspecto negativo de una significación anti-individualista. En todos los demás factores [...] cada país presenta una fisonomía propia». Señaló también que «el régimen portugués es, probablemente, el más original», y añadía las divergencias que le separaban de los fascismos: «No tiene el estruendo de las grandes paradas, ni el aparato externo de los ademanes teatrales, ni el artificio de las actitudes que subyugan». Otra singularidad que le adjudicaba era que «no fue obra de una ideología, ni de un partido. Fue obra exclusiva del Ejército [...] aunque el movimiento antidemocrático portugués no tuvo necesidad de la violencia para implantarse». Por lo que, a pesar de su origen golpista, no fue cruento. Asimismo Gil Robles definía el Estado salazarista como fuerte, pero no ilimitado y omnipotente como el italiano o alemán. «Oliveira Salazar —decía— no ha querido traspasar jamás los límites del respeto a los legítimos fueros de la persona humana, porque el individuo tiene derechos que no derivan de un Estado [...] sino de la propia naturaleza del hombre». Otra de las diferencias con regímenes totalitarios era, para el prologuista, que la Constitución del Estado Novo «empapada del pensamiento de Oliveira Salazar, garantiza los derechos de la persona; pero al propio tiempo [...] niega a esos derechos el carácter de ilimitados y absolutos [...] El principio de la limitación de los derechos personales debe tener el complemento de un concepto orgánico de la sociedad». Planteamiento éste que llevaba implícita la construcción de un Estado corporativo.

En resumen, el salazarismo era, para el antiguo líder de la CEDA, un régimen «nacionalista sin estatismo absorbente, antiindividualista y antidemocrático sin menoscabo de los fueros legítimos de la persona humana, corporativo y orgánico, sin olvido de las entidades naturales y de las actividades morales que integran la sociedad». Todos estos principios se basaban en la «aplicación de

los principios de la filosofía católica a los problemas de la gobernación de los pueblos» [3].

Al margen de la responsabilidad de la Iglesia en la implantación de las dictaduras en Europa, y en especial en la Península Ibérica, lo que interesa aquí es aclarar si el término de dictadura fascista puede aplicarse al *Estado Novo* o no. El debate, como ha señalado Hipólito de la Torre, ha sido encendido en los últimos cuarenta años y aún permanece vivo ante la imposibilidad de llegar a una solución de síntesis entre los que defienden esa adscripción y los que prefieren rotularla de dictadura autoritaria [4].

Es obvio que Gil Robles, conocedor minucioso y contemporáneo a la implantación de las dictaduras europeas, no consideraba el salazarismo como una subespecie del fascismo y Salazar se molestaba cuando sus enemigos le motejaban con el epíteto de fascista [5], aún en 1937, cuando estos regímenes estaban en fase de expansión y de popularidad (Winston Churchill expresó sus simpatías por el experimento mussoliniano, en 1938).

Haría falta, entonces, establecer una taxonomía elemental de los fascismos que fuera adaptada universalmente por la globalidad de las Ciencias Sociales pero, como se ha señalado reiteradamente, no hay un fascismo genérico [6], en cambio existen una serie de elementos que permiten establecer unas categorías que denominamos «fascismo minimum», como señala Griffin en el capítulo que sobre el nazismo escribe en el presente volumen. Pero lo que mejor describe el modelo portugués es la definición de autoritarismo que plantea J. J. Linz: «Sistemas políticos con un pluralismo político limitado, no responsable; sin una ideología elaborada y directora (pero con una mentalidad peculiar); carente de una movilización política intensa o extensa (excepto en algunos puntos de su evolución) y en los que un líder (o si acaso un grupo reducido) ejerce el poder dentro de límites formalmente, pero en realidad bastante predecibles» [7]. Sólo cabría matizar

---

[3] Gil Robles, J. M., «Prólogo», en Salazar, A., de Oliveira, *El pensamiento de la Revolución Nacional*, Ed. Poblet, Buenos Aires, 1938, pp. 5-22.

[4] Ver Torre, H. de la, *El Portugal de Salazar*, Arco Libros, Madrid, 1997, pp. 85-88.

[5] «Los dogmas eternos» (Discurso, 28-V-1936), en Salazar, A. de Oliveira, *El pensamiento de la Revolución Nacional, op. cit.*, p. 342.

[6] Griffin, R., *The Nature of Fascism*, St. Martin´s Press, Nueva York, 1991; y Payne, S. G. *El fascismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1982.

[7] Linz, J. J., «Una teoría del régimen autoritario. El caso de España» en Fraga Iribarne, M, *et al., La España de los 70. El Estado y la política*, Moneda y Crédito, Madrid, 1974, p. 1474.

esta definición con la cuestión del pluralismo, según ha señalado Morlino[8].

De hecho si relatamos las características comunes entre el nazismo y el fascismo, veremos a posteriori el abismo que les separa del *Estado Novo*:

1. Su aparición coincidiendo con la crisis del Estado liberal, especialmente a partir de la recesión económica de 1920-1921, que cercenó la posibilidad de progreso material de la mayoría de la población que hasta entonces había apoyado las democracias.
2. Existencia de numerosos excombatientes desencantados con los resultados de la guerra. La llamada «victoria mutilada»
3. Creación de un Estado totalitario como reacción al comunismo y al parlamentarismo.
4. Monopolio del poder por una elite que controla el partido único, convertido en verdadera alma de la nación, fuera del cual no hay espacio para la participación política legal.
5. Creación de milicias, y otras organizaciones de encuadramiento social que aseguraron el orden interno, con el apoyo de las Fuerzas Armadas, que tras algunos episodios de resistencia de corto alcance, se sometieron a la voluntad de la dictadura.
6. Aceptación del fascismo por la burguesía y los grandes terratenientes; y por las clases medias asustadas por el peligro de la revolución social. Además de contar con el apoyo de amplios sectores del proletariado, atrapado entre el discurso patriótico y la esperanza de prosperidad, lo que permitía un amplio consenso social, clave para su acceso al poder.
7. Vocación imperial y exaltación de la nación según los postulados organicistas de la sociedad. La Patria se confunde con el Estado totalitario que encarna todos los intereses en una única realidad moral y económica.
8. Anulación de la división de poderes y concentración de los mismos en un jefe carismático que posee una identificación mesiánica con los destinos colectivos de la nación, con la que su obra de gobierno se confunde.
9. La representatividad popular se establece de acuerdo con una concepción organicista de la sociedad pero que conduce inequívocamente al gobierno de una elite.

---

[8] Morlino, L., «Los autoritarismos» en Bartoli, S., *Manual de ciencia política*, 5.ª ed., Alianza Editorial, Madrid, 1993, p. 131.

10. Elevación de la fuerza como categoría moral, lo que genera la convicción no sólo de que los hombres no son iguales, sino que la desigualdad se establece en relación a los diversos grupos existentes dentro de la nación y entre los hombres y las mujeres, condenando a estas a cuidar a los hijos, a la cocina y a la piedad, las famosas tres K de la ideología nazi (*Kinder, Küche, Kirche*). La subordinación de la mujer al marido o al padre va ligada, en el aspecto internacional a la subordinación de las naciones débiles a las fuertes, con lo que esto supone de valorización de las corrientes militaristas y de la guerra, en contra del derecho de gentes y del orden internacional.

Todas estas características implícitas en el fascismo «mínimum» como orden están de algún modo presentes en el *Estado Novo* portugués, pero la diferencia entre éste y sus congéneres totalitarios nos han de permitir, en nuestra opinión, explicitar que el Estado autoritario portugués era otra cosa [9].

1. La crisis del Estado liberal en Portugal, aunque acelerada en la coyuntura posterior a la Gran Guerra, tiene un ciclo más amplio y se remonta a la crisis colonial del Ultimátum de 1890, en los últimos años de la monarquía parlamentaria, continúa con la Primera República (1910-1926) y especialmente a partir de 1918 con la dictadura de Sidonio Pais, que se avanza a las salidas autoritarias de postguerra.
2. El desencanto producido por «la victoria mutilada» de 1918 es visible también en Portugal, pero a diferencia de Italia o Alemania, fueron los sectores nacionalistas exaltados los que se habían opuesto a la entrada en la guerra, por lo que ésta, lejos de ser sentida como una forja del orgullo nacional, era vista como la consolidación del Partido Democrático, que monopolizaba la vida política del país desde el establecimiento de la República.
3. Frente al Estado totalitario, la dictadura de Salazar explícitamente trató de contraponer «un Estado Fuerte, pero limitado por la moral, por el principio del derecho de gentes, por las garantías y libertades individuales que son la suprema exigencia de la solidaridad social» [10]. Aunque el *Estado Novo* portugués vulnerase, y

---

[9] La diferencia entre totalitarismo y autoritarismo la tomamos prestada de Linz, J., «Una teoria del Régimen Autoritario. El caso de España», en Tusell, J., *et al.*, *Política y sociedad en la España del siglo* XX, Akal, 1978, pp. 205-263.

[10] Salazar, A. Oliveira, *op. cit.*, p. 97.

ciertamente vulneró, siempre las libertades individuales, estableció desde el principio límites al poder del Estado, por influencia de los sectores más moderados que le daban apoyo, por el peso de la Iglesia Católica y por la formación jurídica de Salazar.

A partir del enfrentamiento entre el fascismo y el Vaticano, a finales de los años veinte, se produjo un distanciamiento progresivo de las elites católicas portuguesas, las más decisivas del *Estado Novo,* respecto al régimen de Mussolini. Así, el principal periódico católico señalaba en 1931: «El fascismo es, en el fondo, una nueva reencarnación del cesarismo pagano. Delante de un Dios-Estado, propuesto a la ideología de los pueblos, deben doblarse y obedecer en holocausto: los individuos y las familias; los espíritus y las conciencias. Aquí nace la aberración social del fascismo». También las críticas al nazismo, iniciadas antes de su llegada al poder, se redoblaron a partir de 1933, denunciando el culto a la violencia, el sacrificio de las personas y el «*desvarío del racismo hitleriano*» [11].

Las denuncias del fascismo y del nazismo tenían también el objetivo de apoyar la campaña neutralizadora del nacionalsindicalismo que encabezó Salazar, pues para el catolicismo el peligro totalitario que representaban ambos regímenes tenía en el nacional-socialismo su principal aliado en Portugal [12].

4. El papel del partido único en el salazarismo, la Unión Nacional, como ha señalado Braga da Cruz, está en contraposición con el de las dictaduras totalitarias, no servía ni para garantizar el acceso a los cargos ministeriales ni para ocupar escaños en la Asamblea Nacional [13]. En el salazarismo la captación de las elites para ocupar cargos tenía más que ver con el perfil supuestamente técnico que con el político, aunque los designados eran obviamente conservadores. Por eso entre 1926 y 1944, el 40 por 100 del personal político que componía la elite del *Estado Novo* eran profesores universitarios, y otro 20 por 100 lo integraban profesionales liberales, como ha señalado Costa Pinto [14].

5. En septiembre de 1936, fue creada por el gobierno la *Legião Portugesa* (LP), verdadera milicia del régimen. Su constitu-

---

[11] Cruz, M. Braga da, *O Estado Novo e a Igreja Católica*, 2.ª ed., Bizâncio, Lisboa, 1999.

[12] Esta polémica se puede seguir en Varzim, A., *Catolicismo e Nacional Sindicalismo*, Novidades, Lisboa, 1933.

[13] Cruz, M. Braga da, *O Partido e o Estado no Salazarismo*, Presença, Lisboa, 1988.

[14] Pinto, A. Costa, «Decisión política y elite ministerial en las dictaduras de la época del fascismo», *Historia y Política*, n.º 7, Madrid, 2002, pp. 147-180.

ción obedeció a varios factores: la necesidad de procurar una salida a los sectores radicales simpatizantes de la dictadura, descontentos con el *moderantismo* del régimen, especialmente tras la ilegalización del nacionalsocialismo de Rolão Preto en julio de 1934 [15]; el establecimiento de un clima de control social que reforzase la autoridad del gobierno; a la organización del envío de tropas a España durante la Guerra Civil, y eso nunca ha sido resaltado suficientemente, a través de la «Missão Militar Portuguesa de Observação em Espanha». También, hábilmente, Salazar utilizó la fuerza coercitiva de la LP para afianzar su posición ante los militares que porfiaron, hasta la Reforma Militar de1937, en mantener su autonomía en relación al gobierno [16]; pero tras la Segunda Guerra Mundial, desaparecido el peligro de contagio revolucionario que representaban la República Española y la propia necesidad de adaptación al orden aliado, acabaron relegando a la LP a un papel subalterno de las fuerzas de seguridad en el mantenimiento de la dictadura.

Junto con la LP, otras organizaciones juveniles fueron creadas en ese período para adoctrinar a la juventud: la *Mocidade Portuguesa* (MP) y la *Mocidade Portuguesa Femenina* (MPF). Pero su implantación obligatoria chocó con la postura de la Iglesia que se opuso a la disolución del «Corpo Nacional de Escutas» por ella impulsado, y sólo aceptó a aquéllas a partir de 1940, cuando Marcelo Caetano, antiguo dirigente juvenil católico, garantizó la influencia de la Iglesia en la organización.

6. El sentido compromisario del fascismo «minimum» también está presente en la dictadura portuguesa. Pero su diferencia esencial radica que en Portugal sus orígenes se debieron al golpe de Estado militar de mayo de 1926. Aunque el paso de la dictadura castrense a la constitucionalización del régimen sólo fue posible cuando la Iglesia Católica consiguió colocar en el vértice del poder a su líder el profesor Oliveira Salazar, y al progresivo desplazamiento consentido de la mayor parte del Ejército, y no a la existencia de un partido organizado que tejiese las complicidades compromisarias previas.

7. Es evidente que la dictadura salazarista fue nacionalista e imperial pero, a diferencia de sus congéneres europeos, no practicó

---

[15] Ver Medina, J., *Salazar e os fascistas. Salazarismo e Nacional-Sindicalismo, Historia dum conflito. 1932-1935*, Liv. Bertrand, Lisboa, 1978.

[16] Marques, F. P., «Do Exército providencial ao Exército Salazarista», en AAVV, *O fascismo em Portugal*, A Regra do Jogo, Lisboa, 1980, pp. 195-205.

un nacionalismo agresivo. Decía Salazar: «Portugal es un país libre, homogéneo en su formación, con fronteras inmutables casi desde que se constituyó en Estado independiente, pacífico en medio de la accidentada historia de Europa, dedicado preferentemente al mar donde desenvolvió su fuerza de expansión, descubriendo nuevos territorios que pobló, colonizó, civilizó e incorporó a su propio ser nacional. Somos hijos de ese pasado [...] reafirmamos serenamente la voluntad de ser en el presente y en el futuro lo que fuimos siempre en el pasado: libres, independientes y colonizadores [...] El fin de esta gran actividad renovadora es la implantación de un nacionalismo político, económico y social, bien entendido, dominado por la soberanía incontestable de un Estado fuerte, frente a todos los elementos componentes de la Nación» [17]. En definitiva en el salazarismo, a diferencia del fascismo *minimum*, no hay confusión entre el Estado, que puede ser modificado, y la Nación que es permanente.

Con relación al imperio colonial señalaba: «Nosotros consideramos, administramos y dirigimos las colonias portuguesas con el mismo concepto de nación, entendido como un agregado social deferenciado, independiente, soberano que estatuye la forma que entiende preferible todo lo referente a la división y organización de su territorio. Bajo la autoridad del Estado, lo mismo es el Miño o la Beira que Angola o Mozambique, o la India. Somos una unidad jurídica y política y deseamos caminar hacia una unidad económica [...] ante los demás países somos simplemente la unidad, una sola y única entidad» [18].

Por eso el salazarismo practicó un nacionalismo defensivo y conservador, muy alejado de las dictaduras totalitarias europeas. Y de hecho este nacionalismo, imperial y antiespañol, ha sido transversal a lo largo de la historia de Portugal y compartido por la mayoría de la sociedad lusa [19], encontrándose ahí una de las principales claves de la pervivencia de la dictadura y el empeño militar portugués en preservar su imperio por las armas de 1961 a 1974 [20].

8. Salazar fue un jefe carismático, pero también en ese apartado las diferencias con los modelos de referencia son abismales.

---

[17] Salazar, A. O., *op. cit.*, pp. 143-145.

[18] Salazar, A. O., *op. cit.*, pp. 208-209.

[19] Sánchez Cervelló, J., «El nacionalismo portugués», en AAVV, *Los 98 ibéricos y el mar*, Comisaría General de España, Expo Lisboa, Madrid, 1998, pp. 235-253.

[20] Sobre la descolonización portuguesa ver Sánchez Cervelló, J., *El último imperio occidental*, UNED, Mérida, 1997.

Él llegó al gobierno primero como ministro de Hacienda (abril de 1928), con capacidad para interferir en los actos presupuestarios de todo el gabinete, pero su ascenso al poder es consecuencia de su reputación como catedrático de Economía Política. Posteriormente consiguió ser nombrado presidente del Consejo de Ministros (julio de 1932), pero aún entonces su poder, definido en la Constitución de 1933, establecía su dependencia del Presidente de la República que, formalmente, podía destituirlo (art. 81-1). Aunque la práctica de gobierno acabó convirtiendo al Presidente de la República en una figura decorativa, mientras Salazar ejercía el poder efectivo.

Constitucionalmente el *Estado Novo* portugués establecía que la soberanía residía en la Nación y consagraba cierta división de poderes entre el ejecutivo que también tenía funciones legislativas, la Asamblea Nacional y los tribunales [21]. Es obvio que en la práctica los aspectos liberales de la Constitución fueron violados sistemáticamente por la dictadura.

9. La organización del corporativismo portugués se diferenciaba también del modelo italiano que le influyó en que el portugués fue menos estatista «y tuvo en gran medida un carácter de asociativismo de acentos basistas, reflejando una clara inspiración católica y recogiendo también iniciativas y propuestas que formaban parte de la tradición regeneracionista portuguesa desde finales del siglo XIX» [22]. El propio Salazar, en diciembre de 1934, se distanció públicamente del proyecto del *duce* de suprimir la Cámara de Diputados y transferir sus competencias legislativas al Consejo General de Corporaciones, al señalar: «No creo en la bondad de la solución, primero porque sea cual fuese la extensión de los intereses organizados en las Corporaciones, faltará allí siempre la representación de intereses nacionales, intereses propiamente del Estado, que no son los de los ciudadanos individualmente y, segundo, sería peligrosísimo, sin la preparación de una larga experiencia, entregar la defensa de ciertos intereses a posibles negligencias entre los demás intereses organizados» [23].

10. La desigualdad necesaria entre hombres y colectividades común en el antiliberalismo están muy presentes en el pensamiento de Oliveira Salazar y no se cansó permanentemente, antes de la

---

[21] *Constitución Política de la República Portuguesa*, SPN, Lisboa, s.d. [1933], pp. 27 ss.

[22] Torre, H. de la., *op. cit.*, p. 27.

[23] Salazar, A. O., *op. cit.*, pp. 291-292.

guerra mundial, de señalar que el liberalismo portugués «siempre fue intolerante y jacobino. Lo sería mañana en mayor grado si pudiese instalarse de nuevo en el poder [...]. Su tendencia al igualitarismo en el nivel más bajo, le lleva y le llevaría después en mayor medida a odiar todo lo que fuera superior por inteligencia, por virtud, por belleza [...]. La noción de fuerte jerarquía impone disciplina a la sociedad, eleva el nivel social por la reconocida superioridad del espíritu, al propio tiempo que la justa comprensión del valor humano es una garantía más efectiva de la igualdad jurídica de los ciudadanos» [24]. La aceptación de la desigualdad social no conllevó en el salazarismo una defensa del uso de la violencia. Así decía Salazar en mayo de 1932 ante la oficialidad del Ejército y de la Armada: «Hay quien piensa, desde luego con la mejor intención y absolutamente identificado con el pensamiento renovador de la Dictadura que el «método» [*sic*] empleado por ésta no ha sido el que las circunstancias exigían y que debió hacerse una más amplia apelación y un mayor uso de la violencia [...]. Pero he creído siempre que los procedimientos revolucionarios de violencia estarían contraindicados entre nosotros, por las experiencias del pasado [...], por la naturaleza y circunstancias del movimiento militar, por el enfermizo sentimentalismo del pueblo portugués [...] y sobre todo, por la posibilidad de obtener los mismos resultados por procedimiento más en consonancia con nuestro temperamento y con las condiciones de la vida portuguesa. Además un poder que se considera limitado por la moral y por el derecho, no puede hacer lo que quiere, sino solamente lo que debe». La matización en el uso de la violencia fue acompañada en ese discurso por la petición expresa a las FFAA para que apoyasen al gobierno y que tuviesen disciplina [25].

El salazarismo tampoco pensaba en empresas externas que pudiesen cambiar el *statu quo* europeo o peninsular. Apoyó precisamente la sublevación de Franco para que las cosas continuasen como antes y también, por eso, defendió siempre el valor secular de la alianza inglesa y, en plena Guerra Civil española, pidió a Gran Bretaña que le ayudase a la modernización de su ejército [26]. Por tanto el alejamiento de Alemania o Italia era, en ese campo, también significativo.

---

[24] Id., *op. cit.*, pp. 286-287.
[25] Id., *op. cit.*, pp. 150-151
[26] Id., *op. cit.*, p. 351.

II. LA PERMANENTE CRISIS DEL SISTEMA LIBERAL (1890-1926)

El origen del autoritarismo en Portugal es anterior al período de entreguerras y hunde sus raíces en la degeneración de «A Regeneração» que, establecida en 1851, se había basado en el turnismo dinástico de matriz anglosajona [27]. Esta placidez política se quebró con el Ultimátum británico de 1890 que impidió a Portugal establecer un imperio colonial con continuidad territorial desde la costa atlántica hasta la de Mozambique en el Índico [28]. La denuncia republicana a las supuestas cesiones de la monarquía ante el aliado inglés acabó erosionando definitivamente a la Corona y a los partidos turnantes, por eso el rey recurrió, de enero de 1890 hasta febrero de 1893, a gobiernos extraparlamentarios y, después de un breve interregno parlamentario, acabó aupando en el poder al ministro João Franco (1855-1926). Éste, con un discurso modernizador y con una práctica política populista, en consonancia con la derecha moderna, movilizó a los grupos económicos y a los latifundistas, por lo que inicialmente tuvo un amplio apoyo de las Cámaras pero cuando éste le faltó pasó a gobernar sin el Parlamento, y con la complicidad del rey D. Carlos, lo que provocó un aumento de la efervescencia revolucionaria que culminó con el regicidio de febrero de 1908, y el alejamiento de Franco de la vida política [29]. El nuevo monarca, D. Manuel II, practicó una política liberalizadora, la llamada «Acalmação», pero en octubre de 1910, un *pustch* cívico-militar abrió paso a la Primera República que iba a durar hasta 1926

La República no concedió el sufragio universal, con la excusa de que las redes clientelares de la monarquía podrían debilitar el régimen. La nueva clase política ligada al Partido Republicano, más tarde llamado Democrático, monopolizó, salvo cortos períodos, la vida política del país. Sus integrantes procedían de las elites urbanas y propugnaban un régimen basado en el orden y la propiedad que acabó realizando pocas reformas sociales dado el acuciante agobio presupuestario en que vivió la República, asediada por una continua inestabilidad política. De hecho, en los dieciséis años de

---

[27] Sobre A Regeneração, ver Torgal, L., Reis y Roque, J., (coord.), *O Liberalismo (1807-1890)*, en Matosso, J., *Historia de Portugal*, Estampa, Lisboa, 1993, vol. V.

[28] Ver Teixeira, N., S., *O Ultimatum Inglês. Política externa e Política interna no Portugal de 1890*, Alfa, Lisboa, 1990.

[29] Sardica, J. M., *A dupla face do franquismo na crise da monarquia portuguesa*, Cosmos, Lisboa, 1994.

vigencia, Portugal conoció cuarenta y un gobiernos diferentes. Con todo, como ha señalado Fernando Rosas, la importancia del régimen republicano residió en las adquisiciones cívico-culturales definitivas en la mentalidad política portuguesa, como la separación de la Iglesia y del Estado, la aceptación del divorcio, del registro civil, etc. [30], hasta el punto de que el salazarismo no las cuestionaría.

Ya en enero de 1915 se produjo una presión militar que, con el apoyo de los sectores conservadores y del presidente de la República, consiguió desalojar a los democráticos del poder, siendo designado primer ministro el general Pimenta de Castro que pretendió suspender el Parlamento y modificar la legislación electoral. Pero el 14 de mayo los demócratas desencadenaron un levantamiento que, con un saldo de ciento cincuenta muertos y trescientos heridos, les devolvió el poder. El nuevo ministerio se propuso como principal objetivo entrar en la Gran Guerra al lado de los aliados, con la triple voluntad de mantener incólume el imperio colonial, que Gran Bretaña y Alemania anhelaban repartirse [31]; de impedir la concreción del sueño iberista diseñado por Alfonso XIII, que Hipólito de la Torre ha desvelado [32]; y de acabar con la soledad en que había vivido la República desde su proclamación, aislada en medio de las monarquías europeas. Este deseo intervencionista fue contestado por amplísimos sectores de la opinión pública, a la que escapaban las sutilezas de la política internacional. Con todo, en noviembre de 1917, un contingente de cincuenta mil soldados desembarcó en Francia, repercutiendo negativamente al provocar un aumento de precios, el crecimiento de la inflación, revueltas de hambre, deserciones y el endeudamiento del país, pues hubo de adquirir, apresuradamente, equipos bélicos en Gran Bretaña. La situación política se enrareció inmediatamente pues la entrada en la guerra disgustaba a la mayoría de los partidos republicanos, a los monárquicos y a los militares. Fue entonces cuando un antiguo oficial del Ejército, Sidonio Pais (1872-1918), en diciembre de 1917, encabezó un golpe de Estado que contó con el apoyo de las fuerzas que iban a partir para el frente europeo [33].

---

[30] Rosas, F., «A crise do liberalismo e os orígens do “autoritarismo moderno” e do Estado Novo em Portugal», *Penélope*, n.º 2, febrero 1989, pp. 97-114.

[31] Caetano, M., *Portugal e a internacionalização dos problemas africanos*, 4.ª ed., Ática, Lisboa, 1971, pp. 62 y ss.

[32] Torre, H. de la, *El imperio del rey. Alfonso XIII, Portugal y los ingleses (1907-1916)*, Junta de Extremadura, Mérida, 2002.

[33] Ver también Teixeira, N. S., *O poder e a guerra 1914-1918*, Estampa, Lisboa, 1996.

Sidonio Pais estableció una dictadura, persiguió a la oposición política y sindical, derogó el sistema constitucional e institucionalizó un gobierno autoritario, de carácter presidencialista y plebiscitario, siendo elegido Presidente de la República por sufragio universal. Durante su breve gobierno, sería asesinado en diciembre de 1918, trató de implantar, con el apoyo de la Iglesia y de los monárquicos, un partido único, el Nacional Republicano. Inicialmente contempló la sustitución de la Cámara Alta por otra de tipo corporativo, pero finalmente gobernó sin ella. Tras el magnicidio los demócratas recuperaron el poder, pero la aureola que acompañó a Sidonio Pais en vida, por su política populista, permitió que su corta experiencia gubernamental fuese recogida por la derecha nacionalista, siendo un referente del *Estado Novo*[34].

La crisis económica de postguerra estuvo acompañada por otra política, la izquierda vivía el sueño soviético y la derecha el italiano, mientras el régimen se iba deshaciendo irreparablemente. Al socaire de la crisis institucional, en el ejército fue cristalizando una corriente, especialmente entre los jóvenes oficiales, de acabar con el sistema parlamentario y sustituirlo por otro corporativo. La extrema fragilidad del sistema constitucional se evidenció en 1925, cuando se produjeron, en abril y julio, dos levantamientos militares de signo opuesto que, a pesar de que no triunfaron, debilitaron aún más la República.

III. LA DICTADURA MILITAR (1926-1928)

El 28 de mayo de 1926, en Braga, aconteció un golpe militar incruento encabezado por el general Gomes da Costa, con amplios apoyos en el seno de la institución militar, entre los que sobresalían los del comandante Mendes Cabeçadas, en Lisboa, y los del general Carmona en Évora. El primero era un militar ordenancista, prestigioso por sus campañas africanas y, sobre todo, en el frente de Flandes durante la Gran Guerra. El comandante Cebeçadas era un republicano moderado que pretendía acabar con la «dictadura» democrática; mientras que Carmona era un militar apolítico. El gobierno democrático procuró entregar el poder al sector militar republicano. Así el 30 de mayo, Cabeçadas se hacía cargo del ejecutivo y, al día siguiente, de la Jefatura del Estado, en contra

[34] Ver Antunes, J. Freire, *A cadeira de Sidonio ou a memoria do presidencialismo*, Mem Martins, Europa-América, s. d. [1981].

de los anhelos del sector derechista de la conspiración que era mayoritario y pretendía destruir el sistema, no auspiciar su reforma, como deseaba Cabeçadas. El compromiso amplio de todos los militares se resquebrajó en las semanas siguientes del golpe. Así, el 17 de junio el general Gomes da Costa desplazó a Mendes Cabeçadas con el apoyo de las unidades militares de la capital y de los sectores derechistas más radicales.

Pero la inestabilidad gubernamental prosiguió, porque Gomes da Costa, «*de mediocre inteligencia y evidentisimos rasgos de precoz senilidad mental*» [35], no consiguió imprimir una línea de actuación coherente a las tareas de gobierno y, pasados veintidós días, fue depuesto mediante otro golpe a cargo del coronel integralista Sinel de Cordes, verdadera eminencia gris del «28 de mayo» y autor del fracasado *pustch* de abril de 1925 [36]. Sinel de Cordes entregó, entonces, el poder al general Oscar Carmona. Durante los dos años siguientes el país, lejos de normalizarse, continuó viviendo en un auténtico caos, mientras las Fuerzas Armadas se habían convertido en el epicentro del gobierno y las salas de oficiales en verdaderos comités de influencia política que, frecuentemente, enmendaban la plana a los diversos ejecutivos que se iban sucediendo a velocidad de vértigo, mientras los sectores democráticos, alejados del poder, protagonizaban en febrero de 1927 una revuelta cívico-militar en Oporto y en Lisboa con más de trescientos muertos, un millar de heridos, numerosos destrozos materiales y centenares de presos y deportados, además de la depuración de la oficialidad más decididamente democrática y la reducción drástica de la Guardia Nacional Republicana [37].

Los sectores cívico-militares más derechistas trataron de capitalizar en su favor el clima antiliberal que el fracaso de los levantamientos de febrero provocó. Así impulsaron una «Milicia Lusitana» e intentaron hacerse con el control del ejecutivo mediante el «golpe de los Fifis» [38], que pretendía colocar como dictador al comandante integrista Filomeno da Câmara. El fracaso del *pustch* provocó entonces un cambio pendular hacia sectores más republi-

[35] Torre Gómez, H. de la; y Sánchez Cervelló, J., *Portugal en el siglo XX*, Itsmo, Madrid, 1992, p. 42.

[36] Sobre este militar ver Afonso, A., *Sin el de Cordes e o 28 de maio. Historia de uma conspiração*, UNED, Mérida, 2000.

[37] Sobre estas insurrecciones ver Wheeler, D. L., *A ditadura militar portuguesa 1926-1933*, Europa-América, Lisboa, 1986, pp. 24 y ss..

[38] Por ser sus instigadores Fi'lomenos da Câmara y el profesor Fi'delino de Figuiredo.

canos, tratando entonces la dictadura de crear la Unión Nacional Republicana como partido único y durante breve tiempo pareció ser posible la vuelta a la normalidad constitucional con el anuncio de la futura redacción de una nueva ley electoral y la realización de elecciones presidenciales y municipales. El nuevo partido, con la hostilidad de la derecha más recalcitrante, del centro izquierda y de las masas obreras acabó metamorfoseándose en 1928 en la Liga Nacional del 28 de mayo, de la que se apoderaron los sectores más fascizantes de la dictadura[39].

La dictadura militar tenía una gran necesidad de institucionalizarse. Para ello en marzo de 1928 se plebiscitó al general Carmona como Presidente de la República dando a su designación cierta apariencia constitucional. A partir de entonces Carmona se convertía en el elemento aglutinante de los diversos polos que confluían en la dictadura[40]. Con todo, el lento proceso de institucionalización del régimen militar chocaba con la penosa situación económica que la incapacidad del ministro de Economía, Sinel de Cordes, no hizo más que agravar, provocando un aumento incontenible del déficit y de la inflación, mientras el volumen de la deuda pública asfixiaba cualquier posibilidad de crecimiento económico[41], lo que obligó a la dictadura a recurrir a la ayuda exterior si bien, al no obtener el concurso de la Banca internacional, procuró, a finales de 1927, conseguir un empréstito bajo patrocinio de la Sociedad de Naciones, pero la oposición democrática exiliada impidió su concesión[42]. Tampoco muchos de los simpatizantes de la dictadura, como Antonio de Oliveira Salazar, creían acertada esa política. Esas críticas internas y las duras condiciones impuestas en Ginebra, consideradas lesivas para la dignidad de la nación, acabaron provocando la caída del «mago» de la dictadura Sinel de Cordes y la entrada de Salazar al gabinete de Vicente Freitas, en abril de 1928, como ministro de Finanzas.

---

[39] Ver Pinto, A. Costa, «A direita Radical e a ditdura militar: A Liga Nacional 28 de Mayo», en Ferreira, E., Sousa y Opello, W. C., *Conflict and Change in Portugal*, Teorema, Lisboa, 1985, pp. 23-40.

[40] Torre Gómez, H. de la; y Sánchez Cervelló, J., *Portugal en el siglo XX*, *op. cit*, p. 45

[41] Marques, A. H. de Oliveira (dir.) *Historia da Primera República,* Iniciativas Ed., s.d., Lisboa, p. 471.

[42] Íd., *A Liga de París e a ditadura militar (1927-1928). A questão do empréstimo externo*, Pub. Europa América, Lisboa, 1976.

IV. LA PERSONALIDAD DE SALAZAR ANTES DE ALCANZAR EL PODER

Antonio de Oliveira Salazar (1889-1970) nació en Vimeiro, una aldea perdida y mal comunicada de la Beira Alta. Sus primeros once años de vida transcurrieron en ese universo rural, marcado por las estrecheces y el inmovilismo secular, lastrado por el peso de la tradición y por la influencia de la Iglesia. De familia extremadamente humilde, era el último vástago de un matrimonio de agricultores que tenían cuatro hijas cuando finalmente nació él. Su padre era el administrador de uno de los principales propietarios de la zona, mientras su madre regentaba una posada[43].

En 1900 entró en el seminario de Viseu donde permaneció hasta 1908, habiendo recibido las órdenes menores. Era un muchacho solitario, melancólico y aplicado, que pudo estudiar gracias al apoyo que le brindaron los patrones de su padre. Cursó derecho en Coimbra de 1910 a 1914, y cuatro años más tarde consiguió la cátedra de Economía Política[44].

Coincidiendo con su llegada a Coimbra se había producido la caída de la monarquía y el establecimiento de la república laicizante. Militó desde el principio en el Centro Académico de la Democracia Cristiana que las autoridades republicanas cerrarían durante un corto período de tiempo por ser, a parte de un centro confesional, monárquico.

Las profundas convicciones políticas de Salazar se evidenciarían en marzo de 1914 cuando con otros militantes católicos se enfrentaron a los republicanos que querían convertir en museo una iglesia. En aquella ocasión, el futuro dictador y el futuro cardenal patriarca de Lisboa, Manuel Gonçalves Cerejeira (1888-1977), que en esa época compartían casa, iban armados[45]. En 1918 la experiencia «sidonista» aproximó la Iglesia y la República, con el establecimiento de relaciones diplomáticas entre Portugal y el Vaticano, abriendo la vía para la colaboración. Salazar, entonces, era ya un profesor conocido y un destacado militante católico. La Iglesia portuguesa entendió con el «sidonismo» el accidentalismo del régimen, lo que en otras palabras significaba que con tal de mantener sus actividades norma-

---

[43] Nogueira, A., Franco, *Salazar. A Mocidade e os princípios*. Atlântida Ed., s.d. *Coimbra*, [1977], pp. 3-7.

[44] Sobre su visión económica antes de su llegada al gobierno, ver Salazar, A. de Oliveira. *O Agio do ouro e outros textos econòmicos. 1916-1918. Introducción de Valerio Nuno*, Banco de Portugal, Lisboa, 1997.

[45] Nogueira, A., Franco., *op. cit.*, pp. 90-112.

les y dejar de ser acosada por el poder estaba dispuesta a dejar de apoyar a la monarquía. De hecho la Iglesia, que con la República había perdido el monopolio de la formación y de la doctrina, se había visto obligada a intervenir políticamente a través de los cauces que el liberalismo había puesto a su disposición, pero con el coste que tiene todo combate político. Por eso cuando la jerarquía eclesiástica percibió la posibilidad de *entente cordiale* con el régimen ordenó el cambió en la orientación política que había mantenido hasta entonces su partido, el Centro Católico. De hecho esta formación se subordinaba siempre a los intereses de la Iglesia[46]. Fue revelador en ese sentido lo acontecido en marzo de 1919 cuando Salazar y otros profesores fueron suspendidos de empleo y sueldo en la Universidad, y enjuiciados bajo la acusación de ser monárquicos. Éste, durante el proceso subsiguiente asumió su condición de jefe del partido católico pero no se manifestó sobre la cuestión del régimen[47]. Más explícita fue su intervención en el II Congreso Nacional del Centro Católico, celebrado en 1922 en Lisboa, cuando en la presentación de la línea política del partido aceptó el régimen republicano. Afirmó que «el derecho político cristiano era incompatible con una concepción democrática de la legitimidad fundada en la voluntad de la mayoría y por tanto se hace necesaria una sociedad no igualitaria y jerarquizada. Dentro de estos límites es aceptable la variación de las formas políticas, pero los católicos se han de unir para asegurarse la máxima influencia de la concepción cristiana en la sociedad». Lo que sólo podía conseguirse con la posesión del poder y de las conciencias, sin lo cual el control sería siempre precario[48]. Por tanto en este Congreso impuso la tesis «de que los católicos renunciasen a sus opciones particulares en aras a la unión organizativa, políticamente actuante, para la defensa de los valores superiores encarnados en la Iglesia. Anticipándose a lo que años más tarde exigirá también a los portugueses en beneficio de un concepto orgánico de Nación, como instancia suprema en lo social». Por tanto desde 1922, el futuro dictador, fijó la filosofía política que había de caracterizar su régimen: un Estado nacionalista, social y corporativo, un partido único socialmente transversal y todo dentro de un envoltorio externamente republicano. Son reveladoras en ese particular las informaciones que presta su biógrafo y ministro de Exteriores (1961-1969) que señala que sus lecturas francesas eran amplias pero que su preferido, con

[46] Cruz, M. Braga da., *As Orígens da Democracia Cristã*, *op. cit.*, pp. 269-270.
[47] Do O, Jorge R., «Salazar na oposição», *Vértice*, n.° *cit.*, p. 41.
[48] Nunes, J. A., «Salazar e os fascismos», *Vértice*, n.° *cit.*, pp. 14-15.

mucho, era Mauras: «Los textos de éste "Trois Idées Politiques; L'Enquête sur la Monarchie", empezada en 1900 y lanzada en fascículos a partir de 1909, le parecían que contenían doctrina fundamental [...]. Maurras venía a iluminar [para Salazar] con sus argumentos situaciones y problemas que encontraban analogías en Portugal. Maurras exprimía pensamientos que se correspondían con el sentimiento íntimo de Salazar: el patriotismo que no es compartido de forma igual por todos los miembros de una misma patria; [...] un verdadero Estado nacional debe controlar represivamente su prensa y conducirla en la dirección conveniente; la inteligencia nacional puede volverse contra el interés nacional cuando el oro extranjero quiera; el cuadro real de la economía es la nación; la lucha entre patrones y obreros debe encontrar su límite en la comprensión de una suerte común, sometida al dominador nacional; los europeistas, cuando se juzgan filántropos al pedir el fin de las patrias, son estudiados o están equivocados; la idea de la patria es la propia raíz de la vida». En definitiva, Salazar creía que la construcción teórica maurrassiana, de un Estado monárquico renovado y basado en los valores tradicionales y permanentemente actualizados —la Nación, la Familia, la Autoridad, la Jerarquía— le parecía sólida y la única capaz de realizar el bien común, como fin supremo a conseguir[49].

Desde su llegada a Coimbra, su pensamiento político se había armado, a parte del universo conservador propio de su infancia y de su etapa de seminarista, con lecturas oriundas del pensamiento reaccionario francés[50]; obras que continuó releyendo mientras estuvo fuera del gobierno, especialmente las de Charles Maurras, de Leon Daudet y las de los colaboradores de *Action Française*, periódico que recibía regularmente[51].

V. SALAZAR Y LA CONSTRUCCIÓN DEL *ESTADO NOVO*

Los militares del 28 de mayo de 1926 pensaron en Salazar para la cartera de Hacienda. Mendes Cabeçadas, a través del gobernador civil de Coimbra, le mandó el nombramiento pero, cuan-

[49] Torre Gómez, H. de la; y Sánchez Cervelló, J., *Portugal en el siglo XX*, *op. cit.*, p. 46-47

[50] Ver Antón, J., y Esteban, M., «El pensamiento contrarevolucionario de Maistre a Maurras» en Antón, J. (ed.), *Ideologías y movimientos políticos contemporáneos*, Tecnos, Madrid, 1998, pp. 117-130.

[51] Nogueira, A., Franco., *op. cit.*, pp. 70-71.

do recibió la notificación, como conocía la fragilidad de la coalición militar y la lucha de tendencias, señaló: «No acepto. Deseo permanecer al margen de la política». En cambio, al día siguiente, después de haber recibido presiones de las autoridades castrenses, transigió con las siguientes palabras: «Ya que el Ejército pide mi colaboración, se la voy a dar» [52]. El 12 de junio tomó posesión del cargo, si bien cinco días después el gabinete cayó por el enfrentamiento entre Cabeçadas y Gomes da Costa. Con posterioridad, recordó siempre el desorden cuartelario que encontró por lo que se planteó poner condiciones draconianas caso que lo llamasen de nuevo. Hecho que se produjo en abril de 1928 cuando la Hacienda portuguesa se hallaba prácticamente en quiebra. En el intermedio de sus nombramientos colaboró con el ministro de Finanzas, coronel Sinel de Cordes, elaborando informes técnicos y presidiendo la comisión de Reforma Fiscal [53], pero pronto ambos entraron en ruptura y Salazar pasó a atacarle desde el periódico católico *As Novidades*, convirtiéndose entonces en una esperanza para los medios conservadores que le veían como el único hombre capaz de solucionar el grave déficit del país.

El día de su nueva toma de posesión como ministro de Finanzas, después de haber pactado con el presidente del Consejo, coronel Vicente Freitas (1869-1952), sus condiciones, las hizo públicas. Señaló que, presupuestariamente, ningún ministro podría realizar gastos sin su consentimiento y refirió, en una afirmación que podría sonar aparentemente bravucona, pero que revelaba la amplitud de sus apoyos: «sé muy bien lo que quiero y a dónde voy, pero pido que no se me exija que llegue a la meta en pocos meses. Entretanto, que el país estudie, que formule observaciones, que reclame que discuta, pero que obedezca cuando llegue la hora de mandar» [54].

Con el control férreo de los gastos, las cuentas del Estado alcanzaron un saldo positivo en el año económico de 1928-1929, lo que no se debió, ciertamente, a un milagro, como se apresaron a señalar sus aduladores, reflejando la importancia que atribuía el pueblo portugués al equilibrio presupuestario después de muchos años de déficit [55]. Su política económica tuvo éxito porque disponía de

---

[52] Coelho, V., *Memoria dum revolucionario*, Tip Ideal, Lisboa, 1951, pp. 26-29.

[53] Rosas, F., y Brito., J. M., *Diccionario de História do Estado Novo*, Circulo de Leitores, Lisboa, 1996, p. 864, vol. II.

[54] Salazar, A.O., *op. cit.*, p. 46.

[55] El déficit del Estado que era de 25 millones de escudos en 1914-1915, pasó a 500 millones en 1922 y a 642 millones en 1927. Ver Campinos, J., *A Ditadura Militar, 1926-1933*, D. Quixote, Lisboa, 1975, p. 148.

un poder omnímodo para aplicarla y porque no tenía contestación interna. Diferente era la opinión de los sectores exiliados que le criticaron ácidamente [56].

Sus éxitos económicos le consolidaron en el poder, especialmente cuando consiguió aumentar las disponibilidades financieras del Estado y reducir sus gastos. Por eso cuando se produjo el *crash* del 29 el régimen portugués pudo atajar el paro con obras públicas financiadas por el Estado y ordenar la economía por la senda de la autarquía, y del proteccionismo tutelado con la participación arbitral del Gobierno. El éxito al conseguir minimizar los efectos de la crisis de 1929 explicarían, en mi opinión, uno de los aspectos más oscuros y más decisivos en el afianzamiento del ministro de Economía: el por qué el Presidente de la República, Oscar Carmona, protegió a Salazar ante la contestación de sus Presidentes de Gobierno: el coronel Vicente Freitas (abril de 1928-julio de 1929) primero y después el general Ivens Ferraz (julio de 1929-enero de 1930). Ambos postulaban una línea de regreso tranquilo a la normalidad constitucional y perdieron la partida [57].

Salazar desde entonces se convirtió, para la propaganda oficial en un mito viviente, en un gigante entregado a la salvación de la Patria. Decía de él el líder democristiano español Gil Robles: «Oliveira Salazar ha podido iniciar con éxito esa labor educadora y transformadora de Portugal, precisamente porque tiene las cualidades contrarias a los defectos de su pueblo [...]. El pueblo portugués es vehemente y apasionado, él es sereno y frío. El pueblo portugués es, a veces, inconstante y tornadizo; Olivera Salazar es perseverante y tenaz. El pueblo portugués heredero de una historia magnífica, se tiende muellemente en los recuerdos del pasado con abandono soñador; Oliveira Salazar, enérgico y positivo, prefiere ahogar sus brotes sentimentales para no perder de vista la realidad implacable y dura. Tal vez, frente a la amabilidad desbordante de su pueblo, el conductor del nuevo Portugal sorprenda por su aislamiento y lejanía [...]. Este hombre trabajador y tenaz, retirado y ascético, es una lección constante, es un educador incansable de un pueblo políticamente deseducado por varios lustros de francachela, de inmoralidad y de anarquía. Portugal ha encontrado en ese gobernante el complemento ideal con que puede soñar un pueblo» [58].

---

[56] Ver Azevedo, J., Cândido, «Os orçamentos e o "milagre" financeiro de Salazar», *História*, n.º 6, abril 1979, pp. 2-15.

[57] Ferraz, I., *A ascensao de Salazar*, O Jornal, Lisboa, 1988.

[58] Gil Robles, J. M., *op. cit.*, pp. 11-12.

El mito de Salazar, voceado por unos medios de comunicación censurados y, desde octubre de 1933, modelados por el Servicio de Propaganda Nacional, se tornó incontroverso para el propio Carmona, que acabó consintiendo perder su lugar primigenio en el Estado para ser subalternizado por Salazar, por lo que su figura se fue oscureciendo de forma inversamente proporcional al fulgor brillante de Salazar, convenciéndose, el general, que con el dictador de las Finanzas, Portugal había encontrado la llave del esplendor nacional.

Con todo, Salazar tuvo que esperar algún tiempo para dirigir el Consejo de Ministros (ocupado de enero de 1930 a julio de 1932 por el general Domingos Oliveira), aunque durante este interregno era ya el dueño y señor de la situación política, y se preparaba para la definitiva construcción del *Estado Novo*. Para ello se basó en el refuerzo del colonialismo; en las organizaciones de control sociopolítico; en la Constitución de 1933; en el entramado corporativo; en la subordinación y obediencia de las Fuerzas Armadas, y en diversos instrumentos de control mental y social.

1. La política colonial

El golpe de Estado de 1926 había sido justificado, también, por la necesidad de mejorar la administración colonial. Los sublevados criticaron la anterior política republicana de descentralización administrativa por ser contraria a la unidad de la patria. Por eso, el ministerio de las Colonias, con la excusa de acabar con la desorganización política y financiera, recogió las competencias que habían disfrutado las administraciones coloniales.

La nueva orientación gubernativa, que estuvo en vigencia hasta el inicio de las guerras coloniales (1961), quedó reflejada en el Acto Colonial, publicado en julio de 1930 y en cuya redacción intervino Salazar, a la sazón ministro interino de las Colonias [59] y cuyo texto fue incorporado inicialmente a la Constitución de 1911, que se mantuvo en vigor hasta que en 1933 se aprobó la Carta Magna de la dictadura, siendo también incluido en ella. El articulado del Decreto señalaba: «es propio de la esencia orgánica de la Nación Portuguesa desempeñar la función histórica de poseer y colonizar dominios ultramarinos y de civilizar las poblaciones indí-

[59] Ocupó este ministerio de enero a julio en acumulación con la cartera de Economía.

genas que en ellos estén comprendidas». El Acto Colonial, de hecho, consagró dos entidades, la metrópoli y el Imperio, buscando la integración subordinada del segundo a Portugal[60].

En esa exigencia de más Imperio para un mejor Portugal no había divergencias de fondo entre la dictadura y la oposición, pues el colonialismo ha sido uno de los pilares fundamentales y socialmente transversal del nacionalismo luso y una de las claves de la popularidad de la dictadura hasta la década de los sesenta[61].

En 1928 se publicó el Código del Trabajo de los Indígenas de las Colonias Africanas[62] que obligaba a los nativos a trabajar para los colonos por la fuerza, a bajo precio y en condiciones indignas. El Estatuto de los Indígenas fue la base del sistema colonial y estuvo vigente hasta el inicio de la lucha armada.

El modo de vida de la población nativa fue denunciado por el inspector general de las Colonias en una sesión secreta de la Asamblea Nacional en 1947, en la que dijo «que sólo los muertos estaban dispensados del trabajo forzado» y que la situación en Angola era peor que cuando formalmente existía la esclavitud, ya que cuando un cautivo era comprado, su dueño procuraba que no muriese para aprovecharse de su trabajo, mientras que ahora los indígenas eran alquilados por el Estado a los colonos y éstos se desinteresaban de los contratados pues, si morían, el Estado les reemplazaba a los finados[63].

En 1933 se promulgaron además la Carta Orgánica del Imperio Colonial Portugués y la Reforma Administrativa Ultramarina. Ambas, en el campo financiero, sentaron las bases jurídicas que permitieron cubrir los gastos de la administración colonial y el acceso a la industria portuguesa de las materias primas ultramarinas.

En 1936 se publicó la Ley de Acondicionamiento Industrial en las colonias, mediante la cual se protegía la industria metropolitana contra cualquier tipo de competencia, limitándose las colonias a complementar las necesidades de producción portuguesas y a ser receptoras de sus productos agrícolas y manufacturados.

En el intento de sustraerse a los vientos de la historia, el Gobierno portugués revisó la Constitución en 1951, haciendo desaparecer las palabras «colonia» e «Imperio», siendo sustituidas por

---

[60] Sánchez Cervelló, J., *La Revolución Portugesa y su influcçencia en la Transición Española (1961-1975)*, Nerea, Madrid, 1985, p. 40.

[61] Íd., «El nacionalismo portugués», en *Los 98 ibéricos y el mar*, Pabellón de España, Expo 98, 1998, pp. 245 y ss., vol. II.

[62] Decreto 16199, 6-XII-1928.

[63] Galvão, H., *O assalto ao Santa Maria*, Delfos, Lisboa, 1974, pp. 87-106.

«Ultramar» y «Provincias Ultramarinas»; mientras la condición de indígena era definida como transitoria. En esa línea maquilladora en los años siguientes se promulgó la Ley Orgánica del Ultramar Portugués (1953) y un nuevo Estatuto de los Indígenas de Guinea, Angola y Mozambique (1954), más aceptable que el anterior.

Cuando Portugal ingresó en la ONU (1955) fue interpelado por su Secretario general sobre sus territorios no autónomos. Desde Lisboa le respondieron que todos los territorios bajo su soberanía formaban parte integrante de la Nación, negándose a informar sobre su administración, ni a admitir ningún estatuto que no fuera definido por el Gobierno portugués. A partir de ese momento las fricciones entre la ONU y Portugal fueron constantes.

Las condiciones de vida de la población indígena sólo mejoraron con el inicio de la lucha armada, ya que los especialistas en contrasubversión entendieron que, para poder reducir la influencia de los movimientos de liberación, era necesario limar las injusticias más descaradas. Estas tesis iban en la misma dirección que las defendidas por los sectores más lúcidos y reformistas del propio régimen. Esta tendencia fue polarizada por el profesor Adriano Moreira y cuando accedió al gobierno como ministro del Ultramar (1961) su política tendió a la descentralización administrativa y económica y a mejorar las condiciones de vida de la población africana. Para ello abolió el régimen de Trabajo Obligatorio del Algodón [64] y el Estatuto de los Indígenas [65]. Así, sobre el papel, todos los habitantes de los territorios bajo soberanía portuguesa eran iguales ante la ley. Además publicó el Código de Trabajo Rural [66], que limitaba los abusos cometidos hasta entonces, y un Decreto que, formalmente, permitió la «libre circulación de todos los ciudadanos portugueses y su libre residencia en cualquier parte del territorio nacional» [67]. Aunque en la práctica esto no era posible porque, para cambiar de residencia, era preciso un documento de identidad, el cual los negros entonces no disponían [68].

Otras medidas reformistas fueron la Ley de Régimen de Tierras y la creación de las Universidades de Angola y Mozambique [69].

---

[64] Decreto 43.875, de 24 de agosto de 1961.

[65] Decreto 43.893, de 6 de septiembre de 1961.

[66] Decreto 44.309, de 27 de abril de 1962.

[67] Decreto 44.171, de 1 de febrero de 1962.

[68] Decreto 44.455, de 6 de septiembre de 1962.

[69] Respectivamente Decretos 43.894, de 6 de septiembre de 1961, y 44.530, de 21 de agosto de 1962.

Pero esta política de cambios fue perdiendo empuje a partir de 1962 cuando se fraguó la idea de que se habían dominado las revueltas en todas partes. Paralizadas las reformas, y a pesar del crecimiento económico y de las mejores condiciones de vida, la realidad colonial subsistió, como se reflejaba en un informe confidencial de 1969 en el que un funcionario de Angola señalaba que para reducir el apoyo a los movimientos de liberación, era preciso acabar con los brutales métodos de trabajo empleados por contratistas y patrones [70]. Con todo, las relaciones entre metropolitanos y africanos estaban más pautadas por condiciones económicas que por prejuicios raciales. El racismo no fue, salvo raras excepciones, el modelo de comportamiento de los portugueses, excepto en Mozambique donde, por influencia de África del Sur y de Rodesia, y antes del inicio de la guerra, tenía cierta relevancia, pero fue combatido por las autoridades y no tuvo un carácter generalizado.

La última reformulación político-administrativa de las colonias se produjo con la Revisión Constitucional de 1971 y con la nueva Ley Orgánica del Ultramar del mismo año, por las que Angola y Mozambique pasaron a tener cierta capacidad legislativa y el tratamiento oficial de Estados. Se pretendía, sin reducir la subordinación absoluta a Lisboa, conceder cierta autonomía. Los resultados, como el propio Caetano reconoció, fueron más bien escasos, siendo las modificaciones más semánticas que estructurales.

En la necesidad de preservar el patrimonio colonial no hubo diferencias entre los regímenes que gobernaron el país hasta 1974. Así tanto la monarquía como la república o el *Estado Novo* insistieron en todos los textos constitucionales, desde el de 1822 hasta el que estaba en vigor en 1974, que las colonias formaban parte integrante de la Nación.

Para el nacionalismo portugués, la pérdida de Ultramar conllevaba la pérdida de la independencia. Este raciocinio quedó sintetizado en una conversación entre Salazar y su ministro de Exteriores, Franco Nogueira, en la inmediata postguerra y en la que el dictador concluyó: «la dualidad peninsular sólo tiene valor y significado existiendo el Imperio portugués. Sin él, es dudosa y precaria, en el futuro, la existencia de Portugal independiente de España. Esta consideración nos lleva a poner en primer lugar la defensa y exis-

---

[70] Ferreira, E. de Sousa, *O fim de uma Era. O colonialismo portugués em África*, Ed. Sá da Costa, Lisboa, 1977, pp. 36-37.

tencia portuguesa de nuestro Ultramar, y sobre todo del Ultramar africano, como razón de ser de nuestra independencia nacional, siendo todo lo demás secundario ante esa necesidad» [71]. Por eso, cuando en el ámbito internacional tener colonias ya no era sinónimo de grandeza, la dictadura continuó agarrada a ese anacronismo, viéndose obligada a profundizar en el binomio antiespañolismo-colonialismo para justificar su política africana. Así un general dijo a mediados de 1973, para manifestar su rechazo a la descolonización: «¿Negociar, con quién? ¿Capitular, por qué? [...] Si hubiésemos capitulado hace sesenta años, no tendríamos un imperio, ni independencia: seríamos *ab origine* una provincia de España. Si capitulásemos ahora renunciaríamos para siempre al Imperio o mejor a la comunidad luso-afro-brasileña». Añadía además: «no atacamos a nadie, se trata solamente de nuestra defensa. ¡El suicidio, nunca! Refiérome al suicidio colectivo evidentemente [...] Nosotros preferimos resistir a todo trance» [72].

Efectivamente la dictadura resistió hasta sus últimas fuerzas y cuando fue derrocada se evidenció como falsa la relación entre descolonización e independencia nacional.

A partir de la década de los sesenta, la dictadura dirigió la inmigración hacia sus dominios africanos. En 1974 estaban radicados allí más de medio millón de portugueses y la defensa de sus intereses conformó, decisivamente, la intransigencia de la dictadura, haciendo, también, aumentar la indefinición de la oposición.

2. Los organismos de masas

Era fundamental para el *Estado Novo* organizar la masa amorfa de simpatizantes, como infructuosamente ya se había tratado de hacer desde el inicio de la dictadura militar, primero con la Milicia Lusitana y, más tarde, con la Unión Nacional Republicana. Con ese objetivo creó la *União Nacional* (UN) en julio de 1930. Además, para conformar la ideologia política de las nuevas generaciones sistematizó organismos de encuadramiento de la juventud.

---

[71] Nogueira, A. Franco, *Salazar. O ataque (1945-1948)*, 2.ª ed., Liv. Civilização Ed., imp. Oporto, 1985, pp. 397-398, vol. IV.

[72] Durão, R., «Capitular, ¿porqué?», *Expresso Revista*, n.º 22, 2-VI-1973, pp. 13-14.

A) *La «União Nacional»*

La articulación de la UN fue lenta y, tal como sucedió con la primorriverista Unión Patriótica, fue implantada desde el Gobierno al resto del país a través de los gobiernos civiles. Sus estatutos no se publicaron hasta mayo de 1932, en paralelo con la aparición en la prensa del proyecto constitucional de la dictadura, lo que avala el sentido estructural que la UN tuvo para el régimen.

Su primera Comisión Ejecutiva estuvo integrada prácticamente por el Consejo de ministros, lo que revelaría su papel de partido del gobierno en lugar del de partido de gobierno [73]. Pertenecer a la UN no garantizaba pues el acceso a la dirección política del país, lo que evidencia las distancias entre el modelo autoritario portugués y el de sus congéneres europeos.

Sus estatutos calificaban a la UN como organización «cívica» pero a partir de 1945 se convirtió en un partido político, al semitolerar el régimen la concurrencia de la oposición a las elecciones, lo que la convirtió en el vocero de las actividades del gobierno [74], pero sin tener capacidad de moldear sus actos o de influir en sus actuaciones. La masa adherente era conformada prácticamente por personal de la administración, caciques rurales y gente de orden. Celebró su primer congreso en mayo de 1934, en el que se patentizó que era la única organización política legalizada en el país, en un momento en que el Movimiento Nacional Sindicalista, de claras connotaciones fascistas, trataba de disputarle la exclusiva representatividad que detentaba. Entonces también quedó claro que su finalidad era ayudar a la institucionalización de la dictadura corporativa [75].

A partir de 1936 con la creación de las milicias y del encuadramiento paramilitar de la juventud, la UN perdió influencia y, sólo cuando la Segunda Guerra Mundial tocaba a su fin, el régimen la reactivó para cohesionar a sus simpatizantes y prepararlos para disputar la batalla de la opinión, en un momento que adivinó que la coyuntura les sería adversa. Por eso, en mayo de 1944, se celebró el segundo congreso [76] para asegurar a la organización mayor cohe-

---

[73] Cruz, M., Braga da, *O partido e o Estado no Salazarismo*, Presença, Lisboa, 1988, pp. 28 y ss.

[74] Georgel, J., *O Salazarismo*, D. Quixote, Lisboa, 1995, p. 148.

[75] Sobre este congreso ver: Parreira, A. B. *et al.*, «O I Congresso da União Nacional», en AAVV, *O fascismo em Portugal*, A Regra do Jogo, Lisboa, 1980, pp. 207-228.

[76] Ver *II Congreso da UN. Regulamento.* Casa Portuguesa, Lisboa, 1944.

rencia política y capacidad de movilización social[77]. Con ese objetivo, en agosto de 1945, Salazar impuso una nueva dirección más joven, capaz de afrontar las elecciones para una Asamblea Nacional, dentro del proceso de maquillaje institucional preparado para hacer posible el reconocimiento internacional del régimen. Salazar, en el acto de toma de posesión de los nuevos dirigentes, explicó los peligros que atenazaban a la dictadura y qué esperaba de la UN diciendo: «El clima político y social derivado del último conflicto producirá las siguientes repercusiones en la vida del régimen portugués:

»1. Dificultades provenientes de la llamada «victoria de las democracias»; por la falta de una elite suficientemente numerosa que sustente sólidamente el régimen y le salvaguarde su originalidad.

»2. La política nacional es imposible que se realice a través de fórmulas partidarias. La UN no es un partido, no se confunde con el gobierno y no domina el Estado.

»3. La nueva organización y los nuevos trabajos que se imponen a la UN en los tiempos más próximos van en el sentido de la última Revisión Constitucional, con la consecuente disolución de la Asamblea Nacional y las próximas elecciones». Y poniendo en guardia a los suyos reafirmó: «No importa la existencia de Diputados independientes o adversarios del régimen, con tal de que no resucite el espíritu partidario»[78].

Las elecciones legislativas de octubre de 1945 serían manipuladas, como todas las del *Estado Novo,* ya que la oposición nunca consiguió elegir ni un solo Diputado. Con todo, el antisalazarismo obtuvo los mejores resultados de toda la dictadura, lo que revelaba el deseo de cambio de la sociedad portuguesa, dejando, al régimen, perplejo. Por eso cuando, en noviembre de 1946, se celebró en Lisboa la Primera Conferencia de la UN, Salazar se mostró inflexible a la hora de ceder el poder y de modificar la dictadura: «cuando un país encontró, como Portugal, una línea conveniente de pensamiento y de acción política, basada en una experiencia segura, es desajustado cambiarlos escuchando las voces, por cierto disonantes, que se yerguen de las ruinas y de las divisiones de Europa a pregonar sistemas salvadores. Seamos generosos de pensamiento y

---

[77] *II Congresso da União Nacional. Resumo das Teses de 27 subsecções,* Casa Portuguesa, Lisboa, 1944.

[78] Salazar, A. O., *Discursos e notas políticas (1943-1950),* Coimbra, Coimbra Ed., 1951, pp. 142-143, vol. IV.

aceptemos correcciones y desarrollos que el régimen acepta; intensifiquemos la aplicación de los principios que sólo se han aplicado parcialmente en cuanto a la organización y representación directa en el Estado de los intereses que se mueven en el seno de la Nación [...] sobre todo no perdamos el ánimo ni la serenidad en este tormentoso mar de pasiones y seamos prudentes [...] Tal vez se aproximen tiempos en que la gran división, el intraspasable abismo, será entre los que sirven a la Patria y los que la niegan» [79].

La permanente actividad de la oposición y la incapacidad del régimen para asegurarse el control del país por métodos pacíficos, obligaron al dictador, nuevamente, en marzo de 1947, a nombrar una nueva dirección para la UN, de la que entonces se hizo cargo Marcelo Caetano, que en 1968 sucedería a Salazar en la Presidencia del Consejo de Ministros.

Salazar agradeció el esfuerzo a los que dejaban la dirección de la UN diciendo que la habían conducido «en un período excepcionalmente difícil», y añadió lo que esperaba del nuevo equipo: «pretendemos ampliar, reforzar y consolidar en la inteligencia y en el corazón de los portugueses el gran frente nacional que hasta hoy, mejor o peor, nos ha permitido dedicarnos al exclusivo servicio del país. En otras palabras: manteniendo el aspecto antipartidario del régimen hemos de valorar la obra de gobernabilidad» [80].

Tras la muerte en 1951 del presidente de la República, el mariscal Carmona, volvió a debatirse la cuestión del régimen, por iniciativa de los monárquicos, en el III Congreso del partido único, celebrado en noviembre de ese año en Coimbra. Caetano, que había dimitido de la dirección de la UN en 1950, fue el encargado de hacer triunfar las tesis prorrepublicanas [81]. A partir de entonces los monárquicos se fueron desligando de la UN hasta crear, en 1957, Causa Monárquica [82].

A partir de entonces la UN mantuvo una vida aún más lánguida, de la que apenas se desperezaba cada cuatro años ante la convocatoria de elecciones legislativas y cada siete con las presidenciales. El Presidente de la UN fue siempre Salazar y se valió del cargo para mantener la sumisión de los Presidentes de la República,

---

[79] Íd., *op. cit.*, pp. 261-262.

[80] Íd., *op. cit.*, p. 266.

[81] Caetano, M., *Minhas memórias de Salazar*, 3.ª ed., Ed. Verbo, Lisboa, 1985, pp. 317 y ss.

[82] En 1969 un grupo de monárquicos se acercaron a la oposición y en 1972 crearon Convergencia Monárquica

ya que era competencia suya designarlos cuando acababan su mandato. Por deseo suyo en 1958, el general Craveiro Lopes que había sustituido a Carmona, no pudo volver a ser candidato [83].

La UN realizó aún dos congresos más: uno en mayo de 1956 para preparar las elecciones legislativas de 1957 y las presidenciales del año siguiente; y otro en febrero de 1970, ya bajo la autoridad de Marcelo Caetano. En este último el partido único intentó una *performance* pasando a llamarse *Acção Nacional Popular,* pero sin cambiar ni su sustancia ni su acción [84].

B) *La «Legião» y la «Mocidade»*

A partir de 1936, ante la amenaza de la Guerra Civil española, el régimen se militarizó. Las funciones de movilización y adoctrinamiento social fueron realizadas por la *Legião Portuguesa* (LP) y por la *Mocidade Portuguesa,* en detrimento de la UN.

La *Legião* fue creada por el Ejecutivo en septiembre de 1936. Su cúpula, nombrada por el gobierno, estaba presidida por un militar de carrera. Inicialmente al régimen le sirvió para encuadrar a los sectores más radicales de la derecha descontentos con la ilegalización del nacionalsocialismo, en julio de 1934, y a los partidarios de un endurecimiento del régimen en la línea de Hitler-Mussolini o de la España franquista. Por eso utilizó la *Legião* para organizar el envío de tropas a España durante la Guerra Civil a través de la «Missão Portuguesa de Observação Em Espanha» (MMPOEE). La MMPOEE fue creada oficialmente en julio de 1938, pero sus servicios a la causa franquista son anteriores. Los «viriatos», como se conoció a los combatientes nacionalistas portugueses que combatieron en España contra la República, llegaron a ser, según el estudio más detallado, unos veinte mil hombres [85]. Con su marcha a España, los nacionalistas más radicales canalizaron su deseo de acción y dejaron de conspirar contra el régimen. Por otro lado la LP sirvió también a Salazar para afianzar su posición hegemónica en el vértice del poder, pasando el gobierno a disponer de una milicia ar-

---

[83] Torre Gómez, H. de la; Sánchez Cervelló, J., *Portugal en la Edad Contemporánea (1807-2000). Historia y Documentos*, UNED, Madrid, 2001, pp. 330-331.

[84] Acção Nacional Popular, *Estatutos*, Com. Nac. Ed., Lisboa, 1970.

[85] Burgos Madroñero, M., «Vinte mil portugueses lutaram na guerra civil da Espanha (1936-1939)», *Boletim do Arquivo Histórico Militar*, n.º 55, Lisboa, 1987, pp. 4-227.

mada que cuestionaba el monopolio de la violencia a las Fuerzas Armadas, limitando de ese modo sus posibilidades de mantener la autonomía institucional que preconizaban. Con ese *pressing* Salazar evitó la insubordinación castrense y las veleidades revolucionarias de la derecha radical.

En el transcurso de la Segunda Guerra Mundial el gobierno atribuyó a la LP funciones de Defensa Civil del Territorio y del mantenimiento de la paz pública, tratando de sustraerle el extremismo germanófilo exhibido durante los años victoriosos de los regímenes fascistas, y acabó convirtiéndola, en vísperas del fin de la guerra, en una fuerza auxiliar de los cuerpos de seguridad del Estado, perdiendo todo su carácter revolucionario. Desde entonces fue utilizada como instrumento de manipulación electoral, incluyendo el período caetanista[86]. Durante el golpe del 25 de Abril sus viejos militantes no se movieron[87].

Junto a la necesidad de crear una milicia armada a imitación de los movimientos europeos congéneres, el *Estado Novo* procuró echar raíces entre los sectores juveniles, especialmente atraídos por las ideologías extremistas. El salazarismo aparecía a los ojos de muchos jóvenes como excesivamente conservador y poco revolucionario, pareciéndoles más heroica su militancia en el nacional-sindicalismo. Para socavar sus bases de apoyo desde el régimen, en enero de 1934, se lanzó la *Acção Escolar Vanguarda* (AEV) para movilizar la masa estudiantil[88], pero en mayo de 1936 la AEV fue sustituida por la *Mocidade Portuguesa* (MP), con la pretensión de imponer la militancia obligatoria a los jóvenes varones y, en diciembre de 1937, encuadró también a las muchachas en la *Mocidade Portuguesa Femenina.* Lo que se pretendía de los varones y de las hembras era notoriamente diferente. Así, los miembros de la MP debían «estimular el desarrollo integral de su capacidad física, la formación del carácter y la devoción a la Patria, en el sentido del orden, en el gusto por la disciplina y en el culto al deber militar»[89]; mientras que de la MPF se esperaba que educase a las niñas para que fuesen buenas madres, buenas esposas, obedientes, sumisas y

---

[86] Ver Comissão do livro negro sobre o regime fascista, *Eleições no Regime Fascista*, Presidencia do Conselho de Ministros, Lisboa, pp. 61-68.

[87] Sobre la LP, ver Rodrigues, N., «A Legião Portuguesa no espectro político nacional. 1936-1939», *Penélope*, n.º 11, 1993 y Silva, J., A *Legião Portuguesa. Força Repressiva do Fascismo*, Diabril, Lisboa, 1975.

[88] Pinto, A. Costa; Ribeiro, N. Afonso, *A Acção Escolar Vanguarda (1933-1936)*, Coop. Crítica, Lisboa, 1980.

[89] Decreto/Ley n.º 26.611, de 19 de mayo de 1936.

católicas[90]. La MP hasta 1945 dedicó una gran parte de su actividad a la preparación paramilitar de la juventud[91].

A partir de la posguerra ambas organizaciones perdieron el carácter obligatorio y, poco a poco, entraron en un proceso de decadencia, dejando en la década de los sesenta de tener un peso activo entre la juventud si bien, aunque lánguidamente, la MP llegó hasta 1974.

3. La Constitución y los órganos constitucionales

En el sexto aniversario del golpe militar, el gobierno publicó en la prensa el proyecto de la nueva Constitución, señalando que «Fue elaborado con amplio espíritu de asimilación, no conoció barreras ni de escuela filosófica, ni de partido, ni de compromisos revolucionarios. Es [...] un documento abierto, en el que entró todo lo que la experiencia definió como superiormente útil y aprovechable para la vida de la Nación, cabiendo los frutos de cuantas tendencias políticas o económicas han influido beneficiosamente en la orgánica del Estado. Conservándose, inclusivamente, casi íntegramente, todo lo que se puede aprovechar de la Constitución de 1911»[92]. En realidad nuevamente el sentido compromisario del golpe de 1926 volvía a evidenciarse. Así se incluían los derechos y garantías individuales (art. 8), pero también se establecían los mecanismos para vaciarlos de contenido (§ 2.º y § 3.º). Se contemplaba, asimismo, la soberanía popular y la división de poderes, aunque de forma imperfecta (art. 71) ya que el poder aparecía dividido entre la Presidencia de la República y la del Consejo.

A) *El Presidente de la República*

El papel del Presidente de la República sería definido por Salazar en los siguientes términos: «El jefe del Estado [...] no depende del gobierno [...] no depende de la consulta o aprobación de ningún otro órgano de soberanía, no depende de las cámaras cuyas

[90] Decreto/Ley n.º 28.262, de 8 de diciembre de 1937.

[91] Arriaga Lopes, *Mocidade Portugesa. Breve historia de uma organização salazarista*, Terra Livre, Lisboa, 1976, pp. 115 y ss.

[92] Caetano, M., *Constituições portuguesas*, 4.ª ed., Verbo, Lisboa, 1975, pp. 107.

votaciones, en lo que respecta al ejercicio de sus funciones o a la vida del Gobierno, no tiene que escuchar o seguir, no depende del país que lo eligió y que no puede destituirle, ni de los Tribunales que no pueden juzgarle. Esta independencia le da fuerza y estabilidad» [93].

Caetano definió el régimen portugués de «presidencialismo bicéfalo o tal vez más exactamente de presidencialismo del primer ministro. En relación a los otros sistemas presidencialistas existe una diferencia *de iure:* la competencia del Consejo de Ministros para resolver ciertas cuestiones. *De facto* se puede admitir que el voto del Presidente del Consejo tiene carácter preponderante en las reuniones» [94].

Para legitimar al Presidente de la República ante la nación, éste era escogido originariamente por sufragio mayoritario en una vuelta (art. 32) por los portugueses de más de 45 años. Carmona fue elegido en 1928 en una votación en la que participó alrededor del 10 por 100 de la población del país.

Las relaciones entre Salazar y Carmona, en el poder hasta 1951, aparentemente siempre fueron cordiales, pero tras la Segunda Guerra Mundial pudo apreciarse cierto distanciamiento. De hecho en 1945 el Presidente de la República recibió a la oposición semitolerada y en abril de 1947 a los militares democráticos que preparaban un golpe de Estado. El astuto Salazar, en lugar de actuar contra el senil Carmona, le nombró mariscal y aceptó de nuevo su candidatura en 1949, cuando tenía setenta y nueve años y su capacidad mental seriamente comprometida. A su muerte, Salazar eligió al general Higinio Craveiro Lopes (1894-1964), estrecho colaborador de la dictadura, en la que había desempeñado numerosos cargos, entre otros el de comandante de la *Legião Portuguesa.* Era, además, una persona con ideas y con conciencia de la dignidad del cargo, lo que a la larga había de enfrentarlo con Salazar que, en 1958, lo sustituyó por el almirante Américo Thomaz (1894-1987), un personaje gris y devoto de Salazar hasta lo indecible. Pero las condiciones de su designación debilitaron la cohesión del régimen. El Ejército estaba molesto con la marginación del general Craveiro Lopes, su candidato, mientras en la Unión Nacional se abrió otro debate entre los salazaristas ortodoxos y los reformistas. La división de los partidarios del régimen coincidió con la unidad oposicionista detrás del general Humberto Delgado (1906-1965). Las elecciones, que fueron un fraude gigantesco, provocaron una

[93] Salazar, A. O., *El pensamiento de ..., op. cit.,* p. 288.
[94] Citado por Rudel, C., *Portugal y Salazar,* Guadiana, Madrid, 1969, pp. 80-81.

agitación sin precedentes en el país, por lo que Salazar, previendo lo que denominó «golpe de Estado constitucional» modificó el sistema de elección presidencial, que desde entonces pasó a realizarse por medio de un colegio electoral de partidarios de la dictadura[95].

Américo Thomaz apoyó a Salazar más allá de lo aconsejable, pues cuando éste, en agosto de 1968, tuvo un accidente vascular, sólo nombró un sucesor interino, pues aún esperaba un milagro. El nuevo primer ministro, Marcelo Caetano (1906-1980), era catedrático de Derecho de la Universidad de Lisboa. Activo partidario del *Estado Novo*, había ocupado destacadas responsabilidades políticas. Elaboró el Código Administrativo (1936), base de toda la legislación local de la dictadura; fue también comisario nacional de la *Mocidade Portuguesa* (1940-1944), ministro de las Colonias (1944-1947), presidente de la Comisión Ejecutiva de la Unión Nacional (1947-1950), presidente de la Cámara Corporativa (1950-1955), miembro vitalicio del Consejo de Estado (1952-1974), ministro de la Presidencia (1955-1958)[96].

Con Caetano, el almirante Thomaz tomó, por primera vez, parte activa en la conducción del país tratando, con el apoyo de los «ultras», limitar el alcance de las reformas que aquél impulsó. Con todo, su peso político era tan escaso que el 25 de abril de 1974 los militares revolucionarios se olvidaron de detenerle hasta que concluyeron las operaciones militares.

B) *El Ejecutivo*

Según la Constitución de 1933, el gobierno era otro órgano de soberanía cuya característica, como señaló Salazar, era «la subordinación constitucional y práctica de los Ministros al Jefe del gobierno [...]. No hay Estado fuerte donde el gobierno no lo es, afirmé un día y he de repetirlo siempre, como la verdad mejor demostrada por la experiencia. Por ese motivo la Constitución ha hecho al gobierno independiente de la Asamblea Legislativa y, a través de ésta, de todo el cuerpo electoral, para que nunca tenga que preocu-

---

[95] Sobre Humberto Delgado, ver: Delgado, H., *Memórias*, Delfos, Lisboa, 1974; Íd., *A tirania portuguesa*, Pub. Dom Quixote, Lisboa, 1995; *Humberto Delgado. O general sem medo*, Bib. Museu República e Resistência, Lisboa, 1995.

[96] Sobre Marcelo Caetano ver: Sánchez Cervelló, J., *La Revolución Portuguesa y su influencia en la transición española*, Nerea, Madrid, 1995, pp. 17-31.

parse de la confianza o desconfianza de las Cámaras»[97]. Como reacción al liberalismo, Salazar explicó, también, que «el sano principio de la división, armonía e independencia de los poderes está prácticamente desvirtuado por las costumbres parlamentarias». Y por ello creía que la Asamblea Nacional debería compartir con el Gobierno la potestad legislativa: «los parlamentos, aun cuando no hayan de convertirse en órganos puramente políticos y extraños a la función legislativa, han de verse obligados a aprobar solamente las bases generales de las grandes leyes, dejando al Poder Ejecutivo como responsable que es de la marcha de la administración, facultades más amplias que las simplemente reglamentarias»[98]. A partir de la Revisión constitucional de 1945 el gobierno tuvo la potestad de legislar a través de decretos-ley.

El gobierno se sobreponía, de esa forma, a cualquier otro órgano constitucional y, por encima de él, el arbitraje de Salazar fue siempre incontestado. En las dos décadas iniciales del *Estado Novo,* los consejos de ministros tuvieron una gran importancia y capacidad de actuación coordinado, pero el panorama se modificó radicalmente en los últimos años del régimen, pues Salazar vivió cada vez más aislado y el centro de decisión se transfirió en buena parte a la *claque* ultraconservadora que encabezaban sus amigos de la época de Coimbra, sexagenarios como él (Costa Leite, Soares da Fonseca) y algunas «jóvenes promesas» como Correia de Oliveira y Franco Nogueria, cercanos ambos a los cincuenta años.

Aunque los apologistas han tratado de presentar al dictador en esta última etapa aún pletórico de fuerza y de vigor, de hecho, su comprensión del mundo se había reducido sensiblemente. Centraba su atención en las cuestiones coloniales, con sus derivaciones militares y diplomáticas, mientras iba abandonando su interés por la política interna. Los consejos de ministros, que se reunían dos veces por mes y no solían durar, ya en 1961, más de tres horas, paulatinamente fueron espaciándose aún más[99]. De ahí la autonomía casi ilimitada que los ministros fueron ganando y el progresivo deterioro de la coordinación interministerial que acabó perjudicando la labor de gobierno. Como ha señalado algún integrante de estos gabinetes «muchos ministros pasaban largos meses sin que Salazar tuviese necesidad u ocasión de recibirles [...], frecuente-

---

[97] Salazar, A. O., *El pensamiento de ..., op. cit.,* pp. 288-289.

[98] Íd., *op. cit.,* pp. 99-100.

[99] Pinto, J. Nogueira, *Salazar visto pelos seus próximos, 1946-1968,* Bertrand, Lisboa, 1993, p. 46.

mente consumía las audiencias de trabajo hablando de sus antiguas experiencias, interesándose por asuntos poco importantes y aplazando los problemas urgentes que no quería abordar ni discutir» [100].

El Ejecutivo recuperó, en 1968, la capacidad de dirección política y de coordinación con Marcelo Caetano, pero su acción de gobierno no erradicó los múltiples problemas que heredó pues el país estaba fragmentado por graves desequilibrios regionales, con una población desinformada y manipulada por la censura, golpeada por la masiva emigración y por la persecución política, sin olvidar el grave problema de la guerra, que consumía casi la mitad de los presupuestos del Estado y condicionaba toda la vida del país [101]. Además las clases medias, que habían dado un apoyo decisivo al golpe militar en mayo de 1926, estaban en 1974 cada vez más alejadas del régimen «a partir del momento en que se sintieron seguras comenzaron a aspirar a los valores clásicos de las clases medias confiadas en el futuro: la libertad, la capacidad de iniciativa, la creación de riqueza, la inexistencia de limitaciones a la producción, etc. El régimen corporativo estaba tendencialmente apto para una crisis de seguridad de este sector, pero no para después de que se hubiese superado la crisis» [102].

El gobierno portugués, en vísperas de la caída de la dictadura, como expresó Caetano a su íntimo López Rodó, vivía aislado y «esperando a Godot» [103].

C) *La Asamblea Nacional*

Inicialmente estaba compuesta por noventa miembros y posteriormente fue aumentando hasta los ciento cincuenta, que era los que había en 1974. Los Diputados eran elegidos por los portugueses con derecho a voto para un mandato de cuatro años [104]. El primer escrutinio se celebró en diciembre de 1934 mediante lista úni-

---

[100] Moreira, A., «Salazar: um homen só num mundo em mudança», en Afonso, A. Gomes, C., (coord.), *A guerra colonial*, Ed. Notícias, Lisboa, 2000, pp 324-329.

[101] Saraiva, J. a., *Do Estado Novo à II República*, Bertrand, Amadora, 1974, p. 36.

[102] Judice, J., en Saraiva, J. A. (coord), *25 de Abril*, EMGFA, Lisboa, 1980, p. 36.

[103] López Rodó, L., *Memorias*, Plaza & Janes/Cambio 16, Madrid, 1992, p. 43, vol. IV.

[104] La última vez que se modificó la Ley Electoral fue en 26-XII-1968 (Ley n.º 2137) y aun entonces sólo el 18 por 100 de la población mayor de 21 años tenía derecho de voto, ya que no se reconocía ni a emigrantes ni a analfabetos. Ver Comissão do livro negro sobre orgime fascista, *Eleições no regime fascista*, Presidência do Conselho de Ministros, Lisboa, 1979.

ca y con un solo colegio electoral [105]. A partir de 1945 el régimen modificó las Ley electoral y entonces, y sobre el papel, se permitía el pluralismo político durante los períodos electorales que duraban veinte días en los cuales la oposición podía dejarse ver. Si bien tampoco había total libertad en esos momentos y los cuerpos de seguridad del Estado controlaban a los candidatos oposicionistas y a los que les apoyaban, aprovechando la ocasión para actualizar sus ficheros. Una vez finalizadas las votaciones, sin que saliese nunca un candidato opositor, el velo del silencio volvía a cubrir el país. Hasta 1958, las elecciones presidenciales se celebraban cada siete años y desde entonces, al suprimirse la elección directa, fue escogido a través de un colegio electoral de adictos. Las elecciones legislativas se celebraban cada cuatro años. Con su llegada al poder, y con las promesas de apertura política, Caetano colocó a ciertos candidatos independientes que constituyeron el Ala Liberal, siendo Sá Carneiro su principal dirigente, pero en 1973 una vez Caetano inició la marcha atrás en las reformas las listas fueron expurgadas de candidatos heterodoxos [106].

La Asamblea Nacional, como hemos señalado, compartió con el Ejecutivo la capacidad legislativa. A partir de la Revisión Constitucional de 1945, pasó a convertirse en el órgano legislativo excepcional, por lo que en la práctica se convirtió en un órgano de colaboración gubernamental.

Se reunía anualmente cuatro meses y medio, en dos períodos de sesiones ordinarias, pero podía reunirse extraordinariamente a petición del Presidente de la República.

La Constitución portuguesa de 1933 sufrió cinco revisiones. La primera, entre 1935 y 1938, afectó a la Cámara Corporativa que pasó a ser un órgano consultivo del gobierno; a la consideración de la religión y moral católicas que se reconocían como «las tradicionales del país» a efectos de educación; y además se concedió al gobierno capacidad para aprobar tratados internacionales [107]. La segunda en 1945 modificó el número de Diputados en la AN, convirtió al gobierno en el órgano legislativo esencial y alteró el Acto Colonial [108]. La tercera, de 1951, introdujo modificaciones impor-

---

[105] Rosas, F., *As primerias eleições legislativas sob o Estado Novo*, O Jornal, Lisboa, 1985.

[106] Ver Sánchez Cervelló, J., «El caetanismo», en Torre Gómez, H. de la, *Portugal y España en el cambio político*, UNED, Mérida, 1989, pp. 101-118.

[107] Leyes n.º 1.885 de 23-III-1935; n.º 19.910 de 13-V-1935; n.º 1.945 de 21-XII-1936; n.º 1.963, de 18-XII-1937, y 1.966, de 23-IV-1938.

[108] Ley n.º 2.009, de 17-IX-1945.

tantes con la supresión del Acto Colonial y la supresión de las palabras colonias e imperio, sustituyéndolas por las de provincias y ultramar; además aumentó la autonomía de la Cámara Corporativa que podía proponer materias para su estudio al gobierno [109]. La cuarta, de 1959, sustituyó la elección directa del Presidente de la República por un colegio electoral [110]. Y la última, de 1971, transformó los territorios de Angola y Mozambique en Estados y descentralizó administrativamente las otras colonias [111].

4. El sistema corporativo

El corporativismo tuvo varias escuelas, la social cristiana, encabezada por Albert de Mun, y por René de la Tour du Pin, opuesta, en gran medida, a los sectores autoritarios y burocráticos del corporativismo de Estado, inspirado por Mijaíl Manoilesco, por Léon Bourgeois y por el fascismo italiano [112]. El modelo portugués fue influenciado por la tradición del catolicismo social de donde procedía Salazar y por el Integralismo Lusitano [113].

La doctrina social de la Iglesia se apoyó en las encíclicas *Rerum Novarum* de León XIII y la *Quadragesimo Anno* de Pío XI. La primera se mostraba partidaria de las corporaciones obreras que, protegidas por el Estado, habían de conciliar capital y trabajo. La segunda pretendía reducir la capacidad de interferencia estatal para permitir a instituciones menores la intervención social y participativa, pero sin supeditarse a los gobiernos que tendrían una misión complementaria a las instituciones de la sociedad civil. En esa línea en Portugal hay que situar al Centro Académico de la Democracia Cristiana, convertido posteriormente en Centro Católico, y también a Acción Católica [114].

El Integralismo Lusitano era un movimiento absolutista que pretendía la restauración de la monarquía orgánica tradicional vigente en Portugal hasta el siglo XVIII. Surgió en 1913 entre los mo-

---

[109] Ley n.º 2.048, de 11-VI-1951.

[110] Ley n.º 2.100, de 29-VIII-1959.

[111] Ley n.º 3 de 16-VIII-1971.

[112] Leonard, Y., *Salazarismo e fascismo*, Inquérito, Lisboa, 1996, p. 98.

[113] Sobre el corporativismo salazarista ver Patriarca, F., *A questão social no salazarismo 1930-1947*, IN-CM, Lisboa, 1995; y Schmitter, C., *Corporatism and Public Policy in Authoritarian Portugal*, Sage, Londres, 1975.

[114] Ver Volovitch, M. C., «O Círculo Operario do Porto (1898-1911). Um precorporativismo», en AAVV, *O Fascismo em Portugal*, *op. cit.*, pp. 79-104.

nárquicos portugueses exiliados en Bélgica, bajo el influjo de Charles Maurras y de *Action Française*. Tenía una gran audiencia entre la baja oficialidad y las fuerzas de derecha que habían arropado la dictadura de Sidonio Pais. Organizativamente apareció en 1914 alrededor de la revista *Nação Portuguesa*. Sus principales dirigentes fueron Antonio Sardinha, Paquito Rebelo e Hipólito Raposa [115].

«El corporativismo portugués, según Marcelo Caetano, rechazaba el centralismo dirigista y reconocía que el Estado es el resultado de una sociedad política que engloba comunidades naturales (familia, parroquia, concejo, profesión...) y asociaciones voluntarias, con intereses propios que se han de respetar aunque han de ser disciplinadas por el interés general» [116]. Por eso se alejaba de su homónimo italiano en la composición y en las atribuciones de las cámaras corporativas y en el encuadramiento de los obreros y los patronos [117].

Su objetivo teórico era encontrar una doctrina y una práctica política que se alejase tanto del liberalismo como del comunismo, y fuese capaz de establecer una representatividad política «donde el tejido social fuese organizado a partir de asociaciones espontáneas primarias originadas incluso antes del nacimiento histórico del Estado, que deberían participar directamente en la constitución de los cuerpos supremos del poder salazarista» [118]. El objetivo era encuadrar las actividades económicas en un clima de concordia porque la lucha de clases formalmente no existía ya que «esa ideología era contraria a la Nación y a sus intereses» [119]. Para Salazar el Estado debe mantenerse por encima del mundo de la producción y de la intervención por medio de la concurrencia [...] y no debe ser el señor de la riqueza nacional, ni colocarse en condiciones de ser corrompido por ella. Para ser un árbitro supremo de todos los intereses, es preciso no dejarse maniatar por ninguno de ellos. Normalmente el Estado debe tomar sobre sí la protección y la alta dirección de la economía nacional por la defensa exterior, la paz pública, la administración de justicia, la creación de las condi-

---

[115] Sobre este movimiento político, ver Cruz, M., «O Integralismo lusitano e o Estado Novo» AAVV, *O fascismo em Portugal*, A Regra do Jogo, Lisboa, 1980, pp. 105-140.

[116] Caetano, M., *Constituições portuguesas*, *op. cit.*, p. 114.

[117] Lucena, M., A *Evolução do sistema Corporativo português: O Salazarismo*, Perspectivas & Realidades, Lisboa, 1976, pp. 209-222, vol. I.

[118] Marques, A. H., de Oliveira (coord.), *História de Portugal Contemporáneo. Economia e Sociedade*, Univesidade Aberta, Lisboa, 1993, p. 327.

[119] Salazar, A. O., *El pensamiento...*, *op. cit.*, p. 176.

ciones económicas y sociales de la producción, la asistencia técnica y el desarrollo de la instrucción, el sometimiento de todos los servicios auxiliares de la actividad económica, la corrección económica que a veces deriva del libre juego de las actividades privadas [...]. En la función educadora que debe darse a este moderado intervencionismo, el progreso no está en que el Estado extienda sus funciones, despojando a los particulares, sino que, por el contrario pueda abandonar un campo cualquiera de actuación por ser ya en él suficiente la iniciativa privada». Y añadía: «queremos marchar hacia una economía nueva [*sic*], trabajando al unísono con la naturaleza, bajo la autoridad de un Estado fuerte que defienda los intereses supremos de la Nación, su riqueza, su trabajo, tanto contra los excesos capitalistas como contra el bolchevismo destructor» [120].

Los más variados intereses de la vida social: trabajo, familia, previsión social, habitación, confluían en una Cámara Corporativa que, prevista en la Constitución de 1933, tenía funciones consultivas de la Asamblea Nacional y del Gobierno. Sus informes no eran vinculantes, por tanto su función era subalterna. A partir de las revisiones constitucionales de 1935 y 1951 fue revalorizándose, pero sólo obtuvo un papel decisivo a partir de la de 1959, cuando sus miembros pasaron a integrarse en el colegio electoral que había de designar al Presidente de la República, una vez suprimida la elección por sufragio universal.

Los organismos corporativos se crearon, según Fernando Rosas «para defender los sectores industriales y agrícolas vinculados a las principales exportaciones portuguesas, amenazadas por el colapso y la caída de los precios a inicios de la década [de 1930] [...] donde sobresalía el poderoso *lobby* vinícola; para proteger la gran agricultura tradicional —trigo, arroz, aceite, lana— con posibilidad de exportar a precios competitivos y amenazada por la competencia extranjera [...]; para defender los intereses de los grandes explotadores coloniales (algodón, azúcar, oleaginosas) imponiendo restricciones a la industria y al consumo metropolitanos; y, aún, por la presión de los grupos familiares vinculados con industrias dispersas, afectadas por una aguda competencia interna, donde las grandes empresas deseaban imponer la cartelización (cerámica, fósforos, productos farmacéuticos)». El corporativismo sería, por tanto, el resultado de una coyuntura económica del capitalismo portugués, para proteger intereses en un momento de crisis económica y en la

---

[120] Íd., *op. cit.*, pp. 201-203.

que el capital industrial no podía hegemonizar el proceso productivo y colocaron al Estado a su servicio para hacerlo [121].

Con ese objetivo se usaron las leyes del Acondicionamiento Industrial que impedían el establecimiento de nuevas industrias si ya existían en el país del mismo tipo con capacidad de producción suficiente, con el objeto de ahorrar capitales y esfuerzos [122].

Ligado al corporativismo, el *Estado Novo* implantó el Estatuto del Trabajo Nacional [123], copiado casi literalmente de la *Carta del Lavoro* mussoliniana que impedía el funcionamiento de los sindicatos de clase y disciplinaba la producción prohibiendo las huelgas. Junto con el Estatuto del Trabajo Nacional se publicaron en la misma fecha la organización corporativa de la patronal (Gremios) [124], se establecieron los Sindicatos Nacionales [125], se crearon las Casas del Pueblo [126] en las zonas rurales como sistema de convivencia forzada entre diversas clases sociales; posteriormente se establecieron las Casas de Pescadores, con la misma finalidad de englobar a pescadores y patrones de pesca [127]; y también se instituyó el Instituto Nacional del Trabajo y Previsión [128] con la perspectiva de ordenar los Tribunales de Trabajo para dirimir los conflictos entre patronos y obreros y propagar los principios corporativos [129].

El entramado corporativo, con numerosos retoques, subsistió hasta la caída de la dictadura en 1974 [130].

5. Las Fuerzas Armadas

En un primer momento las Fuerzas Armadas no disintieron de ser desplazadas de la detentación directa del poder, ya que el go-

[121] Rosas, S, F. (coord.) *O Estado Novo*, en Matosso, J., *História de Portugal*, Estámpa, Lisboa, 1994, pp. 256-257, vol. VII.

[122] El primer Decreto en ese sentido fue el n.º 1.201 de 31-VII-1926 que afectó al sector cerealista y a los molinos.

[123] Decreto Ley n.º 23.048, de 23-IX-1933.

[124] Decreto Ley n.º 23.049, de 23-IX-1933.

[125] Decreto Ley n.º 23.050, de 23-IX-1933.

[126] Decreto Ley n.º 23.051, de 23-IX-1933.

[127] Ley n.º 1.953 de 11-III-1937, y Decreto Ley n.º 27.978, de 2-VIII-1937.

[128] Decreto Ley n.º 23.053 de 23-IX-1933.

[129] Thomas, J. E., *La realización portuguesa del Estado Corporativo. Síntesis de sus fundamentos*, SDN, s.d., Lisboa, pp. 74-75.

[130] Sobre el corporativismo post-salazarista, ver Lucena, M., *A evolução do sistema corporativista portugués. O Marcelismo*, Perspectivas & Realidades, Lisboa, 1976, vol. II.

bierno de Salazar les garantizó una efectiva autonomía, por lo que se identificaron mayoritariamente con el nuevo régimen. Como lo prueba el hecho de que, ya en mayo de 1932, Salazar fuese condecorado con la Gran Cruz de la Torre y de la Espada, máxima distinción militar portuguesa, en una ceremonia en la que le entregaron también un manifiesto de apoyo a su política, firmado por más de cuatro mil oficiales, tanto del servicio activo como de la reserva.

Dentro de esta comunión de objetivos entre el Ejecutivo y las Fuerzas Armadas tuvo un papel destacado la ayuda portuguesa a los sublevados durante la Guerra Civil española, y que fue capital tanto para la victoria franquista como para la consolidación del Estado Novo.

La autonomía castrense se mantuvo hasta la Ley de Reforma Militar de 1937. Salazar la combatió con gran cuidado, aunque no pudo evitar tener serios problemas con sus ministros militares y para solucionarlos recurrió al Presidente de la República, general Oscar Fragoso Carmona, máxima autoridad militar que le apoyaba sistemáticamente. La Reforma de 1937 consistió en reducir el excesivo número de oficiales en activo por medio de una jubilación incentivada económicamente y en disminuir el tiempo de permanencia en cada puesto con lo que aceleraba las promociones provocando la adhesión al régimen de la joven oficialidad. Además se sirvió de otros dos métodos: la sustitución en los lugares relevantes de los oficiales que eran conocidos como desafectos a la dictadura, y la producción y aplicación de legislación destinada a someterlas al poder político. En ese sentido los intentos golpistas también ayudaron a expurgarlas ya que tras ellos se expulsaba de la corporación a los implicados. Paralelamente a la neutralización de la oposición político-militar, el régimen fue consolidando su poder sobre las Fuerzas Armadas. El artífice de este logro fue el general Fernando Santos Costa (1899-1982) que estuvo en el gobierno durante veintidós años. A él se debió la implacable depuración del Ejército que no alcanzó sólo a la oficialidad republicana sino principalmente a los sargentos que habían sido el brazo armado de la República.

La dictadura vivió una postguerra mundial con unas Fuerzas Armadas prácticamente seguras, aunque las repercusiones de la derrota del Eje también se dejaron sentir en su interior, pues comenzaba a revelarse un progresivo descontento militar, apreciándose un cierto cansancio por la inalterabilidad del régimen, y por la prepotencia del omnipresente Santos Costa, cuyo desprestigio au-

mentó con la muerte del general Marques Godinho, de la que sus familiares le acusaron [131].

El gobierno controló la institución militar, con pequeños problemas, hasta la campaña electoral del general Humberto Delgado en 1958, pero la situación se modificó transitoriamente tras las votaciones. Entonces, y a pesar del fraude electoral y de las reiteradas llamadas que Delgado dirigió a la jerarquía militar, ésta no se movió, pero su mensaje actuó como un revulsivo capaz de agitar las consciencias del país. Los síntomas de agotamiento del sistema afloraron por doquier. Aparecieron en el seno de la institución militar dos corrientes: una revolucionaria, ligada al general Delgado y a la oposición democrática, que pretendía realizar un golpe de Estado y que fue dirigida por el capitán Varela Gomes; y otra reformista, encabezada por el jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas, general Botelho Moniz que, inicialmente, pretendía modernizar la institución militar. Estos últimos provocaron la sustitución del general Santos Costa y de su equipo militar, aprovechando para ello el descontento existente entre la joven oficialidad. El ambiente agitado de aquellos días es descrito por el ex Presidente Américo Thomaz que cuenta cómo el general Moniz lo visitó el último día de julio de 1958 para avisarle de la inminencia de un golpe militar en caso de que no fuese inmediatamente dimitido el general Santos Costa [132]. Por eso a mediados del mes siguiente se produjo una profunda remodelación ministerial con especial incidencia en las Fuerzas Armadas, cuya cúpula fue completamente renovada [133]. En definitiva estas mudanzas significaron el triunfo de la corriente reformista más tecnocrática y más heterodoxa políticamente, aunque no tenía nada que ver con la oposición.

Estos cambios indispusieron a la corriente militar «ultra» que vio peligrar con la sustitución de Santos Costa su ascendente sobre la corporación, por lo que intentó realizar un golpe de Estado, que no fue concretado gracias a los amplios apoyos que tenía el nuevo equipo militar.

El régimen consiguió acallar la contestación de los sectores técnico-profesionales con las reformas llevadas a cabo por el nuevo

---

[131] Sobre este suceso, ver Caetano, M., *Minhas memórias de Salazar*, Ed. Verbo, 1977, pp. 308-309.

[132] Thomaz, A., *Últimas décadas de Portugal*, *op. cit.*, pp. 17-18, vol. III.

[133] Los principales nombramientos fueron: el general Botelho Moniz como ministro de Defensa; el coronel Almeida Fernandes como ministro del Ejército, y como subsecretario del Ejército, el coronel Costa Gomes; y el general Beleza Ferraz, como Jefe de Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas,

equipo y las acciones conspirativas de los militares afectos al general Delgado, con el clima de unidad nacional que vivió el país tras las masacres angoleñas de febrero de 1961, pues toda la población exigió una respuesta contundente y la mayoría de las FFAA encararon las guerras en las colonias como «objetivos nacionales».

La contestación militar no volvió a evidenciarse hasta septiembre de 1973, cuando se empezó a fraguar entre la joven oficialidad la evidencia de que la guerra no podía ganarse militarmente. Eso provocó inicialmente un malestar corporativo que acabó transformándose en político.

6. Los otros instrumentos de control ideológico y social

La disolución del Centro Católico sugerido por Salazar fue aceptada inequívocamente por la cúpula eclesiástica portuguesa que no tuvo inconveniente en que la mayoría de sus militantes se alojasen desde entonces en la UN. La vertiente social que cabía al referido Centro se desvió hacia la Acción Católica, en 1933, creada tres años después de la formación del partido único.

El apoyo de la Iglesia fue siempre crucial para el régimen. El cardenal Cerejeira revelaría que la alianza con el *Estado Novo* era comprensible después de la persecución religiosa que comportó la Primera República [134] y, de hecho, la jerarquía eclesiástica no comenzó a mantener algunas distancias con el salazarismo hasta el Concilio Vaticano II [135] y, con efectos prácticos, hasta las elecciones legislativas de 1969, en las que se declaró explícitamente neutral aunque mayoritariamente continuó dando apoyo a la tiranía hasta el 25 de Abril.

También fue imprescindible para el mantenimiento de la dictadura, durante cuarenta y ocho años, la utilización abusiva de los mecanismos de represión del Estado, es decir, las diversas policías: Policía de Seguridad Pública, Guardia Nacional Republicana, Guardia Fiscal y especialmente la Policía Política [136]. Se apoyaron

---

[134] Cerejeira, M., *Na hora do diálogo*, União Gráfica, Lisboa, 1967, p. 15.

[135] Sobre la oposición católica a la dictadura ver Sánchez Cervelló, J., *La revolución portuguesa...*, *op. cit.*, pp. 30-33.

[136] Tuvo diversos nombres: Policía de Vigilancia y Defensa del Estado (PVDE) cuyos orígenes coinciden con el propio golpe militar, aunque se constituyó formalmente en 1933. En 1945 pasó a denominarse Policía de Información y Defensa del Estado (PIDE) y finalmente Caetano en 1969 la transformó en Dirección General de Seguridad (DGS). Ver *Elementos para a História da PIDE*, AEPPA,

en una amplísima legislación represiva, modificada a partir de 1945, dando un nuevo redactado al Código Penal [137]. Además, sobre el papel, instituyó el *Habeas Corpus* [138] mientras que los delitos políticos, hasta entonces pertenecientes a la jurisdicción militar, pasaron a los tribunales civiles [139].

También la modalidad represiva empleada hasta entonces se modificó. Si antes de la Segunda Guerra Mundial había sido abierta y sólo empleada después de que se hubiesen cometido los delitos, ahora pasó a realizarse de forma preventiva, a través de las llamadas medidas de «seguridad» que, contempladas en la legislación para delitos comunes, pasaron, a partir de 1947, a aplicarse para «los crímenes contra la seguridad del Estado» [140]. Así, a quien el gobierno aplicaba tales medidas podía ser deportado, exiliado y sus derechos políticos suspendidos. Las medidas de «seguridad» fueron reforzadas en 1949 [141] y en 1954 [142]. A partir de esta última fecha, la policía política podía detener a sospechosos para interrogarlos y tenerlos hasta 360 días sin someterlos a control judicial. Situación de indefensión que se agravó en 1956 [143], pues se podía detener por períodos que abarcaban de seis meses a tres años, prorrogables por períodos de tres años, siempre que el reo fuese considerado potencialmente peligroso por la policía política, y así continuar detenido a perpetuidad. Esta subjetividad a la hora de aplicar tales medidas las hacían aún más siniestras.

La finalidad última de las medidas de seguridad era controlar preventivamente a los posibles «delincuentes» políticos para que no pudiesen actuar. A la acción «profiláctica» del régimen contribuyó la ingenuidad de la oposición. Los períodos electorales fueron la válvula de escape de las presiones contenidas, los sectores anti-salazaritas se manifestaban y las fuerzas represivas podían actualizar el inventario de disidentes, tanto civiles como militares, pues era durante las votaciones cuando, en apariencia, el régimen bajaba la

---

Lisboa, 1976; Ribeiro, M. da C., *A policia política no Estado Novo*, Stampa, Lisboa, 2000; Soares, F., *PIDE/DGS. Un Estado dentro do Estado*, Portugalia, s.d. Lisboa, [1975].

[137] Decreto Ley n.º 35.015, de 15-X-1945.

[138] Decreto Ley n.º 35.043 de 20-X-1945. Ver sobre esta cuestión Mauricio, A., *Crimes políticos e Habeas Corpus*, Portugalia Ed., s.d., Lisboa, [1975].

[139] Decreto Ley n.º 35.044, de 20-X-1945

[140] Decreto Ley n.º 36.387, de 1-VII-1947.

[141] Decreto Ley n.º 37.447, de 13-VI-1949.

[142] Decreto Ley n.º 39.739, de 9-VIII-1949.

[143] Decreto Ley n.º 40.550, de 12-III-1956.

guardia, «descuido» que aprovechaba la oposición para organizar y preparar un levantamiento militar. Esta dinámica elecciones/preparación del golpe de Estado duró de 1945 hasta 1965. Detectados los opositores, la represión se centraba sobre ellos. El régimen se evitaba así recurrir al terror sistemático. Dentro de esta concepción de represión «blanda» se cerró el campo de concentración de Tarrafal en 1954 [144].

Los Tribunales de Justicia fueron también ampliamente manipulados por la dictadura que desde sus inicios estableció tribunales militares para juzgar crímenes contra la seguridad del Estado realizados con armas [145] o sin ellas [146]. Desde 1933 la Policía Política era la encargada de enviar los autos de proceso a los Tribunales Militares Especiales y podía detener, sin culpa formada y sin mandato judicial. Mientras la policía no enviase los autos, los detenidos estaban incomunicados, sin asistencia jurídica y sometidos a malos tratos, que era la forma de obtener pruebas. La asistencia jurídica a los detenidos era apenas formal. Los Tribunales Militares Especiales fueron suprimidos en 1945 en medio de la *performance* liberalizadora del régimen siendo, pero, sustituidos por Tribunales Plenarios con las mismas competencias de los anteriores y también con la exclusiva colaboración de la PIDE para instruir los procesos [147].

La dependencia de la justicia en relación con el poder político aún era agravada por el hecho de que «los nombramientos, promociones y cualquier traslado de los magistrados judiciales eran hechos por el Ministerio de Justicia». Situación que se mantuvo hasta la caída de Caetano con criterios políticos [148].

Otro instrumento capital para la conservación del régimen autoritario fue la censura previa de prensa. La primera norma en ese sentido fue de junio de 1926 y se mantuvo vigente hasta el 25 de abril de 1974. Con esa finalidad se constituyó la Dirección General

---

[144] Creado el 23 de abril de 1936 y cerrado el 26 de enero de 1954. Funcionó en la isla de Santiago (Cabo Verde) una de las más próximas al Ecuador y con peor clima, lo que provocó, junto con la dureza del sistema carcelario, una elevada mortalidad entre la población penal. Posteriormente fue reabierto en 1961 para internar a los nacionalistas africanos tras el inicio de la guerra colonial. Ver *Tarrafal: Testemunhas*, Caminho, Lisboa, 1978.

[145] Decretos 11.759 y 11.996 de 23 de junio, y 30 de julio de 1926.

[146] Decreto Ley 21.942 de 5-XII-1932.

[147] Decreto Ley n.º 35.044, de 20-X-1945.

[148] Figueiredo, J., Ferreira, F., *O poder judicial e a sua independência*, Morães Lisboa, Ed., 1974, p. 37; Manuel, A., *et al.*, *PIDE. A história da repressão*. Jornal do Fundão, s.d. Fundão, [1974]

del Servicio de Censura. Con Caetano hubo cambios de forma y semánticos pero la realidad perturbadora de la manipulación informativa persistió hasta la caída del régimen [149], creando un clima de intoxicación mental que impedía a una gran parte del pueblo portugués conocer la oposición tanto interna como externa a su política autoritaria y colonial.

VI. CONCLUSIONES

a) La crisis del Estado liberal portugués fue anterior a la coyuntura derivada de la Gran Guerra y puede rastrearse desde el Ultimátum británico de 1890.

b) El factotum del régimen, Salazar, no fue un dictador al uso, no lideró un partido fascistizante, ni era el militar más influyente de una conjura golpista triunfante. Llegó al poder invitado por los militares, que le veían como un profesor competente, capaz de zanjar la grave crisis económica por la que atravesaba el país. Estableció un Estado fuerte, que trató de sobreponerse a la crisis política resultante de la Primera República (1910-1926), pero no era un Estado totalitario, pues Salazar explícitamente defendió un orden limitado por la moral y el derecho.

c) El partido único —Unión Nacional— fue un antídoto contra la movilización de masas y su finalidad no era ejercer el monopolio del poder, sino ser un apéndice del gobierno. Tampoco la Legión Portuguesa tuvo jamás autonomía del Ejecutivo y su protagonismo se circunscribió a una coyuntura de grave inestabilidad, durante la Revolución española de 1936 y, una vez superada, fue relegada a tareas complementarias de apoyo de los aparatos represivos (PIDE, PSP, GNR).

d) El sentido compromisario del golpe de Estado de 1926, recogido por Salazar cuando estableció el *Estado Novo* en 1933, tuvo como objetivos la consolidación de la oligarquía industrial y latifundista y de asegurar la «secular herencia colonial de la nación», contando para ello con el apoyo de la Iglesia, que lo mantuvo mientras Salazar detentó la Presidencia del Consejo de Ministros. Pero, con la llegada al poder de su sucesor, Marcelo Caetano, hubo un alejamiento gradual de ésta y también de los sectores socioeconómicos que habían posibilitado el golpe de 1926.

---

[149] Ver Carvalho, A. de., *A censura e as leis de imprensa*, Seara Nova, Lisboa, 1973.

e) Las raíces del corporativismo portugués arrancan del regeneracionismo del XIX, tamizado por la profunda influencia del catolicismo social que impulsó la Iglesia católica en los años que precedieron a la Gran Guerra, siendo menos estatalista que el italiano.

f) Tras la Segunda Guerra Mundial el salazarismo ensayó cierto pluralismo destinado a buscar, mediante elecciones falseadas, una supuesta legitimación. Pero jamás procuró establecer cauces de participación política que pudiesen acabar con la dictadura.

g) Una característica singular del *Estado Novo* fue su bajo perfil represivo entre los habitantes metropolitanos. El número total de víctimas mortales, en sus cuarenta y ocho años de poder, fue más reducido que en los otros regímenes congéneres, porque fundamentalmente ejerció una represión preventiva que lo alejó, con mucho del fascismo, del nazismo y del propio franquismo. Bastaría con señalar la diferencia con su aliado peninsular. Así, a pesar de sus comunes orígenes pustchistas, el golpe de Estado portugués fue incruento mientras que el franquista desembocó en una guerra sanguinaria. Las divergencias, tanto en el porcentaje de población reclusa por habitante como en el número de víctimas en los centros de detención, también son obvias. Así, si tomamos como ejemplo el alevoso campo de Tarrafal, ubicado en Cabo Verde comprobaremos que en sus dieciocho años de existencia para prisioneros europeos (después hubo africanos pero sin prácticas de exterminio), los muertos no llegaron a doscientos mientras que en España, sólo en la provincia de Tarragona, con unos doscientos mil habitantes, entre 1939 y 1942 hubo unos novecientos fusilados.

h) La cuestión de la longevidad de la dictadura tiene que ver, en mi opinión, además de los mecanismos represivos consustanciales a todo autoritarismo (omnipresencia policial, manipulación de la opinión pública, censura de los medios de comunicación, neutralización de la independencia del poder judicial, e instrumentalización de las Fuerzas Armadas), a la defensa a ultranza del colonialismo como garantía de la independencia de la patria. El imperialismo ha estado siempre subyacente en el nacionalismo portugués y, transversalmente, recorrió todo el espectro político de derecha a izquierda hasta finales de la década de los sesenta.

i) La inviabilidad del modelo autoritario y corporativo sólo se evidenció, con total crudeza, cuando la guerra colonial, a partir de 1972, se hizo insostenible y cuando los militares africanistas, empezando por Spínola, se dieron cuenta no sólo de que no podían ganar la guerra sino que la perderían. Emergió entonces el Movimiento de las Fuerzas Armadas que, el 25 de abril de 1974, liberó el país.

BIBLIOGRAFÍA

AAVV, «Salazar e os fascismos», *Vértice*, n.º 13, abril 1989.

— *O Estado Novo, das orígems ao fim da autarcia, 1926-1959*, Fragmentos, Lisboa, 1987, 2 vols.

— *O fascismo em Portugal*, A Regra do Jogo, Lisboa, 1980.

AFONSO, A., *Sinel de Cordes e o 28 de maio. Historia de uma conspiração*, UNED, Mérida, 2000.

AFONSO, A., GOMES, C. (coord.), *A guerra colonial*, Ed. Notícias, Lisboa, 2000.

ANTÓN, J., y ESTEBAN, M., «El pensamiento contrarrevolucionario de Maistre a Maurras», en Antón, J. (ed.), *Ideologías y movimientos políticos contemporáneos*, Tecnos, Madrid, 1998.

ANTUNES, J. Freire, *A cadeira de Sidonio ou a memoria do presidencialismo*, Europa-América, s.d. Mem Martins, [1981].

— *Salazar e Caetano. Cartas secretas, 1932-1968*, Difusão cultural, Lisboa, 1994.

ARRIAGA L., *Mocidade Portugesa. Breve historia de uma organização salazarista*, Terra Livre, Lisboa, 1976.

CAETANO, M., *Constituições portuguesas*, 4.ª ed., Verbo, Lisboa, 1975.

— *Minhas memórias de Salazar*, Ed. Verbo, 1977.

CAMPINOS, J., *A Ditadura Militar, 1926-1933*, D. Quixote, Lisboa, 1975.

— *O presidencialismo do Estado Novo*, Perspectivas & Realidades, Lisboa, 1978.

Comissão do livro negro sobre o regime fascista, *Eleições no regime fascista*, Presidência do Conselho de Ministros, Lisboa, 1979.

Constitución Política de la República Portuguesa, SPN, s.d. Lisboa, [1933].

CRUZ, M. Braga da, *O Partido e o Estado no Salazarismo*, Presença, Lisboa, 1988..

— *Monárquicos e Republicanos no Estado Novo*, Pub. D. Quixote, Lisboa, 1986.

— *As Orígems da Democracia Cristã e o Salazarismo*, Presença, Lisboa, 1980.

FERRAZ, I., *A ascensão de Salazar*, O Jornal, Lisboa, 1988.

GEORGEL, J., *O Salazarismo*, D. Quixote, Lisboa, 1995.

GRIFFIN, R., *The Nature of Fascism*, St. Martin´s Press, Nueva York, 1991.

LEONARD, Y., *Salazarismo e fascismo*, Inquérito, Lisboa, 1996.

LOFF, M., *Salazarismo e Franquismo na época de Hitler 1936-1942*, Campo das Letras, Porto, 1997.

LOURENÓ, E., *O fascismo nunca existiu?*, D. Quixote, Lisboa, 1976.

LUCENA, M., *A evolução do sistema corporativista portugués*, Perspectivas & Realidades, Lisboa, 1976, 2 vols.

MARQUES, A. H., *A Liga de París e a ditadura militar (1927-1928). A questão do empréstimo externo*, Pub. Europa América, Lisboa, 1976.

MARQUES, A. H., de Oliveira (coord.), *História de Portugal Contemporáneo. Economia e Sociedade*, Univesidade Aberta, Lisboa, 1993.

MEDINA, J., *Salazar e os fascistas. Salazarismo e Nacional-Sindicalismo, Historia dum conflito. 1932-1935*, Liv. Bertrand, Lisboa, 1978.

NOGUEIRA, A. Franco, *Salazar. O ataque (1945-1948)*, 2 ed., Liv. Civilização Ed., imp. Porto, 1985, vol. IV.

OLIVEIRA, A. Franco, *Salazar.* Atlântida Ed., s.d. Coimbra, 6 vols.

OLIVEIRA, C., *Salazar e o seu tempo*, O Jornal, Lisboa, 1991.

PATRIARCA, F., *A questão social no salazarismo 1930-1947*, IN-CM, Lisboa, 1995,

PAYNE, S. G. *El fascismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1982.

PINTO, A. C., *O salazarismo e o fascimo europeu,* Stampa, Lisboa, 1992.
PINTO, A. C., «A direita Radical e a ditadura militar: A Liga Nacional 28 de Mayo», en FERREIRA, E., SOUSA E OPELLO, W. C., *Conflict and Change in Portugal,* Teorema, Lisboa, 1985.
PINTO, A. C.; RIBEIRO, N. Afonso, *A Acção Escolar Vanguarda (1933-1936),* Coop. Crítica, Lisboa, 1980.
PINTO, A. C. (coord.), *Portugal contemporáneo,* Sequitur, Madrid, 2000.
ROSAS, F., *As primerias eleições legislativas sob o Estado Novo,* O Jornal, Lisboa, 1985.
— *Salazarismo e fomento económico,* Notícias, Lisboa, 2000.
— *O Estado Novo nos anos trinta 1928-1938,* Stampa, Lisboa, 1986.
— «A crise do liberalismo e os orígens do autoritarismo moderno e do Estado Novo em Portugal», *Penélope,* n.º 2, febrero 1989.
ROSAS, F. (coord.), *O Estado Novo,* en MATOSSO, J., *História de Portugal,* Estámpa, Lisboa, 1994, vol. VII.
ROSAS, F., y BRITO, J. M., *Diccionario de História do Estado Novo,* Circulo de Leitores, Lisboa, 1996, 2 vols.
SALAZAR, A. de Oliveira, *El pensamiento de la Revolución Nacional,* Ed. Poblet, Buenos Aires, 1938.
SALAZAR, A. O., *Discursos e notas políticas,* Coimbra, Ed., Coimbra, 6 vols.
SÁNCHEZ CERVELLÓ, J., «El caetanismo» en TORRE GÓMEZ, H. de la, *Portugal y España en el cambio político,* UNED, Mérida, 1989, págs. 101-118.
— «El nacionalismo portugués», en AA.VV., *Los 98 ibéricos y el mar,* Madrid, Comisaría General de España, Expo Lisboa, 1998.
— *El último imperio occidental,* UNED, Mérida, 1997.
— *La Revolución Portugesa y su influcçencia en la Transición Española (1961-1975*), Nerea, Madrid, 1985.
THOMAS, J. E., *La realización portuguesa del Estado Corporativo. Síntesis de sus fundamentos,* SDN, s.d. Lisboa,
TORRE, H. de la, *El imperio del rey y los ingleses (1907-1916),* Junta de Extremadura, Mérida, 2002.
— *El Portugal de Salazar,* Arco Libros, Madrid, 1997.
TORRE GÓMEZ, H. de la; SÁNCHEZ CERVELLÓ, J., *Portugal en la Edad Contemporánea (1807-2000). Historia y Documentos,* UNED, Madrid, 2001.
— *Portugal en el siglo* XX, Itsmo, Madrid, 1992.
WHEELER, D. L., *A ditadura militar portuguesa 1926-1933,* Europa-América, Lisboa, 1986.

6. RADICALISMO DE DERECHA Y NEOFASCISMO EN LA EUROPA DE POSGUERRA

MARCO TARCHI
Universidad de Florencia
tarchi@unifi.it

I. UN PROBLEMA DE DEFINICIÓN

¿Hay una extrema derecha en ascenso en la Europa del siglo XXI? El pase de Jean-Marie Le Pen a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales francesas de 2002 y el asesinato de Pim Fortuyn a pocos días del esperado éxito electoral de su lista en Holanda, han vuelto a traer al centro de la actualidad esta pregunta. No es una novedad. Desde 1984, año en que el *Front National* consiguió un inesperado éxito en las elecciones para el Parlamento Europeo, los *mass media* a menudo han concentrado la atención sobre este fenómeno. Ocurrió en 1989 cuando los *Republikaner* alemanes conquistaron seis escaños en el Parlamento de Estrasburgo y después, en el siguiente decenio, cada vez que un partido situado por los observadores dentro de esta familia ideológica ha obtenido buenos resultados en elecciones nacionales o locales: en Bélgica con el *Vlaams Blok*, en Suiza con la Unión Democrática de Centro, en Dinamarca con el Partido Popular, de nuevo en Alemania con la lista del juez Schill. Y sobre todo en Italia y en Austria, donde la *Alleanza Nazionale* y el FPÖ han entrado a formar parte de gobiernos de coalición con partidos conservadores. Tampoco la Europa del Este ha evitado esta tendencia, con las «explosiones» de Zhirinovskij en Rusia y después de Tudor en Rumania, y con la intermitente manifestación de movimientos afines en otros países del área que hasta finales de los años ochenta pertenecían a la esfera de influencia de la URSS.

Cada vez que una de estas formaciones políticas ha salido del anonimato, se ha encendido una alarma informativa que ha desta-

cado la amenaza de un nuevo fascismo o nazismo a punto de llegar y ha encontrado su causa en la desorientación psicológica que aflige a los sectores menos protegidos de la población durante las fases de acelerada transformación social, alimentando frustraciones, inseguridades, envidias y miedos que se descargan sobre algún chivo expiatorio. En consecuencia, al éxito electoral de los partidos definidos como de extrema derecha le ha sido asignada la función de termómetro de la degeneración patológica de las tensiones sociales que atraviesan los sistemas políticos democráticos. Su capacidad de atracción ha sido relacionada con la difusión de una ideología del odio y de la exclusión que ve en los diferentes, en los extranjeros a la comunidad nacional, un blanco ideal, y nos hemos resignado a ver reaflorar de vez en cuando en la escena este iceberg, confiando en su puntual deshielo gracias al calor de la indignación moral o cuanto menos en su decidido redimensionamiento, seguido de políticas de bienestar dirigidas a tutelar las franjas que han quedado al margen de la sociedad del bienestar.

Reacciones de este tipo han sido expresadas por los *media*, por las clases políticas tanto socialdemócratas como conservadoras, y por muchos intelectuales. En el ámbito de las ciencias sociales, la nueva oleada de éxitos electorales acreditados por la extrema derecha ha sido en cambio acogida con mayor cautela analítica. Dejados aparte los panfletos y las encuestas militantes con los cuales el argumento había sido con anterioridad liquidado [1], han sido llevadas a cabo investigaciones empíricas que han vuelto a poner en discusión algunas certezas consolidadas, han sometido a verificación las hipótesis concurrentes sobre las causas del proceso en marcha y han producido estudios en los cuales el «radicalismo de derecha» no es reducido a huésped folclórico de paso en la política europea, sino que es considerado un actor significativo, destinado probablemente a desarrollar un papel de primer orden en los años venideros.

Justamente el relieve que el fenómeno está asumiendo crea, sin embargo, un serio obstáculo para quien intenta analizarlo y prever sus desarrollos. Aun antes de plantearse la cuestión de las posibles consecuencias del giro político anunciado por los síntomas

---

[1] Aquí nos referimos a obras como Dennis Eisenberg, *L'internazionale nera*, trad. it. Sugar, Milán, 1963, o Angelo del Boca y Mario Giovana, *I «figli del sole». Mezzo secolo di nazifascismo nel mondo*, Feltrinelli, Milán, 1965, o, por citar casos más recientes, a Ciorann O Maoláin, *The Radical Right. A World Directory*, Longman, Londres 1987; Anne-Marie Duranton-Crabol, *L'Europe de l'Extrême Droite*, Complexe, Bruselas, 1991; Martin Lee, *The Beast Reawakens*, Little, Brown and Company, Londres, 1997.

que hemos citado, hace falta, en efecto, preguntarse sobre la identidad de sus protagonistas. ¿Se trata de movimientos que nacieron del mismo tronco ideológico, o bien de productos de situaciones de crisis estrechamente ligadas a cada uno de los contextos nacionales, que sólo la inquietud psicológica o la intención polémica del investigador puede inducir a poner en el mismo saco? ¿Existe hoy en Europa un fenómeno político unitario identificable como «extrema derecha», o nos encontramos frente a simples efervescencias desligadas la una de la otra, faltas no sólo de una coordinación estratégica sino también de una común dinámica inspiradora?

A primera vista, parecen existir argumentos válidos para sostener tanto una como otra hipótesis. No hay duda de que el *Front National*, el FPÖ, los *Republikaner*, el *Vlaams Blok*, los otros partidos populistas xenófobos y las formaciones mayormente ligadas a la tradición neofascista como el NPD alemán, representan, en términos políticos, instrumentos de respuesta a problemas análogos o idénticos: el miedo a la pérdida, a causa de los imperativos de la globalización, de los códigos de reconocimiento y de pertenencia incluidos en la identidad nacional; el consiguiente temor a la mezcla entre culturas y razas diversas; la amenaza de una bajada de los niveles de consumo y de riqueza de las clases menos «protegidas»; el riesgo de desocupación en coyunturas económicas desfavorables, agudizado por la posible concurrencia de mano de obra inmigrada, no destinada ya, con el cambio generacional, a confinarse en las tareas serviles. Desde este punto de vista, sin embargo, el eje que une a estos partidos sirve también para dividirlos de aquellos que les han precedido. En efecto, en la mayor parte de ellos falta el trasfondo ideológico nostálgico y/o «nacional-revolucionario» que en sus tiempos sostuvo a partidos como el MSI en Italia, Fuerza Nueva en España, *Ordre Nouveau* o el *Parti des Forces Nouvelles* en Francia, el *National Front* inglés o el VMO flamenco. Quizás no nos encontremos ante dos tipos absolutamente diferentes de agrupaciones políticas —aunque es verdad, por ejemplo, que el *Front National* y, en una medida más reducida, el NPD, han pasado gradualmente de un campo a otro— pero cuanto menos debiéramos registrar la existencia de dos formas distintas y sucesivas derivadas del mismo modelo. Queda por ver si esto último procede o no de una cultura política homogénea.

Este dato nos induce a abrir un breve paréntesis en torno a la plausibilidad de la atribución de una etiqueta común al fenómeno que queremos examinar. Entre los estudiosos ha faltado, hasta ahora, un consenso unánime alrededor de una solución a esta cuestión.

Además de extrema derecha, término descompuesto sucesivamente en las versiones americanas en *extreme right, far right* y *right-wing extremism*, a menudo se han usado, tal vez de manera intercambiable, otras nociones: derecha radical, neofascismo, radicalismo populista de derecha, nacional-populismo, populismo *tout court*. Cada una de estas elecciones, en la literatura politológica, historiográfica y sociológica, tiene como base una argumentada confutación de las otras opciones y una referencia a un cierto número de criterios. Según el criterio adoptado, varía la individuación de las unidades a asignar a la categoría. Hay quien propone incluir a la *Lega Nord* y al partido de los automovilistas suizos [2], quien excluye que se puedan poner en el mismo plano al FPÖ y a los grupúsculos neo-nazis [3], y quien está convencido de lo contrario, quien amplía el concepto hasta el punto de poderlo aplicar al ultraconservador francés Phillipe Villiers y a la *Alleanza Nazionale* [4] o bien a las bandas de *skinheads* y a los nacional-comunistas rusos [5]. Si no salimos de esta Babel de referencias, es difícil orientarse en un campo tan magmático.

¿Cómo lo podemos conseguir? El mayor obstáculo para la necesaria obra de limpieza terminológica reside en el hecho de que la expresión más usada para dar una imagen unitaria de este archipiélago, *extrema derecha*, raramente tiene capacidad descriptiva. Como ha hecho notar Nonna Mayer, «la expresión es controvertida. En la memoria colectiva de los europeos, está asociada a la Segunda Guerra Mundial, al nazismo y al exterminio de seis millones de judíos. Atribuir a un partido la etiqueta de «extrema derecha» quiere decir, indirectamente, ligarlo al fascismo y a sus crímenes,

---

[2] Como lo hace Hans-Georg Betz, *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*, MacMillan, Houndmills-Londres, 1994.

[3] Cfr. Max Riedlsperger, «The Freedom Party of Austria: From Protest to Radical Right Populism» en Hans-Georg Betz y Stefan Immerfall (eds.), *The New Politics of the Right. Neo-Populist Parties and Movements in Established Democracies*, MacMillan, Houndmills-Londres, 1998, pp. 27-43.

[4] Cfr. Peter H. Merkl, «Introduction» en Peter Merkl y Leonard Weinberg (eds.), *The Revival of Right-Wing Extremism in the Nineties*, Frank Cass, Londres-Portland 1997, p. 1.

[5] Cfr. Aurel Braun y Stephen Scheinberg (eds.), *The Extreme Right. Freedom and Security at Risk*, Westview Press, Boulder, 1997. Uno de los responsables de este volúmen, Scheinberg, habla en las conclusiones de un «fascismo italiano guiado por Gianfranco Fini» y, para sostener su peligrosidad, afirma que «en Italia el *Partito democratico della Siniestra* (PDS), la *Lega Nord* y la *Alleanza Nazionale* han hecho causa común contra los [inmigrantes] ilegales para apoyar un decreto para su expulsion inmediata»: ibíd., pp. 254-255.

desacreditándolo moralmente y excluyéndolo del juego político democrático»[6]. Además, como la misma autora escribe, «de la Segunda Guerra Mundial en adelante, el extremismo de derecha se refiere explícita o implícitamente a una ideología política, fundamentalmente al fascismo»[7], que poquísimos de los sujetos incluidos por los observadores en esta categoría reivindican. Además, las justificaciones adoptadas por parte de los estudiosos que recomiendan el uso del concepto de extrema derecha son heterogéneas y a menudo contradictorias. Todos coinciden en considerar que no se puede proponer una definición esencialista y estática, puesto que la expresión puede atañer, según los contextos, una actitud psicológica o bien un comportamiento, una ideología o una forma de acción política. Pero cuando se trata de pasar a un uso menos formal y más dinámico de la noción, los éxitos de la revisión se demuestran insatisfactorios y el catálogo de las características del extremismo de derecha se reduce a un elenco de vicios: encono, fanatismo, nacionalismo etnocéntrico, prejuicio basado en una ideología de la desigualdad y de la exclusión, deseo de aniquilar el estado democrático, antisemitismo, tendencia a no respetar las normas comúnmente aceptadas de comportamiento y a recurrir a la violencia[8].

Una noción caracterizada de este modo no sirve pues para analizar los partidos de «derecha radical» que emergen en los años ochenta y noventa, que «han estado muy atentos a enfatizar el propio respeto por la democracia representativa y por el orden constitucional [y], por convicción o por conveniencia, han tendido a abandonar gran parte de su bagaje ideológico que pudiera sonar demasiado extremista, [dado que] los partidos que han traspasado los límites del discurso político permisible y aceptable bien pronto han sido penalizados por la opinión pública, en las elecciones o en el parlamento»[9]. Sin embargo, trazar de un modo preciso una línea de división entre la vieja extrema derecha y el nuevo populismo no es fácil. Betz admite, de hecho, que «muchos de estos partidos y movimientos han atraído a extremistas de derecha, y la mayor parte de ellos incluyen facciones más o menos influyentes que manifiestan puntos de vista extremistas. Además, no hay duda de que

---

[6] Nonna Mayer, *Populism, Extreme Right and «Ninism» in France*, mimeo, p. 9.

[7] Ibíd., p. 1.

[8] Son las características identificadas por Michi Ebata, «Right-Wing Extremism: In Search of a Definition», en Aurel Braun y Stephen Scheinberg (eds.), *op. cit.*, pp. 13-16.

[9] Hans-Georg Betz, «Introduction», en Hans-Georg Betz y Stefan Immerfall (eds.), *op. cit.*, p. 3.

una porción significativa de sus defensores muestra tendencias extremistas de derecha. Ni se puede negar que muchos partidos y movimientos de derecha contemporáneos recurren a una estrategia de extremismo verbal», aunque se considera que estos eslóganes «simplemente forman parte de su esfuerzo por movilizar a los militantes y a los defensores más duros del partido o para responder a las exigencias de la arena política posmoderna, donde todos los partidos deben "recurrir a la *política simbólica* y a temas espectaculares" para maximizar el propio consenso en las urnas, reforzar su propia "posición de poder en las negociaciones de coalición" y recoger apoyo financiero» [10].

Otro problema surge de la dificultad de definir los rasgos fundamentales de una ideología de extrema derecha, sobre cuya base definir la pertenencia o no a la categoría de los casos estudiados. El intento más reciente y minucioso de clasificación ha identificado en la literatura científica veintiséis definiciones de extremismo de derecha, en las cuales son mencionadas no menos de cincuenta y ocho características ideológicas distintivas [11]. Sólo cinco de ellas —nacionalismo, racismo, xenofobia, antidemocracia y propensión hacia un Estado fuerte— son citadas al menos por la mitad de los autores que se han ocupado del tema; pero es difícil poder construir sobre este fundamento un esquema interpretativo unívoco, desde el momento en que algunos autores consideran irrenunciable la presencia de al menos uno de estos elementos en la cultura política o en el comportamiento de un partido para incluirlo en la extrema derecha, mientras otros requieren la presencia al mismo tiempo de más de uno de ellos. Y hasta la inclusión en el posible síndrome del extremismo de derecha de un aspecto —el rechazo de la democracia— que está obviamente ausente de todos los partidos que operan legalmente en el interior de los sistemas fundados en el pluralismo político, hace discutible su utilidad. A menos que no se descomponga ulteriormente la categoría en subtipos muy heterogéneos. Este camino ha sido recorrido por quien ha propuesto distinguir una extrema derecha *tradicional*, que hace suya, en los aspectos esenciales, la ideología fascista y asume posturas antiparlamenta-

---

[10] Ibíd. Las citas del texto de Betz están sacadas de Klaus von Beyme, «Party Leadership and Change in Party Systems: Towards a Postmodern Party State?», *Government and Opposition*, 31, 2, pp. 135-159.

[11] Cas Mudde, *The ideology of the extreme right*, Manchester University Press, Manchester-Nueva York 2000, p. 11; cfr. también Cas Mudde, «The war of words: defining the extreme right party family», *West European Politics*, XIX (1996) 2, pp. 225-248.

rias, antipluralistas y antipartidistas, de una extrema derecha *postindustrial* fruto de nuevos conflictos sociales y culturales, conectados a los valores «postmaterialistas» que se han insinuado en las sociedades europeas después de 1968 [12]. La distinción es sensata, pero deja aún demasiado espacio a las referencias al pasado (la ideología fascista), de modo que de un lado complica el análisis de gran parte de los sujetos a quienes se quiere aplicar (los partidos nacional-populistas) y, de otro lado, describe solamente algunas realidades marginales, reductos de nostálgicos faltos de cualquier influencia sobre la dinámica política que vaya más allá de una acción de estorbo y de chantaje hacia las formaciones de la derecha moderada y conservadora [13]. Sin descuidar el hecho de que, en el vasto y variado microcosmos descrito en la expresión «extrema derecha», existen movimientos absolutamente alérgicos a esta colocación y no menos hostiles a las otras derechas de cuanto lo son respecto de las izquierdas [14].

También el uso del término «neofascismo» aparece inadecuado para esplicar de forma concluyente la naturaleza del fenómeno del que nos ocupamos. Aparte del hecho de que aún está viva la discusión científica sobre los contenidos ideológicos y políticos del fascismo, esta palabra tiene aún connotaciones polémicas y es incongruente con el contexto histórico de algunos de los países afectados por la reciente oleada de «extrema derecha», puesto que el sonido de la expresión «fascismo», a pesar del uso inflado de la palabra, es bien diferente en Italia que en Holanda, en Alemania que en Noruega, en Francia que en Suiza. Ciertamente, el MSI y los movimientos extraparlamentarios que han intentado hacerle la competencia en Italia (*Ordine Nuovo, Avanguardia Nazionale, Terza Posizione*, hoy *Forza Nuova*), el SRP y después el NPD en Alemania, algunos pequeños partidos que en otros países se han inspirado en la herencia ideológica de la «tercera vía» anticomunista y

---

[12] Cfr. Piero Ignazi, «The Extreme Right in Europe: A Survey», en Peter Merkl y Leonard Weinberg (eds.), *op. cit.*, pp. 47-64.

[13] Se piensa en el efecto que la lista del *Movimento sociale-fiamma tricolore* tuvo en las elecciones políticas italianas de 1996, determinando la derrota de los candidatos de centro-derecha en algunas decenas de colegios.

[14] La dureza de choque que ha opuesto Le Pen al gaullista Chirac en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de 2002, y la relativa facilidad con que el Presidente saliente ha conseguido hacer converger sobre su propio nombre los votos del electorado de izquierda (incluso algunas franjas extremas), demuestra cuán difícil es sujetar a los movimientos nacional-populistas a la lógica de la contraposición izquierda/derecha.

antiliberal agitada por los teóricos de un «nuevo orden» en los años treinta y los grupúsculos que no desdeñan aun hoy adoptar la iconografía del Tercer Reich, pueden ser incluidos en esta categoría. Pero adaptarla a la mayoría de los partidos que hoy son etiquetados por los *media* como de extrema derecha significaría hacer un ejercicio de anacronismo [15] y reducir artificialmente a la homogeneidad un arco de sujetos muy diversificado [16].

Si se considera poder aunar en una sola categoría todos estos partidos y grupos, la solución más aceptable científicamente es la de acoger la noción convencional de «radicalismo de derecha», recientemente vuelta a proponer por Betz, Immerfall, Kitschelt y otros autores [17]. No sin subrayar cómo también esta dificultad de definición manifiesta la incapacidad de este área política de definirse en positivo, no sólo por oposición a un cierto número de blancos polémicos —sociedad multiétnica, decadencia de los usos morales, igualitarismo, marxismo, inseguridad, patitocracia, etc.— sino por adhesión a un núcleo de valores comunes bien definidos.

La identidad incierta es, por otra parte, el primer factor que aún hoy limita, más allá de los periódicos avances electorales, la posibilidad de un éxito político duradero de los partidos que pertenecen a la familia del radicalismo de derecha. La indeterminación de los programas y de la situación respecto a los partidos y a las coaliciones rivales ha favorecido su expansión inmediata y el encuentro con aquellos sectores de la opinión pública que, considerando responsable a la entera clase política del aumento de las tensiones y los conflictos que el continuo crecimiento de la complejidad social

---

[15] En este error incurren Antonio Fernández García y José Luis Rodríguez Jiménez, *Fascismo y Neofascismo*, Arco Libros, Madrid, 1996, cuando dicen que «los recientes procesos electorales en las diferentes naciones que forman la Europa Occidental reflejan el avance de las formaciones políticas que responden genéricamente al apelativo de "neofascismos"» (pp. 35-36).

[16] Así lo piensa también Paul Hainsworth, «Introduction. The Cutting Edge: The Extreme Right in Post-War Western Europe and the USA», en Íd., *The Extreme Right in Europe and the USA*, Pinter, Londres 1995, p. 5, que aún considera apropiada la etiqueta, tanto para el MSI como para «algunas de las fuerzas emergentes en la Alemania reunificada», así como para el *Front National*.

[17] Cfr. Hans-Georg Betz y Stefan Immerfall (eds.), *op. cit.*; Herbert Kitschelt (en colaboración con Anthony J. McGann), *The Radical Right in Western Europe. A Comparative Analysis*, University of Michigan Press, Ann Arbor 1997; Peter H. Merkl y Leonard Weinberg (eds.), *La destra radicale*, Feltrinelli, Milán, 1984. La expresión ha asumido, en estos usos, un significado diferente de aquel que le había asignado quien por primera vez lo utilizó en la América de los cincuenta y sesenta: cfr. Daniel Bell (ed.), *The Radical Right*, Doubleday, Garden City 1963.

ha causado, está causando, buscan una manera grosera de hacer visible su propio descontento. Al mismo tiempo, sin embargo, esa misma característica impide a estos movimientos desarrollar funciones de enlace respecto de uno o de otro polo de la dialéctica política y parlamentaria, de suscribir alianzas estables con coaliciones de intereses que tengan un mínimo de compatibilidad y coherencia interna —y por tanto de organización— y, por lo tanto, de adquirir un poder real de coalición y de «extorsión» aplicable en los lugares donde se toman las decisiones relevantes para el gran público. A medio plazo, estos límites impiden a cualquier fuerza política estructurarse, conferirse estrategias creíbles y racionales, fundar una subcultura ideológica capaz de garantizar continuidad al reclutamiento de militantes y de simpatizantes y, sobre todo, de hacer aparecer a los partidos afectados por todo ello como creibles alternativas de gobierno. Esto explica por qué, en general, los éxitos conseguidos por los partidos de este tipo han sido efímeros o inconstantes y por qué, en los dos países en los cuales han entrado en el gobierno, la colaboración con los *partners* conservadores se ha revelado o bien penalizadora en el plano electoral (Austria) o limitadora bajo el perfil ideológico o programático, hasta el punto de obligarles a hacer abjuraciones públicas de los principios profesados con anterioridad (Italia).

La inadecuada comprensión de las transformaciones políticas, culturales y económicas en marcha a nivel internacional es otro límite del actual radicalismo de derecha, imputable sobre todo a los prejuicios nacionalistas de sus líderes, que en la mayor parte de los casos, o bien se han formado en épocas en que los conflictos socioculturales predominantes eran muy diferentes de los de hoy (pensemos en la procedencia de Le Pen del poujadismo y de la batalla por *l'Algérie française* y en Schönhuber, fundador y por muchos años guía de los *Republikanner*, de la CSU de Josef Strauss) o bien sacan el carisma de que gozan a ojos de sus secuaces de la deferencia formal hacia valores expresos de experiencias históricas acabadas y confinadas al culto de los nostálgicos. Esta actitud psicológica determina, más allá del consenso que obtenga, la persistente impresión de arcaísmo que marca todas las campañas políticas promovidas y mantenidas por los partidos de derecha radical: una imagen de exasperado y a veces desesperado tradicionalismo, de denodada defensa de un mundo en vías de inevitable liquidación —imagen que contrasta además con la de «hombres nuevos» y modernizadores que los exponentes de los movimientos fascistas se esforzaron en acreditarse en los años veinte y treinta. Salvo raras

excepciones, los partidos radicales de derecha parecen arraigarse tenazmente a la contemplación regresiva del buen tiempo pasado y a la convicción de poderse liberar de todo lo que en la sociedad de hoy en día resulta de su desagrado (la delincuencia, la inmigración, la homosexualidad, la permisividad en las costumbres, la deuda pública, la disgregación de la familia, etc.) a través de la vía simplista de la expulsión o de la negación. Característica que, según algunos análisis, les permite conseguir apoyos entre los «perdedores de la modernización» —obreros no especializados o de industrias tecnológicamente atrasadas, parados, sectores de la vieja clase media: aquellos, en suma, que han sido «abandonados» en el proceso de transformación postindustrial del capitalismo— [18] pero les aleja de aquellas clases burguesas emergentes que en su tiempo ofrecieron una amplia base de maniobra al fascismo.

II. LOS ESTIGMAS DE LOS ORÍGENES Y LAS OCASIONES PERDIDAS

Gran parte de estos límites está ligada a la herencia política y cultural fascista que ha pesado durante décadas sobre todos los partidos que se situaban o eran situados en el área del radicalismo de derecha, y no es casual que sólo las formaciones que han renunciado formalmente a ella o que nunca la han compartido —como los Partidos del Progreso de los países escandinavos— hayan podido encauzar sus efectos deslegitimadores. Durante casi cincuenta años, en efecto, el destino político de los movimientos de derecha radical ha coincidido con una marginación casi absoluta, atenuada sólo por la subordinación a partidos conservadores que, a cambio de su apoyo en particulares momentos de crisis [19], les han gratificado de vez en cuando con una atención que ha consistido, casi siempre, en alianzas locales de breve duración o en concesiones de recursos *sottobanco* [20].

---

[18] Cfr. Hans-Georg Betz *Radical Right-Wing Populism in Western Europe, cit.*

[19] El caso más importante ha sido el apoyo del MSI, en 1960, al gobierno monocolor democristiano guiado por Tambroni, obligado a dimitir por violentas manifestaciones antifascistas.

[20] La DC en Italia, y sobre todo la coalición CDU-CSU en Alemania, han utilizado muchas veces en este sentido su capacidad integradora respecto a las formaciones políticas de la derecha radical. En España, Alianza Popular drenó la falta de consenso en Fuerza Nueva al día siguiente del fin del franquismo (Xavier Casals i Meseguer, *La tentación neofascista en España*, Plaza & Janés, Barcelo-

La hostilidad del ambiente en el que estos movimientos han sido obligados a operar ha sido una consecuencia directa del vuelco de las condiciones culturales, sociales y políticas que habían favorecido la aparición de los predecesores fascistas. Culturalmente, del mismo modo que la Primera Guerra Mundial había introducido en el espíritu de la época una serie de valores que habían constituido el *humus* para las tendencias fascistas en todos los países europeos implicados en el conflicto —el nacionalismo, el comunitarismo, el espiritualismo, el culto a la fuerza, a la autoridad, a la jerarquía y al sacrificio—, así la Segunda Guerra Mundial volvió a ponerlos todos en discusión, exponiéndolos a una severa crítica. Socialmente, si los repatriados de las trincheras del 1914-1918 se habían encontrado de frente con el fantasma de la depresión, de la desocupación y de una áspera lucha de clases, los que volvieron a sus casas en 1945 se vieron incitados al esfuerzo colectivo de la reconstrucción de sus propios países, que al cabo de pocos años favoreció la reanudación del capitalismo y la expansión de la prosperidad. Políticamente, la guerra fría sustituyó la era de la rivalidad entre los estados nacionales, alimentada por las reivindicaciones irredentistas y por las ambiciones de poder, por una fase de hegemonía supranacional simétrica que cimentó las relaciones entre los gobiernos de los países comprendidos en cada uno de los bloques en los que el mundo estaba dividido. A causa de estas profundas transformaciones, quien salió de la Segunda Guerra Mundial derrotado pero convencido de haber luchado por una ideología aún válida, que sólo la fuerza de las armas había conseguido torcer, debió echar las cuentas no sólo con la decapitación de las elites fascistas, sino también con la necesidad de adaptarse a condiciones imprevistas y particularmente difíciles.

Entre los muchos *handicaps* que los primeros núcleos fascistas que se habían vuelto a organizar después de la derrota han tenido que afrontar, el que más les ha marcado ha sido la nueva configuración del espacio político de los países europeos. Mientras en el Este la llegada de las «democracias populares» controladas por la Unión Soviética marcaba el fin de toda esperanza de re-

---

na, 1998, pp. 48-53, sintetiza eficazmente la situación hablando de «aplausos para FN, votos para AP»). En Francia, Giscard d'Estaing utilizó como servicio de orden a militantes del disuelto grupo neofascista *Ordre Nouveau* durante la campaña presidencial de 1974. Los fondos recabados de este compromiso «mercenario» sirvieron, como han admitido después los dirigentes del ON, para fundar una organización y una revista —*Faire Front*, después *Faire Face*— para reclutar a los simpatizantes del movimiento.

vancha, en el Oeste el miedo al comunismo legitimaba de nuevo y daba nuevas fuerzas a los partidos liberales y conservadores cuya debilidad había constituido un ingrediente crucial del éxito fascista. En la izquierda, comunistas y socialistas monopolizaban la crítica al sistema social y económico capitalista. En la derecha, los partidos anticomunistas se alineaban sin reservas con aquel sistema y con el país que por entonces era su modelo reconocido, los EEUU de América. Para las terceras vías corporativistas o socializadoras, nacionalistas o nutridas de sueños imperiales europeos, no había sitio. Se presentaba de nuevo, veinticinco años después, el dilema del *late comer*, del jugador que se sienta en la mesa de juego cuando todas las cartas han sido ya repartidas, que había dificultado a los fascistas, en gran parte de los países de la Europa salida de la Gran Guerra, el ascenso al poder[21], agravado, además, por el descrédito que los regímenes de Mussolini y Hitler, y todos sus defensores, habían atraído sobre sí en este tiempo. Y desde el momento en que el antifascismo se manifestaba con mayor fuerza en la izquierda, donde se acoplaba al anticapitalismo, la única baza que los nostálgicos del fascismo podían meter sobre la mesa con alguna esperanza de ser escuchados era un anticomunismo intransigente y visceral, que retomaba los tonos de la cruzada antibolchevique anterior a la guerra y se dirigía a todos los que temían que las clases dirigentes liberales no tuviesen la energía necesaria para hacer frente al «peligro rojo» interior e internacional.

La colocación en la derecha no es de todas formas una opción inmediata para los partidos neofascistas, que se hicieron ilusiones por algún tiempo de poder recuperar los rasgos revolucionarios de la ideología en la cual se inspiraban y por ello se atribuían etiquetas en las cuales resaltaban adjetivos como «social» y hasta «socialista». Los primeros documentos del *Movimento Sociale Italiano*, fundado a finales de 1946 para reunificar a los militantes de varios grupos clandestinos y devolver a los fascistas al cuadro de la acción política legal, proclamaron el compromiso de luchar por la instauración de un «Estado nacional del trabajo» y dejaron entrever una inspiración en la legislación de la República social italiana, donde estaban expresadas las aspiraciones del fascismo «de izquierda» marginado durante el veintenio autori-

---

[21] Cfr. Juan J. Linz, «Political Space and Fascism as a Late-Comer», en Stein Larsen, Bernt Hagtvet, Jan Petter Myklebust (eds.), *Who Were the Fascists*, Universitetsforlaget, Oslo, 1980, pp. 153-189.

tario[22]. El SRP, que ya en el nombre escogido —Partido Socialista del Reich— subraya la distancia respecto del conservadurismo, afirma la necesidad de una revolución social, se refiere a un «socialismo alemán» fundado sobre el principio del vínculo ético del individuo con la comunidad del pueblo, cuyo respeto constituye un límite al derecho de propiedad y de iniciativa privada[23]. Y la misma hostilidad hacia el capitalismo, considerado como la otra cara del odiado materialismo, simétrica a la comunista, se transparenta en los manifiestos de los movimientos que, con menos éxito, intentaron reorganizar las filas dispersas de un mundo de veteranos en el cual se mezclaban excombatientes, funcionarios depurados, ideologías revanchistas y jóvenes que no habían tenido tiempo de perder la guerra para la cual habían sido preparados.

Sin embargo, después de muy poco la elección de la simultánea contraposición de la derecha y la izquierda se demuestra improductiva. El MSI, desde las primeras candidaturas a las elecciones, se da cuenta al recoger apoyos sobre todo en las regiones del centro-sur de Italia, donde la guerra civil no había llegado y la imagen del fascismo que suscita nostalgia es la de un régimen conservador, paternalista y tradicionalista, lejos de las inquietudes sociales del Mussolini de Salò. El SRP, acometido por los democristianos por los éxitos obtenidos en algunas elecciones locales (el 11 por 100 en Baja Sajonia, el 7,7 por 100 en Bremen), aislado y acusado de no ser otra cosa que una copia del NSDAP, es puesto fuera de la ley por el Tribunal Constitucional en 1952 y su herencia es en gran parte recogida por el más moderado DRP, disponible a la colaboración con otros partidos conservadores. Las repetidas tentativas de constituir una organización internacional insignia de un nacionalismo europeo hostil tanto a los EEUU como a la URSS, a pesar del patrocinio de un líder prestigioso como el inglés Oswald Mosley, fallan de hecho definitivamente con la progresiva paralización de la actividad del MSE (el Movimiento Social Europeo, fundado en 1951 en Malmoe por representantes de grupos operantes en doce países de la Europa Occi-

[22] Sobre el nacimiento del MSI y sus sucesivas vicisitudes, cfr. Marco Tarchi, *Cinquant'anni di nostalgia. La destra italiana dopo il fascismo*, Rizzoli, Milán, 1995; Marco Tarchi, *Esuli in patria. I fascisti nell'Italia repubblicana*, Guanda, Milán, 1995; Piero Ignazi, *Il polo escluso*, Il Mulino, Bolonia, 1998.

[23] Cfr. El *Aktionprogramm* del SRP de 1949, comentado en Giorgia Bulli, «I partiti di estrema destra nella Germania del dopoguerra: le ragioni di un fallimento», *Trasgressioni*, n.º 30, XV (2000), 2, pp. 66-68.

dental)[24]. Se impone, por tanto, una modificación en la estrategia adoptada, que impulsa a abandonar tanto la internacionalización como la tercera vía y aconseja concentrarse en cada uno de los contextos nacionales, valorando aquellos elementos del patrimonio ideológico originario que mejor pueden ser utilizados en sentido anticomunista: la hostilidad respecto a la lucha de clases y al desorden, la exaltación de la autoridad del Estado, de la familia y de las instituciones militares, la fe en la superioridad de la civilización europea, el respeto de la función social de la religión.

Gracias a este cambio de rumbo, los partidos neofascistas se vuelven a asomar por un breve período en la escena de la gran política de algunos países. En Italia, el acuerdo con los monárquicos permite al MSI entrar, en coalición, en el gobierno de algunas grandes ciudades del Sur durante los años cincuenta y cultivar hasta 1960 una política de condicionamiento de los gobiernos centristas encaminada a impedir la apertura hacia la izquierda, esto es, el establecimiento de un acuerdo entre la Democracia Cristiana y el Partido Socialista. En Francia, donde la revuelta de los comerciantes encabezada por Pierre Poujade hace de guía de una protesta de derecha contra el sistema, llevando al parlamento en 1956 al joven Jean-Marie Le Pen, la lucha contra la descolonización y sobre todo contra la independencia argelina vuelve a poner en auge a los grupúsculos neofascistas y los suelda, en el interior del OAS, con algunos ambientes anticomunistas que habían combatido la ocupación nazi. En Alemania, el partido de los exiliados del territorio del Este, el BHE, muchos de cuyos dirigentes tienen un pasado nacionalsocialista y en algunos casos continúan cultivando simpatías por el Tercer Reich, es llamado por la CDU/CSU a formar parte del gobierno junto a los liberales y conservadores del *Deutsche Partei* para aislar en la oposición a los socialdemócratas. Pero sólo es una llamarada. Cuando pasan las situaciones de emergencia, los partidos de centro-derecha se liberan deprisa del incómodo apoyo de las formaciones tachadas de extremistas. Atacan públicamente a sus dirigentes e intentan absorber a su electorado agitando el espantajo de un voto inútil que favorezca a los adversarios comunes, debilitando los pilares centrales del despliegue anticomunista. Esto acaece tanto en Italia, en la formación de gobiernos de centro-izquierda que acentúan el aislamiento del MSI, como en Francia, con el final de la Cuarta República y el advenimiento al

[24] Cfr. José Luis Rodríguez Jiménez, *¿Nuevos fascismos? Extrema derecha y neofascismo en Europa y Estados Unidos*, Península, Barcelona 1998, pp. 58-78.

poder del general De Gaulle, que une a un fuerte carisma populista y nacionalista una sólida fama antifascista, así como también en Alemania, donde la CDU y la CSU atraen a buena parte de la opinión pública más conservadora e impiden al DRP superar el umbral de la barrera del 5 por 100 en el plano nacional y conquistar escaños en el parlamento federal.

Es después de este *impasse* que los movimientos neofascistas, o al menos aquellos más significativos que no pueden limitarse a agitar los símbolos del pasado, se colocan definitivamente a la extrema derecha de los respectivos sistemas políticos, justificando la afirmación de quien los distingue de los conservadores solamente porque, mientras los segundos se limitan a querer mantener el *status quo*, en sus filas cunde el deseo de restablecer el *status quo ante*[25]. Su cultura política se inspira siempre menos en los escritores del romanticismo fascista francés o en la revolución conservadora alemana que habían expresado sensibilidad anticapitalista o socialista, y cada vez más en autores tradicionalistas y reaccionarios, desde los contrarrevolucionarios católicos al pagano Julius Evola, cuyas tesis antimodernas serán destinadas a difundirse en todos los países europeos occidentales y alcanzando después de 1989 también a grupos que actúan en las naciones orientales. Con el paso de los años, la acción política neofascista, rechazando las sugestiones de los sectores más «modernistas» atraídos por el peronismo y el nasserismo, que bajo la guía del belga Jean Thiriart, se recogen en la organización supranacional *Jeune Europe*[26], se reduce cada vez más a la agitación anticomunista, que a partir de 1968 asume la apariencia de una oposición radical a las tendencias vehiculadas por la protesta estudiantil: feminismo, antiautoritarismo, libertarismo, tercermundismo.

Acusando a los gobiernos liberales de no saber o no querer poner un dique a la penetración de estas influencias nefastas, los partidos de origen neofascista se presentan al mismo tiempo con una apariencia más respetable, como defensores de los valores burgueses amenazados por los impulsos subversivos, y más dinámica, como vanguardia militante de una opinión pública —la «mayoría silenciosa»— que duda en aceptar el choque sobre el te-

[25] Cfr. Klaus von Beyme (ed.), *Right-Wing Extremism in Post-War Europe*, Frank Cass, Londres, 1988, p. 1.

[26] Sobre *Jeune Europe*, cfr. Xavier Casals i Meseguer, *op. cit.*, pp. 93-98. Otros estímulos modernizadores son realizados en Francia en la revista *Europe-Action*, entre cuyos animadores figuran Dominique Venner y Alain de Benoist.

rreno de la plaza escogida por el enemigo y continúa, aunque con cada vez menos confianza, esperando protección y consuelo por parte de las instituciones democráticas. Sobre la onda de esta estrategia antisubversiva, que se nutre también de tentaciones golpistas y alimenta la demanda de gobiernos de salud pública, los partidos y movimientos de derecha radical realzaron la cabeza. El MSI consiguió en 1972 el máximo histórico del 8,7 por 100 de los votos para la Cámara y del 9,2 por 100 para el Senado, obteniendo 82 parlamentarios. El NPD, fundado en 1964 sobre las cenizas del DRP, entre 1966 y 1968 obtiene representantes propios en siete de los ocho parlamentos de los *Länder* alemanes y en 1969 se aproxima, con el 4,3 por 100 de los votos, al umbral necesario para entrar en el *Bundestag*[27]. En Francia, después de una intensa campaña activista, el pequeño grupo *Ordre Nouveau* consigue en 1972 establecer un acuerdo con algunos notables de la extrema derecha y fundar un auténtico partido, el *Front National*, que presentará candidatos a las elecciones legislativas del año siguiente. En Gran Bretaña, después de un largo letargo, el *National Front*, coaligando una serie de grupos marginales, vuelve a conferir a la derecha radical cierta, aunque limitada, dimensión de masa[28]. Y también en España un sector político que se reclama heredero conjunto del falangismo y del carlismo se moviliza en torno a Blas Piñar y a su revista *Fuerza Nueva* para solicitar la reacción en la opinión pública de sentimientos franquistas frente al riesgo de democratización del régimen[29]. Pero también en este caso las ambiciones de construir una «derecha nacional» que dé la vuelta a la relación de dependencia entre conservadores y radicales son frustradas por su imagen nostálgica y extremista de que, a pesar de sus esfuerzos, los partidos de tradición neofascista no consiguen liberarse. Los estigmas de este molesto pasado limitan su capacidad de atracción al electorado ultra-conservador, y la reducida capacidad de acción que de ello deriva estimula la huida hacia delante de los mi-

---

[27] Sobre las vicisitudes de la extrema derecha alemana, cfr. Ekkart Zimmermann y Thomas Saalfeld, «The Three Waves of West German Right-Wing Extremism», en Peter H. Merkl y Leonard Weinberg (eds.), *Encounters with the Contemporary Radical Right*, *cit.*, pp. 50-74.

[28] Cfr. Stan Taylor, «The Radical Right in Britain», en Peter H. Merkl y Leonard Weinberg (eds.), *Encounters with the Contemporary Radical Right*, *cit.*, pp. 165-184.

[29] Fuerza Nueva se transformará, después de la muerte de Franco, en asociación política y después en partido, que conseguirá llevar a las Cortes sólo a su líder. Cfr., para este movimiento, Xavier Casals i Meseguer, *op. cit.*, pássim.

litantes más extremistas, atraídos por la acción directa golpista o terrorista.

La implicación de numerosos activistas neofascistas en los actos de violencia que ensangrentaron, a derecha y a izquierda, los años setenta en Italia testimonia del modo más dramático esta desorientación, pero no es una señal aislada. El asalto del coronel Tejero al Congreso en febrero de 1981 y los otros proyectos golpistas cultivados por la ultraderecha española se colocan sobre el mismo plano; la dispersión en una miríada de grupúsculos de la extrema derecha alemana después del fallido ingreso en el parlamento del NPD es un ulterior síntoma del mismo malestar, así como la implicación en el crimen organizado por parte de algunos militantes del *Front de la Jeunesse* belga. El fracaso del intento de hegemonizar el campo conservador provoca la escisión de los partidos neofascistas de los componentes más moderados o más modernizadores, que se organizan autónomamente; pero ni las nuevas formaciones (*Demozracia Nazionale*, *Aktion Neue Rechte*, *Parti des Forces Nouvelles*) consiguen encontrar un remedio a los males que denuncian. El deseo de mostrar una capacidad de expansión y de innovación al menos parecida a la de sus adversarios —estamos en los años del eurocomunismo, que quiere desligar la imagen y los contenidos programáticos de los partidos comunistas del Sur de Europa de la sombra del «socialismo real», proyectada por los países satélites de Moscú— induce al MSI-DN [30], a la vista de las primeras elecciones europeas de 1979, a organizar una coordinación de partidos afines, denominada Euro-derecha, pero la iniciativa, limitada a partidos italianos (MSI-DN), franceses (PFN, en seguida sustituido por el *Front National*) y españoles (Fuerza Nueva), con un inicial interés por incluso más pequeños movimientos portugueses (MIRN), belgas (*Front de la Jeunesse*) y griegos (EPEN), no despega [31]. Al mismo tiempo, la progresiva fragmentación de los regímenes autoritarios de derecha —la Grecia de la dictadura militar, el Portugal del Estado Novo, la España franquista— con los cuales, por otra parte, los partidos radicales de derecha habían mantenido relaciones esporádicas y contradictorias, fundadas más en el *wishful thinking* que en la forma de verdaderas colaboracio-

[30] Desde 1972 el MSI, absorbiendo lo que quedaba del partido monárquico (PDIUM), ha juntado a la propia denominación la expresión «Derecha Nacional», para resaltar la volundad de parecer una alianza más vasta.

[31] Una reconstrucción del intento se encuentra en Xavier Casals i Meseguer, *op. cit.*, pp. 148-152.

nes, difunde entre las filas neofascistas la sensación de que la época del desafío a las democracias inaugurado en los años de entreguerras está llegando al final. También el golpe de estado de Pinochet en Chile, aunque acogido por todos los partidos de la extrema derecha con no disimulada satisfacción, se les aparece más como un sobresalto desesperado que como una señal de esperanza en el cambio radical de las relaciones de fuerza en un mundo que ven caminar, con espanto, hacia la izquierda. En los albores de los años ochenta, el neofascismo se queda, más que nunca, en un mundo aparte del panorama de las democracias europeas, donde se enfrentan el modelo socialdemócrata y el del nuevo conservadurismo inspirado en las políticas de Margaret Thatcher y Ronald Reagan.

En más de un sentido, los años ochenta son, para la extrema derecha neofascista, un decenio de ocasiones perdidas. El escenario internacional ve a los partidos de inspiración comunista derrumbarse en una crisis cada vez más aguda de identidad y de estrategia, hasta el quebranto de 1989, mientras el socialismo reformista, aunque esté en el gobierno en muchos países, atraviesa una fase de incertidumbre ideológica sin precedentes y ve amenazado, junto a su clásico modelo de *welfare state*, la relación privilegiada con la clase obrera. En el plano cultural, la época del «pensamiento negativo» lleva a numerosos intelectuales de formaciones marxistas a revalorizar el pensamiento de autores desde siempre calificados de reaccionarios, como Nietzsche, Heidegger, Ernst Jünger, Schmitt, mientras algunas ideas típicas del patrimonio de la derecha no liberal —el solidarismo, el comunitarismo, la hostilidad hacia el materialismo y hacia el individualismo, el apego a las tradiciones locales y a un estilo de vida preindustrial y espartano, el etnopluralismo— reaparecen, de forma renovada, en el interior del movimiento ecologista, que se declara transversal respecto a las habituales líneas de demarcación entre las fuerzas políticas de derecha e izquierda. De este revolvimiento del panorama político-cultural, que configura el final de aquella posguerra que le ha obligado a la marginación, el radicalismo de derecha, sin embargo, no se aprovecha. Quien se favorecerá de las nuevas condiciones, por el contrario, es el componente liberal-conservador de la derecha, es decir, su competidor y antagonista más directo, que retoma aliento criticando frontalmente el asistencialismo del *welfare*, oponiendo al estatalismo socialista la política de mercado y los incentivos al individualismo, y ofreciendo a los intelectuales decepcionados por el marxismo y por el tercermundismo la alternativa de un occidentalismo ligado no ya a las nostalgias coloniales sino a la más eficaz

lógica de la división internacional del trabajo y de las líneas de crédito a los países en vías de desarrollo. Faltos de análisis y de realismo político, los partidos de la derecha radical sufren de la crisis del comunismo un daño, en lugar de esa ventaja que habían esperado largo tiempo. Faltando el espantajo de una invasión militar soviética o de la expropiación colectivista, cae en efecto el más sólido argumento que habían apuntado para atraer a los sectores de las clases medias aún sensibles a los ecos del clima de guerra fría. En la agenda política del radicalismo de derecha, el anticomunismo visceral no encuentra un sustituto funcional adecuado: la incapacidad de pensar en términos innovadores una política exterior europea impide a los partidos que pertenecen a esta familia inserirse en el debate sobre la superación de la situación determinada al término de la Segunda Guerra Mundial en los acuerdos de Yalta. La elección de centrar los mensajes propagandísticos en una utópica repatriación inmediata de todos los inmigrantes del Tercer Mundo antes que en la reunificación alemana —antes que la imprevista caída del Muro la imponga de improviso— o en la creación de un espacio centroeuropeo libre de la presencia militar de los dos bloques, que el desarrollo de la *perestroika* de Gorbachov podría propiciar, es una prueba evidente de ello.

Lo que determina el *impasse* del radicalismo de derecha en los años ochenta, ya sea en la versión neofascista como en el componente xenófobo-populista, es la desradicalización de los conflictos políticos internacionales e internos que se consolida a lo largo de la década. El agotamiento del clima de emergencia que les había permitido entrar en la gran política en algunos momentos particulares de crisis (la cuestión argelina en Francia, la transición de régimen en España, la agudización de las reivindicaciones sindicales en Italia, la protesta estudiantil, el terrorismo) redimensiona de nuevo su papel. Frente a la transformación de los conflictos sociales y a la estabilización del proceso de modernización, la derecha neofascista se desorienta. Afloja las relaciones con su referente social privilegiado, la clase media, que por más de medio siglo había permanecido unida por la voluntad de defender el propio *status* económico y psicológico de las ambiciones del proletariado y ahora, tranquilizada, se fragmenta en microgrupos implicados en una áspera competencia. Ve menguar el atractivo de su doctrina económico-social, el corporativismo, en el momento en que los gobiernos socialdemócratas se la hacen suya y la someten a una profunda revisión a través de las políticas de concertación. Se encuentra, en suma, privada de interlocutores a quien ofrecer voz o re-

presentación. Para reencontrar márgenes de maniobra, persigue, sin seleccionarlas, casi todas las protestas que se presentan sobre el terreno, intentando hacer de ellas instrumentos de contestación al sistema y, al mismo tiempo, plataformas para fomentar una situación de malestar generalizado de la cual pueda salir una demanda de orden. La receta, que había funcionado esporádicamente en otros momentos, esta vez no funciona, puesto que las instancias que se encuentran en su base —las reivindicaciones corporativas de algunos sindicatos menores y la demanda de eficacia de los usuarios de los servicios públicos, la hostilidad de los comerciantes y profesionales hacia el sistema fiscal y la lucha contra la deuda pública, la demanda de mayor ocupación y la política antiinflacionista, etc.— son incompatibles y contradictorias.

III. LA CRISIS DEL NEOFASCISMO Y EL RETO POPULISTA

De esta incapacidad de ofrecer representación a sectores sociales coherentes y de anudar sólidas alianzas con algunos de los grupos de interés que en el pasado se habían mostrado dispuestos a solicitar su defensa, nace la crisis de función que lleva al componente neofascista del radicalismo de derecha, hegemónico hasta la mitad de los años ochenta, a sufrir la insidiosa competencia del ala xenófoba y populista.

Aunque fuera desde siempre uno de los ingredientes ideológicos del radicalismo de derecha, del cual extrae el estilo y los mensajes, el populismo empieza en esta fase a asumir una fisonomía autónoma, hasta configurarse como un modelo alternativo al neofascismo o como uno de sus posibles atracaderos en la perspectiva de una transformación y de una puesta al día que parece a los dirigentes de estos partidos de esta área ya no aplazable. Por la elasticidad de sus referencias ideológicas y por las fuertes connotaciones emotivas de su estilo comunicativo, el populismo (que en la versión encarnada por los movimientos de la derecha radical, es más correcto definir como nacional-populismo)[32] tiene la ventaja de ofrecer soluciones aparentemente simples a los problemas de los individuos y de los grupos que viven bajo el signo de la incertidumbre y del miedo a la expansión de la conflictividad social que acompa-

[32] Sobre el carácter de este fenómeno, crf. Marco Tarchi, «L'ascesa del neopopulismo in Europa», *Il Regno*, XLV (2000), 855, pp. 201-211.

ña al desarrollo tecnológico y al crecimiento económico de los países más desarrollados. De su visión del mundo, que hace de la voluntad del pueblo —representado como si fuera un agregado social homogéneo, depositario exclusivo de los valores positivos— el término constante de referencia y la fuente principal de inspiración para los comportamientos de los individuos, los conflictos de intereses son negados o son atribuidos a la incapacidad de la clase política, inevitablemente corrupta, o a la interferencia de sujetos externos hostiles. Es característica del populismo, que ha sido justamente descrito como una ideología «de síntesis, global y cicatrizante» [33], una lectura esquemática y maniquea de la realidad, de fácil circulación, en la cual predomina la figura de uno o más chivos expiatorios, los agentes «antipopulares» que estarían en la raíz de los males que sufre la comunidad nacional. Este rol ha sido atribuido durante largo tiempo por parte del radicalismo de derecha a algunos sujetos clásicos en la polémica antidemocrática o antiparlamentaria, como la «casta» de los políticos profesionales, las altas finanzas, la masonería, las centrales subversivas internacionales, los judíos, hasta convertirse en un *leitmotiv* de relativo éxito de su propaganda. Pero solamente a partir de los años setenta la figura del chivo expiatorio ha alcanzado los niveles de eficacia de los primeros decenios del siglo XX, encarnándose en una imagen nueva, el inmigrante del Tercer Mundo, extraño por excelencia e inmediatamente reconocible también por sus rasgos somáticos.

El encuentro entre nacional-populismo y xenofobia se ha transformado en una receta política de éxito en virtud de una serie de condiciones objetivas favorables. El masivo, incontrolado y a menudo ilegal flujo de inmigrantes en los países de Europa occidental ha alimentado colateralmente algunas graves patologías sociales —aumento del trabajo negro, de la explotación y de la evasión fiscal, sobrecarga y descalificación retributiva del mercado de trabajo en algunos sectores productivos, sobrepoblación de las periferias urbanas, crecimiento de la marginación de la delincuencia, inseguridad difusa sobre todo en la metrópolis— que han sido descuidadas o afrontadas de un modo ineficaz por parte de los gobiernos conservadores o socialdemócratas. El malestar consiguiente a estos fracasos de las políticas liberales ha permitido a los movimientos populistas lograr apoyos con propuestas que ofrecen a la crisis una respuesta irracional, instintiva y simplificadora. La con-

[33] Ludovico Incisa, voz «Populismo», en Norberto Bobbio y Nicola Matteucci (eds.), *Dizionario di Politica*, Utet, Turín, 1976, p. 765.

centración y la descarga sobre un único culpable de las tensiones sociales y culturales que se acumulan por una multiplicidad de razones en el interior de un país, resucitan en efecto aquella radicalización de la conflictividad que estaba atenuada en otros planos y crean una nueva vertiente de fractura política, transversal respecto a los *cleavages* sobre cuyos márgenes se habían formado los partidos preexistentes. De este modo, el tema de la identidad nacional, declinado antes que nada como motivo de exclusión de los «extraños» y no ya, como sucedía en la versión neofascista, como factor de agregación de una comunidad desmembrada por los conflictos intestinos, asume una función políticamente ganadora, sirviendo para tranquilizar a los sectores menos protegidos. Esto explica por qué el voto recogido por los movimientos nacional-populistas procede de sectores menos elevados que aquellos que tradicionalmente han asegurado apoyos a los partidos neofascistas: contrariamente a lo que acontecía al MSI, a Fuerza Nueva, a los partidos de extrema derecha franceses que defendieron en 1965 la candidatura de Tixier-Vignancourt o al NPD, la clase obrera, ya sea ocupada que desocupada, es de hecho una de las reservas electorales más consistentes para el FPÖ, la *Lega Nord* o el *Front National.*

Con la fuerza que le dan la inmediatez y la concreción de sus palabras de orden, que a menudo se reducen —aunque con entonaciones diversas— a la demanda de un «saneamiento» del panorama político y social, el nacional-populismo no se limita sin embargo a restar espacio a la tradicional ideología neofascista, sino que produce también un atractivo directo sobre los movimientos que en esta última siempre se han inspirado. En Francia, esta capacidad de atracción atrae poco a poco como un imán alrededor del *Front National*, que cada vez da menos espacio a la corriente «nacional-revolucionaria», a casi todas las formaciones concurrentes. En Alemania los *Republikaner*, nacidos en 1983, sobrepasaron casi en seguida electoralmente al NPD, aunque después tengan que sufrir la competencia de la más nostálgica DVU. En Italia, mientras está bajo la guía de Almirante, el MSI-DN prosigue su camino habitual, pero cuando le sucede el joven Fini, el giro hacia el modelo Le Pen se acentúa fuertemente, encontrando sin embargo una neta oposición por parte de la corriente de Pino Rauti, ideológicamente más «ortodoxa» [34]. Lo que más cuenta, las tesis na-

---

[34] Al día siguiente de un mitin celebrado en Roma por parte de Fini y Le Pen para preparar el lanzamiento de una petición popular contra la inmigración, Rauti, en una entrevista al periódico comunista *Il Manifesto* (10-5-1998) titulada «Nien-

cional-populistas empezaron, sobre todo con el ascenso de Haider a la presidencia del partido liberal austríaco en 1986, a conquistar terreno en ambientes donde el neofascismo no había conseguido nunca hacerse escuchar. El *revival* del populismo en Dinamarca, Noruega y Suecia, aunque de una forma más moderada, y su incorporación al movimiento autonomista flamenco a través del *Vlaams Blok*, demuestran que los partidos neofascistas deben ya hacer frente a un serio reto.

A inicios de los noventa, el radicalismo de derecha se encuentra, por tanto, frente a tres vías posibles: la adopción de una línea de protesta antisistema más dura, el acercamiento a posiciones conservadoras, o la modernización.

La radicalización, que se traduce en una acentuación de la polémica contra la partitocracia y en el énfasis en problemas como la inseguridad y la inmigración, que permiten poner bajo acusación a la entera clase política, choca con la competencia de los partidos populistas de matriz no fascista, más creíbles en el papel de colectores de una protesta contra el sistema en nombre del derecho del hombre cualquiera, cansado de todas las ideologías y atraído por los problemas de la vida cotidiana. Solamente el *Front National* se encamina en esta dirección sin desnaturalizarse completamente, aunque en el discurso de sus exponentes la defensa de los pequeños contra los poderosos, de los honestos contra los corruptos y de los desheredados contra las elites políticas y burocráticas privilegiadas, cobra gradualmente fuerza sobre los tonos agresivamente nacionalistas y estatalistas de los orígenes. Aunque los inmigrantes devienen el blanco principal de la propaganda, y a veces de las acciones violentas, de muchos pequeños grupos que se refieren abiertamente a la ideología fascista en casi todos los países europeos, sobre este terreno los neofascistas son descabalgados por los populistas, que a menudo deploran su intemperancia y les consideran nada más que escoria folclórica de una época ya cerrada.

El giro conservador obtiene mayores éxitos. Los iniciales éxitos de los *Republikaner* parecieron demostrar que partidos burgueses de inspiración nacionalista dispuestos a hacer suyas, en torno a algunos *issues* limitados, sugestiones radicales e instancias de pro-

---

te visto per Le Pen», pone en guardia a su partido ante el riesgo de caer «en la trampa de tipo racista, ante un escenario que en cambio nos puede permitir hacer un discurso nacional-popular, revolucionario y anticapitalista». Sobre el choque entre las corrientes del MSI-DN en materia de xenofobia, cfr. Marco Tarchi, *Cinquant'anni di nostalgia*, *cit.*

testa, podían recoger la herencia de los movimientos neofascistas y superar sus resultados en el plano electoral. Para encontrar el auspiciado terreno de encuentro con los partidos conservadores, los programas de estas formaciones se abren a las políticas económicas liberales, aunque vagamente se hagan eco de principios corporativos. La exaltación de la independencia de Europa de las contrapuestas alianzas político-militares es sustituida por la opción atlantista y por una vuelta a los tonos nacionalistas, mientras que la acentuación de posiciones tradicionalistas en materia de ética individual y colectiva es dirigida a conquistar apoyos en los ambientes católicos integristas. Si bien encuentra resistencia en muchos países, donde como mucho favorece la entrada de algunos temas más notablemente queridos por el electorado de derecha (inseguridad, inmigración, defensa de las tradiciones nacionales) en la agenda política de los partidos liberal-conservadores, esta estrategia se muestra provechosa cuando en 1993, en Italia, los partidos a los cuales estaba tradicionalmente reservado el voto moderado son derrotados a consecuencia de las demandas judiciales por la corrupción de la vida pública. Como había pasado setenta años antes, en circunstancias absolutamente diferentes, la opinión pública conservadora, frente al riesgo del éxito de la izquierda de ascendencia comunista, prefiere apoyar a los (neo)fascistas (o a los populistas de la *Lega Nord*); pero en cuanto se hace disponible una alternativa de derecha menos extrema —esto es, el partido creado por Silvio Berlusconi, *Forza Italia*— el MSI-DN, para conservar al menos una parte del apoyo obtenido, siente la necesidad de efectuar un giro moderado e improvisa una metamorfosis nacional-conservadora, en la línea de la política de «derecha nacional» esbozada ya veinte años atrás[35]. Es verdad que hasta ahora Italia es el único país que ha visto nacer una alianza de gobierno entre un partido neofascista y *partners* centristas (el FPÖ pertenece a una tradición diferente), pero en el ejemplo de *Alleanza Nazionale* se inspiran

---

[35] Sobre el efectivo grado de discontinuidad ideológica entre el MSI-DN y *Alleanza Nazionale*, las opiniones de los estudiosos están diversificadas. Roger Griffin, «Las organizaciones neofascistas» en Manuel Pérez Ledesma (ed.), *Los riesgos para la democracia. Fascismo y neofascismo*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid 1997, pp. 111-112, habla, en referencia a las tesis de AN, de un «fascismo constitucional» y sostiene que «el fascismo ha logrado el poder a través de AN». No muy diferente es la opinión de Marco Revelli, *La destra nazionale*, Il Saggiatore, Milán, 1996. Más difuminados son los juicios de Piero Ignazi, *Postfascisti?*, Il Mulino, Bolonia, 1994; Roberto Chiarini, *Destra italiana*, Marsilio, Venecia, 1995; Marco Tarchi, *Dal MSI a AN*, Il Mulino, Bolonia, 1997.

abiertamente otros movimientos pertenecientes a la misma familia, como el *Mouvement National Républicain* de Bruno Mégret, fruto de una escisión del *Front National.*

En cuanto a la hipótesis modernizadora, ésta ha oscilado durante años entre dos perspectivas inconciliables: de un lado, la revolución en forma renovada de las corrientes minoritarias, heréticas y de izquierda, del fascismo, retomando el mito del «retorno a los orígenes» y al culto a una «diversidad» que no sabe, y a menudo no quiere, encontrar modelos o referentes actuales; de otro lado, la reflexión crítica de la identidad neofascista y la atención hacia otras fuerzas políticas del sistema democrático. La primera opción fue consumada por el MSI-DN en el breve período (de enero de 1990 a julio de 1991) en el que Rauti fue secretario y por el *Parti des Forces Nouvelles*, en ambos casos con resultados decepcionantes, puesto que el electorado tradicional de extrema derecha no acogió con agrado ni las ambiciones de «tener éxito a la izquierda» conquistando apoyos entre los decepcionados del comunismo, ni el abandono de los usuales referentes retóricos y simbólicos, y su defección no fue compensada con apoyo por parte de otros sectores de la opinión pública. La segunda vía fue tomada prematuramente en Italia por parte de *Democrazia Nazionale*, llevándola a la desaparición en las elecciones de 1970 (0,6 por 100) y por esto ha tenido pocos imitadores. Sólo mucho más tarde, y bajo el empuje de circunstancias excepcionales, estímulos modernizadores de este tipo han concurrido en la fundación de *Alleanza Nazionale*.

Una suerte más contradictoria sonríe, entre los años ochenta y noventa, a otra hipótesis de modernización del radicalismo de derecha, sostenida por el movimiento cultural de la Nueva Derecha. Considerada por algunos observadores una simple variante táctica y mimética del neofascismo, pero denunciada por algunos sectores de este último como una desviación intelectualista o como una inaceptable herejía, esta corriente de pensamiento, nacida en Francia a finales de los años sesenta y propagada durante el decenio siguiente a otros países de Europa occidental, aunque siempre de forma elitista y minoritaria, presenta todos los caracteres de un fenómeno evolutivo, suspendido entre elementos de continuidad y líneas de ruptura [36]. La Nueva Derecha intenta «historizar» la experiencia del fascismo y colocar su ideología fuera del esquema de oposición

---

[36] Quien mejor ha recogido este aspecto bivalente y dinámico es Pierre-André Taguieff, *La nouvelle droite. Jalons d'une analyse critique*, Descartes et Cie., París, 1994.

izquierda/derecha. Se propone, a través del rechazo del autoritarismo y del racismo, la superación del síndrome anticomunista y la acentuación de la crítica al liberalismo, modificar las líneas de los antagonismos político-culturales que han influenciado la segunda posguerra y construir nuevas alianzas. Y con este fin solicita en los ambientes de los que provienen sus animadores que abandonen los habituales temas de agitación y que afronten cuestiones nuevas: la creación de una Europa neutral extendida del Atlántico a los Urales, el rechazo de la dictadura del mercado, la crítica al occidentalismo y al neocolonialismo, la creación de un eje preferencial de cooperación entre Europa y el Tercer Mundo, la oposición al modelo de desarrollo industrialista y consumista, la valoración de las especificidades etnoculturales, el regionalismo [37]. Son ideas demasiado lejanas de la sensibilidad del liderazgo de los partidos y movimientos de la derecha radical, que después de intentar explotar en beneficio propio el eco que el nacimiento de la Nueva Derecha ha tenido en los *media*, las rechazan o, como mucho, intentan adaptarlas en pequeña medida a los propios programas distorsionándolas, como hace el *Front National* limitándose a barnizar la xenofobia con los colores de una visión del mundo diferencialista.

IV. A LAS PUERTAS DEL SIGLO XXI: ¿ALBA U OCASO DEL RADICALISMO DE DERECHA?

A partir de 1984, el panorama del neofascismo se modifica. El *Front National*, primer partido de la familia en haberse hecho eco del reclamo del discurso xenófobo, supera los resultados electorales del MSI, que encarna el viejo modelo continuista. Los *Republikaner* aparecen, en 1989, como una fuerza en pleno ascenso y el *Vlaams Blok* se asegura una primera representación en el Parlamento belga. Pero la ampliación de un área de apoyo popular no apacigua las disensiones y las envidias que siempre han pesado sobre estos ambientes; al contrario, los refuerza y los multiplica. Rechazando las posiciones irredentistas de los nacionalistas alemanes sobre el Alto Adige [38], los diputados del MSI-DN rechazaron cons-

---

[37] Cfr. Alain de Benoist, *La Nueva Derecha*, Planeta, Barcelona 1982; Alain de Benoist y Guillaume Faye, *Las ideas de la «Nueva Derecha». Una respuesta al colonialismo cultural*, Ediciones del Nuevo Arte Thor, Barcelona, 1986.

[38] Provincia italiana en la frontera con Austria, habitada por una población de lengua y cultura mayoritariamente alemanas, escenario durante décadas de conflictos étnicos.

tituir con los colegas de FN, VB y REP un grupo común de las derechas en el Parlamento Europeo. La caída del Muro de Berlín, la disolución de la URSS y la explosión de los particularismos étnicos en la Europa del Este fragmentan ulteriormente el cuadro. Faltando el elemento cohesivo del anticomunismo, las orientaciones programáticas se diversifican. Emergen diferencias en las posturas a asumir hacia el proceso de formación de la Unión Europea, ahora que el mundo ya no está dividido en dos bloques, porque, más allá de la denuncia del peligro de un gran poder de los «eurócratas» de Bruselas y del formal elogio de una Europa de las patrias donde los Estados nacionales puedan mantener buena parte de las prerrogativas de soberanía, las opiniones sobre las relaciones entre Europa occidental y oriental, Europa y Estados Unidos, Europa y países mediterráneos, etc., son heterogéneas. Hay quien teme el peso crucial que la Alemania unida está destinada a asumir en la UE y quien lo aprecia; quien rechaza la alianza occidental contra Irak (como el *Front National*) y quien la defiende (como el MSI-DN de Rauti y de Fini); quien, en la guerra que acompaña a la disolución de Yugoslavia, toma partido por Eslovenia y Croacia y quien mira con simpatía a los serbios. En suma, la unidad formal del microcosmos de los vencidos de 1945 falta en cuanto el orden internacional creado del éxito en la Segunda Guerra Mundial se modifica.

También sobre el plano económico-social e institucional las posiciones de los partidos de tradición neofascista se distancian, contraponiendo apertura y cerrazón al liberalismo, aceptación y rechazo al federalismo. El nacionalismo defensivo, la desconfianza hacia las sociedades multiétnicas, el culto al orden, la preferencia por una moral tradicionalista y la hostilidad hacia la partitocracia ya no son suficientes para difundir la sensación de pertenecer a una cepa ideológica común. No solamente ya no se habla de crear organizaciones de coordinación a nivel continental, sino que al contrario, cada partido declara querer preocuparse exclusivamente de los problemas de su propia nación y tiende a subrayar las distancias hacia los movimientos que en un tiempo consideraba afines, para no atraer acusaciones de extremismo.

La imprevisible metamorfosis del MSI-DN a partir de 1993 es el punto de vuelta crucial de esta evolución. Debiendo llenar en el menor tiempo posible el déficit de legitimidad que le supone un impedimento para el pase de la oposición antisistema de protesta al gobierno, los líderes del partido neofascista por excelencia se apresuran a cortar todo ligamen con todo lo que puede recordar a la opinión pública moderada su pasado extremista. A pesar de la re-

sistencia de la base y de una parte de los cuadros intermedios, el congreso de Fiuggi de enero de 1995 declara la autodisolución del MSI después de más de cuarenta y ocho años de vida y la incorporación de todas sus estructuras a un nuevo partido, *Alleanza Nazionale*, que proclama ver como *partners* preferidos, al Partido Popular español, al RPR de Chirac y a los *tories* británicos, provocando una escisión que implica a menos del 5 por 100 de los inscritos, poquísimas secciones y solamente tres dirigentes nacionales (Rauti, Pisanò, Erra). Para señalar con más énfasis la ruptura no sólo con las tradiciones fascistas sino también con los movimientos nacional-populistas, el antirracismo es elevado en el estatuto de AN a principio fundamental, mientras que el corporativismo desaparece, sustituido por una tímida apertura al liberalismo. El giro cultural e ideológico del partido permanece inacabado, y muchos de sus militantes de base, sobre todo los más jóvenes, demuestran estar aún ligados a la iconografía y a la mitología del fascismo [39], pero el peso creciente que en el interior de AN asumen diputados, senadores, consejeros de las administraciones provinciales, alcaldes, concejales —una clase de políticos de profesión, que se transforman rápidamente de «creyentes» a «carreristas»— [40] la dirige decididamente hacia posiciones moderadas y conservadoras. Este cambio de campo formal del decano de los partidos neofascistas europeos señala probablemente, después de medio siglo de vida accidentada, el fin de esta familia política. Las hipótesis de los observadores que, impresionados por el éxito de Vladimir Zhirinovskij en Rusia, temían hace pocos años un renacimiento del fascismo en el Este [41] no parecen, en el alba del siglo XXI, confortados con el desarrollo de los acontecimientos. Quedan numerosos grupúsculos que reivindican en todos los países europeos una herencia fascista, pero su estéril agitación no justifica la opinión de quien escribe que hoy «el fascismo continúa cambiando y prosperando» [42]. Es verdad más bien lo contrario. Si de las bandas *skinhead* pasamos a los par-

---

[39] Cfr. los resultados de algunas investigaciones llevadas a cabo entre los delegados de la conferencia programática de 1998 de *Alleanza Nazionale* en Roberto Chiarini y Marco Maraffi (eds.), *La destra allo specchio*, Marsilio, Venecia, 2001.

[40] Distingue entre estos dos tipos de partidarios de un partido Angelo Panebianco, *Modelli di partito*, Il Mulino, Bolonia, 1982.

[41] Cfr. en particular Jaroslav Krejci, «Neo-Fascism — West and East» en Luciano Cheles, Ronnie Ferguson, Michalina Vaughan (eds.), *The Far Right in Western and Eastern Europe*, Longman, Londres-Nueva York 1995, pp. 1-12.

[42] Roger Griffin, *op. cit.*, p. 110.

tidos políticos organizados, el panorama del radicalismo de derecha clásico aparece igual que un desierto. En Italia, cuna del fascismo, el único partido que reivindica abiertamente raíces mussolinianas, el *Movimento Sociale-Fiamma Tricolore* de Rauti tiene clavado su porcentaje electoral en el 1 por 100 y tiene un solo representante en el Parlamento, obtenido gracias al acuerdo con la coalición de centro-derecha; las simpatías nostálgicas de muchos dirigentes locales de *Alleanza Nazionale* encuentran desahogo en iniciativas extemporáneas y provocadoras, como la propuesta de dedicar calles o plazas a exponentes del régimen fascista, pero no pueden ya manifestarse sobre el terreno político, por el peligro de ruptura de las relaciones con los aliados de gobierno, tanto que sobre muchos temas, a partir de la lucha contra la inmigración clandestina, AN aparece desplegada sobre posiciones más moderadas que su *partner* populista, la *Lega Nord*. En Alemania, el NPD y la DVU, en eterna competencia, raramente consiguen llevar representantes a los parlamentos o a los consejos locales. En Gran Bretaña, el *British National Party* ha conquistado en todo el país tres consejeros de una pequeña localidad del Norte, no consiguiendo progresar ni en zonas donde son frecuentes los conflictos étnicos. En otras partes, la presencia de movimientos análogos es aún más marginal y clandestina. Si, siguiendo las indicaciones científicas recientes, se consideran como de tendencia fascista los partidos que unen en su ideología un nacionalismo extremo, el rechazo del pluralismo y de la democracia parlamentaria, la oposición al liberalismo y al comunismo, la oposición al capitalismo y a la economía de mercado, el uso de la violencia, los ataques a objetivos particulares como las minorías sexuales o raciales, la defensa de la discriminación y el rechazo de la idea de que existen derechos humanos universales[43], se puede afirmar con certeza que, salvo patológicos *lunatic fringes*, la extrema derecha neofascista no dispone ya de una presencia organizada en Europa y no está pues en situación de influenciar en la política de los partidos concurrentes o de los gobiernos europeos, como a veces se teme.

Esta posibilidad está, en cambio, al alcance de los partidos nacional-populistas, que no se identifican con la mitología fascista, no son estatalistas aunque valoren la autoridad del Estado, no tienen nostalgias corporativas, exaltan la identidad nacional pero en clave puramente defensiva contra la temida «invasión» de los inmigran-

[43] Éste es el síndrome descrito en Geoffrey Harris, *The Dark Side of Europe. The Extreme Right Today*, Edimburgh University Press, Edimburgo, 1990.

tes, perdonan la xenofobia pero rechazan cualquier sugestión imperialista o neocolonialista, se aprovechan de un clima de miedo en lugar de volver a evocar atmósferas heroicas y estigmatizan los déficit de la democracia de los regímenes liberales sin recurrir a la retórica antidemocrática. Paradójicamente, es justamente la capacidad de tomar distancias respecto a la ideología y a la imagen del fascismo lo que hace que estos partidos sean capaces de centrar la atención de los *media* en las campañas que promueven, conquistar apoyos electorales en amplias franjas de población y obligar a los partidos rivales y a los gobiernos a incluir en la propia agenda los temas de sus demandas. Al alba de esta nueva encarnación del radicalismo de derecha corresponde pues el inevitable ocaso de aquella que le ha precedido; considerar a una sencillamente como réplica mimética y eufemística de la otra sería un grave error.

7. EL NEOPOPULISMO EN EUROPA OCCIDENTAL: PARÁMETROS DOCTRINALES Y ESQUEMAS IDEOLÓGICOS

JOAN ANTÓN MELLÓN
Universitat Rovira i Virgili de Tarragona
jame@fcj.uxv.es

I. INTRODUCCIÓN

El fenómeno politológico europeo de mayor trascendencia en los últimos veinte años[1] ha sido la reconversión de la extrema derecha y de la derecha radical[2] o creación *ex novo* —como la italiana *Lega Nord*— de una nueva agrupación de partidos: el neopopulismo. Trascendencia por el acceso al poder de algunas de estas fuerzas políticas, Lega Nord/FPÖ[3]; su influencia en la agenda política de los otros partidos —fundamentalmente los de centroderecha— (Hainsworth, 2000; Betz, 1994: 142,143,175) y el hecho de realizar un cuestionamiento radical de los principios democráticos que han informado las sociedades occidentales avanzadas que han aplicado políticas redistributivas de *Welfare State*, sobre todo a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial. Además del factor, posiblemente más relevante, de que la expansión de dichas fuerzas políticas es un exponente de las profundas transformaciones estructurales, sociales y cultural-ideológicas que están teniendo lugar en las sociedades en las que surgen. A realidades postindustriales corresponden ofertas políticas postmodernas (no es casualidad que

---

[1] Sin tener en cuenta la desaparición del modelo soviético.

[2] Siguiendo al respecto la clasificación de la derecha que efectúa R. Eatwell al distinguir cinco «derechas»: la «reaccionaria»; la «moderada»; la «radical»; la «extrema» y la «nueva». Véase Eatwell, R. y O'Sullivan, N. (eds.): *The Nature of the Right*, Pinter, Londres, 1989.

[3] En 1994 la LN forma parte del primer gobierno Berlusconi como en el momento presente y en 1999 el FPÖ, aliado con los conservadores del ÖVO, ganan las elecciones generales en Austria.

de éstas las propuestas más enfrentadas sean las de los partidos Verdes y Neopopulistas) (Rommel, 1998), de ahí que, como avance de conclusión, apuntemos que si queremos entender qué está ocurriendo deberíamos analizar, casi con mayor detenimiento, las demandas sociales a las que las ofertas de estos partidos pretenden dar respuesta.

Ésta puede ser una vía de estudio, pensamos, más productiva para entender la globalidad del fenómeno. El auge del neopopulismo ha sido interpretado o bien en clave del análisis clásico del populismo como patología de la democracia o bien etiquetándola apresuradamente de fascismo más o menos camuflado. El primer análisis adolece de un planteamiento elitista ya que, en el fondo, parte de la convicción de que las masas populares, siempre irracionales/emotivas e infantiles, son obnubiladas sistemáticamente por demagogos oportunistas que atacan el racional (y estupendo) sistema democrático representativo. Mientras que el segundo enfoque demoniza el fenómeno para así poder exorcizarlo verbalmente. Ambos son herramientas conceptuales que impiden entender, entre varias cuestiones, las contradicciones y miserias de todo tipo de nuestras sociedades democráticas desarrolladas y el porqué estas organizaciones logran un apoyo electoral y una empatía social que rebasa factores sociológicos e ideológicos. Sumando, a la vez, votos de protesta y adhesión, de parados (Moreau 1998: 75) o de quienes tienen o creen tener amenazado su estatus y de parte de los triunfadores de la globalización.

Habría que recordar, aunque puede parecer que se constatan obviedades, que los enfoques elitistas no son políticamente neutros y que, por lo que se refiere al segundo enfoque erróneo, si todo es fascismo, nada es fascismo, con lo cual, si entendemos mal el fenómeno estamos incapacitados para neutralizarlo desde una óptica democrática. Las organizaciones neopopulistas han aparecido con fuerza en los últimos decenios del siglo XX como una respuesta política que surge directamente de las contradicciones del sistema, no son una patología sino un notario que levanta acta de una determinada realidad existente. Ideológicamente tampoco son fascistas como los de los años treinta, más bien serían conservadores radicales que han asumido la democracia y los valores liberales políticos como los fascistas clásicos habían asumido el liberalismo económico y el socialismo: en demagógica lectura ultranacionalista étnica. En este sentido son postfascistas. De la misma forma que la básica conexión de su compartido socialdarwinismo los enlaza con los fascistas clásicos, conservadores, neoliberales y

demás familias o subfamilias[4] de la familia amplia de la derecha, provengan o no de la cultura fascista como es el caso de la *Lega Nord.*

Por todo ello es fundamental entender bien las razones del apoyo social y/o electoral que tienen estas organizaciones, comprender sus raíces culturales y doctrinales, clarificar el núcleo específico de sus idearios y establecer las conexiones de sus convicciones con otras agrupaciones políticas y, de esta forma, entender cuáles son los vasos comunicantes ideológicos y sociológicos entre organizaciones ideológicamente afines.

Y si éstos son los objetivos genéricos, como objetivos más concretos se tratará de demostrar: que las organizaciones neopopulistas pertenecen a la familia amplia de partidos de la derecha; que constituyen una subfamilia específica; y, finalmente, que no pueden ser clasificadas como neofascistas en un sentido fuerte del término, ya que las continuidades existentes, comparándolas con las características definitorias de los fascismos clásicos, son menores que las discontinuidades, a pesar de que algunas de dichas continuidades, como el socialdarwinismo o el fuerte liderazgo, sean muy relevantes.

Metodológicamente utilizaremos un sencillo esquema basado en comparar en primer lugar los conceptos de igualdad, libertad, identidad y poder; y en segundo lugar las ideas-fuerza contenidas en la documentación programática de las tres organizaciones neopopulistas estudiadas (MNR, FPÖ y *Lega Nord*), con la finalidad de establecer sus ideas nucleares. Ideas nucleares que desglosaremos en nucleares específicas y nucleares compartidas con otras subfamilias derechistas De esta forma podremos establecer la adscripción global del neopopulismo a la derecha como familia de partidos amplia y analizar los factores compartidos y divergentes con otras subfamilias comprendidas en ésta

II. EL POPULISMO COMO ESTILO DE ACTUACIÓN POLÍTICA

El factor más relevante que diferencia a los actuales movimientos neopopulistas de anteriores formaciones populistas es su

[4] Sobre el término *familia de partidos* véase Mudde, Cas: *The ideology of the extreme right*, Manchester University Press, 2000; y Seiler, D. L.: *Partis et Familles Politiques*, PUF, París, 1980.

consolidación electoral[5] e implantación en el sistema de partidos, cuando no su ascenso al poder, como apuntábamos, en Italia o Austria. Esta consolidación es un hecho histórico nuevo. Los anteriores casos históricos en Europa y EEUU: populismo norteamericano (finales siglo XIX comienzos del siglo XX)[6], Partido del Homo Qualunque en Italia o Movimiento Poujadista francés (años cuarenta y cincuenta del siglo XX) tuvieron un recorrido político tan espectacular como efímero. ¿Qué factores permiten agruparlos bajo la adscripción de populismo? ¿Y cuáles son los factores comunes que los enlazan con los actuales neopopulismos? Posiblemente las respuestas a estos dos interrogantes nos sean útiles con vistas a modelizar el fenómeno y clarificar el porqué de sus estrategias y tácticas políticas.

La clave ideológica del populismo está en el uso político del término pueblo como comunidad política. Un «pueblo» idealizado, formado/imaginado por una mayoría de hombres comunes dotados de un instinto y una sabiduría política innatas que no pueden desarrollar porque unas elites rectoras corruptas les han traicionado. La visión, por tanto, de la sociedad es dual (Meny/Surel, 2000:67): Los «grandes» poderosos, elites enfrentados a los pequeños, los humildes, los sencillos hombres del pueblo. Se apela directamente al «pueblo» para que tome las riendas del poder. Como ha podido constatarse esa llamada tiene eco en situaciones de crisis económica y, sobre todo, de crisis política: normalmente crisis de deslegitimación de la clase política. El populismo se ha manifestado históricamente como un método o estilo de actuación política que se repite como un particular tipo de movilización social y política (Taguieff 1995: 9; 2000: 43). Movilización popular según unas mismas ideas nucleares reiteradas como estructura de argumentación (Betz/Immerfal 1998:4) más que como explicitación de una inexistente teoría política. Se trataría, en suma, de una palanca para acceder al poder, un recurso político utilizado demagógicamente por políticos *sui generis* en determinadas coyunturas históricas[7] que hacen posible esa opción como viabilidad electoral.

---

[5] Dejando aparte el populismo latinoamericano. Ver, Torre, Carlos de la.: «Redentores populistas en el Neoliberalismo: nuevos y viejos populismos», en *Revista Española de Ciencia Política*, n.º 4 (abril de 2001). También, Gallego, F.: «Populismo latinoamericano», en Antón, J. (ed.): *Ideologías y movimientos políticos contemporáneos*, Tecnos, Madrid, 1998.

[6] Véase Kazin, M.: *The Populist Persuasion*, Basic Books, Nueva York, 1995.

[7] Coyunturas en las que los factores políticos pesan más que los económicos (Eatwell, 2000).

El recurrente discurso político populista afirma que las elites, políticas, económicas, culturales han traicionado al pueblo. Sólo se preocupan por sus intereses propios. De ahí que el pueblo deba organizarse para que la comunidad recupere el bien común. Un amplio movimiento suprapartidista y supraclasista lo conseguirá. Basta con seguir el recto sentido común de las clases populares y su certero instinto de quiénes son sus amigos (los políticos populistas) y quiénes sus enemigos (el resto de la clase política restante y los poderosos social y económicamente). Si la «comunidad» logra imponerse políticamente los conflictos sociales, ideológicos y políticos desaparecerán. El populismo es, por tanto, armonicista.

Como es obvio, estas convicciones sobre las angelicales cualidades del ciudadano común y la demoníaca perversidad de sus opresores es un reduccionismo utilizado por los políticos populistas para asegurarse una amplia base social popular. La ambigüedad doctrinal traspasa las barreras ideológicas y sociológicas, establece unos enemigos fácilmente detectables y plantea soluciones fáciles a problemas complejos. El populismo occidental ha sido un fenómeno político que ha tenido lugar en situaciones de transformación sistémica conflictiva, deslegitimación política y hegemonía ideológica de la soberanía popular: levanta la bandera de una auténtica democracia. El déficit democrático en las sociedades en las que surge, por tanto, sería la clave para entender su aparición, expansión y capacidad electoral. De la misma forma que su endeblez doctrinal y organizativa fue una de las razones principales de su no consolidación electoral, igual que su excesiva dependencia coyuntural de unas determinadas circunstancias históricas.

El enlace con las formaciones neopopulistas actuales se produce por varios vectores pero quizás el más relevante sea, además del estilo político apuntado, la existencia de un fuerte liderazgo. La organización política se construye en torno a un líder carismático y la personalidad de éste es un componente básico para lograr entender la ideología[8], organización y recorrido político de los partidos neopopulistas. La *Lega Nord* es U. Bossi igual que el actual FPÖ es J. Haider. Los datos electorales empíricos muestran que un partido neopopulista sin un líder carismático y telegénico que conecte con amplios sectores de la población no despega electoralmente.

---

[8] Al respecto cabría subrayar que la práctica totalidad de los líderes neopopulistas, salvo Bossi, provienen de la extrema derecha. Le Pen, además, fue el diputado más jóven del poujadismo.

III. CAMBIO ECONÓMICO Y ACTITUDES POLÍTICAS. LAS RAZONES ESTRUCTURALES DEL AUGE NEOPOPULISTA

Dualismo armonicista, instrumentalización demagógica, visión idealizada del pueblo y de sus virtudes. Todos estos factores se repiten en los neopopulismos actuales con un decisivo elemento nuevo, su consolidación como fuerzas políticas. Hecho indudable que nos evidencia otras cuestiones como factores explicativos: persiste —si no ha aumentado— el déficit democrático; la democracia (no como mero procedimiento sino como meta) continúa teniendo una gran capacidad de movilización social; nos encontramos en una época de estructurales cambios económicos y sociales; existe una crisis política de deslegitimación de la clase política en particular y del sistema político parlamentario-representativo en general. que el aumento de la abstención explicita, basada, por lo común, en los fenómenos de corrupción[9] y consiguiente extensión del cinismo social (Offe/Schmitter 1995: 11). Todos estos factores, junto a otros más específicos, explicarían por qué, a modo de ejemplos ilustrativos, en Italia ha accedido al poder Berlusconi y la *Lega Nord* y en Austria los conservadores del ÖVP comparten gobierno con los neopopulistas del FPÖ.

En efecto, el déficit democrático es inherente en unas sociedades en donde el margen de actuación política está condicionado por un sistema productivo clasista en donde impera el sistema financiero y el afán de lucro es el motor social y el único objetivo posible para los atomizados agentes productivos (las empresas). Los principios doctrinales democráticos avanzados, constitucionalizados en los países que se definen como Estados sociales y democráticos de Derecho, entran así en contradicción práctica, en su afán redistributivo, con unas sociedades de hegemonía individualista liberal y en donde la economía prima sobre la política. En épocas de expansión, 1945-1973, el crecimiento económico proporcionó la base de la estabilidad política. Estabilidad que el denominado pacto social-liberal refrendó en el terreno político: una alternancia entre socialdemócratas y conservadores que aplicaban diferentes políticas culturales pero una mismas políticas económicas keynesianas, lográndose así integrar al movimiento obrero en el sistema y un pleno empleo como garante de un consumismo expansivo.

El criterio base de los Estados de Bienestar consiste en la convicción de que el Estado debe proteger gubernalmente unos míni-

[9] Siendo el caso italiano el ejemplo más paradigmático.

mos niveles de renta, salud y seguridad física, instrucción y vivienda. Los ciudadanos, todos ellos sin distinción, deben tener garantizado todos estos elementos como derechos políticos (Abendroth, 1986). Se parte del análisis de que el capitalismo debe ser respetado, pero a la vez regulado, en las disfuncionalidades sociales que produce y en sus reestructuraciones estructurales. La clave de estas políticas sería el hecho de admitir que la propiedad privada no es un valor absoluto, sino que, a pesar de estar garantizada su protección como derecho individual se la supedita al bien común. A los clásicos derechos individuales liberales de los Estados de Derecho se añaden toda una serie de derechos sociales y económicos de los colectivos. Patronal y sindicatos pactan que el Estado efectúe una armonización de intereses mediante políticas fiscales redistributivas a partir de un impuesto progresivo sobre las rentas. Se trata de compaginar la vieja contradicción liberal entre libertad e igualdad resucitando el antiguo lema revolucionario de la fraternidad sin cuestionarse el clasismo del sistema capitalista. La clasificación casuística que puede efectuarse entre los Estados de Bienestar se realiza a partir del análisis de su grado de desmercantilización que sus políticas producen (Sánchez 1999). Esto es, el grado de independencia que los ciudadanos tienen respecto a las coyunturas del mercado. En este sentido las condiciones, extensión y tiempo de cobertura por desempleo son factores decisivos.

Sin embargo la crisis del petróleo de 1973 marcó económicamente el cambio de coyuntura, igual que el anterior Mayo del 68 francés lo hizo en el cultural. A partir de esa fecha las economías occidentales se vieron inmersas en problemas profundos y estructurales: inflación, estancamiento y crecientes déficits públicos por el desfase entre gastos e ingresos, se rompe el pacto social-liberal y a unos mismos problemas se ofrecen diferentes soluciones. F. Hayek resucita y el neoliberalismo desarrolla su revolución cultural. Su objetivo es deslegitimar los principios filosóficos solidarios en los que se habían basado las políticas de Estado de Bienestar de las sociedades occidentales desarrolladas. Su principio cardinal, formulado por R. Nozick, es que toda redistribución, basada en impuestos progresivos sobre la renta, es un robo que atenta contra los derechos individuales. La sociedad es una mera agregación de individuos en la que todos compiten por objetivos de mejora individual y vencen los mejores. Las titularidades individuales son absolutas. Nadie debe nada a nadie. Todo ello, además, en sociedades en transición del industrialismo al post-industrialismo (post-fordismo, terciarización de la economía, sociedad de

los dos tercios, emigraciones económicas masivas) y en plena globalización económica y cultural.

Así pues, dado que la crisis es estructural y no coyuntural esto explicaría la consolidación y expansión de las formaciones neopopulistas. A los problemas no resueltos de la modernidad se han unido los de la postmodernidad (hiperindividualismo, crisis de identidad por pérdida de soberanía económica, política y cultural, problemas derivados de la emigración, nueva pobreza, etc.). Problemas que inciden, por otra parte, en un contexto ideológico-cultural de socialización publicitaria, pérdida de los referentes religiosos y de las subculturas anticapitalistas y hegemonía del liberalismo.

Los neopopulismos, de esta forma, son, aunque no exclusivamente, partidos «agarralo-todo» de protesta que expresan el malestar anómico [10]—sobre todo político pero también económico y psicológico (Immerfall, 200: 90)— de unas sociedades en fase de cambios acelerados y en donde a la metafísica populista de un pueblo idealizado se ha unido la metafísica nacionalista de la comunidad nacional en crisis de identidad. De ahí que algunos autores como Taguieff prefieran, para definirlos, la acepción de nacional-populismos. Esto supone que a los votos de protesta y de sectores favorecidos por las nuevas realidades socioeconómicas (Betz/Immerfall, 1998) se unen otros, minoritarios, de adhesión: los provenientes de la reconversión populista de la extrema derecha. Siendo su aglutinante homogenizador la xenofobia, los conservadores planteamientos autoritarios de mayor ley y orden y los argumentos neoliberales como por ejemplo los de menor fiscalidad redistributiva.

IV. IGUALDAD, LIBERTAD, IDENTIDAD Y PODER EN LA DOCUMENTACIÓN PROGRAMÁTICA DEL MNR, EL FPÖ Y LA LN. VALORES FUNDAMENTALES, OBJETIVOS Y PROPUESTAS [11]

1. Igualdad

La comparación del uso filosófico-doctrinal e ideológico del término igualdad que hacen los tres partidos estudiados en su docu-

---

[10] Véase Perrineau, P.: «Front National: l'écho politique de l'anomie urbaine», *Esprit (marzo-abril de 1988)*

[11] Este apartado ha sido incluido en otra publicación en el que se analiza, entre otras cuestiones, el papel del neopopulismo occidental en el marco de un análisis de la teoría política en el momento presente. Antón, J. (coord.): *La Teoría Política en el Siglo XXI*, Ariel (col. de Ciencia Política), Barcelona, 2002.

mentación programática no presenta ambigüedades ni discrepancias. Los tres se declaran radicalmente en contra del igualitarismo redistributivo de los modernos estados asistenciales o Estados de Bienestar.

El MNR —siempre más claro y radical en sus planteamientos— se declara en combate contra la hegemonía política e ideológica del igualitarismo y expone, por ejemplo, que los sistemas igualitarios, al penalizar a los mejores suscitan la injusticia y la ineficacia social. Mientras que el FPÖ reitera que Europa debe preservarse de tendencias niveladoras por abajo e igualitarias. La *Lega Nord,* por su parte, propone como alternativa social, política, económica y moral a los problemas de la Italia Norte desmantelar, en la medida de lo posible, el estado asistencial, causa, según su visión, de despilfarro, ineficiencia y corrupción.

Estas concepciones anti-igualitarias, añadidas a los factores de adscripción ideológica a los idearios y valores neoliberales, sólo matizados de forma nacional-populista [12], más las reivindicaciones, en mayor o menor grado, de valores tradicionales y/o concepciones anti-izquierda (tradicional o postmoderna) e incluso parafascistas en el MNR, como veremos, nos permiten encuadrar —adelantando conclusiones— al MNR, el FPÖ y la LN en la familia política amplia de la derecha.

2. Libertad

Las tres organizaciones enarbolan la bandera de la libertad amenazada, según visión compartida, por múltiples enemigos. E incluso el FPÖ y la *Lega Nord* se definen como liberistas. Básicamente los enemigos de la libertad son la clase política homogeneizadora y partidaria del multiculturalismo, el igualitarismo, el estatismo y su elefantiásica y dirigista burocracia, aliadas con depredadoras oligarquías económicas internacionales. Los honrados pueblos francés, austríaco y «padano» no son libres en la medida que sus representantes políticos sólo defienden sus intereses y no adoptan las medidas pertinentes para que el pueblo sea autorresponsable [13] política y económicamente.

---

[12] Sobre el término *nacional-populismo,* véase Taguieff, P. A.: «Political Science Confronts Populism. From Conceptual Mirage to a Real Problem», *Telos,* n.º 103 (primavera de 1995). También Perrineau (1996: 6).

[13] El programa de la LN habla, por ejemplo, de crear oportunidades de trabajo y no puestos laborales.

Los factores políticos se relacionan con los económicos y morales: la democracia efectiva —objetivo supremo— sólo es posible en el marco de un Estado reducido y fuerte (y federal para la *Lega Nord*) y con el motor de una real y libre economía de mercado no oligopolizada y en la que cada individuo pueda tener sus oportunidades para lograr el éxito económico y social. De ahí que para los tres partidos la burocracia de sus respectivos estados asistenciales sea algo nefasto. Para el MNR, tanto las burocracias locales como la europea de Bruselas, son omnipresentes y únicamente generan excesivos reglamentos; creciente fiscalidad; coarta las iniciativas y esteriliza la creatividad empresarial. Por su parte el FPÖ denuncia insistentemente la prepotente burocracia dominada por los partidos, mientras que la LN afirma, como uno de los ejes centrales de su discurso ideológico, que la burocracia de Roma es remota, impersonal, despilfarradora y corrompida.

Este concepto de libertad de las tres organizaciones neopopulistas evidencia que los valores liberales han sido asumidos no sólo táctica sino estratégicamente por el neopopulismo. La libertad definida en términos negativos e individuales como ausencia de vínculos estatales a la acción individual (Taggart, 2000: 63). De ahí que podamos afirmar que el modelo neopopulista no es la sociedad totalitaria corporativa que pretendían los fascismos clásicos. La oferta nacional-socialista de antaño ha sido sustituida por el nacional-liberalismo. La libertad por encima de la justicia [14] y la igualdad (Aguilera, 1997: 171).

3. Identidad

La identidad nacional en peligro es la preocupación fundamental que justifica la movilización de los militantes del MNR, a la vez que es uno de los factores más relevantes para el FPÖ. Por su parte, la LN tiene como tema central de su discurso político el malestar fiscal y la ineficacia derrochadora de la clase política y burocracia del Estado italiano, pero, simultáneamente, los temas identitarios también constituyen objeto de su interés aunque en menor grado que los temas económicos.

Para el MNR la situación socioeconómica francesa es catastrófica por razones económicas: la globalización y el ultraliberalismo

---

[14] Un texto liguista así nos lo explicita: «la nueva Constitución deberá tener como eje no la justicia, sino la libertad» (apud Aguilera, 1997: 172).

internacional que propugnan un librecambismo desenfrenado; socioeconómicas: marea inmigratoria «directamente» causante del paro y del aumento de la delincuencia; políticas: grave pérdida de legitimidad del sistema y creciente burocracia ineficaz que asfixia a la economía; y morales: anomia por laxismo y hegemonía de una subcultura mercantil cosmopolita y malsana. Por todo ello el MNR se define como un movimiento de todos los franceses que rechazan, enérgicamente, la decadencia de Francia y que luchan por su regeneración, soberanía y señas de identidad ante la traición, sin precedentes —afirman— de sus elites políticas, intelectuales, artísticas, científicas y morales.

Por su parte, el FPÖ declara que el derecho a una identidad cultural debe ser constitucionalizado y que una de las más importantes metas educativas es el cultivo de las señas identitarias características austríacas y su herencia cultural. Mientras que la LN, al respecto, expone que se ha de garantizar a todas las etnias históricamente presentes el derecho de preservar y desarrollar su propia identidad cultural. Estos criterios identitarios comportarán que el MNR y el FPÖ y en menor grado la LN («de las tres la menos heredera del fascismo clásico») adopten planteamientos xenófobos y concepciones políticas etnoexcluyentes.

4. Poder

Las tres organizaciones se declaran demócratas radicales. La LN afirma que sus objetivos prioritarios son una autonomía política y una economía abierta para lograr una «auténtica democracia» según criterios de eficiencia con un ejecutivo fuerte y un presidencialismo carismático para superar la «partitocracia» y las «rémoras parlamentarias». El FPÖ pretende conseguir la máxima libertad porque, de acorde con sus convicciones, ese es el mejor camino hacia la preservación y el desarrollo de la democracia. Y el MNR lucha por regenerar Francia porque su objetivo final es una «democracia más auténtica», democracia, según los principios republicanos [15], que devolverá los derechos y las libertades al pueblo y en la que éste pueda acceder al poder.

Propugnan menos Estado pero, a la vez, más dirección política,

[15] El modelo republicano (francés) alérgico al reconocimiento de las identidades particulares y constructor de una concepción integral y universalista de la nación, hace muy difícil el reconocimiento de las diferencias (Perrineau, 1998: 41).

protección de las economías nacionales, leyes antitrust y la generalización de los métodos de democracia directa como los *referenda* o la elección directa de los altos órganos del Estado —propuesta esta última del FPÖ—. Denigran a la clase política en bloque, sin distinciones ideológicas por corrupta y/o traidora al pueblo y se autoafirman como movimientos liberadores interclasistas de la parte más «sana» de sus respectivas poblaciones. Abogan también por la formación de nuevas elites políticas regeneradoras. Todos estos factores, juntamente con su pretensión —como previamente apuntamos— de convertirse en referente, portavoz e instrumento político de los hombres corrientes y la importancia del liderazgo, nos permiten reiterar que el adjetivo neopopulista con el que definimos a esta subfamilia de partidos es correcta.

Por lo que respecta a los valores, objetivos y propuestas de las tres organizaciones referidas el análisis comparativo muestra los siguientes resultados:

De la misma forma que para el FPÖ «Austria es lo primero» y lo segundo Europa, para la LN los intereses de los italianos del norte deben prevalecer, mientras que los planteamientos del MNR, mucho más elaborados, exponen que el objetivo supremo es preservar la civilización francesa y europea de los gravísimos problemas que la amenazan: descomposición identitaria, anomia, retroceso del orden y libertades y pérdida de soberanía. Para lograrlo la equilibrada y sincrética propuesta de este partido se articula en torno a unos grandes principios abstractos:

— que se respete el orden natural y las leyes de la armonía;
— reencontrar la justa jerarquía de valores;
— preservar los intereses particulares pero mantenerlos en su justo lugar;
— reestablecer la primacía del orden político al servicio del bien común y la preeminencia de la política sobre la economía liberando las fuerzas productivas.

¿Qué es lo natural y armónico para el MNR? Una sociedad francesa y europea en donde las virtudes tradicionales se hubieran renovado y fueran hegemónicas sustituyendo al consumismo hedonista, el afán de lucro insolidario, el individualismo exacerbado, la ausencia anómica de un proyecto colectivo, la incivilidad, la pereza, la laxitud y la cobardía. La solución para este partido pasa, en gran parte, por la regeneración moral de unas masas de población europea embrutecidas y alienadas mediáticamente por el con-

sumismo e infantilizadas por la cultura norteamericana. Los franceses y europeos deberían ser: nobles, abnegados, valientes, sacrificados, honorables y respetuosos con la familia, instituciones y cargos públicos; libres y trascendentes, combativos, éticos, patriotas y trabajadores. Así se lograría una sociedad armónica... sólo para «franceses» y «europeos», como veremos.

Por su parte el FPÖ, en lo referente a esta cuestión, de una forma más escueta pero igual de reveladora, afirma que los valores europeos son superiores a los de otras culturas y que los criterios básicos occidentales —dignidad humana, libertades básicas, democracia, imperio de la ley, solidaridad y respeto por la vida— se oponen al consumismo hedonista, al islamismo radical fundamentalista, al capitalismo agresivo, al ocultismo, a las sectas y al nihilismo omnipresente.

Mientras que la LN, mucho más prosaica, insiste repetidamente sobre la desproporción entre lo que la Padania paga al Estado italiano y lo que recibe a cambio y en lo concerniente al tema de los valores declara necesario el reconocimiento de los valores sociales, ambientales y culturales de las tradiciones del mundo rural.

La insistencia en Europa, sus tradiciones, etnia y cultura y las reivindicaciones esencialistas de unas superiores virtudes europeas, francesas, austríacas o padanas conducen a un rechazo frontal del multiculturalismo por parte del MNR y del FPÖ e indirecto de la LN, aunque esta última formación política se ve obligada a declarar solemnemente, en un lugar destacado de su programa, que no es racista. Rechazo del multiculturalismo y de los islamistas como ejemplo máximo de las etnias y culturas no europeas a las que se juzga inasimilables y peligrosas.

El tema migratorio es capital para el MNR, las oleadas migratorias son la causa de los grandes desequilibrios de Francia según su análisis, en conjunción con la liberación total e incontrolada del comercio internacional, el estatismo asistencial y el laxismo o doctrinarismo de la clase política. El partido liderado por B. Mégret afirma que la emigración masiva es, directamente, la causa del paro; de la paz civil amenazada; de la perturbación del sistema escolar; del desequilibrio de las finanzas públicas y sociales; del desarraigo cultural que produce creciente delincuencia, problemas de drogas y violencia étnica; además de la cuestión, cualitativamente más grave, de la pérdida de identidad de la nación. Por todo ello el MNR propone impedir la islamización de Francia, devolver a los emigrantes a sus países de origen, reformar muy restrictivamente el código de nacionalidad (derecho de sangre), la elimina-

ción de la doble nacionalidad y reagrupar las familias en sus países de procedencia, además de la expulsión inmediata de los delincuentes extranjeros no europeos.

En lo concerniente al tema migratorio el FPÖ no es tan extremista como el MNR pero, en esencia, comparte los mismos análisis y difiere en las soluciones aunque está plenamente de acuerdo en la propuesta política principal: que los emigrantes que sean necesarios económicamente sean ciudadanos de segunda categoría. El FPÖ afirma explícitamente que para proteger los intereses de la población austríaca se requiere plena soberanía en materia concerniente a los derechos de los emigrantes. Lo que significa —nos aclaran— distinguir constitucionalmente entre derechos básicos para todo el mundo y derechos civiles, exclusivamente para ciudadanos austríacos.

La LN, por su parte, expone sobre este tema que el número de extranjeros debe ser medido según la capacidad y necesidades del país.

Como en la mayor parte de los temas el MNR es la organización política neopopulista que más ha desarrollado sus principios teóricos para justificar sus propuestas políticas. De ahí que plantee el principio genérico de la preferencia nacional, que significa, según sus propias palabras, dar preferencia a sus semejantes y a su nación. En la práctica esto quiere decir reservar las prestaciones sociales, empleos, viviendas y educación a los individuos que, según los criterios jurídicos fijados por el MNR, puedan ser considerados franceses.

Las cuestiones económicas son otro de los temas capitales del discurso neopopulista europeo. Su punto de partida es que la propiedad privada es una institución prácticamente natural y armónica; que cualquier tipo de socialismo redistributivo conduce a la pobreza; que una economía abierta de libre mercado es garantía de desarrollo individual y colectivo y que hay un capitalismo nacional bueno, sano y productivo y un capitalismo internacional malo, depredador y antisocial.

De esta forma la LN pide la represión de los monopolios, cárteles y trusts y se define contra las estructuras oligopolísticas. Mientras que el FPÖ se pronuncia en contra de los especuladores y las compañías multinacionales. A su vez el MNR se proclama hostil al ultraliberalismo internacional y al librecambismo desenfrenado. Las alternativas de política económica son claras para las tres organizaciones: desarrollar y proteger las economías nacionales, potenciar un capitalismo popular (subida de los salarios más bajos,

créditos baratos para viviendas y reparto de acciones), ayudar al máximo a las PYMES (pequeñas y medianas empresas) —cuestión que reiteran en numerosas ocasiones los tres partidos—, controlar el sistema financiero y preparar lo más convenientemente al país para la conquista de mercados externos, reservando el interno para los productos nacionales o europeos. En nombre de una democracia real se levanta la bandera del liberalismo clásico y como panacea una economía liberada de oligopolios internacionales y sus valedores nacionales. Incluso se apunta una tercera vía politicoeconómica entre el capitalismo salvaje y el socialismo igualitario, tímidamente en el FPÖ y muy elaborada en el MNR.

Para el FPÖ una economía de libre mercado es la respuesta a un capitalismo desenfrenado que explota al hombre y la naturaleza y a un fracasado socialismo que degrada a sus trabajadores a objetos administrativos. Por su parte el MNR apuesta explícitamente por una tercera vía económica entre el estatismo proteccionista y el librecambismo integral, la economía como medio de mejora colectiva y no como fin, una vía alternativa —afirma— entre el principio igualitario y la mundialista ley de la selva: la liberación de la economía francesa para evitar un inmenso mercado unificado que destruye las identidades nacionales y los equilibrios sociales. Esa vía económica nacionalista también es la opción del FPÖ y, más matizadamente, de la LN. Para el FPÖ se debe dar prioridad a la creación de un mercado austríaco de capitales y desregularizar completamente la vida económica como garantía de la prosperidad económica de Austria y de la estabilidad del mercado de trabajo. Las regulaciones gubernativas y la burocracia deben ser reducidas.

Igual opina el MNR y la LN, mostrando su adscripción a los análisis y las opciones políticas y económicas neoliberales o neoconservadoras, únicamente atemperadas por su nacionalismo populista —como apuntamos—. Las tres organizaciones se pronuncian a favor de la bajada general de los impuestos, reducir el Estado y privatizar el sector público. Los planteamientos del MNR siempre son más doctrinarios e ideológicamente mucho más sólidos y elaborados, mientras que los de la LN son más pragmáticos. Por eso la LN pide la flexibilidad de los salarios y el potenciamiento del trabajo temporal, además de abogar por la creación de bolsas locales para las PYMES.

El elemento común a las tres organizaciones que unifica sus planteamientos económicos, políticos y filosóficos doctrinales es su crítica radical al Estado de Bienestar. La alternativa que ofrecen es la clásica neoliberal: reducción de gastos estatales/reducción de

impuestos/crecimiento económico reactivado y autorresponsabilidad de los individuos en la cobertura de sus necesidades, Como expone el FPÖ, una economía de libre mercado significa libre competición y mayor responsabilidad social. La LN llega más lejos y cuestiona del Estado de Bienestar, por despilfarrador e ineficaz, lo que denomina su principio cardinal: la sanidad gratuita para todos.

Este elemento de la autorresponsabilidad de los individuos es un factor doctrinal clave de enlace entre los componentes liberales clásicos, los neoliberales, los valores tradicionales conservadores e incluso sirve para enlazar con reminiscencias de extrema derecha explícitas en el caso del MNR. En efecto, para esta organización, igual que para las otras dos, una economía de libre mercado auténtica permite que los individuos puedan desarrollar al máximo sus cualidades y potencialidades y por ello lo que logren es justo, como el beneficio empresarial. Los criterios legitimadores son los clásicos de la extrema derecha: argumentos darwinistas sociales[16], Según las propias concepciones del MNR igual que en la evolución de los seres vivos se pasa por la acumulación de tentativas de mutaciones genéticas, efectuadas aleatoriamente y sólo permanecen las pruebas que permiten el progreso de las especies; de la misma forma la economía produce una gran multiplicación de las iniciativas y su selección sigue criterios de eficacia —supervivencia y supremacía de los más aptos—, o sea criterios de mercado. Esto conlleva que el MNR afirme, sin ambigüedades, que acepta el beneficio y la competencia, ya que ésta estimula la imaginación, la creatividad y la eficacia de los actores económicos independientes. Por eso en sus documentos programáticos rescata como virtudes el gusto por la competición, el combate y la emulación, afirmando que son virtudes individuales que, a la vez, se convierten en virtudes útiles para la comunidad nacional. Una comunidad nacional —Francia para el MNR— enfrentada a una guerra económica internacional sin cuartel. De ahí que esta organización defienda la regulación general de los intercambios comerciales, capital y movimientos migratorios.

Ante la globalización económica y su deriva ideológica denominada mundialismo por los seguidores de B. Mégret, los movimientos neopopulistas estudiados levantan la bandera de los Estados-nación con fronteras cerradas, proteccionismo económico

---

[16] Los estudios monográficos de las organizaciones estudiadas constatan el desarrollo de un nuevo darwinismo social. Véase, por ejemplo, Moreau (1998: 81) o Ignazi (1994: 136).

y cultural y adscripción sólo confederal a unidades políticas superiores como la UE. Recuperación de la soberanía, desarrollo de la economía nacional y mercados internos y conquista de mercados externos, ésta es la alternativa; conjuntamente con unos planteamientos etnoexcluyentes de la nacionalidad y ciudadanía con plenos derechos a los extranjeros, proletarizados como fuerza de trabajo y obligados a renegar de su cultura y asimilarse o ser expulsados.

Y para homogenizar a sus respectivas poblaciones los movimientos referenciados abogan por renovar y poner al día los valores y virtudes tradicionales que han conformado Europa, Francia o Padania. Los componentes conservadores y/o tradicionalistas son obvios en los discursos políticos del MNR y el FPÖ y más sutiles en la LN. Las organizaciones de B. Mégret y J. Haider hacen de la tradicional bandera de la ley y el orden uno de los elementos cardinales de sus mensajes políticos, defendiendo ambos una mayor represión, leyes más duras y más medios para la policía, incluso el MNR aboga por la reimplantación de la pena de muerte y que los fiscales estén subordinados al Poder Ejecutivo.

Tanto el MNR como el FPÖ y la LN creen que la familia es la célula básica de la sociedad y la quieren proteger al máximo, propugnan un papel tradicional materno de las mujeres —proponen un sueldo estatal a las amas de casa madres— y apoyan a las escuelas privadas en equiparación a las públicas. Opinan que el laxismo y el nihilismo son lacras de la sociedad.

El MNR llega a pronunciarse contra el aborto, la revolución sexual, el feminismo y la discriminación positiva, también cree que deberían ser abolidas las normas que penalizan, en nombre de la libertad de expresión, la exposición pública de ideas racistas. Juntamente con el FPÖ se pronuncia en contra de la homosexualidad. Los neopopulistas austríacos, a su vez, defienden el soporte estatal a la educación religiosa en las escuelas públicas.

Por tanto, si nuestros análisis son correctos, los partidos estudiados presentan una serie de características doctrinales que permiten agruparlos en una subfamilia política que puede ser denominada neopopulista englobada en la familia amplia de la derecha como posteriormente desarrollaremos. Subfamilia en la cual existen diferentes referentes doctrinales que se articulan de una forma sincrética y coherente. El liberal-conservadurismo clásico, la cultura política de la extrema derecha, el populismo y el neoliberalismo/neoconservadurismo son dichos referentes culturales. El populismo destaca en el plano político enlazado con una u otra forma de

nacionalismo (político y económico), mientras que el liberal-conservadurismo aporta las concepciones filosóficas de base, los valores que se propugnan como factor de cohesión social, y también proporciona las soluciónes teóricas y políticas —desde una óptica nacionalista— a los problemas económicos, sociales y actitudinales personales, del agotamiento del modelo keynesiano de crecimiento económico y estado asistencial redistributivo. Por su parte la cultura de la extrema derecha fascista o parafascista, que el ideario neopopulista asume en parte, reafirma la legitimidad de los planteamientos neoliberales económicos y sociales mediante la clásica argumentación darwinista social y presta su visión radical de los temas concernientes a la ley y el orden. Mientras que las últimas y sofisticadas argumentaciones del racismo cultural, defensoras de las diferencias culturales, permiten legitimar intelectualmente la opción etnoexcluyente de estas organizaciones neopopulistas.

Para concluir este apartado constataremos que los parámetros para establecer las diferencias doctrinales entre el MNR, el FPÖ y la LN están condicionados por dos factores globales: *a)* la asunción común a los valores y criterios neoliberales/neoconservadores (sólo matizados por la óptica nacionalista como vimos) y el estilo de actuación política neopopulista; y *b)* la mayor o menor asunción de la cultura de la extrema derecha y de los valores postmodernos (autorrealización personal, individualismo, calidad de vida, etc.). En este sentido el MNR y la LN muestran las posturas más alejadas. El MNR es la organización más fiel a la cultura de la extrema derecha, mientras que la LN es la más desvinculada a estas concepciones parafascistas y, a la vez, es la organización política más postmoderna, tanto en sus concepciones como en sus métodos de actuación política. Por su parte el FPÖ se mantiene en una posición doctrinal intermedia, aunque por su forma de actuación política se acerca más al modelo LN.

V. CONCEPCIONES NUCLEARES DEL IDEARIO NEOPOPULISTA: AXIOMAS COMPARTIDOS, ESPECÍFICOS Y CONEXIONES IDEOLÓGICAS

Según el material programático estudiado, anteriormente analizado, los axiomas nucleares compartidos neopopulistas deben ser englobados en la familia amplia de la derecha. Y la clave de bóveda de la armazón filosófico-ideológica de todos aquellos idearios doctrinales que pueden ser calificados de derechistas es la

convicción de que la desigualdad humana es un hecho natural (Bobbio, 1995) y útil socialmente. De ahí que intentar contrarrestarla con medidas políticas igualitaristas es visto como un grave error antinatural y antisocial que comporta un sinnúmero de desastres. Como afirma el programa electoral del MNR: *los sistemas igualitarios al penalizar los mejores suscitan la injusticia y la ineficacia social.*

Este anti-igualitarismo es compartido por tradicionalistas decimonónicos o neotradicionalistas (tipos De Maistre y J. Evola [17]) conservadores de todo tipo (incluyendo, como es obvio a los actuales neoliberales/neoconservadores); para-fascistas (como los conservadores radicales alemanes, Maurras, Franco o Salazar); fascistas clásicos, neofascistas (ya sean neopopulistas —tipo Vlaams Blok— o no); postfascistas (tipo AN italiana de Fini) o derechistas radicales neopopulistas como las formaciones estudiadas. Por ello las citas de todos ellos, al respecto, pueden ser intercambiables, las matizaciones específicas se dan en otros aspectos doctrinal/ideológicos y en las conexiones ideológicas que a partir de ellas podemos efectuar con otras agrupaciones doctrinales o de partidos. En este sentido las líneas que siguen pretenden contribuir a uno de los objetivos que la presente obra colectiva quiere lograr: establecer las características específicas del fascismo clásico en sí mismas y por comparación a todo aquello que se le aproxima pero que no puede ser conceptualizado como tal. Ya que, como es sabido, dos realidades se diferencian en lo que se asemejan.

Los actuales idearios neopopulistas presentan continuidades y discontinuidades con los fascismos clásicos, del estudio de las cuales se evidencia una realidad: las discontinuidades son mucho mayores que las continuidades (algunas provinientes de filiación cultural-ideológica y otras de reiteración de un estilo de actuación política) e, incluso, alguna formación neopopulista como la LN italiana de U. Bossi no tiene nada que ver con la cultura fascista, siendo sus conexiones ideológicas con ésta las comunes a las concepciones nucleares derechistas. Como se ha reiterado el fascismo clásico está muerto y sólo pequeños grupúsculos de sectarios nostálgicos sobreviven fantasmagórica y virtualmente en las páginas de Internet que utilizan para comunicarse entre sí o se enmascaran en los grupos de violentos ultraradicales aficionados al fútbol.

---

[17] Ver Antón, J.: «Julius Evola (1989-1974): ideólogo de la anti-modernidad», en Maiz, R. (comp): *Teorías políticas contemporáneas*, Tirant lo Blanch, Valencia, 2001.

Volviendo al fundamental anti-igualitarismo veamos el criterio de Adolf Hitler en su seminal texto *Mi lucha*, tan extremista como claro en sus planteamientos doctrinales: «porque la regla de la mayoría democrática deniega la autoridad del individuo y la reemplaza con el puro número de la masa transitoria, ello trasgrede las leyes aristocráticas de la naturaleza».

La convicción de la desigualdad comporta, por tanto, una visión elitista de la sociedad: dirigentes/dirigidos; elites/masas; perdedores/triunfadores; activos-emprendedores/pasivos-receptores de subsidios estatales. A la cual se añade, en las sociedades industriales, una visión capitalista. El mercado se ocupa de asignar, eficazmente, recursos y premios. Cada uno recibe lo que se merece. La vida es puro combate. El capitalismo, como la lucha por la existencia, es lo natural. Siguiendo con los textos de Hitler: «[…] mientras haya frío y calor, fertilidad e infertilidad. Tormentas y sol, durará la lucha, también entre los hombres y los pueblos [...], todo lo que es la humanidad, lo es por la lucha».

Concepciones socialdarwinistas que constatamos siempre presentes en todo discurso de derechas desde finales del siglo XIX, ya sea en forma implícita o explicita. Siendo este último el caso del ideario central progrmático del MNR, como anteriormente vimos, ya que expone como uno de sus objetivos prioritarios: «el infundir de nuevo a la sociedad el gusto de la conquista y los valores de la emulación y la lucha».

Mientras que, respecto al capitalismo —explicitación de la justeza de los análisis socialdarwinistas—, el propio Mussolini afirmaba en declaraciones a *Il Popolo d'talia* de 14 de enero de 1921: «El capitalismo [...] es una jerarquía; no es sólo una rapaz acumulación de riqueza: es una elaboración de valores, realizada a través de los siglos. Valores, hoy, insustituibles [...]. Hay quienes creen, y nos incluimos nosotros, que el capitalismo apenas está en los comienzos de su historia [...].»

Desigualdad y jerarquizante lucha por la vida, si éstas son las concepciones nucleares de la derecha contemporánea la adscripción neopopulista es —como vimos— inequívoca, matizada por los planteamientos específicos populistas. Planteamientos globales que reflejan, como apuntábamos en la introducción, el núcleo central de los argumentos neoliberales/neoconservadores actuales: toda redistribución es un robo que atenta contra los derechos individuales. Al decir del MNR en su programa electoral: «la política que preconizamos se sitúa en las antípodas de las prácticas socialistas de redistribución. Se debe romper con el igualitarismo y el estatismo

socialista, por el contrario, debemos reconocer el mérito y que cada uno obtenga de su situación según su talento, su esfuerzo y su responsabilidad» [18].

Por tanto las formaciones políticas y los idearios neopopulistas pertenecen, por las razones expuestas, a la familia política de la derecha y constituyen una subfamilia propia. Por otra parte las propuestas políticas neopopulistas son armonicistas, como vimos, se parte de la convicción de que un movimiento nacional-popular de los hombres comunes será capaz de regenerar las respectivas patrias. Un movimiento suprapartidista y supraclasista que pretende compaginar el desarrollo personal y el comunitario, los imperativos de la vida espiritual y las necesidades del mundo material.

Igual que lo fueron los programas del fascismo clásico hasta su derrota final en 1945. El fascismo italiano y el nazismo alemán pretendieron compaginar elite y masas; tradición y modernidad; capitalismo y proyecto político imperialista; socialismo (*sui generis*) y nacionalismo; individuo y comunidad (nacional y/o racial). Siendo la esencia de sus planteamientos —como en otras partes de este libro se expone— su ultranacionalismo revolucionario y palingenésico. Una revolución política, espiritual y cultural que conseguiría neutralizar todas las fracturas sociales e ideológicas bajo la bandera de la comunidad, siendo otros de sus puntos cardinales el intentar crear un *hombre nuevo;* el rechazo selectivo de los valores de la Ilustración y el intento de primar lo político sobre otros factores como la economía.

La reivindicación de la política y su liberación del contemporáneo yugo de la economía es una de las continuidades entre fascismos clásicos y neopopulismos. La utilización de lenguajes populares no tecnocráticos (poliformes y adaptados a los diferentes sectores de la sociedad) sería otra, mientras que un uso intensivo de las modernas tecnologías del momento una tercera (aviación, radio y técnicas publicitarias en los años treinta y uso masivo de los medios de comunicación de masas en el momento presente). Finalmente, otras continuidades serían: la gran importancia del liderazgo fuerte (intérprete infalible de la voluntad popular); el rechazo en bloque de los adversarios políticos que realizan tanto unos como otros; el hecho de acceder al poder por medios legales; com-

---

[18] »El «populismo autoritario» comporta la destrucción de la estructura hegemónica socialdemócrata en el interior de las democracias pluralistas occidentales. Su objetivo es el «postsocialismo»: una ruptura con el socialismo identificado con el asistencialismo.» (Taguieff, 2000:59).

parten, también, una teoría conspirativa de la historia y de la política; y, finalmente, el ser partidos esponja doctrinales que absorben todo lo que les puede ser útil: socialismo, nacionalismo, racismo en el fascismo clásico y nacionalismo, populismo, neoconservadurismo/neoliberalismo, racismo diferencialista e, incluso, unas gotas de ecologismo en las actuales formaciones neopopulistas.

Sin embargo, las discontinuidades son mayores que las continuidades, tanto de tipo cuantitativo como cualitativo, tanto de forma como de fondo. Desde el punto de vista formal las organizaciones neopopulistas aceptan las reglas del juego democrático, renunciando a la violencia como método de acción política, a pesar de que adopten una posición política especial con su actitud antisistema y palingenésica. Son reformistas, por tanto, y no revolucionarios como los fascismos clásicos. El hecho de que no hayan organizado milicias militarizadas es un dato ilustrativo al respecto. Creen que sus ideas y creencias son verdad absoluta pero admiten la alternancia política. Tampoco han intentado estetizar la política como en su día hicieron fascistas italianos y nazis alemanes, ni desarrollar una religión cívico-política por la que los individuos debían sacrificarlo todo en el altar de la patria. En un mundo occidental laico y postmoderno los sacrificios individuales tienen un límite.

Sus banderas y axiomas nucleares específicos son la creencia mística en la superioridad intelectual (sentido común) y moral de los hombres de a pie, la soberanía popular y la libertad. Los individuos no sólo existen al formar parte de una comunidad nacional-racial. Tienen derechos inalienables previos al Estado y pactan en las elecciones en un periódico plebiscito, voluntariamente, para formar parte de él. Independientemente de que los idearios fascistas y los neopopulistas consideran que el metafísico y esencialista *ius sanguinis* debe prevalecer sobre el *ius soli* para establecer la categoria jurídica de ciudadano como *alma mater* de la comunidad. Ningún partido neopopulista defiende la identificación Estado/Partido y la no separación entre la esfera pública y la privada. El análisis de las utopías fascista y neopopulista también presentaría diferencias importantes: el ideal fascista sería una sociedad de castas unificadas totalitariamente por elementos metafísicos, tipo unidad imperialista de destino en lo universal, y dirigida por una elite militar cerrada; mientras que la utopía neopopulista sería una *auténtica* democracia popular igualitaria, una igualdad, obviamente, etnoexcluyente. Un intento de armonizar individualismo privatista y comunidad de intereses localmente radicados (Aguilera de Prat, 1997: 166).

Los resentimientos populares contra el sistema y las disfuncionalidades sociales que en éste se producen se orientan contra el «rambo-capitalismo»: el gran capital internacional apátrida y *depredador*, al mismo tiempo que se agitan los sentimientos antinorteamericanos, en un mundo Macdonalizado y Disneynalizado, y se fomenta la xenofobía. En este sentido, la técnica política de establecer cabezas de turco en donde canalizar las frustaciones sociales es un método que comparten fascistas y neopopulistas.

Como apuntábamos previamente, un factor decisivo en la diferenciación entre fascismos clásicos y neopopulismos es el dicotómico uso que hacen del capital concepto de libertad. Para un fascista de entreguerras se es libre por pertenecer a una determinada comunidad política, mientras que para las formaciones estudidas la libertad es definida en términos modernos, negativos e individuales: las garantías jurídicas a los derechos individuales libres de interferencias estatal-colectivas o privadas.

Las formaciones neopopulistas han aceptado plenamente (y no sólo en parte como hicieron los fascistas) la modernidad y sus hegemónicos valores liberal-democráticos. La sociedad es una agregación de individuos dotados de titularidades (no concedidas por el Estado sino inalienables), aunque colectivamente constituyen comunidades étnicamente diferenciadas y con identidades propias que hay que salvaguardar y regenerar. Un mundo occidental hedonista, rico e hiperindividualizado no permite, en el momento presente, utopías totalitarias. Una tercera vía alternativa entre el capitalismo y el socialismo sólo se menciona a nivel practicamente retórico o para convencer a los ninistas [19]. El capitalismo es sentido común y el mercado premia a los mejores. Se debe proteger la libre iniciativa económica de los individuos y partir de y potenciar la ética productivista. Menos Estado es el objetivo, aunque más fuerte. La eficacia policial debe primar sobre otros factores para garantizar la ley y el orden, pero los funcionarios no pueden estar por encima de las leyes, más allá del bien y el mal. La moral tradicional debe ser reinstaurada. Nada justifica la amoralidad, ni incluso una máxima voluntad de poder. Las diferencias, de esta manera, con los fascismos clásicos son capitales. En última instancia la fuente de legitimidad de las formaciones neopopulistas, en una real o hipotética actuación de gobierno, sería un criterio pragmático: la eficacia en la gestión. Mientras que la legitimidad fascista consistía en su

[19] Individuos que se definen, en el plano ideológico, ni de derechas ni de izquierdas.

adecuación con unas inexorables leyes de la naturaleza por las que la comunidad nacional y/o racial debía desarrollar una trascendental misión en bien de la humanidad. Se trata, en resumen, de formaciones políticas de distinta índole.

En unas sociedades occidentales de hegemonía liberal hiperindividualista y en fases acelerada de globalización económica y cultural los neopopulismos levantan la bandera de la comunidad y consiguen convertirse en auténticas formaciones neoproletarias (Papadopoulos, 2000: 117) por los apoyos sociales que en parte reciben, normalmente parados (Meny/Surel, 2000: 150), hombres[20] jóvenes, poco instruidos (Kriesi, 2000: 48) y que habitan sectores urbanos degradados. A los cuales hay que añadir un sector urbano radicalmente distinto: clases medias triunfadoras de la reconversión/tecnificación de un globalizado proceso productivo (Betz, 1993: 421). Es una alternativa sincrética de derechas a las miserias, contradicciones y nuevas fracturas sociales de las sociedades postindustriales, como en su día el fascismo clásico fue una alternativa revolucionaria de derechas a las miserias, contradicciones y fracturas sociales del industrialismo. En ambos casos una respuesta, en parte de éxito, a la dictadura del proceso de producción total. Proceso (al que se debe añadir en nuestros días el pensamiento único) fabricante de hombres unidimensionales socializados por la publicidad y que retroalimentan el sistema con su trabajo, desideologización, creciente infantilización y compras compulsivas. Como afirma el MNR en su programa se trata de «dar una respuesta a una sociedad en la que el pueblo se ha metamorfoseado en una locura de individualidades solitarias».

Para concluir diríamos, si nuestros análisis son correctos, que las organizaciones neopopulistas estudiadas, desde la perspectiva ideológica, son formaciones de derecha radical populistas que han asumido del neoliberalismo/neoconservadurismo sus valores, cultura, tácticas y estrategias salvo en dos cuestiones: la primacía de lo individual sobre lo colectivo y la preponderancia de la economía sobre la política. Su alternativa es una sociedad de mercado, tan desregularizado en el ámbito territorial propio como regularizado en el plano internacional[21], en la que los que no pertenecen a la

---

[20] El componente de género juega un papel relevante en el electorado neopopulista. En una proporción númerica inversa al del electorado de las formaciones políticas ecologistas.

[21] Ni que decir tiene que estas propuestas económicas responden más a factores ideológico-políticos que a alternativas económicas viables, dada la situación financiera industrial mundial.

etnia propia, los otros —individuos clasificados jurídicamente como extranjeros— sean el proletariado (como nuevos ilotas de la postmodernidad) excluido de las ventajas políticas, económicas y sociales que poseen los ciudadanos de primera [22]. Un socialdarwinismo institucionalizado y explícito, validado democráticamente por unos satisfechos [23] del sistema. Sector de población favorecida que se quiere ampliar en la medida de lo posible con los sectores populares *nacionales*. Se quiere sustituir los viejos lemas de Libertad, Igualdad y Fraternidad por Libertad, Igualdad (etnoexcluyente) y Xenofobia territorializada e internacional, reciclando los valores tradicionales e instaurando, muerto el totalitarismo fascista por inviable, el máximo autoritarismo [24] que un sistema formalmente democrático pueda permitir como contrarrevolución silenciosa [25].

BIBLIOGRAFÍA CITADA

AGUILERA DE PRAT, C. R. (1997): «Valores sociales de mercado en la cultura política de la Liga Norte», en CASTILLO, P. del, y CRESPO, I. (Eds.): *Cultura política. Enfoques teóricos y análisis empíricos*, Tirant lo Blanch, Valencia.

ANTÓN MELLÓN, J. (2001): «Julius Evola (1898-1974): ideológo de la anti-modernidad», en Maiz, R. (coord.): *Teorías políticas contemporáneas*, Tirant lo Blanh, Valencia.

ANTÓN MELLÓN, J. (ed.): *La Teoría Política en el Siglo XXI*, Ariel, col. de Ciencia Política. Barcelona, 2002.

BETZ, H. G. (1993): «The New Politics of Resentment Radical Right-Wing Populist Parties in Western Europe», en *Comparative Politics*, n.º 4 (julio 1993).

— (1994): *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*. St. Martin's Press, Nueva York.

— (2000): «La nouva politica della destra», *Trasgressioni* n.º 29 (enero-abril 2000.

BETZ, H. G. y IMMERFALL, S. (1998): *The New Politics of the Right*, St. Martin's Press, Nueva York.

BOBBIO, N. (1995): *Derecha e Izquierda: Razones y significados de una distinción política,* Taurus, Madrid, 1995.

---

[22] «[...] el liberalismo etnicista ha reemplazado al fascismo como la forma de derecha radical mejor adaptada a las realidades del mundo moderno» (Griffin, *Interregnum...:* 19).

[23] Véase Galbraith, J. K. (1992): *The Culture of Contentment*, Houghton Miffin co., Boston.

[24] Sobre los componentes autoritarios de las formaciones políticas neopopulistas véase Kitschel, H.: *The Radical Right in Western Europe. A comparative Analysis*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1996.

[25] Sobre la contrarrevolución silenciosa, ver Ignazi, P.: *L'extrema destra in Europa*, Il Mulino, Bolonia, 1994, p. 250.

EATWELL. R. (2000): «The extreme right and British exceptionalism: the primacy of politics», en Hainsworth, P. (ed.): *The Politics of the Extreme Right*, Pinter, Londres y Nueva York.

EATWELL, R. y O'SULLIVAN, N. (eds.) (1989): *The Nature of the Right*, Pinter, Londres.

GALBRAITH, J. K. (1992): *The Culture of Contentment.*, Houghton Miffin Co., Boston.

GALLEGO, F. (1998): «Populismo Latinoamericano», en Antón Mellón, J. (edit.): *Ideologías y Movimientos Políticos Contemporáneos*, Tecnos, Madrid.

GRIFFIN, R.: «Interregnum or Endgame? Radical Right Thught en the «Post-fascist Era», borrador enviado personalmente por e-mail. Publicado en *Journal of Political Ideologies,* vol. 5, n.° 2 (julio, 2000), y en Freeden, M.: *Reassesing Political Ideologies,* Routledge, Londres, 2001.

HAINSWORTH, P. (2000): *The Politics of the Extreme Right*, Pinter, Londres y Nueva York.

HITLER, A.: *Mi lucha.*

IGNAZI, P. (1994): *L'estrema destra in Europa*, Il Mulino, Bolonia.

KAZIN, M. (1995): *The Popopulist Persuasion*, Basic Books, Nueva York.

KITSCHEL, H. (2000): *The Radical Right in Western Europe*, Ann Arbor, The University of Michigan Press.

KRIESI, H. (2000): «La trasformazione dello spazio politico nazionale in un mondo in via di globalizzazione», *Trasgressioni*, n.° 30 (mayo-agosto 2000).

MÉNY, Yves y SUREL, Yves (2000): *Par le peuple pour le peuple*, Fayard.

MOREAU, P. (1998): «Le freiheitliche partei österrreich, parti national-liberal ou pulsion austro-fasciste?», *Pouvoirs*, n.° 87.

MUDDE, C. (2000): *The ideology of the extreme right*, Manchester University Press, Manchester.

OFFE, C. y SCHMITTER, P. C. (1995): «Las paradojas y los dilemas de la democracia liberal», en *Revista Internacional de Ciencia Política*, n.° 6 (diciembre de 1995).

PAPADOPOULOS, Y. (2000): «Il nazionalpopulismo nell'Europa Occidentale: un fenomeno ambivalente», *Trasgressioni*, n.° 31 (septiembre-diciembre 2000),

PERRINEAU, P. (1988): «Front national: l'écho politique de l'anomie urbaine», *Esprit* (marzo-abril 1988).

— (1996): «L'électorat du Front national», *Working Papers ICPS*, n.° 120, Barcelona.

— (1998): «L'exception française», *Pouvoirs*, n.° 87.

SÁNCHEZ, J. (1999): «El Estado de Bienestar», en Caminal, M. (ed.): *Manual de Ciencia Política*, Tecnos, Madrid.

ROMMEL, M. (1998): «The New Challenges Greens and Right-Wing Populist Parties in Western Europe», *European Review,* n.° 6 (2).

SEILER, D. L. (1980): *Partis et Families Politiques*, PUF, París.

TAGGART, P. (2000): «I nuovi partiti populisti nell'Europa occidentale», *Trasgressioni* n.° 29 (enero-abril 2000).

TAGUIEFF, P. A. (1995): «Political Science Confronts Populism. From Conceptual Mirage to a Real Problem», *Telos*, n.° 103 (primavera 1995).

— (2000): «La scienza politica di fronte al populismo: da miraggio concettuale a problema reale», *Trasgressioni* n.° 31 (septiembre-diciembre 2000).

TORRE, C. de la (2001): «Redentores populistas en el Neoliberalismo: nuevos y viejos populismos latinoamericanos», *Revista Española de Ciencia Política,* n.° 4 (abril 2001).

Uno de los objetivos de esta obra es establecer cuáles son los parámetros que permiten definir el fascismo clásico (1919-1945) y, por comparación, todo aquello parecido a este modelo (parafascismos, neofascismos, neopopulismos) aunque no sea igual, siguiendo el criterio de que las cosas se diferencian en lo que se asemejan.

La elección de la mayoría de los colaboradores de la obra (historiadores y politólogos) supone una toma de postura. Como expuso el malogrado historiador T. Mason en 1988, «el fascismo fue un fenómeno continental y el nazismo fue parte de algo más amplio». Las similitudes entre el fascismo en la Italia de Mussolini y el nazismo en la Alemania de Hitler son mayores que las diferencias, como movimientos y como regímenes políticos. De ahí que, como propone E. Gentile en su artículo incluido en esta obra, para entender el fascismo no sólo deben analizarse los aspectos ideológico-culturales, sino también los organizativos e institucionales.

Su pretensión totalitaria de lograr que todas las mentes colaboraran en los proyectos imperialistas y de creación de un hombre nuevo en sus respectivas sociedades no se dio ni en el salazarismo ni en el franquismo —aunque sí adaptaron otros métodos fascistas—, ni tampoco es defendida por las formaciones políticas neopopulistas actuales.



ISBN 84-309-3879-6



tecnos

1201105